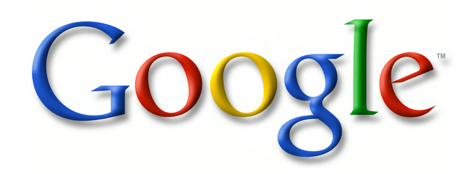
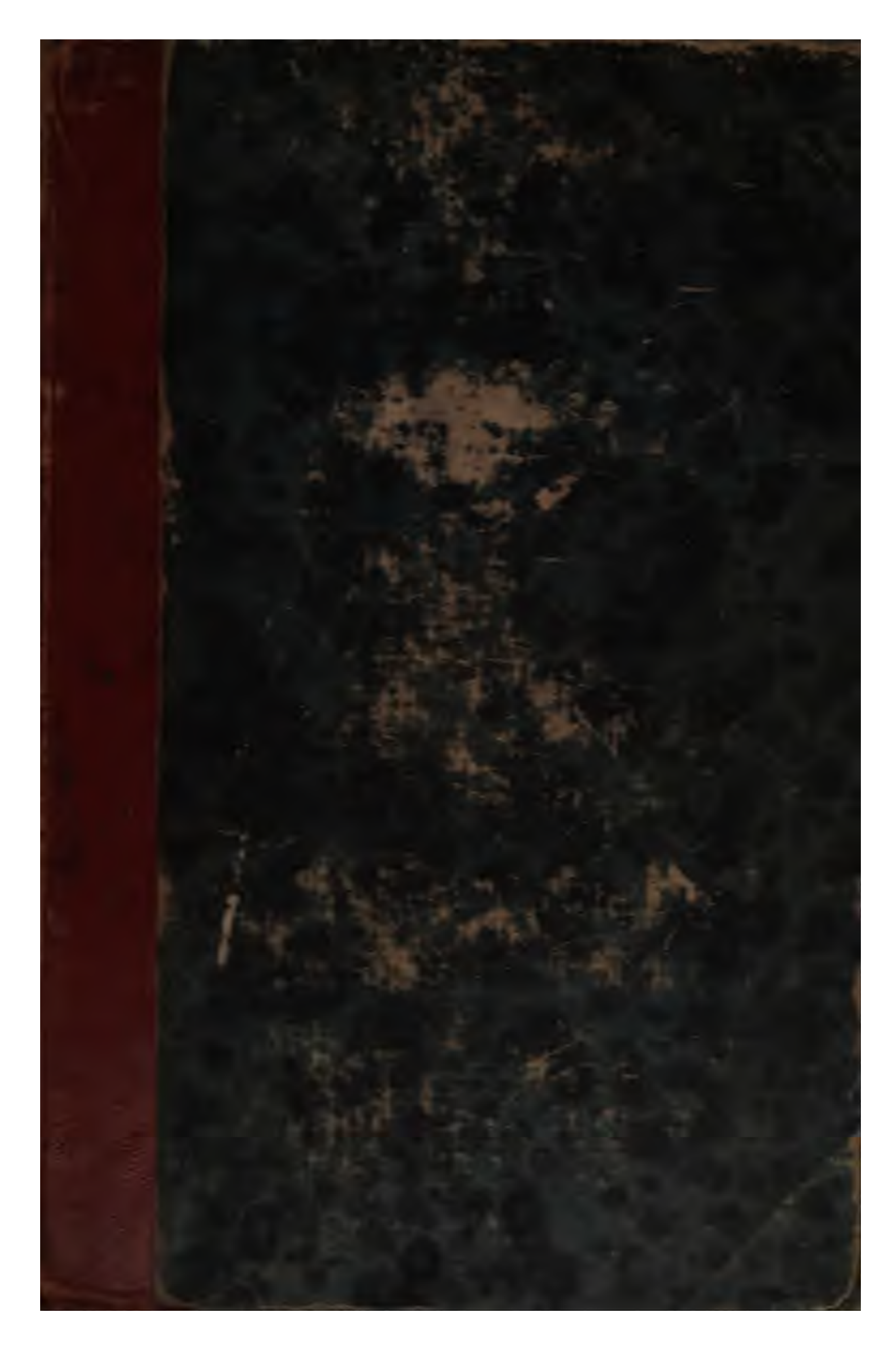
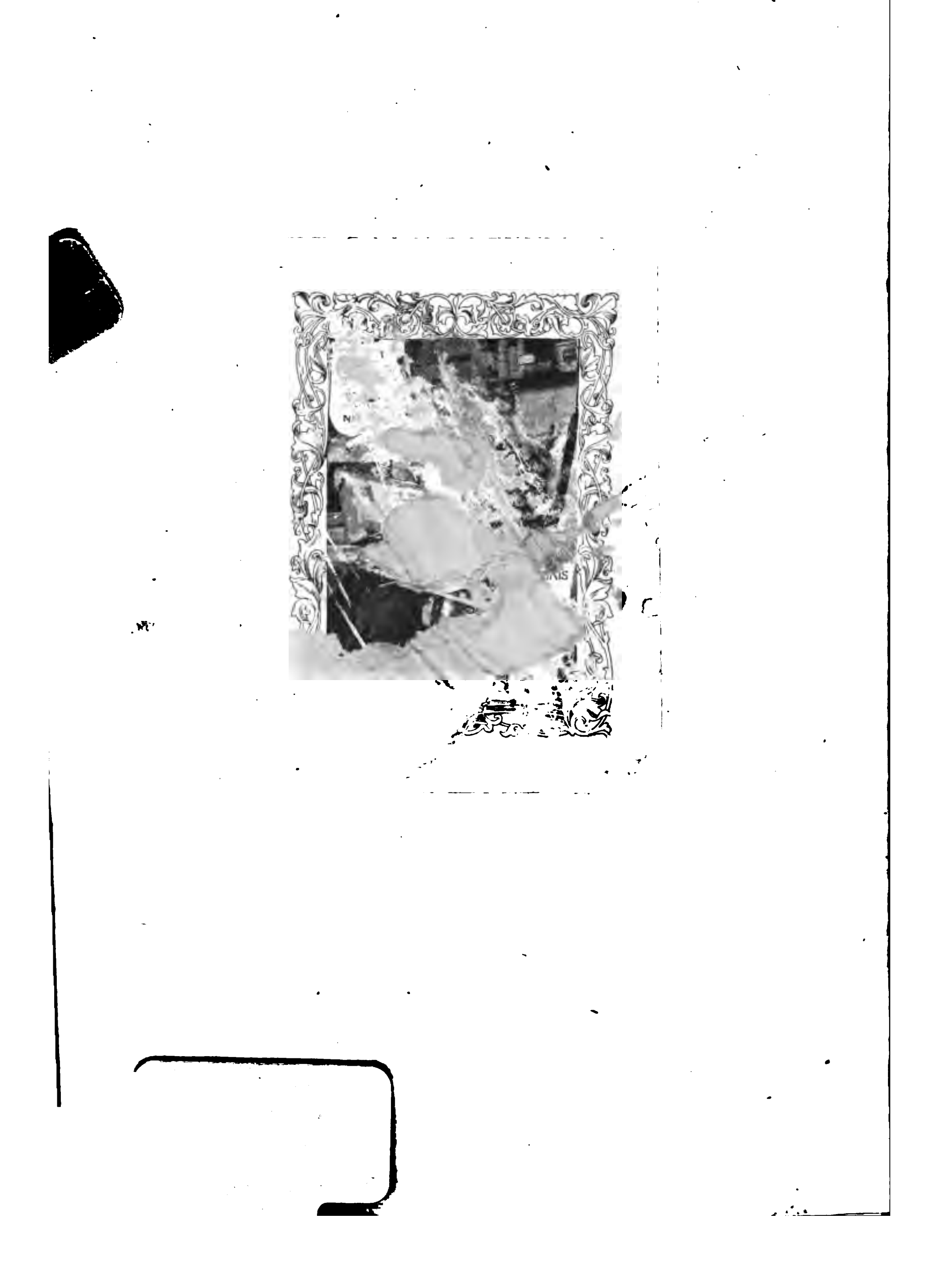






CARTAS

DE

D. CARALAMPIO MOLINERO

DEL CERRO

A DOÑA [illegible]

SU MUJER

Vecinos de los [illegible] mas remotos é ignorados

SOBRE

LA FELICIDAD Y VENTURA DE VIVIR EN LA CORTE

RECOPILADAS POR

EL CRONISTA

A todos y á ninguno
Mis advertencias tocan.
Quien haga aplicaciones
Con su pan se lo coma:
IRIARTE.

EDICION DE LA "BIBLIOTECA UNIVERSAL" DE M. VILLANUEVA.

MEXICO

IMPRENTA DE M. VILLANUEVA, CALLE DE SAN FELIPE NERI; NUM. 14

1868

México, 18 *de Febrero de* 1859.

Mi querida mujer: No cumpliria yo mis obligaciones de marido si dejara de partir contigo mi fortuna; pues habiendo contraido el deber de hacer comunes nuestros bienes, cualquiera adquisicion que haga no es de mi esclusiva propiedad, y apénas tendré sobre ella un derecho á medias. No te defraudaré por tanto ni un ardite; y en prueba de mi religiosa buena fé, voy, querida mia, á participarte de lo que por mi dicha y no poca ventura tuya, soy dueño actualmente. No espero ver brillar tus ojos de codicia, ni ménos creo que palpitarás de ambicion: nosotros los habitantes de las Batuecas no tenemos todavía el grado de cultura suficiente para el perfecto desarrollo de esas virtudes sociales. Sencillos por naturaleza y humildes por educacion, no nos apegamos mucho á los bienes de fortuna, y mas bien está en nosotros como encarnado el don de la curiosidad, porque para ello existe la razon poderosa de que todo nos coje de nuevo. Así es que ya te considero boquiabierta, y

despabilando los ojos en espera de mis promesas. Para sacarte de dudas, diréte de una vez: que mi adquisicion no es pecuniaria ni de cosa que palparse pueda; es una adquisicion de conocimientos elevados de la vida cortesana, de la civilizacion de México en el siglo XIX.

Ya te oigo decir en medio de tu batueca sencillez: y esos conocimientos de que me habla mi marido, ¿qué valen? ¿para qué sirven? ¡Calla, tontaza! Si hubieras, como yo, vivido cinco meses en la corte; si te hubieras rozado con los señores y señoras de alto copete; verias cuán interesante, útil y necesario es eso de la civilizacion. Y como, siendo Dios servido, tú vendrás á ser una vecina de esta hermosa capital, mi primer cuidado desde que se me clavó en la mollera este pensamiento, ha sido el de observar todo cuanto pertenece y atañe á los modales finos de la corte, para que, domesticado yo, pueda á mi turno hacer que tú dejes esa corteza rústico-labriega que te cupo en suerte al criarte y vivir en esas remotas Batuecas. ¿Qué tal? Creo que mis conocimientos valen la pena de tu atencion. Préstamela, pues, que ya comienzo.

Pero como en todo es de absoluta necesidad el órden, porque sin esto todo se envuelve en el caos, y como, aunque batueco, algo se me ha pegado de lo que llaman ilustracion, para que yo me esplique bien y tú me entiendas mejor, dividiré mis importantes lecciones en dos: una que trate de las perso-

nas, otra que trate de las cosas. Creo que por difíciles que sean tus entendederas, cabrá en ellas algo de lo que voy á decir. Allá va.

Llaman personas en esta tierra eminentemente civilizada, á todas las figuras masculinas y femeninas que por un capricho de la naturaleza, mas bien que por privilegio del cielo, andan en dos piés. ¡Alto ahí! me dirás: ¿luego los gallos y gallinas son personas en ese país clásico? No, mujer, no: no lo son, y esta precisamente es la escepcion de la regla; pero si esos animalitos no son personas, sonlo, sí, los pollos; y aquí comienza lo maravilloso de la civilizacion de la corte. Ya recordarás que en los corrales de nuestras felices Batuecas, ni los gallos, ni las gallinas, y por una razon muy lógica, mucho ménos los pollos, que en justicia no pueden tener representacion social, pues viven bajo la patria potestad de sus emplumados padres, la echan jamas de personas; pero aquí es diferente. En virtud de los progresos regeneradores de la civilizacion, los pollos están elevados al rango de personas, y son, no como quiera, sino los que dan el tono y las leyes de la suprema elegancia. Ya ves que es prodigioso.

Figúrate allá en el magin unos boquirubios de talle esbelto y adamado, derechos como un sauce, flexibles como un mimbre, de cintura delicada, de pecho tan abultado que haria honor á una labriega nodriza, una melena ensortijada y abierta por enmedio por una raya geométrica, la cual revela una minu-

ciosidad esquisita al contar los cabellos para repartirlos con mas esactitud que una herencia paterna: si por accidente sobra un cabello, como no admite cómoda particion, se arranca, á fin de que no incline la balanza á ninguno de los dos lados: veráslos de un color pálido, porque eso es de un gusto esquisito, un bigote perfectamente engomado que atraviesa horizontalmente el óvalo amarillento, y termina en dos delgadísimas puntas á una cuarta de distancia de la pequeña ó grande boca (que en eso no hay regla fija), y siendo un constante amago contra los ojos y narices que se ponen á nivel de esas agujas. En cuanto al ropaje, admira la pureza con que están modeladas las bellas formas de esos hermosos Adónis. Por supuesto, sin contar las libras de algodon que por vía de suplemento se añaden á algunas raquíticas figuras, ya robusteciendo una delgadísima pierna, ya dando incremento al desarrollo del exhuberante pecho, ó ya, en fin, haciendo desaparecer algunos otros defectos, que sin el ausilio poderoso de tan precioso vegetal, serian notados en el figurin. Cánova mismo se encontraria apurado para encontrar defectos en tan acabadas estatuas. Y las llamo así, tanto por la perfeccion de su estructura, como por la inmobilidad forzosa á que están condenadas, no obstante su flexibilidad, á fin de que el arquitectónico nudo de la corbata no sufra alteracion, ni la delgada cintura padezca una defeccion importuna del apretado corsé Una bota perfectamente charolada cubriendo un pié

breve, unos guantes untados sobre las manos, un delicado rebozo que salva el ebúrneo cuello de las inclemencias del tiempo, y sobre todo, unos anteojitos que sin ser necesarios juegan sin interrupcion, dan el complemento á esa acabada obra de la industria cortesana. ¿Y la cresta? me preguntarás candorosamente: esa está oculta por un sombrero piramidal. ¿Y cacarean esos pollos? volverás á decir. Sí, señora, y lo hacen á las mil maravillas; porque tienen una palabrería insustancial, pero interminable, una maledicencia que raya las mas veces en cinismo, todo como resultad oneto de la educacion sumamente superficial con que la civilizacion los ha enriquecido.

Y esto es tan cierto, cuanto que para el pollo han perdido su probidad los hombres de todas las condiciones, su pureza todas las mujeres, su ciencia todos los sabios, su valor los hombres de armas, su justificacion y acierto los que gobiernan. Disputan por todo y sobre todo, y en sus corrillos acaba hecho trizas el honor mas acrisolado. Todo el olor de sus vestidos y cabellos, que en verdad no es poco, jamas basta á quitar la hediondez de sus producciones. En sus amores son como el gusano que se adhiere á la flor: roen sus hojas y roban sus perfumes, arrastrándose por su tallo. Desde la mujer mas recatada y virtuosa, hasta la última comparsa, y figuranta del teatro, son, al decir de ellos, emblemas vivos de sus eróticos triunfos.

Ahora, en cuanto á su modo de vivir, quiero que los conozcas un poco, porque así acabarás de formarte una completa idea de lo que es un pollo de la corte. Desde luego supondrás que tiene padres, porque nunca se da efecto sin causa, y supones bien; pero si crees que esos padres son siempre acomodados para atender á todos los gastos que demanda la vida y costumbres del mimado animalito, crees mal: porque si bien algunos tienen regular fortuna, la de otros es demasiado *pizmienta*. Mas sea como fuere, luego que aquel da el piquete al cascaron en que yacia encerrado, trátase en consejo de familia del destino futuro que se dará á ese vástago interesante que ha de mantener en pié los timbres gloriosos de la raza cortesana! Ojalá pudieran trasladarse á los estrechos límites de una carta las acaloradas discusiones de esos congresos domésticos, que como carecen de reglamento que fije el uso de la palabra, y de presidente que llame al órden á los que estravian la cuestion, la gallera se alborota y la bulla crece, y bien claro se echa de ver que se trata del porvenir de un pollo po sus crestones y emplumados progenitores. En todo se piensa, en la diplomacia, en la política, en la literatura, ménos en un oficio, porque es demasiado innoble para que se plegue á él un hijo de tan civilizada corte. Así es que para corresponder al llamamiento de su ilustre cuna, pasa el pollo del cascaron al colegio, mal sabiendo leer y escribiendo peor, porque tambien en la elegancia entra como parte integrante poner el

nombre con palotes, é intercalar las mayúsculas con las minúsculas. En el colegio aprende el pollo algo de gramática, es decir, lo suficiente para poder en un círculo decir con énfasis: "*Jam llovet*" á tiempo que el cielo con sus negros nubarrones nos amenaza con un diluvio. Aprende de la lógica lo bastante para que cuando sus amigos le suelten alguna pulla sobre tal ó cual barbaridad, pueda responder poniéndose en la punta de sus piés y haciendo saltar sus hermosos ojos: "*¿Ergo* yo no valgo nada?" Pero sobre todo, donde pone sus cinco sentidos y luce toda su inteligencia, es en la lengua francesa, reputada hoy como indispensable para lucir en buena sociedad: no porque sea, como dicen allá nuestros batuecos pedagogos, el lenguaje universal, sino porque con ella se puede decir en plena asamblea cuatro palabras en bárbaro, sin que los oyentes entiendan una.

¡Con qué aire de petulancia dicen esos angelitos haciendo gala de sus ilustrados conocimientos: "*oh mon cher! voilá une mademoiselle tres charmant.*" La baba se nos cae á nosotros los pobres *payos* cuando por nuestra desgracia nos encontramos en medio de cinco ó seis pollos, y nos quedamos como tonto en vísperas, oyendo la algarabía que forman con sus agudos tiples esos émulos de Boileau y de Chateaubriand. En cambio de algunas palabras francesas que han aprendido, han olvidado el incivil idioma de Castilla, como incapaz de recibir las impresiones de la civilizacion. Y hacen bien, porque eso de hablar es-

pañol y de hablarlo correctamente, es del buen tiempo de Cervantes; y frescos estábamos con volver á esa época retrógrada en tiempo de progreso: semejante absurdo seria un anacronismo garrafal. Dime ahora, mi pobre mujer, si con tan buenos principios, á los cuales se añaden las indispensables lecciones de baile que adquiere el pollo de los que ya tienen el espolon algo crecido, no podrá sin empacho dirigir su vuelo á los salones de la elegante sociedad. Dime si estos no le serán abiertos con el pasaporte que lleva en sus adornos y en sus gracias.

Pero para llegar á esos templos, necesitamos ántes echar una ojeada á la vida íntima del animalito y ver los preparativos de sus diarias espediciones. Por regla general, y por contraposicion á los pollos de nuestros gallineros, los susodichos se levantan á las nueve de la mañana, despues de haber apurado un pocillo de sustancioso chocolate con su correspondiente comitiva de bollos y bizcochos: esto en el evento de que haya *cum quibus;* que en caso contrario suple muy bien un plebeyo jarro de atole ó un vaso de agua fria. Una vez en pié, la primera y mas precisa diligencia es la del tocador. ¡Oh mujer mia! si penetraras en el santuario de esos bien parados pollos, estupefacta te quedaras creyendo que era la trastienda de una botica ó el laboratorio de un nigromante! Inmenso es el número de redomas y de botes que contiene aquella complicada oficina: ya son los aceites que dan tersura á la piel; ya son los ungüentos olorosos con que

empapan sus cabellos: ora encuentras multitud de esencias con que cubren los vestidos, ora son polvos con que limpian sus menudos y á veces espaciosos dientes. No, no: de seguro que la multitud de objetos de ese inmenso arsenal vuela la cabeza mas firme y sofoca al mas fuerte jayan. Ver á esos títeres ensayar caravanas y gestos, posturas y genuflexiones, es asistir á un hospital de locos, donde cada uno de los pacientes tiene diversa manía. Un observador que quisiera conocer todas las inflexiones de la monomanía, sin tomarse el trabajo de salir de un punto, haria un acopio de descubrimientos en un retrete de esos que te pinto, por tener la ventaja de que un solo individuo reune todos los caractéres diversos de la locura, que en otra parte hallaria diseminados.

Hétemele ya en todo su brillo: sale á la calle, sus primeros pasos se encaminan adonde vive la dulcinea en actual ejercicio, pues aunque es todista por inclinacion, siempre hay un lugarcito privilegiado para cierta *leona*, que á su vez le paga con la misma tolerancia de cultos. Ya encuentra en el balcon á su adorado tormento, y el enamorado Medoro llega al pié del muro que guarda á su apasionada Angélica. Establécese un diálogo interesante entre la almibarada pareja; diálogo que no teme la censura, porque la libertad de hablar ha dado de baja á los fiscales que pudieran ejercerla sobre sus inocentes producciones; diálogo que oye el que pasa, que edifica á los vecinos y que entretiene admirablemente á los mu-

chachos: allí va la pantomima á su más alto grado de perfeccion: allí son los cambios de rosas y pañuelos: allí se establece una estafeta erótica que ni paga portes ni teme las infidelidades de los empleados del ramo: allí pasan las comunicaciones mediante los hilos y alambres enganchados, que sin disputa son mas eficaces y violentos que los del telégrafo electro-magnético, y están ménos espuestos á que un mal intencionado pronunciado los interrumpa á fin de que los mensajes no lleguen á su destino: allí se conjuga el verbo amar en todos sus tiempos y modos, hasta el estremo de que un profesor de gramática se hallaria apurado para seguir la rápida volubilidad de esas ejercitadas lenguas: allí son las citas, las quejas, las querellas, las estratégicas operaciones para adormecer la vigilancia poco activa de las mamás ó las tias.

Despues de esta importante ocupacion, el pollo se dirige á la Catedral ó á otro templo cualquiera; pero no creas buenamente que va á rezar, porque es muy añejo y propio solo de la batueca ignorancia: va á pasar revista de todas las hermosuras que concurren allí, y á examinar si la Paquita lleva prendida la flor que anoche le dió en el baile, ó si la Concha tiene en el dedo la sortija de á dos pesos que le regaló ayer en el paseo. Allí, lo mismo que en un teatro, son las contorsiones y los gestos, el llevar el pañuelo á la altura de la boca, el ponerse la mano en el corazon, el mirar á todos lados con pretensiones de importancia, el no dejar á alma viviente fijar la atencion á lo que

pasa en el altar. Allí son los paseos á la hora que el ministro esplica las verdades de la religion: allí, como si fuera caballo de circo ó yegua que trabaja en la era, da mil vueltas al templo para ver y ser visto, para que ni una sola belleza escape de las saetas de sus infatigables lentes. Sale de allí lo mismo que entró, tarareando una aria que nadie escribió y llenando el cementerio de su fatuidad y de sus aromas. Corre al portal, al café, adonde quiera, con tal que encuentre animales de la misma especie: con ellos anda por todas partes, contándose recíprocamente sus amores, luciendo despojos tal vez adquiridos en el baratillo, pero que unos y otros, engañándose mútuamente, adjudican á la hija del general H,* á la sobrina del ministro N,* á la pupila del banquero Z.* Cada cual refiere una anecdotilla asaz picante, con sus ribetes de escandalosa, se burlan de éste, critican á aquel y se marchan todos á buscar donde por ese dia puedan sacar el vientre de mal año.

Llega la tarde, y si puede disponer en propiedad, ó mediante cuatro reales de alquiler de un ensillado rocin, se lanza al paseo á escoltar los coches de las beldades: si esos posibles le faltan, se encamina pedestremente á alguna glorieta de la Alameda, para deleitar sus ojos con el brillante panorama de las hijas de Eva. Pero ántes que el sol oculte su luz detras de los montes que circundan el valle, corre el pollo por todas partes, echando mil flores á cuantas quieren oirlo: ya es uno de los balcones mas aristo-

cráticos el que sirve de iman á sus miradas; ya es una modesta costurera que sale de la tienda de Emilia ó de Virginia en la que fija su atencion. A todas acomete, á todas embiste: con tal que el objeto de sus requiebros pertenezca á la otra mitad del género humano, maldita la distincion que hace de rangos y gerarquías; que en esa parte es partidario de la igualdad.

Sucede algunas veces que á consecuencia de esta nivelacion de clases, el pollo, cuando ménos lo espera, oye la voz aguardentosa y ronca de un gallo viejo y de democrática raza; pero aquel se retira prudentemente por no alternar en cuestiones de esa clase con el *pópulo bárbaro,* y sobre todo, porque los crecidos espolones de su adversario hacen crugir de espanto los nacientes suyos. De estas y otras correrías por el estilo, sale victorioso, merced á la apelacion que hace á sus ligeras piernas, y algunas ocasiones gracias á la verbosidad que posee y que el pueblo no entiende, y cuya traduccion, si se empeña en hacerla, da lugar á que el pollito se ponga al abrigo del gallinero.

Del paseo va á la ópera, ya porque hubo á quien pellizcar el valor de la entrada, ya porque aprovechando la distraccion del cobrador de billetes, pasa entre la multitud, fingiendo que es del número de los que han pagado, ó agazapándose entre los de talla mayor que la suya. Si por desgracia es sorprendido *in fraganti* delito de fraude, no creas que el

pollo muda de color ni suda: tiene el desparpajo suficiente para meter mano á la bolsa, buscar el boleto, fingir una sorpresa grande por haberle dejado en el traje que cambió, y con mucho aplomo dice: *"Usted dispense: voy á traerlo."* Sale lamentándose de su malhadada distraccion, que le hace dar muchos pasos hasta su casa, y lo que es mas, le priva del interesantísimo principio de la obertura, tanto mas cuanto que estaba comprometido á ver en su palco al consejero T.* Si en vista de tanta lamentacion algun batueco que tiene cerca deja conmover su corazon, el pollo se ha salvado; porque ¿qué entrañas, aun de tígre, tendrian todo el estoicismo bastante que impidieran á la mano alargarse, encogerse, introducirse en el bolsillo y presentar á ese sentimental Jeremías el valor del asiento? A un cumplido caballero se le sirve, no digo con esa bagatela, y mas cuando se trata de evitarle molestias y contratiempos: eso nada vale: "Mañana corresponderé, amigo mio," dice con una gracia que cautiva; y mañana y los dias siguientes, si vuelve á encontrar á su favorecedor, ni lo conoce siquiera, á no ser que tenga alguna nueva empresa que acometer contra el pobre babieca.

Es del mejor tono entrar al teatro haciendo ruido, llamar la atencion sacudiendo el cogin, aun cuando esté ménos sucio que el pañuelo, flechar el lente á los palcos, reir con la dama que por casualidad fijó la atencion en el importuno, y eso aunque ni sepa quién es, porque lo importante en esos casos, lo ver-

daderamente satisfactorio consiste en que el público entienda que tiene dares y tomares con ella. En la luneta es de todo punto indispensable tener las piernas en posicion horizontal, y los piés sobre la cabeza del que ocupa el asiento delantero: es necesario seguir la orquesta y la cantatriz en voz alta, sin temor de desentonar, llevar el compás con el baston, aplaudir estrepitosamente aunque no se entienda una jota de lo que cantan, y sobre todo, salir ántes que concluya el espectáculo para formar en ala á la salida del teatro, y ver á todas las que salen: colocarse lo mas cerca posible del coche para aprovechar ciertos lances imprevistos que al dia siguiente deben figurar en la crónica como hechos adrede y para satisfaccion particular del observador. El pollo que hace todo esto ha llegado á adquirir un diploma honorífico en su profesion, y puede ya reputarse digno de recibir el premio de su gloriosa carrera. Es el pollo por escelencia.

Si no hubo ópera ó modo de entrar á disfrutarla, entónces el paseo de las cadenas en noche de luna, ó algunas tertulias en noches oscuras son el complemento digno de tan bien empleado dia. En cualquiera de esas partes busca al pollo desde luego una pareja á propósito, que de todo hay en la viña del Señor, y allí se comienza un nuevo idilio, ya contemplando los resplandores de la luna y haciéndola testigo de mil juramentos que se cumplen tan religiosamente como los de nuestras constituciones, ya improvisan-

do en las casas donde se instala el afortunado pollo, un rato de baile para entablar interesantes diálogos en las rápidas vueltas de un vals, ó en los ondulantes movimientos de una varsoviana ó en los intermedios de la aristocrática cuadrilla. Apretones furtivos de alabastrina mano, palabras interrumpidas por la intempestiva pregunta de un tercero, protestas ardientes que el sueño disipa, y otras mil curiosidades que en nuestra rústica tierra ignoramos, dan el último matiz á la culta é ilustrada vida del pollo. A las doce de la noche desaparece como los espectros; se encierra en las cuatro paredes de su aposento; duerme concienzudamente, como que ha llenado con esactitud los deberes y ccupaciones de su brillante existencia: sueña bailes y bureos, y á las nueve de la mañana siguiente vuelve con la misma puntualidad á seguir la corriente de su destino. Fuera de esto nada existe para él: su pasado ya no lo recuerda; y su porvenir.... ¡bah! no se cuida de él, porque no sabe si vivirá mañana, y bobera muy grande seria apurarse por una cosa tan incierta.

Acaso vas á preguntarme el secreto que poseen los pollos para proporcionarse cuanto han menester, supuesto que no todos tienen quien les llene el buche ni les abra un amplio bolsillo como se necesita para una vida toda de goces y de deliciosa ociosidad. Muy justa es tu pregunta si la haces; y yo, á fuer de verídico narrador, te diré que esos secretos los guardan los pollos religiosamente, porque teniendo tan-

tos encantos la existencia que llevan, quieren con justicia gozar de la propiedad que de tal profesion industrial han adquirido Si todos conocieran el misterio ¿cómo se multiplicaria el número de los adeptos? Así es que no puedo satisfacer cumplidamente tu pregunta. Lo mas que he podido colegir al cabo de haberme devanado los sesos y de quemarme las pestañas, es, que cuando faltan los padres riquillos que suelten la mosca, un pollo se proporciona vestido, calzado y todas las demas etcéteras por vía de mágia. Verdad es que de estas manipulaciones no gustan cosa, ciertos inciviles sastres y algunos plebeyos zapateros que á guisa de corsarios dan caza al pollo, bien por el importe de un pantalon, bien por el valor de unas botas ¿Y quién seria el temerario que osara disputar á un elegante el derecho de deberle á todo el mundo? Solo á la gentecilla de poco mas ó ménos se le dan los efectos al contado; pero ¿á un pollo? Seria envilecer la raza; seria tener en muy poco á esos primorosos consumidores de todo lo que es de última moda. El vientre se llena de suculentas viandas servidas en las mesas donde el pollo vive como planta parásita: hoy come aquí, mañana acullá *et sic semper*; porque hoy es dia de su santo de fulanita y es preciso felicitarla; y como la hora de etiqueta está cerca de la hora de comer, y como el pollo tiene chispa, y como es un *bon compagnon*, se le invita, y sin mucho trabajo accede á lucir en la mesa sus hermosas cualidades. Mañana va á felici-

tar á Don Perico por haber obtenido tal destino; estamos de enhorabuena, y es preciso no desairar el convite que por mera urbanidad se hizo, pero que es aceptado sin resistencia. Y cuando todo turbio corra, cuando no haya ni cumpleaños, ni empleos, ni otras zarandajas que traen consigo un espléndido refectorio, queda el recurso de ir á una fonda á esperar á un amigo que no ha de venir, y pocas veces falta un comensal batueco que tambien por urbanidad entable conversacion con el pollo, quien con ese tacto finísimo que la civilizacion le ha concedido, conoce desde á una legua de quién puede sacar y de quién no, la raja que pretende. Empeña la plática con nuevos y sorprendentes pretestos, escitando á cada instante la curiosidad peculiar del provincial; y con la destreza de un cazador que acecha su presa, pone lazos á la generosidad de su interlocutor y le conduce como por la mano á que le ofrezca de comer. Soltar la oferta y volar el pollo sobre ella, es una operacion tan rápida, como la del milano cuando se arroja sobre una atribulada paloma. Y si á pesar de sus flores retóricas no consigue infundir en su auditorio un espíritu de benevolencia, no por eso le faltan arbitrios. Tiene un ojo verdaderamente práctico, una vista inteligente para conocer á los habitantes sencillos del interior, y desde el momento que descubre á uno lo asalta sin remedio, llevando por armas su lengua, y por motivos de su agresion un principio que conoce á las mil maravillas: *venter non patitur dila-*

tionem: unas veces hace el papel de un pobre estudiante que carece de libros para seguir su carrera; otras es un empleado destituido por envidia de su conducta inmaculada; otras es un hermano afectuoso, pero cuyo trabajo no alcanza á cubrir las necesidades de tres hermosas hermanitas que su difunto padre encomendó á su proteccion. ¿Pero cómo se acomoda esa caterva de mentiras con sus elegantes vestidos? Parece, pichona, que no conoces á nuestros paisanos. Pero el pollo, que los conoce mejor que tú, y que sabe dónde se puede descolgar sin que puedan marcarle el alto, acomete con la seguridad del triunfo, porque sabe que no le han de hacer preguntas importunas, y aun cuando se las hicieran, de mas graves lances sale con facilidad. Pues todavía, para el remotísimo evento de que esta industria no le produjera efecto, le queda otra, y es la de ocurrir á las casas de juego, donde pide prestado y juega, donde le da barato el ganancioso, y donde no pocas veces quedan *muertos* que él levanta, ó denuncia lances que á otros se escapan y á él le producen. De allí, por poco que saque, lleva lo suficiente para pasar uno ó dos dias, que para lo de adelante seguirá las industrias y honestas ocupaciones que ántes he dicho.

He aquí toscamente bosquejada una parte de la culta, de la civilizada, de la brillante ilustracion de la corte. No creas que lo he dicho todo: no he querido mas que trazar á gordos brochazos algunas de las maravillas que nunca has conocido, ni pudieron

siquiera imaginar los sabios de nuestro lugar. Porque, francamente, querida, ¿hay de esto en nuestras batuecas? En tus felices ensueños habias llegado á ver una perspectiva tan deliciosa como la de la vida de corte? Las costumbres y la vida de pollo no revelan un foco de luz tan brillante que hace plegar los ojos con sus resplandores? Pues bien, Bibiana mia; todo esto no es mas que la muestra: cuando hayamos dado algunos pasos mas, tendrás razon para admirarte. Poco á poco te iré civilizando, y en mi siguiente carta, si Dios me deja escribírtela, procuraré hacerte comprender la otra mitad de esa gran familia polluna; la cual mitad, tambien en virtud de la civilizacion, no lleva el nombre de *pollas* como cualquier batueco supondria, sino que se llaman *leonas;* pero no te asustes, porque aunque se las da tan terrible nombre no tienen garras, si bien gastan melenas; y en fuerza de ser unos animalitos harto civilizados, han sustituido á la ferocidad de las reinas del desierto la mansedumbre de los borregos, ó de los corderos, que todo se va allá. Adios, mi pobre lugareña: ¡cuánto te compadezco por estar todavía privada de los bienes inapreciables de la civilizacion! Espera mis otras cartas, y con ellas acabarás de admirarte. —*Caralampio Molinero del Cerro.*

México, 21 *de Febrero de* 1859.

Mujer mia: Ya sabes cuánta es la puntualidad con que desempeño lo que ofrezco; y tratándose

de tí, mi hermosa lugareña, y tratándose sobre todo de que adquieras la necesaria instruccion en los usos de la corte, y de que recibas el barniz cortesano que mas tarde aquí debes lucir, ya comprenderás con cuánto mayor motivo debo ser esacto. Hay otra razon, en mi concepto, mas poderosa que las anteriores, y es que se trata hoy nada ménos que de los usos femeninos, en los cuales te considero mucho mas interesada que en los masculinos; y como conozco tu natural impaciencia, allá voy, no me haré esperar mucho.

Te dije en mi anterior, al anunciarte ésta, que las *lechuguinas* como por allá decimos, aquí han tomado el retumbante nombre de *leonas*, y aunque allí te dí una ligera esplicacion sobre esto, voy ahora á ser mas claro: escúchame con atencion, Una mujer que lo entiende ha dicho que la mujer solamente lo es á condicion de ser buena, suave, afectuosa, tierna, y que no reuniendo ninguna de estas cualidades la *leona*, la reina salvage del desierto, es hasta cierto punto una injuria dar ese nombre á las jóvenes bonitas; pero se conoce que esa marisabidilla no conocia bien á sus hermosas compañeras; porque en tanto aceptan la comparacion del nombre, en cuanto que éste es mas vanidoso y vacío de sentido y de razon. Tú, que estás criada allá donde la verdad se dice siempre, aunque sea amarga, confesarás que por lo mismo que no tiene sentido, debe estár mas á la moda. Y sobre todo, la leona es la reina de los cuadrúpedos, y la

mujer lo es de los bípedos: he aquí la verdadera razon del nombre, y dejémonos de otras filosofías.

Dejando, pues, ese punto, pasemos ahora á decir qué se necesita para merecer el honroso título de mujer elegante. Es necesario, en primer lugar, tener un laboratorio mas surtido y rico que el del pollo; pues si éste necesita perfumarse y acicalarse, aquella toma de la casa de Montauriol y de otros lugares por el estilo toda su frescura y belleza. Ademas de los diversos jabones para las manos ó la cara, amen de las diferentes pomadas que bañan el cabello, fuera de las esencias variadas que se destinan al vestido ó los pañuelos, es indispensable una buena dósis de cascarilla y colorete que debe á todo trance poner las mejillas como ladrillo recien fregado.

Si el tocador del pollo da idea de la trastienda de una botica, el de la leona es un cróquis completo de un taller de pintura. ¡Y si vieras con qué destreza proceden diariamente á retocar aquella marchita hermosura! Estoy seguro de que el mismo Rafael no daba el primer *aparejo* á un lienzo con la maestría que esas bellas dan el correspondiente blanquimento á su hermosísimo busto. Verdad es que á veces sucede que un pañuelo ó una almohada repiten el milagro de la Verónica; cierto es que un sudor á deshora las pone como indianillas francesas; pero tambien muy esacto es que sin estos contratiempos representan muy al vivo un telon de boca, en lo cargado de colores. Ademas, este sistema presenta una ven-

taja muy grande que deben los moralistas apreciar: ninguna niña se atreve á dar ni recibir un beso, por muy grande que sea el amor que tenga al novio, porque habria el peligro de que el albayalde se quedase en los labios del atrevido, y en aquel friso de moderna invencion quedarian algunas manchas atigradas que denunciarian el pecado.

Bien: la seccion de pintura queda terminada, y entra la de peluquería: y aquí sí quisiera yo poseer un talentazo enorme para poderte dar idea de las variedades inmensas que presenta la leona en sus melenas. Por de contado que para corresponder á su nombre, todas las mas tienen quebrado el cabello, y á las que la Providencia no concedió ese ensortijamiento, queda el recurso de suplirse con la caña, ó de hacer por la noche mas cigarrillos que el antiguo estanco, y envolver en ellos la profusa ó menguada cabellera. Ya son unos enormes ahuecados á semejanza de los perros de aguas, ya son unos tremendos envoltorios que semejan los adornos que los borregos lucen en la cabeza, ya son los cabellos levantados hácia atras á guisa de que han visto un espectro, los diferentes dibujos que decoran aquellas lindas cabezas. En todo caso, lo importante es que unos rollos de pelo pongan á los lados de las sienes unos apéndices mas voluminosos que la obra principal. Antes se usaban los cogines para abultar el tafanario; pero hoy han tómado un rango mas elevado: abultan la cabeza.

Vamos á ver el vestido. ¡Uf! qué invasion tan completa ha habido en todos los atavíos masculinos! Convengo en que tengan razon las leonas para usurpar los vestidos de los pollos, ya que éstos han querido convertirse en damas. Ellas han recogido los despojos de la virilidad. Figúrate que cuando en las Batuecas usamos las *chaparreras* únicamente los que montamos á caballo, aquí las hermosas las traen como parte esencial de su vestido! La sola diferencia consiste en que aquellas son de alguna piel, miéntras que estas, como mas propias de la delicadeza del sugeto, son buenamente de lienzo y están adornadas con encajes ú otras lindezas por el estilo. Por allá podemos decir que el hombre gasta calzones en su casa; pero por acá los trae el hombre al par de la mujer: y con semejante título hay razon para que sean voluntariosas y absolutistas.

Sobre este hombruno atalaje van unos, dos ó tres pares de enaguas tiesas como un elector á fuerza de almidon: item mas, la elegante, la aristocrática, la cortesana *crinolina*. ¡Jesus mil veces! ¿Qué animal es ese? te oigo ya preguntar, santiguándote á gran prisa. No te asustes, mujer, no es mas que el armazon del paragua: entiendes? no? pues es el gas que ha de inflar un globo: tampoco? Pues es lo que ha de dar la figura de un embudo boca abajo: ménos? Pues es el tontillo de nuestras bisabuelas, y ahora sí creo que me habrás entendido. Pero por si fueres tan topa, que ni aun así, procuraré esplicarme lo mejor que

pueda. Te dirá buenamente que por la parte que toca al suelo debe cubrirse un espacio de dos varas, aun cuando por la parte superior no haya un palmo; y para que mas cabal idea te formes, te pondré un ejemplo tomado de las Batuecas: haz cuenta que ves una gallina tapando pollos, y esa misma figura es la de una leona cuando se sienta en el suelo; mas si está de pié, compárala con un paragua abierto, ó si te parece mejor, con la campana mayor de nuestra parroquia. Ya has puesto la atencion en los pavos (alias guajolotes) cómo se estienden de la cola cuando tienen sus ratos de buen humor, pues así es como las leonas estienden su vestido en que han entrado veintidos varas de ancho género, cuando quieren dar idea de su elegancia.

Que vengan ahora los poetas y llamen á estas arropadísimas damas *sílfides* como ántes lo hacian impunemente; y si acaso encuentran lo aéreo de ellas, será únicamente en el meollo, porque desalojada la ligereza de todo el cuerpo, ha ido á ocupar el asiento preferente de la cabeza. Bien podrá hoy una pintada mariposa desafiar á una de estas juguetonas niñas; los zagalejos y la media arroba que pesará la crinolina, á buen seguro que las dejen mover de un sitio; mucho ménos perseguir á su alada enemiga. Porque te hago saber que á fin de que ese adminículo tenga las condiciones indispensables, debe tener cuatro ó mas aros de fierro, sin los que el armazon quedaria informe. Por eso verás dos cosas: la prime-

ra, que en el dia es indispensable que en cada casa de buen tono haya fragua para que esté componiendo las crinolinas, así como ántes habia joyero; y la segunda, que siendo nuestro siglo llamado por los tontos insustancial y ligero, las damas han querido dar un mentís á los parlanchines y ostentan mucha carne y demasiada gravedad; pero este es el resultado de las varillas de hierro, y aquella está figurada por setenta varas de género. Convengo en que esta es una proteccion directa al comercio; pero tambien es el tormento continuo de los papás y maridos, y entiendo que la caridad bien ordenada por la casa debe comenzar.

Las invasiones á la ajena propiedad no se detienen aquí. Han tomado del sexo fuerte la levita, la chaqueta, el chaleco, la corbata, la talma, el surtú, y lo que es mas, hasta los tacones. Ninguna ninfa deja hoy de entrar á las salas y á los templos haciendo mas ruido que un recluta cuando marca el paso. Es por aumentar la estatura, ó es por avisar á los espectadores que llega un objeto mas digno de sus atenciones. No lo sé á fé, pero puedes creer cualquiera de las dos suposiciones, y te aseguro que no yerras.

Pero, no hay duda, todo es monstruoso; debe todo distinguirse por su enormidad. Sea que la leona se cubra la cabeza con la mantilla ó el tápalo, sea que ostente un elegante peinado, debe lucir unos *fistoles* con cabezas pleonasmáticas, porque ó bien son unas

gruesas manzanas, ó bien son unos regalados gitomates, ó por fin, son unas perillas de balcon á las que honran con el modesto nombre de *clavillos*. Pues si estos son los diminutivos ¿qué serán los aumentativos, Santo Dios?

Por fin queda la leona en disposicion de presentarse á sus admiradores, y, ó es el balcon donde luce sus encantos, ó marcha impávida á la calle á recibir aplausos. Por donde quiera que pasa lleva la cabeza erguida, marcha con mesura y recibe el obsequio de que se la ceda el paso ó cualquiera otro de urbanidad, con un supremo desden, con la conciencia de que nada se hace en su favor que no merezca, y por lo mismo nada es demasiado. Si entra al templo, busca desde luego una compañera con quien entablar una larga conversacion, y si se ofrece allí paga las visitas que debe á su amiga, cuidándose poco de reir como en su casa ó levantar la voz como en el mercado. Si va al paseo, ordinariamente lo hace en coche, y entónces debe ir tendida muellemente dejando flotar por uno y otro lado los dilatados pliegues de su vestido: algunas veces tiende perezosamente sus piés en el asiento delantero, del mismo modo que si se encontrara en lo mas retirado de su gabinete, y sin tener por testigo de su coqueta postura á todo un público maldiciente por demas y comentador sin escrúpulo. Si va á pié es de todo rigor la sombrilla, aun cuando el rubio Apolo esté como dama desdeñosa, sin querer mostrar la cara; pero la sombrilla,

por un contraste singular, de esos que no tienen esplicacion alguna, debe ser un solideo ó poco ménos, porque muchas veces no alcanza á cubrir sino parte de la cabeza.

En cuanto á las costumbres y vida íntima de la leona, en cuanto á su educacion, casi casi nada tengo que decirte, despues de haberte dado á conocer los hábitos del pollo; porque salvas las diferencias propias del sexo, la semejanza es muy grande. Por supuesto que en una confidencia de amigas no hay aventuras escandalosas; pero sí hay lectura de epístolas que por cierto no son las de San Pablo, ni algunas otras de las que la Iglesia llama católicas. Se habla entre ellas de pasiones; pero no entiendas que de las que escribieron los Evangelistas: se confian las citas que tienen pendientes; mas no para evacuarlas en algun libro. En fin, unas á otras se revelan sus secretos y se hacen la relacion de la crónica de todas y cada una de las conocidas y no conocidas, porque nadie escapa en aquel periodismo femenil.

En cambio de todas estas hermosas cualidades, verás que tales personas jamas visitan la cocina, porque seria indigno de una reina, aun cuando sea del desierto, entender en la confeccion de un plebeyo puchero: la aguja suele pasar por sus manos, pero solo cuando se trata de lucir la habilidad en un bordado: la escoba es planta exótica para ellas: los libros, como no sean novelas de Hugo ó de Dumas, y de vez en cuando algunas de Süe, les causan horror;

y para no cansarte, con tal que bailen con soltura una redowa, ó martiricen algo un piano juntamente con las orejas de los oyentes; con tal que puedan decidir sobre el uso de la crinolina, y de las salidas de baile, y de las capas argelinas, y del lenguaje de las flores, y de romanzas, y de cavatinas, ya puede llamarse perfecta la educacion de esas beldades de gran mundo.

Estupefacta estarás, cordera mia, con la narracion de tantas maravillas: y acaso quisieras estar á mi lado para desatarte en preguntas que sin duda se te pudren en el cuerpo, á cada novedad que te descubro. Pero, cómo ha de ser: yo creo esplicarme con toda claridad; pero si tú no comprendes la mayor parte de lo que te digo, la culpa solo la tiene esa civilizada ilustracion, que sin acordarse que tambien nosotros somos hijos de nuestros padres, no ha llevado sus beneficios hasta nuestras remotas Batuecas. Mas no hay que afligirse ni darse á la desesperacion. Ya vendrás á la corte, y verás con tus propios ojos la verdad de cuanto te cuento, y trayendo contigo este acopio de conocimientos que procuro infundirte, poco trabajo te costará aclimatarte á los usos elegantes de corte.

Sí debo recomendarte desde ahora, que dejes por allá el corazon que Dios te dió, porque las mujeres aquí, al fin leonas, deben tener sentimientos iguales á la gran reina que les da su nombre. Es de un pésimo tono el mostrarse uno tal cual es, y se debe llo-

rar cuando otros lloran, aunque maldita de Dios la lágrima que salga del corazon, y por el contrario se debe reir, aunque mas esté el individuo para hacer pucheritos. Pero no te asustes: poco se llora aquí, principalmente entre las damas; y la razon es que se han empeñado en desmentir las exageraciones y licencias de los poetas que á cada paso convertian en perlas las lágrimas de las hermosas. Hoy si una leona llora, cosa verdaderamente singular, los cantores de su belleza dirian, y con mucha verdad, que si tales lágrimas no eran perlas, era una cosa muy parecida, porque el albayalde mezclado con el líquido de los ojos formará al deslizarse ciertos globitos sólidos, que dejados endurecer al sol, podrian pasar por lo ménos por cuentas de un rosario. Lo que sí se hace en la culta sociedad es cantar; pero como el idioma castellano es muy vulgar, debe hacerse en italiano, aun cuando no se entienda de él una sílaba, vale que para espresar los afectos la Cortessi ó la Tomassi cantan en el teatro, y de ellas puede tomarse la actitud que mas cuadre á cada individua.

Descendamos ahora un poco, y hablemos de las *seudo-leonas*, que es cómo si dijéramos de las intrusas, de las que no siendo otra cosa que unas pobres hijas del pueblo, afectan los usos y aun el dialecto de la elevada sociedad. Se disfrazan perfectamente; pero al mas ligero descuido notarás debajo de la piel del leon la pezuña que denuncia al asno. Y líbrete Dios, como de la peste, de una de estás fingidas se-

ñoronas, porque donde te llegue á pillar, te aturde, te contunde, te anonada. Te hablará de todo con tono magistral, te referirá la multitud de sus tertulias y *soirées*, de sus convites y recepciones, de sus *album* y *souvenirs;* y tanto, tanto te dirá, que á vuelta de media hora tu cabeza será incapaz de retener toda esa seccion de variedades.

Pero no, paloma, no te dejes cojer en esas redes. Atiende á mis consejos, que si no son los de la sabiduría, son á lo ménos los de la esperiencia. Voy á darte una lijera idea de esta nueva especie, por si tu negra fortuna te pone en contacto con ella.

O la falsa leona de que tratamos vive al lado de la legítima leona á quien parodia, ó no. Si lo primero, lo mas comun es que vegete allí en calidad de costurera, ó ama de llaves; y el continuo contacto de ambas, hace que las maneras y estravagancias de la una vayan infiltrándose en la ótra; y como, preciso es decirlo, una de las buenas cualidades de la leona (la verdadera) es ser manirota y franca, sucede que el vestido cuya moda pasó y que no pudo tener la cómoda salida de cambiarse por piezas de cristal ó loza que adornen el tocador, ó que ciertas ropavejeras encubiertas no han querido comprar, pasa á ser esclusiva propiedad de la adjunta leona mediante la generosa donacion que con todos los requisitos legales hace de él la señorita, y cátate á mi heroina vestida á la parisiense; y ¡voto á cuatro! que hace honor al uniforme por mas ilustre que él sea. Si acon-

tece lo segundo, entónces la surten de elegantes trajes esas mismas compradoras de ropa que he mencionado, y que no obstante vender mas cómodamente que en muchas de las innumerables baratas que pululan en la cortesana México, siempre ganan un noventa por ciento. Figúrate si comprarán á su vez á precios equitativos. Pero como es de muy buen tono variar trajes, el que se ha usado algunas veces ya no sirve para otros usos que los mencionados. Si la provision no trae ese orígen, entónces reconoce otro que no le va en zaga: su vestido ha salido de las casas de empeño, de las cuales te hablaré en mi tratado de cosas. Por ahora confórmate con saber que ya está vestida decentemente la niña en cuestion.



Su domicilio es por lo ordinario un mal cuartejo en una casa de vecindad, donde posee unos muebles análogos á la habitacion; pero nunca penetrarás en ese santuario, porque seria la vista de su aposento, la muerte de todas las ilusiones que hubiera querido infundirte. Así es, que si despues de haberte referido una historia amenizada con los recuerdos de un concierto ó las reminiscencias de un baile, le preguntas cándidamente por su casa, ó te da señas estraviadas ó se desentiende de la pregunta haciendo pasar la conversacion á cosas muy diversas; pero co nuna volubilidad admirable. Y si por casualidad haces conocimiento con ella en el paseo ó en la calle, no la introduzcas á tu casa, porque con el mejor donaire del mundo, á la media hora de amistad te pretestará

cualquiera escusa que la obliga á llevarse tu tápalo ó vestido dejándote el que lleva, que siempre vale mucho ménos que la prenda que le franqueas. Porque eso sí, querida, aquí se hacen amistades, principalmente femeninas, con mas facilidad que la que por allá tenemos en bebernos un huevo tibio. Ya se ve: están aquí todos tan civilizados, que á una simple ojeada saben ya con quién han de congeniar, y por lo mismo no se tardan mucho en andar *harto* camino. Á la primera vez que se encuentran se saludan, á la segunda, se abrazan, ya á la tercera se tutean, como tú y yo lo hacemos. ¡Qué felices son estas gentes en tener tantos amigos, cuando ya ves que por nuestras Batuecas no se alzan cosechas de ellos como de calabazas!

Si esta leona está impedida de imitar á la otra en el uso del coche, y en las asistencias al teatro, por ciertos motivillos que me callo, no lo está de remedarla y aun de sobrepujarla en otras cosas; por ejemplo en la concurrencia al templo. Como en la casa de Dios todos somos iguales, mas que en ciertos sistemas de gobierno que yo me sé; vieras á esta mona entrar con tanta gravedad como un guardian que va á presidir el coro despues de refectorio: vieras su finchada magestad al pasar por entre gentes que nó la conocen, y viérasla esponjarse y estenderse sobre el pavimento, tan gallardamente como lo hacen aquellas plantas de nuestros lagos cuyas hojas nadan en la superficie de las aguas, levantando en medio de

su multiplicado ropaje una pequeña flor, mucho mas bella sin duda que la cabeza que aquí asoma entre una pieza de tela. Muchas veces quedan sepultadas bajo esas *avalanches*; pero nadie podrá persuadirme de que la higiene no haya ganado con esto, porque un constipado, una calentura, se pueden curar con facilidad, mediante ese sistema de tomar sudores, y ya verás si no es una ventaja inapreciable deshacerse tan á poca costa del médico y del boticario, y sobre todo de una enfermedad.

Hay por allá por la Palestina, segun dicen los que lo han visto, un árbol á orillas del mar muerto, que da unas manzanas hermosísimas á la vista por su hermoso color, y por su perfecta redondez; pero son manzanas que al partirlas, solamente se encuentra en su interior ceniza. Pues creo que los que emprenden un viaje tan largo para ir á conocer las tales frutas, son mas batuecos que yo, puesto que sin necesidad de cansarse tanto, sin gastar sus realejos y sin tener que lidiar con pasajeros, posaderas y sobre todo con diligencias, sin salir de esta hermosísima ciudad podian encontrar de esas manzanas á docenas. Porque ¿qué otra cosa es la leona intrusa, sino una manzana atendida su redondez? y ¿qué otra cosa presenta á la vista sino el coloreado traje que es como la corteza de la consabida manzana? Pero falta la ceniza, me dirás: pero no señor, no falta, responderé yo con aire triunfante; y con razon, porque si el interior de esa fruta no es ceniza, es á lo ménos

de color cenizo, segun la poquísima limpieza que encontrarás. Ergo pilléte. Y tienes que he cumplido mi intento.

Con las lecciones y documentos preciosísimos que acabo de ministrarte, supongo que irás saboreando las delicias de la civilizacion, y quién sabe si estará haciéndosete agua la boca por venir á gustar esta vida encantadora; pero no, hija mia, aún no dejas el pelo de la dehesa, y sin acabar de ilustrarte, no he de ser yo quien te traiga á cometer mil tontunas impropias de tan cultísimo teatro. Así es que por ahora no hay *mus*. Déjame acabar de instruirte, y si veo que aprovechas mis importantes trabajos, y si no temo que me hagas sudar de vergüenza, ¡oh! entónces vendrás á perfeccionar tu educacion enmedio de esta nobilísima ciudad. Conque aguarda mis otras cartas que pronto te las enviará tu—*Caralampio.*

México, 24 *de Febrero de* 1859.

Bibiana mia: Cuánta será tu impaciencia por recibir mis epistolares producciones, la calculo por la mucha que yo tengo en enviártelas, y como somos de un mismo modo de pensar, fortuna que no todos los matrimonios tienen, ni mucho ménos los que se suelen hacer aquí en la corte. Así es que sin esperar á que me digas nada sobre mis anteriores, las cuales contestarás cuando el señor administrador de correos te permita su respetable licencia de usar de lae stafeta; sin aguardar á que me hagas una multi-

tud de preguntas que sin duda se te ocurrirán, me apresuro á enviarte esta que tiene por objeto el seguir catequizándote en lo que hoy mas necesario te es: en el conocimiento de las costumbres de la corte.

Hiciste ya conocimiento con los dos legisladores supremos de la perfeccion elegante, el pollo y la leona: voy ahora á ponerte frente á frente de otra clase de individuos, dignos de llamar tambien tu atencion, porque es una especie muy poco conocida allá en nuestra tierra, y propia esclusivamente del clima benigno de México. Llámase la tal especie de *cotorrones*, nombre que á decir verdad, no atino por qué ha sido adoptado, si no es por el incansable movimiento de la lengua. Pero en fin, es nombre que el clasificador le dió, y yo no me creo autorizado para hacer innovaciones en lo que hallo establecido. Sus razones tendria, y las respeto.

En esta especie, lo mismo que en la otra, hay sec sos; y por tanto debe haber cotorrones y cotorronas. Y como de justicia, el masculino es reputado por mas noble, por él comienzo. Un cotorron es como si dijéramos el maestro, el decano de los pollos, y aunque frisa en los cincuenta y tantos años, le gusta mucho asociarse de preferencia á los mozalvetes. Muy poco se cuida del contraste: por el contrario, cree que al lado de ellos puede ocultar su medio siglo, y pasar por compañero de los infantiles juegos de aquellos. Para hacer mas completa la ilusion, viste con el mismo esmero, y si puede sobrepujarle no le pesa.

Como á esa edad acontece las mas veces que ya las carnes van perdiendo su morbidez, y en lugar de ella aparece cierto estudio anatómico, forzoso le es requerir al benéfico algodon á fin de que la robusta pantorrilla anuncie unos veinticinco años, y el pecho y la agobiada espalda adquieran unas formas verdaderamente juveniles. Si los dientes han emigrado y han dejado la boca como casa sin inquilinos, ocurre á Seager ó á Crombé que para dar huéspedes á semejantes habitaciones, son sin disputa mas eficaces que el ministro de fomento para dar colonos á la República. Si el cabello amenaza consumirse por la nieve, corre á la perfumería higiénica, y dos ó tres botellas adquiridas lo ponen como alma de conspirador. Si un ojo está marchito y el otro no muy fresco, Calpini suple tales accidentes con unos anteojos oscuros que todo lo ponen como el porvenir, pero que por lo tanto ocultan mejor la mácula: las arrugadas manos van ocultas bajo primorosos guantes que él, el cotorron, cuida mucho de ir á comprar en donde la vendedora lleva [la] complacencia de ponérselos en sus propias y blancas manos: las del rostro desaparecen bajo una capa de cascarilla, ó bajo la preciosa toalla de Vénus: los surcos del pescuezo que á guisa de violin desperfeccionarian tales figuras, van ocultos por la bien acabada red de una corbata, y por el blanquísimo cuello de la camisa, artísticamente colocado. Si la barba aparece crecida, por supuesto que va con su correspondiente tintura, pero lo

comun es que los cachetes se ostenten como posaderas de nene en regular alimentacion.

Si como tambien suele suceder, el abultado abdómen osa deslustrar aquel pretendido esbelto talle, entónces nuestro amigote compra un sólido corsé que reprima la audacia de un vientre insurgentado; y el corsé, con mas eficacia que ciertos generales, sofoca la rebelion de un miembro que intenta trastornar el buen órden del cuerpo social. Por ese estilo se corrigen todos los defectos de la organizacion cotorruna, y tú con tu mujeril perspicacia, quizá no podrias distinguir claramente si era tu papá ó tu hermanito menor, el dia que te se presentara con todos sus atavíos.

Dos objetos se propone el cotorron cuando, mediante los progresos siempre crecientes de la civilizacion disfraza sus años y contra sus arrugas: que le tengan por un jóven calavera, el uno; y el otro poder pillar una leona de la primera tijera con quien compartir su suerte y de quien recibir tiernas caricias que vivifiquen su helado corazon. Para lo primero pone en juego una coquetería y una mímica ridículas, sin escusar paso alguno por impropio que sea de su venerable edad. Para lo segundo cuenta con su larga esperiencia adquirida en muchos años de combates, y el conocimiento que tiene de las partes desmanteladas de la fortaleza que quiere rendir. Unas veces lo hallas en el portal presidiendo un círculo de pollos que se empeña en divertirse á costa de un in-

feliz frutero, á quien sin compasion escamotean las naranjas y duraznos; otras ocasiones lo ves en las gradas de una plaza de toros alborotando con sus gritos desaforados y animando con sus voces á un tímido picador: ora lo encuentras en el teatro haciendo un ruido infernal con su baston sobre la luneta ó enviando sobre la orquesta á guisa de proyectiles los cojines de las bancas; ora se te aparece en los regocijos de un baile, ordenando una contradanza ó completando las figuras de una cuadrilla. Es mucho su movimiento, grande su animacion, vigoroso su ejercicio, á fin de que por ningun motivo se descubra que bajo el humo de aquel volcan solo existe la nieve.

En una tertulia es el primero en promover un juego de prendas á efecto de poder dar sentencias en que él figure recibiendo un abrazo rogado ó escuchando y diciendo secretos contra el pobre que se fué á Berlin. Si á una niña se le cae el pañuelo, él por un esceso de urbanidad es el primero en levantarlo, para poder al descuido apretar la redonda mano de la descuidada niña. Si á otra se le rompió un broche del vestido, él está listo en ir á subsanar el contratiempo supliendo con un alfiler, porque esta oficiosidad le proporciona la ocasion de oprimir una blanca espalda. Si á otra se le desprendió el peinado, él está pronto en remediar el fracaso, y con pretesto de colocar la prófuga flor, ó la fugitiva trenza, se permite libertades que hacen poner coloradas á las muchachas. Lleva en la faltriquera dos pañuelos que

tanto le sirven para redondear su consumida cadera, como para ofrecer galantemente uno de ellos á la olvidada jóven que fué á la tertulia sin el suyo. En suma, mi vejete sabe sacar partido de todo cuanto los jóvenes no saben aprovecharse por la timidez propia de los noveles campeones.

Si con tales zalamerías logra embaucar á alguna inesperta y tierna jóven, (porque las jamonas nunca merecen sus sufragios) vieras qué pasion tan cómica y qué pasear á todas horas, la calle donde vió la incauta paloma, y qué sobornar criados y criadas para que conduzcan la apasionada correspondencia. Sus cartas son fogosas, ardientes, respiran amor, revelan juventud, y tocan las fibras mas delicadas del corazon de una mujer. Muchas veces en competencia con un jóven de regular personal, la victoria se decide en favor del viejo, y su desventurado rival corre á ocultar su derrota en el último rincon del mundo. Porque conociendo bastante los caprichos mujeriles, los sigue paso á paso y se aprovecha de cualquier desavenencia que hay entre la dama y el galan, sin hacer escrúpulo de agitar con sus denuncias aquellos turbados ánimos, para encender mas la guerra y ofrecer luego su mediacion, que á muy poco sabe convertir en cosa de mas sustancia. Hace ni mas ni ménos lo que una nuestra hermana y vecina: azuza nuestras discordias y enciende nuestras revueltas para darnos luego su protectorado y convertirnos en sus esclavos.

Muchas veces no se contenta con ese maquiavelismo, sino que pone en juego otro mas odioso todavía. Denuncia á los padres los amoríos de la hija, y con la hipocresía mas diabólica se ofrece á ser el cancerbero que guarde aquella presa; miéntras que al pobre novio le ofrece el oro y el moro, y lo pone bajo su insacudible tutela para poder conocer el juego de su antagonista, sin que éste se aperciba de sus cartas.

Con tan diestras maniobras, ninguna estrañeza te causará que el domingo que ménos lo esperes, oigas en el altar del Perdon, ó en el Sagrario si ha vuelto á desempeñar sus funciones, á un auténtico monacillote leer en la misa de siete ú ocho la siguiente proclama: "Don Filemon Guacamaya, originario de esta ciudad, de....tantos años [los que quiso descubrir] intenta contraer matrimonio con Dª Azucena Babieca, de quince años de edad....etc., y dicho y hecho, el hombre se casa, y lleva en dote á su linda mitad, una peluca que encubre su calva, unos dientes que han colonizado su desierta boca, muchos pomos de infalible remedio para teñir las canas y muchas libras de algodon para aumentar su consumido volúmen. Item mas, una tos asmática, una reuma crónica y algunas otras tachas dignas de no describirse.

¡Y la novia, qué dice de esto? Que cuando la primera noche de bodas llega á descubrir el chasco, que cuando bajo todos los afeites postizos de su exiguo consorte llega á encontrar unos pergaminos de

mala ley, y un cuasi cadáver, forma una de dos resoluciones: si los principios del bien se sobreponen á las sugestiones del mal, se decide á hacerse una hermana de la caridad, y desde luego se resigna á cambiar sus pomadas por unturas y sus pomos de esencias por redomas de aceites. Si las semillas del mal ahogan las inspiraciones del bien; entónces quiere tomar su revancha y no escusa medio para conseguirlo. Aquel matrimonio en este segundo caso es un bosquejo de la guerra de Troya; en el primero es una imágen del martirio de los antiguos tiempos.

No puedo ser mas largo. En la otra que te escriba parlaremos un poco de la otra mitad de la especie que he comenzado á describir. Adios mi Bibiana.—*Tu Caralampio.*

México, 26 de Febrero de 1859.

Pichona mia: Ya te hablé en mi anterior un tanto cuanto de los cotorrones: Déjame ahora, querida, pasar á la cotorrona, de quien, por lo que pueda acontecer, me he declarado enemigo natural; porque aunque no temo andar á salto de mata, estando tú tan frescachona, y robusta, bueno es vivir con cautela, á fin de no entrar en tentacion.

Al grano. Es la cotorrona sobre poco mas ó ménos de la misma edad que su hermanito; pero como en ella han hecho mas estragos los inviernos, pasa mayores trabajos para ocultar las injurias que ha re-

cibido, tanto mas cuanto que si puede calarse una peluca, teñirse el cabello y poblar sus encias, trabajo le cuesta borrar el apéndice de la espalda y esconder los estropicios de los ojos y de tal ó cual berruga inoportuna que la naturaleza y la edad han puesto en su marchito rostro con honores de mohonera para señalar los límites de aquellos campos. Por lo demas, procura imitar perfectamente las maneras de las jóvenes, poniendo no cinco, sino cincuenta sentidos en prenderse de mil alfileres. Prefiere para sus trajes los colores mas pintorescos, á fin de que aquella primavera perpetua, mas digna de tal nombre que la isla de Calipso, pueda comunicar á su corazon pensamientos color de rosa. Adopta ese andar seductor de las niñas de quince años, parodia sus candorosos descuidos, afecta sus inocentes equivocaciones, y, si posible es, vuelve á los juegos infantiles de sus nietos. Ya se ve: ¡es tan sencilla! es tanta su inocencia! ¿Y á qué fin todo esto? preguntarás admirada. ¡Bagatela! A fin de apechugar el dia ménos pensado con un pollo tierno á quien mimará y regalará con esmero, á quien proveerá de dijes y de chucherías, á quien engolosinará con sortijas que vienen á ser el precio en que compra su blanca mano. Hablará al pollo sin cesar de la fogosidad de su corazon, de la sensibilidad de su alma, de sus pesares no comprendidos, de sus afectos tiernos para el que lograra ocupar su pensamiento. Elogiará unas veces el carácter festivo de su víctima, afeará con tiernas recon-

venciones su veleidosa inconstancia, y cada dia le irá haciendo tragar á palmos el anzuelo con que intenta pescarlo. Allá como por casualidad dejará caer de cuando en vez sus reflexiones morales sobre el santo matrimonio, y pintará la felicidad suprema que esperimentaria el hombre á quien ella hiciera dueño de sus apasionadas caricias, y coqueteando ahora, y aparentando gravedad luego, lucirá por fin el dia en que un pobre bobalicon cometa el nefando pecado de arrojarse á los piés de tan engañadora sirena, quien no le alzará á sus brazos sino hasta despues de haberse asegurado con muy buenas hipotecas.

Cayó en el garlito el pobre bagre; pero qué mucho que él se haya dejado coger en la red, si la cazadora no ha escaseado cuanto puede ablandar un corazon aun cuando fuera de piedra berroqueña? El pobre se da á todos los diablos pasados, presentes y futuros, allá en sus adentros; pero seria mas fácil que la cotorrona volviera á sus quince, que soltar lo que en tan buena, aunque no leal batalla, le ha cabido en suerte. Para remover todos los obstáculos ella misma cuida de los preparativos de la boda: ella ve al sastre que acicale la pobre víctima del sacrificio: ella compra las donas: ella ocurre al provisor por la dispensa de proclamas, porque quiere apresurar el dichoso dia, á fin de que su honra no padezca por la intimidad que el público ha visto entre ella y su futuro, la cual intimidad ella misma ha procurado pregonar aun por los periódicos: ella con sus propias

manos adorna la casa y estiende las esquelas de convite, y condimenta cuanto ha de servir para regalo y solaz de su tierno pichoncito: ella en fin dora la píldora al desventurado enfermo, á quien sin duda le vendria mejor un cáustico en la lengua por haber dejado escapar las imprudentes palabras que ocasionan su sentencia de muerte.

Un matrimonio mas, un matrimonio heterogéneo, disímbolo, anticonstitucional viene á escandalizar á la culta, la elegante sociedad. La luna de miel es un prolongado suplicio para el pobre paciente: los mimos y halagos de aquella reverenda dueña, son otros tantos alfilerazos que punzan sus infelices carnes: las caricias hechas por una arrugada y huesosa mano son como otras tantas bofetadas que recibe: los requiebros que está condenado á escuchar le suenan como violin de principiante. ¡Oh Bibiana, Bibiana! Diocleciano quizá habria hecho vacilar la constancia de los mártires si les hubiera propuesto que se casaran con una cotorrona. Válgame Dios! ¿Dónde pueden ser comparables las parrillas ardientes de aquel tirano, con las tiernas y ardorosas quejas de una vieja de medio siglo á un mancebo de veinte años? Qué proporcion guardan los garfios y caballetes que destrozaban el cuerpo, con los endiablados celos de una contemporánea de Revillagigedo, que no deja á su pobre adjunto que alce la vista cuando hay visitas de jóvenes bonitas, ni que salude á la prima, ni que baile con la vecina, ni que la recamarera le dé un

vaso de agua, ni la costurera le apunte un boton? Y pobre de él si por desgracia falta á sus prescripciones, porque entónces hay una sarracina capaz de aturdir á un muerto. Allí son las lágrimas y los juramentos: allí el lamentarse de su desgraciada suerte: allí el desesperarse por haberse dejado engañar y seducir por un hombre que en nada tiene su inesperiencia y sus pocos años; cuando el seducido, el engañado, el inesperto y el único que tiene derecho á ahorcarse es el pobre diablo que se dejó atrapar como en una ratonera por la que hace el papel de simplecilla é inocentona.

Un solo medio queda para calmar aquel campo de Agramante, y ese ordinariamente lo emplea el injuriado marido, deseoso una vez de salir de aquel purgatorio donde compurga aun los pecados de su última descendencia.—Entablar el divorcio.—Esa idea que sin duda podia ser acojida por ambos contendientes, como incentivo de la guerra intestina, viene á ser la oliva de paz que acaba todos los resentimientos y restablece la armonía en el matrimonio. Porque, ¿cómo se habia de resignar la cotorrona á vivir sola despues de haber saboreado las dulzuras de una agradable compañía? Ese seria un acontecimiento que daria con ella en el sepulcro, y la cotorrona aunque ha vivido mucho, todavía quiere vivir mas.

Pero no vayas á figurarte que la dueña transije de buenas á primeras: no señor. Ella sabe sacar parti-

do aun de la misma desgracia. Así es que para engaratuzar mas al pobre tonto que pescó, y para afirmar de un modo mas estable su tiránico dominio, tan luego como escucha la palabra fatal de escision, se siente morir, le acomete horrible desmayo, y todo es correr por el vinagre aromático, por el pomito de esencia, y finalmente, por el médico y el confesor. El primero se retira despues de haber propinado agua de violetas endulzadas con azúcar, y el segundo, que es el médico de la alma, justamente de la parte que padece, queda á la cabecera de la enferma, dándole gracias á Dios de encontrar un ejemplo mas de lo que son las pasiones, puesto que un cuasi cadáver se anima con ellas.

El buen sacerdote recibe las confidencias como se las quieren hacer por supuesto, resultando siempre cambiados los papeles, porque el pobre angelito, causa de tanta desventura, empieza á oir los sermones y amonestaciones, que su mamá-esposa desea le caigan encima, no solo por los estravíos pasados, sino principalmente por la conducta futura. Allí tiene que hacer una retractacion solemne de sus palabras y pensamientos, aun mas esplícita que si se tratara de la constitucion de 57: allí debe hacer promesas y votos como si estuviera en alta mar ahogándose: allí son las recriminaciones y las quejas por parte de la enferma, y las escusas y los arrepentimientos por parte del inocente muchacho, que azorado por cuanto le dicen, poco falta para pedir perdon de rodillas

á quien allá en sus mientes quisiera ver con la estrema-uncion.

Ahora, si por accidente [que los de esta clase se multiplican] el matrimonio en cuestion se hizo entre rica y pobre, pueden tanto las dietas y asusta tanto la dieta, que el mocito cual si fuera diputado ofrece su voto al que entónces hace de poder ejecutivo, para no perder los vales de la tesorería, ni verse escluido de las propinas que llueven el año nuevo y el dia del cumpleaños, y otros así. Amnistía completa sin artículo 4º elástico: olvido de todo, y la nanita se restablece como por ensalmo, y al dia siguiente sale el boquirubio á lucir del brazo á su amada consorte que en cambio de tanta deferencia y de tan humilde protesta le regala á su amartelado nene una cadenita para el reloj, ó un par de guantes de seda, ni mas ni ménos que como lo hicieron ciertos ciudadanos cuando en cambio de nuestros auríferos terrenos tuvieron la galantería de darnos algunos juguetes.

Hé aquí, pues, una especie que te era desconocida y que sin mi venida á la civilizada corte, acaso jamas hubieras sospechado su existencia. ¿No son verdaderamente prodigiosos esos séres que á su avanzada edad vienen á realizar esperanzas que serian el martirio de otro cualquiera? Ya ves: ellos son como la misericordia del Señor que pasa de generacion en generacion: siempre antiguos y siempre nuevos, han alternado con tus abuelos, y en un descuido los verás jugar á la gallina ciega con tus hijos. Son los

verdaderos, los únicos Cagliostros y Condes de San German que existen y han existido: son los protocolos y archivos de la especie humana, son la crónica viviente de los siglos.

Adios, Bibiana mia: te deseo como única, como verdadera felicidad, que siempre estés lo mas léjos posible de los cotorrones y cotorronas; y que mejor tengas un tabardillo, una alferecía, una enfermedad cualquiera, hasta un lobanillo sobre el ojo, ántes que habértelas con esa familia.—*Caralampio Molinero del Cerro.*

México, 28 *de Febrero de* 1859.

Mi Bibiana: Segun el plan que me he propuesto para comunicarte mis observaciones parece que ya debia empezar mi tratado de cosas, habiéndote dicho lo bastante sobre personas. Casi creerás que despues de haberte descrito mas minuciosamente de lo que lo hizo Buffon unas razas hasta hoy desconocidas de nosotros, ya nada quedaria á mi curso de historia natural; pero te equivocas lastimosamente, y no quiero privarte de otros nuevos conocimientos que quiero infundirte para tu mayor ilustracion, y para honra y gloria de la gran familia cortesana.

Conoces ya el pollo; poco mas ó ménos has comprendido á la leona: no te es estraño el cotorron, ni ménos te es desconocida la hembra de este pajarraco.

Ahora vas á trabar amistad con otros animalitos asaz curiosos que tambien son fruto esclusivo de este país afortunado. Llámanse culebras y culebrones, segun que son mas ó ménos añejos, y mas ó ménos peritos en sus movimientos y buen resultado. ¡Arre allá! Parece que te horripila el tratar con semejante familia que anda á rastras, pero no tengas miedo, mujer; esos animales no tienen ponzoña, á lo ménos para los que como tú y yo no vivimos en el centro de la capital ni estamos espuestos á la calamidad de ser ministros.

Dotados estos animalitos por la naturaleza de la inapreciable facultad de cambiar la piel, deben al arte la grande ventaja de cambiar tambien de movimientos, de lenguaje y de cuanto puede perjudicar al ilustre papel que desempeñan en el teatro de sus proezas. Por allá, nosotros conocemos una especie de esta familia, pero tiene sus desemejanzas, porque aquella vive en los campos, no habla ni gasta muchos adminículos que son indispensables á la especie de la que ahora vamos á tratar. Figúrate que aquí la encuentras en muchas partes, y no las peores por cierto; pues al contrario, siempre procura escojer el lugar mas bello, mas florido, mas productivo, en fin, para el objeto con que han sido criados los individuos de esta raza. Por lo comun, su nacimiento, ó su conversion en culebra empieza á los cuarenta años. Pocos, muy pocos son los que nacen mas tiernecitos, y esto debe atribuirse á mi modo de ver, á que aquí todo es pro-

greso, y aun muchas veces se anticipa la edad á la salida al mundo de todos los que deben figurar en la bienaventurada México.

Desde el momento en que tales ciudadanos ingresan á la familia culebril, debes estar segura de que lo primero que ves en sus manos es una trompeta bastante sonora, y que, como la de la fama, debe resonar por todo el nuevo mundo en armoniosas alabanzas del que ha llegado al último escalon. Porque estos animalitos tienen un fin, puesto que segun nos contaba nuestro cura nada existe en la creacion sin un destino determinado. El fin de éstos es hacer lo que cuentan nuestros batuecos vecinos de aquel culebron que llaman *alicante,* que es llegar á las mujeres que crian y chuparles el alimento de sus hijos, miéntras las adormecen con un ruido agradable. Aquí las susodichas culebras adormecen á quien saben que si no cria tiene en su mano el alimento de muchos; y cuando han logrado echar sobre él un delicioso sueño, entónces se adhieren de una manera tenaz á los pechos del dormido y le sacan, no alimento, sino cosa que lo valga.

Para esto, desde el momento en que presumen que el favor puede cambiar y que es posible una sustitucion, comienza á sonar la trompeta en loor y elogio del que va á subir; pero con tal destreza, que el que está para caer se adormece mas, y no pocas veces sucede que en pago de esta anfibologia aun se deje chupar el resto que le queda.

Desde el momento en que hubo crísis, la culebra corre con sus torcidos movimíentos, y va sin vacilar á dar una serenata de trompetazos al nuevo actor que esa mañana se levantó en el cielo de la corte. Cuéntale que su elevacion le ha costado no poco trabajo, aunque maldito si una sola vez hizo algo por ella: que en la caida del antecesor se desveló muchas noches, porque convencido de que era ese el deseo de todo el mundo, se adhirió á ese deseo desde que supo quién era el digno sujeto que debia reemplazar al otro. Ya desde ese dia cuenta el magnate un cronista de mas, un narrador fiel de sus mas insignificantes acciones, de sus palabras y hasta de sus pensamientos. Lo que dijo lo comenta la culebra de mil modos, lo adorna, lo ilustra mas que una edicion de Grandville, y cuando nada piensa, nada dice, nada hace, la culebra tiene un acopio de frases y sentencias que atribuye á su patron en prueba de su relevante mérito.

Pero de todo esto ¿qué saca la culebra? Esto que he dicho es el ruido agradable que el *alicante* regala á la nodriza para conciliarle el sueño. ¿Ya se durmió? Pues entónces el animalito con el mayor silencio, con toda la precaucion imaginable saca del bolsillo un cartapacio que contiene un proyecto para sembrar fideos y cosecharlos fritos y guisados y ya para servirse en la mesa. O bien un espediente de reclamaciones, porque en tal época le quebraron una docena de vasos, que la culebra estimaba en cien mil

pesos, á causa de que eran un regalo del emperador Marco Aurelio quo hizo á uno de sus antiguos progenitores, un dia que estaba de gorja. O bien es una ...acion que contiene todos los servicios que desde en tiempo de Luis Velasco ha estado prestando su familia á la corte, sin haber recibido la justa retribucion de ellos y que asciende á una cifra mas larga que la inteligencia y la vista del dormilon despensero. Como el sopor de éste, merced á la música es algo mas razonable que el de los siete durmientes, las mas veces responde entre sueños que accede á todo, y la culebra arrastrándose ligera comienza á engullir sin pérdida de tiempo y con mas voracidad que un boa; sí con la diferencia que este animal, segun cuentan, dura durmiendo y haciendo la digestion por algunos meses; miéntras la culebrita cortesana parece pulga no solo en la ligereza con que va de aquí para allá, sino porque come sin cesar y digiere aun ántes de comer. Así es que como nunca está satisfecha, vuelve á la carga cuantas veces la fortuna le ayuda.

De la casa de la adormecida nodriza pasa á la de los despiertos y no alimentados hijos, y allí su música cambia y sus melodías, de alegres y festivas que ántes eran, se convierten en tristes, plañideras y graves. Pero ¿sabes por qué es ese cambio? Porque ya empieza á hacer de culebron, á lo ménos en la cualidad de tragarse sin trabajo alguno á las importunas ranas que con sus quejas y lamentos le moles-

tan. Todo aquel que está en la necesidad de reclamar su parte de alimento corre á buscarlo para endosarle su diario, mediante una pequeñísima pérdida de un noventa y nueve y medio por ciento, lo cual le sirve luego para aumentar el espediente y sacar en otra parte todo el provecho que la suerte y su trompeta le dejaren. En su enorme cartera está encerrada la viuda, el huérfano, el mutilado, el cesante, y de aquella reclusion saldrán mañana convertidos en águilas nuevecitas, que aunque figuran llevar en el pico la culebra, es para añadir á la espoliacion la burla, porque realmente la culebra es la que come.

¡Cuidado, hija mia, con hacer enojar á la culebra el dia que por tus muchas culpas tengas que entenderte con ella! ¡oh! entónces verias lo que era bueno, pues en sus momentos de ira es cosa temible, y tiene razon. Porque ¿cómo ha ser agradable, justo y conveniente que despues de haberte generosamente franqueado, sin mas interes que el módico ántes dicho, sus recursos, el fruto de su trabajo, el sudor de su rostro, tú le correspondas con una ingratitud? No señor: tanto cuanto la culebra tiene de mansa y pacífica cuando se le trata consecuentemente con sus deseos, así es de feroz y endemoniada cuando ve que se le quiere escatimar un centavo de sus provechos. El dia que tal suceda verás que de nada sirven lágrimas y súplicas, sino que indefectiblemente hará que escupas mas que uno que tenga las unciones; y

no será por cierto saliva sino alhajas, cosas, muebles, cuanto tengas de valor. Y así como las culebras de nuestra tierra se ponen derechas como una vara cuando se enfurecen, así las culebras cortesanas se levantan muy alto cuando no las complacen; quizá para descansar de lo mucho que se arrastran en las casas de las nodrizas.

Llega un dia en que en esta bendita tierra ciertos animalitos que en otra carta te describiré, se levantan cansados de sufrir un inquilino que no les deja amplia y cumplida libertad para cuanto se les puso en mientes. Reúnense en una parte cualquiera, escriben allí un pliego de papel lleno de mas consideraciones que los ejercicios cuaresmales, en virtud de las cuales consideraciones pasan á las declaraciones, que son mas que las de Ripalda, y como consecuencia de esto se escriben muchos artículos que no son los de la fé; y por fin y postre se busca otro arrendatario que dé mas esperanzas de acceder á todo lo que de él se pretende. Segun debia suponerse, las culebras viendo que la casa cambiaba de dueño, y que entre los motivos por que se la hacen dejar, se cuenta el de que no persiguió ni esterminó á esas sabandijas que estaban arruinando la casa, de creer era, digo, que éstas huyeran y se escondieran en lo mas profundo de la tierra para no ser aplastadas en el derrumbe de la casa ó en el reedificio. Pero ¡bonitas son ellas para tomarse ese trabajo! Si no es que han contribuido á minar el edificio para que pron-

to caiga, lo cual no es tan raro que digamos, entónces lo que hacen es colocarse entre piedra y piedra, y en fuerza del roce dejan allí la piel que ántes era de un rojo subido brillantísimo, y hoy es de un amarillo caña primoroso.

¿Quién diablos quieres que conozca al animal con ese nuevo ropaje? Y mas si ántes entonaba con la trompeta el *ça irá* y hoy es un *kirie* muy mono el que se escucha? Porque ya te lo he dicho, entre sus facultades naturales posee la de cambiar de piel, de voz y de costumbres; así es que descuidado enteramente de los cambios que pueda sufrir la heredad donde vegeta, maldito si su sueño es interrumpido una sola vez por el pensamiento de lo que acontezca mañana. Ella sabe que está en una tierra de Canaan, donde mana la leche y la miel, y no es tan tonta que por escrupulillos se deje morir sin penetrar en esa tierra prometida.

Ahora, siguiendo el ejemplo de su primera progenitora del Paraiso, pues está averiguado que de aquella desciende, no deja luego de tentar á su bisoño Adan para echar el guante á los frutos prohibidos, de los que siempre espera, y con razon, sacar una buena parte. "Serás como Dios," le dijo la primer culebra al primer Adan; y la de la actual generacion le dice al presente dueño del Paraiso: "Serás como Creso." De aquí resulta que el inocenton se lanza á querer manducar de lo que no debe, y á muy poco de haber hecho el ensayo, cátalo fuera del Paraiso

consabido. Dirás que así se le acabó la *papa;* pero errarás si tal piensas. Porque entónces dice que no era ese su proyecto, que fué mal comprendido, mal desarrollado y peor ejecutado, y espera que otro mas esperto, mas inteligente, mas conocedor, fiado en su esperiencia y guiado por sus luces, llegue á poseer riquezas fabulosas con las cuales se indemnizará toda la turba de hijos estenuados de la larga abstinencia que en esa interminable cuaresma han padecido.

Aquí tienes, hija mia, otro conocimiento mas que por cierto no esperabas, creyendo buenamente que me iba á reducir en mis epístolas á solo ciertos y determinados ramos. Mas debo advertirte que aunque parece que nada tiene que hacer la noticia de estos animales con mis proyectos de civilizarte, hay, sin embargo, poderosos motivos para que yo emprenda este trabajo, y uno de ellos es, que como diestro piloto que soy, ántes de hacerte surcar el mar quiero que conozcas los arrecifes. Las culebras, si no huyes su contacto, llegarian á devorarte, como han devorado ya á una multitud de incautos que á pesar de vivir aquí luengos años, no tuvieron la precaucion de salvarse de sus fauces. Así es que no quisiera que algun dia por falta de advertencia, hicieras lo que el conejo cuando la boa quiere engullírselo. Encomiéndate muy de veras á San Jorge para que te libre de esta calamidad y de ir á pasar cualquier dia á un hospital. Adios, querida.—*Caralampio.*

México, 3 *de Marzo de* 1859.

Mujer querida: Si vieras cómo me brinca el corazon de alegría, creo que tú tambien te pondrias á bailar de verme tan contento. No hay duda, este es el país de las maravillas, esta es la corte de los milagros, aquí todo sorprende, todo arrebata, todo estasía. Engolosinado me tienes con mis descubrimientos, y al paso que voy, tengo mis barruntos de que tenemos obra cortada para muchos dias. ¿Qué te parece, mi Bibiana, que me ha llenado hoy de estupefaccion? Vas á maravillarte y á bendecir á Dios setenta veces al día, y acaso sea poco. Vengo de oir charlar de un modo prodigioso, infatigable, á unos preciosísimos papagayos de nueva especie, importados, como todo lo bueno, nada ménos que del otro lado del charco; porque desde que se vió que allá todos debian ser papagayos aquí no querian ser ménos.

Lo mas sorprendente es que á su especie particular de papagayos, reunen algunos atributos muy marcados de otros animalitos, vg., el instinto de imitacion de los monos, la ligereza de cascos del chorlito,

la costumbre de vestirse de ajenas plumas como el grajo; odio contra el que tiene un palo en la mano, como el gozque, y la facilidad de cambiar de colores como el papavientos. Pero no: lo que mas resalta en ellos es la charla, tan interminable que no hay poder humano que los contenga.

Los papagayos de mejor calidad, esto es, los que hablan con mas facilidad lo que oyen, son los mas estimados y los que mas llaman la atencion de nosotros los bobos, que nos admiramos de que unos animalitos como esos, estén dotados, lo mismo que el hombre, de la facultad de hablar y de hacerlo tan bien, cuando nosotros, pobres batuecos, llegamos á tener las barbas como madejas de pita y la cabeza como rodilla, sin podernos espresar con tanta claridad y soltura.

¡Oh! pero aquí es diferente. El animalito casi desde que está comiendo por mano ajena ya sabe que debe pertenecer á cierta comunion, y se introduce en ella hasta el pico. No sabrá cantar el *Santo Dios*, cosa que por principio de cuentas enseñamos á nuestros pericos por allá; pero en cambio entonará con todos sus pulmones la marsellesa si el color rojo es el de su actual vestido, ó gritará á lo desesperado: "*muera la federacha*" si está plantado de azul ó amarillo.

Porque hágote saber, que su tema único y esclusivo es la política; no como por allá la entendemos, esto es, dándole el lugar preferente á los ancianos,

cediendo el mejor puesto á nuestros superiores ó cosa por el estilo: eso solo entre nosotros se llama política. Aquí lleva ese nombre cierto *teje maneje* que sirve para arreglar el mundo y hacer felices á todos los hijos de Adan. Ya verás si la empresilla es ardua y las intenciones buenas; pero ¡bah! aquí los pilluelitos se engolfan en las cuestiones esas, mejor que tú y que yo en la discusion de si debemos echar la clueca á sacar pollos.

Por lo comun estos animalitos tienen sus tertulias, juntas ó como quieras llamarles, en los cafés de la corte, donde entre taza de café y copa de aguardiente, deciden de la suerte de las naciones con una facilidad maravillosa. Allí se discute por qué Napoleon favoreció la libertad de los turcos contra las pretensiones de los rusos, y por qué hoy ampara á los trastornadores de Italia, cuando en otra ocasion los llamó al órden. Allí se habla de la posibilidad de reunir la Inglaterra con la Francia ó la Austria á la Turquía, y allí, en fin, pasan revista como unos reclutas, todos los soberanos de la Europa, teniéndose por muy bien librados si solo se les llama imbéciles y visionarios.

Pero en donde mas lucen su verbosidad es en los negocios de casa. Y debe ser así, porque si con tanto magisterio y aplomo tratan los negocios de que apénas tienen noticia, qué será de aquellos que traen por decirlo así, entre las manos? Por eso en los negocios domésticos se desviven por dar á los tontos

los medios de ser tan felices que ni en el cielo podrian raparse mejor vida.

Aunque se ha dicho que usan promiscuamente de todos colores como los *anolis*, lo mas ordinario es que gasten el rojo, por cuanto es mas brillante y el que mas les facilita el modo de lucir. Consecuentes con su color, cuando lo usan, oyéraslos entónces hablar de cierto trebejo que llaman soberanía tan absoluta, tan grande, tan inmensa, que ante ella nada puede existir sin su omnipotente voluntad. Declaman de una manera enérgica contra todo lo que se opone á esa soberanía, á los derechos que produce, á la igualdad que concede, á las ventajas que otorga; pero aun no pasa un momento de aquel sermon, y si por casualidad llega uno de los soberanos y le da por descuido un empujon, entónces el soberano va rodando con todo y su igualdad, y sus garantías, y cuanto tiene como ciudadano.

Si no es tiempo de usar el color escarlata, y es una media tinta la que luce, como v. g., el color violeta, entónces no quiere ni que haya soberano ni que haya esclavos; un justo medio es el que busca. Pero así como nosotros no podemos encontrar brevas en diciembre, así ellos andan tras del término moderador sin poder pillarlo ni aquí ni allá.

Si el temperamento que ha adoptado es el de las restricciones, entónces va á dar hasta....donde Dios quiere. Porque no se detiene en ninguna parte, y á

guisa del judío errante, cuando camina en el sistema que trae entre manos, anda sin descansar ni dormir.

Pero no, vuelvo á decirte: le gusta mas el color rojo que cualquier otro, y la mayor parte de los papagayos polluelos pertenecen á la escuela de los que no quieren frailes, ni monjas, ni iglesias, ni santos. Ignoran hasta si hay todo eso que quieren aniquilar; pero como han oido decir que todo eso debe desaparecer, ellos gritan que es fuerza que sea así, porque ya sabes que los tales animalitos repiten lo que oyen, aunque jamas puedan llegar á comprenderlo.

Acontece no pocas veces que el papagayo olvide la leccion, y entónces hacen una ensalada que contiene mas yerbajos que la de la noche buena, porque como todo es aprendido de memoria suele sucederles lo que á su hábil antepasado que gritaba con toda su fuerza, "Santo Dios ¿eres casado?" Por eso no es estraño que alguna vez pongan por modelo de príncipes republicanos al Czar de la Rusia, ó que hablen de monarquía consritucional como la de los Estados-Unidos, ó que crean que el rey Felipe II ha impuesto en Constantinopla una contribucion á las capellanías, y ¡cosas de ese jaez! Así les oyes al hablar de un congreso europeo preguntar con mucho interes cuándo serán las elecciones primarias, porque ellos saben que para que haya esa quisicosa es necesario que el *soberano* intervenga en el nombramiento de los que van llenos de cachos de soberanía.

Me preguntarás por qué esta raza de pájaros exis-

te en la corte mejor que en parte alguna, y desearás saber si es tan abundante como la de los tordos en nuestras sementeras. A todo te voy á responder. Pulula mas en la corte que en otras partes, porque uno de los ramos mas interesantes de la civilizacion consiste en educar á los polluelos para los grandes empleos, para los altos destinos. Así es que se procura ante todo que la criatura reciba educacion en el colegio, donde ademas de leer el Nebrija ó el Bouvier, hay lugar de empezar á iniciarse en los secretos y artimañas de la política; ya dejando que lea libros que de ella tratan, ó ya hablándole muchas veces de tales asuntos, impropios de esa edad, y ponderando las ventajas de que todos se entrometan en los negocios públicos mediante la participacion que un dia tendrán en los cuidados y alegrías de la patria.

Y comó allá muy léjos se divisan unas apetitosas silas, blandas y mullidas mas que el innoble banco de una carpintería; como se entrevé la posibilidad de llegar mas tarde á ser prefecto, diputado, ministro ó cosa por el estilo, zas, se encaja sin vacilar á la política, y cátate ahí un enjambre de parlanchines que esperan el dia en que se les declare hombres de pró y discípulos de Richelieu. Fuera de la capital serian vistos como locos: en ella son el mas cumplido adorno de la culta sociedad.

Ahora te diré que ademas de ser abundantísimos, son mas perjudiciales que los tordos en un campo sembrado; porque cuando todo turbio corra, es decir,

cuando mas daño hagan, éstos se comerán parte de la cosecha y no quedará el dueño sin granos y sin campo; pero los malditos papagayos convencidos y aferrados en que deben vivir á costa de la patria, sin volver á acordarse en los dias de su vida de que el hombre ha nacido para el trabajo, todo su afan, todas sus miras consisten en hacerse notables por su algarabía y sus declamaciones, á fin de que cuando el santuario de las leyes ó las secretarías de estado ó cualquiera prebenda de esas necesite de un mueble. mas, se les ocupe á ellos como de justicia. Escriben furibundos papelotes, gritan como unos desesperados, hablan mas que un barbero; y si por un lado no consiguen sus miras, nada les importa ir en busca de aventuras, nuevos Quijotes, y vivir segun se habian propuesto, sin tomar una azada ó una garlopa.

No era mi intencion hablarte de estos entes; pero como casi me tropiezo con ellos, como si voy á la sociedad en busca de una taza de té, allí los hallo, si voy á un estanquillo allí los encuentro, si voy á tomar fresco á los árboles allí se anidan, si me quiero divertir en el teatro, allí no faltan; he creido que debia anunciártelo para que te libraras de esa plaga. Hay sobre todo unos lugares tan frecuentados por los papagayos, que mas fácil seria encontrar á un diputado sin proyectos, que esos sitios sin políticos. Apénas empiezan los primeros rayos de sol, y ya están reunidos contándose las noticias soñadas ó ciertas

de la noche, y combinando nuevos planes para enderezar entuertos, ó lo que es lo mismo, la política del país; y todavía son las diez de la noche, y esos animalitos, criados por la naturaleza para charlar eternamente, siguen inventando algo para cumplir su objeto. Ordinariamente preside estos concilios el mas autorizado de entre ellos, quiero decir, el mas audaz; y este es el que se encarga de dar el órden á la discusion, de propalar los absurdos, que por mas garrafales son mas propios para llamar la atencion, y de hacerlos circular luego entre los de la hoja, denunciándoles los peligros que nos rodean, y la manera de evitarlos, para lo cual escribe luego y hace imprimir unas cartas que aunque destinadas á una docena de amigos, se procura que lleguen á las manos de todos, y poder formar en la opinion.

Si por accidente algun batueco ó cosa parecida, quiere que le espliquen mas pormenor el contenido de la carta, se le despide bonitamente, diciéndole, que como no está iniciado aún, no puede comprender altísimos misterios.

De buena gana quisieras saber de qué viven esos pájaros, puesto que su oficio es charlar y esto no satisface. Yo te lo diria de muy buena gana, si no fuera porque no lo sé. Adios, mi cara batueca, quizá para la otra tendré algo mas ameno que decirte.—*Caralampio.*

México, 6 *de* Marzo *de* 1859.

Bibianilla: Aún no vuelvo en mí del asombro que he tenido estos tres dias: yo creí que lo mas curioso que habia que ver en México eran los políticos con su interminable chacharra, y que despues de haber escuchado á esos rábulas de primer órden, podria descansar de mis correrías y dormir sobre mis descubrimientos. Pero muy léjos está el término de mis tareas; y es fuerza que prosigamos, yo contándote mis grandes adquisiciones y tú comunicando á nuestros compadres y vecinos todo lo que se dejan depescar por no sacudir la pereza y venir á disfrutar las dulzuras de la corte.

Ayer, sábado, anduve en varias agencias para complacer á unos mis amigos que han tenido la humorada de hacerme vestir de máscara esta tarde, y llevarme luego al teatro donde hay un baile de carnaval. ¿No te parece, prenda mia, que yo, todo un Caralampio, metido en esos *intríngulis*, debo tener una catadura mas que bonaza? Al cabo de mis muchos

taños, vestido de arlequin, haciendo zapateta y enfrascándome ni mas ni ménos como un barbilucio, sufriendo vayas y pullas de todo el que se quisiera divertir á mis espensas! Increible es esto, pero es cierto; y no sé todavía si en ese malhadado baile iré á purgar las muchas culpas que he cometido.

Pero miéntras voy, quiero contarte unas cuantas cosas que durante mis escursiones pude pillar; porque ántes que pensar en mí ya sabes que pienso en mi robusta lugareña. Conque miéntras es hora de ir con otra cara diversa de la que Dios me dió, allá va eso.

Creerás que en dias tan alborotados como estos, era natural que todo el mundo solo pensara en surtirse de los disfraces con que pensaba ir á esa fiesta de locos que llaman carnaval; y así debia de ser. Sin embargo, á poco de haber salido á la calle, tropecé, no una ni dos veces, sino lo ménos treinta, con ciertas notabilidades que no pudieron ménos de llamar mi atencion. Eran unos señores secos como espárragos, sérios como pinturas antiguas, tiesos como enaguas de elegantona y pálidos como declarados tísicos. Su paso grave, su mirar severo, su indiferencia por todo lo que les rodeaba, me obligaron á inquirir quiénes podian ser que así veian pasar el bullicio, como las rocas de un rio ven pasar las espumosas ondas sin conmoverse. Supe entónces que eran sábios que habian consumido sus dias y sus noches en registrar los arcanos de las ciencias, y llenarse la ca-

beza de tanta cosa buena que ya no encontraban nada que pudiera cautivar sus miradas.

Si estaban flacos era porque embebidos en el estudio, nunca se acordaban de las funciones animales y se pasaban dias enteros sin conocer las delicias de un almuerzo: si estaban sérios, era porque su pensamiento, ocupado constantemente en contemplar los misterios ocultos á nosotros los tontos é ignorantes, jamas podia pararse á sonreir á cosas tan miserables como las que salian de su círculo: si iban tiesos, era porque su dignidad, su superioridad sobre los demas hombres, les hacian guardar un continente que infundiera respeto; y si por fin iban amarillentos y pálidos, debia atribuirse á sus pervigilios y elucubraciones.

Quitéme respetuosamente el sombrero ante aquellos depositarios de la sabiduría, y con mi sencilla humildad casi iba á proclamar de rodillas mi veneracion, cuando uno de ellos, que iba contemplando quizá el curso de los astros, se subió por sobre mí y me hizo rodar un buen trecho. No obstante mi mala ventura y lo molido que su éstasis me dejó, tuve valor de pedirle mil perdones, y suplicarle continuara en sus profundos estudios de que solo mi ciega adoracion le habia sacado. Miróme benignamente y me dijo que el motivo de no haberme visto ántes, y evitado aquel contratiempo, era porque se ocupaba en resolver un problema de mucho interes, y era saber cuánto seria mas grande si la luna de la corte que

la de su tierra, supuesto que aquella tenia que alumbrar mas que esta. Dejélo hacer sus cálculos y seguí adelante admirando en silencio aquel colosal talento.

De allí á poco me encontré otro sabio de primer órden, empeñado en demostrar á un pobre diablo, que los cánones no permitian la posesion de dos ó mas beneficios simultáneamente, fundados en una razon naturalísima, que la Iglesia habia observado con detenimiento. Esa razon consistia en que no se podia mamar de dos tetas (esas fueron sus palabras). Y con ello quedamos todos tan convencidos, como lo puede quedar cualquiera que recibe encima el peso de una montaña.

Mas allá me encontré de manos á boca, ni mas ni ménos que con un jurisconsulto que cansado de ser simple abogado habia tenido la feliz idea de subir un algo mas y llegar hasta doctor. Si vieras con cuánta dignidad ensayaba el paso y el continente para cuando la ocasion se presentara! Llegó á tanto su alucinacion, que creyéndose ya en pleno claustro dijo á su señora que lo acampañaba: *"Ilustrisima domina: Auditori ampliisimi;"* mas volviendo sobre sus pasos y apoderándose otra vez de su juicio, esclamó abriendo los brazos á su cara mitad: ¡feliz dia! ya soy doctor. Luego supe que habia mandado hacer la borla y el capelo, y que con esos adornos, dormia, comia y vivia dentro de su casa.

Antes habia yo oido decir que un sabio era una

cosa rara: pero desde que los he encontrado brotando de la tierra como los hongos en tiempo de aguas, creo que aquello era una sátira de los envidiosos y maldicientes, que no pudiendo llegar á tanta altura, querian hacernos creer que el *Stultorum inmensus est numerus* le convenia á México pintiparado. Nada de eso, hija mía: aquí hay sabios de todos calibres y condiciones. ¿Necesitas quién te esplique el por qué los borregos no tienen mas que media dentadura como viejos calaveras? Pues en el momento que la dudilla te ocurra, se te presentan veinte facultativos en la denticion borreguna y te escriben diez tomos cada uno despues de haber disertado medio año de dia y de noche sobre el asunto. ¿Quieres saber por qué los gallos no tienen ni media ni nada en materia de instrumentos de masticacion? Pues promueve el escrúpulo, y en un abrir y cerrar de ojos viene todo un claustro á tomar cartas en la importante discusion del asunto.

Es mucho esto de los sabios; donde quiera están, dondo quiera te das un frentazo con ellos; donde quiera los encuentras analizando todo cuanto les viene á las manos y dando á todo esplicaciones tan precisas y tan netas, que ni queriendo cerrar los ojos á la evidencia se escapa uno de recibir un torrente de luz. Ahora no vayas á pensar que se ciñen á una sola ciencia: las conocen todas á las mil maravillas, y hablan de ellas como tú y yo hablamos del vecino. Hasta los hay que comprenden la len-

gua de los animales y entablan con ellos sabrosísimos coloquios.

Para ser sabio en esta preciosa tierra de Canaam se necesita bien poco; y los que tienen el derecho de regalar el diploma de dignidad, archisabios por supuesto, tienen una mirada tan segura, que con unos cuántos minutos de observacion, tienen lo bastante para saber quiénes lo son, y quiénes han de quedar en la línea de paisanos mios, esto es, de batuecos. Por eso no es difícil que la familia sabidora sea tan fecunda como lo es la familia de los conejos, y que en todas partes y en todas ocasiones topes una docena de ellos.

Seguí mis escursiones, objeto de mis paseos, pero te confieso que ya tenia remordimientos de andar ocupando el tiempo en cosas tan fútiles despues de haber visto que habia hombres tan sesudos que con solo su ejemplo estaban condenando mi locura. Deseaba yo que en todos los depósitos de disfraces donde entraba no hubiera uno solo para mí, para librarme de ese modo de ir á la fiesta, pero no hubo remedio: estaba en la corte y nada faltó para mi atavío, por lo que fué preciso resignarme á marchar esta noche al teatro.

Habia pagado ya el alquiler de mi vestido, que sea dicho de paso, valia tanto como dí, y ya me salia yo cuando noté en la penumbra de la pieza al mismísimo sabio que saludaba en latin á su cara consorte. ¡Oh! dije para mi coleto: este preclaro varon ha entrado

aquí para confundir con su presencia á tanto loco que corre en pos de las diversiones, y desperdicia un tiempo tan precioso que podia consagrar á la sabiduría. Ya me escurria yo avergonzado, cuando le oí pedir un trage para su individuo. ¡Cómo! los sabios se divierten y van á un baile de Carnaval? pues entónces no debe ser esto tan malo. ¡Adelante y viva la pepa!

"¿Qué disfraz desearia el señor licenciado?—Doctor, caballero, doctor.—¡Perdon, señor! ¿qué trage desea su señoría?—Uno que represente todos mis atributos: periodista, juez letrado, político, literato..... etc.—Pues señor, ¿le convendria á vd. este de arlequin?—¡Vd. se burla, señor mio! quiero un trage en que, al mismo tiempo que se deje entrever la toga, se reconozca sin trabajo la pluma del escritor, que aunque nuncala he tenido entre mis dedos, intenciones me han sobrado; que se note ademas la parte tan activa que me ha cabido en la política, pues si bien es cosa que apénas he saboreado, eso es bastante para que sepan que si hubiera querido habria hecho cosas grandes; que se note tambien el juez letrado, pues si no tomé posesion de mi tribunal, no obstante mis condescendencias, no quedó por ganas mias. Combine vd. todo eso, y déme pronto el trage que le pido.—Pues señor....el de Licurgo.—No, no esplica bien mi pensamiento.—Pues el de Aristóteles.—No era periodista.—Pues el de Quijote.—Feliz idea: ese me conviene, porque si no fué juez, literato, periodis-

ta, doctor y todo lo demas, de todo se le entendia y á todo alcanzaba, y sobre todo, así como él en la edad de hierro queria resucitar la de oro, así yo en estos siglos de ignorancia deseo resucitar el siglo de todo un Perícles, Leon X ó Luis XIV. Mi ejemplo servirá para infundir amor á la ciencia; y cuando estasiados y abriendo la boca contemplen mi juventud, mi interesante palidez y macilencia, consecuencia forzosa de mis estudios; cuando vean sobre mí las ínfulas de mi grado, ¡oh! ¿entónces qué alma de alcornoque se resistirá á engrosar esta falange de andantes caballeros de la sabiduría? . . .

Salíme porque ya me sentia yo animado de ofrecérmele por escudero á tan cumplido señor, y como al mismo tiempo me acorde de tí, para sacudir la fascinacion que me estaba infundiendo con su elocuencia, quise huir.

En la noche le encontré en el baile llevando sobre la armadura el capelo, sobre el morrion la borla, y enrollados en la lanza varios números de periódicos, de que él, bajo su palabra decia era redactor en gefe.

Todavía á mi vuelta para mi posada encontré otra multitud de figuras graves que llenaban la calle con su talante majestuoso, con su mirar imponente, con su voz hueca y sepulcral, y yo desde que ví que los sabios de dia, podian muy bien volverse locos de noche, me fuí mas tranquilo á disponerme para el baile en el cual ví lo que en otra te referiré. Tuyo.—*Caralampio.*

México, 9 *de Marzo de* 1859.

Mujer mia: Aún no vuelvo de mi asombro, ni creo que podré volver en mucho tiempo de la sorpresa que me han causado las muchas maravillas que en dos noches he visto. ¡Jesus, Bibiana! Todo cuanto nos han dicho, todo cuanto nos han contado allá en nuestra tierra de los prodigios de esta, es tortas y pan pintado cuando uno se pone frente á frente de la realidad. He ido á los dos bailes de máscaras y allí he aprendido mas que en diez años pasados en la universidad. Casi desespero de poderte comunicar todas mis *impresiones* y descubrimientos, aun cuando te escribiera una resma de papel por todos sus lados. Pero en fin, como Dios me ayude y las fuerzas no me falten, procuraré ir poco á poco dándote mis noticias.

Endosado mi disfraz sobre mi ordinario trage, me encaminé con mis amigos por las calles mas concurridas de México, oyendo un continuado cambio de

necedades en el tiple mas agudo que pudo inventar el autor de la música. Pocos, muy pocos eran los que sazonaban sus dichos con alguna agudeza, porque los mas no sabian otra cosa que la trivial fórmula de "*adios, mascarita;—ya te conozco, mascarita,*" sobre todo, esta segunda frase la empleaban hasta con los inocentes curiosos que así tenian máscara como no borla. Por enmedio de una nube de alegres comparsas, ora deteniéndonos ante una elegante carretela que conducia á unos púdicos druidas, ora ante un bien acondicionado *landó* que encerraba unos rayados salvajes; ya una cuadrilla de majos acompañando á Norma, ó bien unos charros en buena sociedad con un mandarin de China, eran un obstáculo para nuestro tránsito: lo cierto es que despues de haber admirado aquella miscelánea viviente, imágen del juicio universal en que se presentarán todas las naciones sin relacion de tiempo ni de edades, pudimos llegar á la ansiada puerta del teatro, donde el arte se habia esmerado por embellecer y adornar todo lo que habia de servir para el solaz de la gente de la corte.

Uno de mis compañeros, decidor y parlanchin como todo un periodista, tuvo la complacencia de esplicarme cuanto mi pobre inteligencia no alcanzaba; y á él, principalmente, debo toda la suma de mis conocimientos en los bailes del carnaval.

Por principio de cuentas, me hizo notar una media docena de enmascarados, que bajo los pliegues de elegantes *dominós* metian una bulla como ochenta,

una algarabía como de un congreso cuando se hacen rectificaciones. Esos, me dijo, son unos francesitos que hace poco tiempo vinieron empaquetados y consignados á una casa de comercio para que aquí se desbastaran y pulieran, y luego se hicieran productivos al remitente y al consignatario. No hace dos meses que llegaron en muy mal pelaje y en *peores fondos;* pero este tiempo ha sido bastante para que ya tengan buenas y muchas relaciones en todas partes, porque basta entre nosotros que sean estranjeros, para que en el acto se les abran todas las puertas, aun cuando no se sepa quién los echó al mundo. Verá usted, continuó, que muchos jóvenes de buena educacion, de estremada finura, pero pobres, son despedidos sin misericordia de un salon; pero desde que el lacayo anuncia *al signor Trampalucci*, á *Mister Rowy*, ó á *Monsieur La-Droguerie*, una conmocion eléctrica recorre los semblantes de los concurrentes, y todos se apresuran á dar muestras de consideracion á esos hombres que han conocido la víspera.

Allá vienen unos cuantos máscaras disfrazados de guardias nacionales: son unos estudiantes de medicina que ántes de venir á la corte eran unos buenos chicos que creian en Dios; pero como es de necesidad en la susodicha escuela no creer mas que en los órganos, empezaron á dudar de todo lo que no veian y palpaban, y siguieron por hacerse materialistas y partidarios furibundos de la escuela demagógica. Por eso han adoptado ahora ese disfraz que los autoriza

para ejercer la libertad del soldado y hacerse detestar de todo el mundo por su cinismo y su licencia, aunque declamando siempre contra los soldados.

Aquí pasan unas dos vestales, tímidas como cervatillas y recatadas como recoletas. Ambas son unas buenas mozas que se ocupan en la pesca, y como ahora el rio anda revuelto esperan sacar un magnífico provecho. Vea usted: las sigue un almidonado español del tiempo de Felipe IV, orgulloso por su esbelto talle, su torneada pierna y su airoso continente. Este es un viejo de cosa de sesenta años que concurre á las funciones de iglesia, da su medio nuevo al predicador y lleva con mucha devocion una vela en las procesiones. Los mas dias va á tomar el desayuno ó la merienda á las rejas de los conventos, donde tiene muy buen partido por los sermones morales con que ilustra aun su mas trivial conversacion sobre cajetas. De aquí saldrá dando el brazo á una vestal, que, sin temor de ser enterrada viva, oirá gustosa la cháchara del español.

Pero vea usted por su izquierda una pareja verdaderamente amable. Son marido y mujer, aunque él cree que su mitad duerme, y ella que su consorte está ocupado á la cabecera de un moribundo. Ambos se engañan, y por fortuna de ellos la infidelidad recíproca no pasa á una tercera entidad. Antes de amanecer se irán cada cual llenos de ilusiones, á volverse á engañar.

¿Ve usted en aquel palco unas niñas de la mas

preciosa hermosura, vestidas de blanca gasa, de miradas lánguidas y de lábios contraidos por la tristeza? Pues son unas jovencitas de la familia de las leonas, pero que hoy han entrado en una nueva familia que empieza á propagarse rápidamente. Son *espiritualistas* y están en comunicacion con séres superiores que las revelan cuanto la curiosidad, el deseo, el interes las obliga á descubrir. Han llegado á persuadirse de que su inteligencia comprende los arcanos de la eternidad, y que fácilmente puede oir á los espíritus de los que ya fueron; pero para llegar á ese estado de lucidez tienen que pasar por una série de manipulaciones y pruebas capaces de asustar á un granadero, mucho mas á una tierna muchacha.

Figúrese usted que desde que van á comenzar á ser poseidas, empiezan á temblar como si tuvieran frios, se entiesan como un ahorcado, vuelven los ojos en blanco lo mismo que un borrego cuando lo degüellan, y empiezan á sacudirse golpes de pecho como un pecador arrepentido. Luego hablan al espíritu, que entiendo es un ocioso de primer órden, puesto que se ocupa en tantas frioleras como á las muchachas se les antojan.—"Quiero ver al payaso que trabajó el domingo en la maroma."—Y he aquí que el espíritu lo pone á su vista con todas las señales y fallas, ni mas ni ménos que si lo quisieran retratar.—"Quiero ver á Luis Felipe."—Y el espíritu saca al pobre difunto, le arma de nuevo recojiendo los independidos huesos donde andan, y la espiritualista ve

á Luis Felipe, lo mismo que si estuviera en las Tullerías. Acontece algunas veces que el burlon espíritu presenta uno por otro, y las señas se confunden, y cuando quizá se trata del emperador Soulouque, resultamos con un jovencito rubio vestido á la última moda de Paris.

Pero las espiritualistas no se amedrentan por esos chascos. Siguen impávidas obrando prodigios y admirando con sus contorsiones, gestos y locuras á todos los que son tan sandios como ellas mismas. Antes eran las mesas giratorias las que sacaban de toda clase de dudas; pero pasó la moda, y hoy son las muchachas las que desempeñan esos oficios. Esa cualidad de comunicar con los espíritus, de charlar con ellos, de evocarlos de dia y de noche, es hoy de un supremo tono; y no será estraño que ahora mismo, aquí en el baile, tengamos un rato de pantomima, y los espíritus vengan á gozar de la diversion de nosotros los seres corpóreos.

Y como si el espíritu ó los espíritus hubieran estado oyendo nuestra conversacion y quisieran desmentir á mi *cicerone*, sucedió que las lindas jovencitas en cuestion empezaran á palidecer, á temblar, á voltear los ojos y á darse sendos cachetes, lo que hizo que el palco fuese rodeado por la familia y conocidos para averiguar la causa de tamaño mal. Las niñas empezaron á balbutir palabras incoherentes, y de vez en cuando se percibian las palabras *espíritu, calavera, éxtasis, muerte eterna.* Los que estaban

lejos preguntaban lo que ocurria; y de repente una señora anciana, gorda como un guardian, dió un agudo chillido que sofocó las voces de tiple de todos los enmascarados, y con su regordeta mano señaló un rincon del palco. Lanzáronse algunos á él y vieron con el mayor asombro una monda calavera que sin hacer caso de los bailarines y comparsas, de las bellas y de los curiosos, estaba allí sin decir *esta boca es mia.* Una de las *posesas,* ahuecando la voz mucho mas de lo que lo habria hecho el taciturno cráneo, esclamó: "hé aquí las lecciones que me dirige el espíritu al traerme ese despojo mortal del que ya fué: El hombre mas poderoso del mundo, el mas sabio, el único que con derecho pudo exigir la veneracion del mundo, no conserva hoy mas que ese resto miserable; y te lo he traido desde las remotas regiones del Asia, para que en esta noche de locuras, precursora de un tiempo de lágrimas, veas dónde vienen á parar la hermosura, el poder, la sabiduría. Acuérdate de que eres polvo...." Aquí volvió á sus parasismos y todos íbamos creyendo en los tales espíritus, cuando un endemoniado pollo de ojos pequeños y picarescos, se acercó á los asombrados espectadores y les dijo con misterio: "Creia que estas locas se asustaran, y les traje esa calavera que esta tarde me robé de Santa Paula, y ahora salimos con que es de Salomon. ¿Quién diablos habia de creer que ese buen rey habia de tener la humorada de venir á dejar en México la cabeza?" Todos reimos como tontos, y las

lindas espiri-maniáticas se fueron muy enojadas del teatro, donde muy pronto se restableció la alegría y siguió la danza.

Luego que mi instructor pudo continuar sus lecciones me dijo: Vè usted aquellas niñas que en dulce conversacion olvidan el teatro y el baile? Pues son dos casadas que siguiendo los usos de la corte se han empeñado en tener un amante platónico, que tanto les recuerda los deliciosos años de su primavera, como les hace olvidar las asperezas del prosaico matrimonio. Viven casi juntas, y la una sirve de atalaya mientras que la otra está en sus interesantes diálogos con el amartelado galan; despues cambia el papel pagando á su amiga con iguales atenciones. El amante es íntimo amigo del marido, y cuando por esas relaciones pudiera muy bien entrar á la casa y allí conversar con la derretida señora, prefiere el escándalo, y la publicidad, y la crónica de tanto curioso como hay en todas partes. Así es que á las siete de la noche ya está él al pié del balcon, y la niña haciendo que las criadas recen el rosario mientras ella va á dar las citas para la misa, el paseo, el teatro, ó la casa de una amiga. No crea usted malignamente que hay *mas allá:* no señor, porque entónces dejaria de ser amor platónico. Todo se reduce á decirse que se quieren, á hacerse señas en el paseo ó en el templo, á cambiarse algunas confidencias y recordar dias mejores. Pero es preciso para dar una idea

elevadísima de cultura, el traer al retortero á un pobre diablo de cortejo.

Al otro lado se hallan unas tres jóvenes de semblantes pálidos. Son unas doncellonas que despues de haber mal gastado su primavera en amores fugaces con los pollos, gloriándose de tener cada una siete ú ocho adoradores, estos luego que las conocieron vacías de sentimientos se fueron retirando al paso que los años venian y la vejez se acercaba. Mas cuando ellas conocieron que pasaba Abril y se acercaba la canícula, quisieron echar el guante á cualquiera de ellos, y resultó que ya habian huido. Se quedaron á la luna de Valencia las niñas y cada dia se hace mas difícil su colocacion por mas que la buscan, como los criados un destino en la agencia de negocios, y por mas que todos los viérnes van á Betlemitas á rezar á San Francisco de Paula. Una de ellas, la trigueña, de bonitos ojos, hace novenas y va á los bailes y oye misa todos los dias, y solo ha podido conseguir que un estudiante de provincia le dirija tiernas miradas, por mas que ella lo anima á que hable; pero cuando llegue el dia de que el provinciano diga alguna cosa, se encontrará el estudiante con que ya no hay sugeto.

Mire usted con cuidado aquellas señoras mayores que están á nuestro frente. Son un modelo perfecto de actividad y de movimiento. Jamas están en su casa, y con tanto gusto van á oir un sermon del P. Espinosa, como vienen al teatro, y se cuelan en un

baile. ¿Trátase de solemnizar el dia de la patria? pues las primeras que ve usted en un balcon de la calle de Plateros ó en la fuente principal de la Alameda, es á estas ancianas. ¿Hay en casa del Sr. D. Fulano posadas? pues allá están cantando con su cascada voz al igual de las niñas. ¿Se da un baile en otra casa? allí se instalan las abuelas á jugar tresillo con los señores que no bailan. Un bautismo es para ellas cosa de no perderse; un duelo jamas lo abandonan; una cantamisa es su mas sabroso convite; un casamiento su mas grande felicidad.

Por acá abajo reclaman nuestra atencion unos interesantes personajes. Ve usted qué decencia en su porte y qué gravedad en sus maneras. Cualquiera de ellos trae en el bolsillo unas cinco ó seis docenas de onzas de oro. Sus casas sufren mas modificaciones que nuestros gobiernos, y hay en ellas mas cambios que en el ministerio de hacienda. Son hombres que ejercen públicamente su honrada profesion, y tienen una servidumbre mas numerosa que la de un embajador. Uno de sus criados tiene la ocupacion de vivir en la puerta de su casa, y convidar á que entren á todos los que atraviesen la calle. Ya usted ve que es mucha cortesanía. Otro sirve para andar por los mesones y posadas en busca de buenas gentes de las que traen dinero para negociar, y complaciente como el que mas, le lleva á su amo para divertirlo á su posada. Otro que está inmediato á su persona, le sirve de pagador, y otro, en fin, que le es aún mas inmediato,

le sirve de vigía para darle *codazo* de cuando hay algo visto. Su profesion es lucrativa por demas; pero sucede á veces que hay otro de la misma piel que en un abrir y cerrar de ojos les hace soltar cuanto tienen. Amantes de los viajes, unas veces se trasladan á Tlalpam en los dias de Pascua, otras á San Angel á visitar al Señor de Contreras, ó bien á San Juan de los Lagos en cumplimiento de un voto que hicieron. Cuando no viajan se contentan con estarse en su casa preciosamente encerrados con unos cuantas amigos que convida su familiar, los cuales amigos le proporcionan diversion y dinero.

Aquí viene un hombre que me *carga* horriblemente. Pertenece á una familia numerosa que hay aquí en la corte, y que se denomina *sanguijuela*. Sus medios de vivir consisten en tener algunas fincas ya propias, ya ajenas, que con el tiempo se convierten en propias. Su método es muy sencillo: toman en arrendamiento las casas de los conventos por una bagatela, v. g., por quinientos pesos al año, y desde luego las subarriendan por mil quinientos. El convento paga composturas y mejoras que el sub-inquilino reporta, y así consiguen comer á dos carrillos, ó como dicen vdes. los de las Batuecas, hacer lazo por las dos puntas. Con los ahorritos de esas rentas, llega el dia en que aprovechan la necesidad que tiene el convento y le compran la finca, que con unos cuantos peones y dos ó tres arrobas de cal, tiene ya un aumento de valor para el pobre arrendatario. Este

de que hablo es mi sanguijuela. La casa en que vivo me gana cincueuta pesos, y él hace diez años que la tiene de su dueño por veinte.

Ese otro es dueño de otra casa: por tener luz, por tener aire, por tener lo indispensable, se contenta con sacarle un rédito de noventa por ciento, pero eso sí, cuando la arrienda entrega por cuenta, peso y medida, los ladrillos, las vigas, las pinturas y los palos: no es exigente, apénas se contenta con un fiador liso, llano y abonado, y con el adelanto de un año de renta, el cual no devuelve si á los tres meses ó ménos se proporciona mejor casa al inquilino, y deja la de este judío.

Por ahí van unos enamorados universales que, enemigos del monopolio, jamas quieren que su efecto se estanque, y á imitacion de cierto gobierno, conceden amplias franquicias al amor. Prodigan su corazon como un jóven disipado el dinero, y dan mas espresiones amorosas que limosnas los sábados: quizá lo hacen por la mucha necesidad que reconocen en el sexo feminal, y creyendo que su ternura es pan bendito, la reparten á manos llenas.

Aquellos otros que se adelantan para este lado, son unos injustos invasores de las prerogativas del bello sexo: No solo han invadido el cosmético, los olores y los anillos; no solo gastan el colorete y el *bullarengue;* no solamente han recogido los despojos de los desmayos y parasismos, sino que hasta la manía de disminuirse los años, que ántes era peculiar de las

damas, es suya por derecho de conquista. Son muy maduros ahí donde vd. los ve; pero si les pregunta su edad, la descuentan como libranza dudosa.

Esos otros, que con el disfraz de mosqueteros de Luis XIV, vienen camelando á unas chinas mexicanas, son unos discípulos de la buena escuela que para hacerse *remarcables* nunca cenan porque les hace *poca gracia;* no salen á visita sino hasta despues de hacer su *toilette;* van á las *soirées* porque allí tienen que ver á *madame;* regalan á su novia un bien puesto *bouquet;* nunca se presentan á la *negligé,* y siempre están vestidos á la *dernier;* se presentan verdaderamente *fashionables* y con mucho *chic.* Vea vd. cuán bien *les va* el *confortable* trage con que han arribado al teatro, y cómo se *juegan* de todos los que quieren hacerse *maestros* de las chinas que *son* contentas de tal compañía, con la cual *hacen furor.*

Muy satisfechos vienen esos dos personajes enlazados del brazo. Su conversacion es importantísima y acalorada. Son concienzudos periodistas que están convencidos recíprocamente de que sus artículos, copiados las mas veces de otros, vivos ó difuntos, son los únicos que han comprendido las verdaderas cuestiones que se agitan, y creen á puño cerrado que todo el mundo devora sus producciones. Mañana verá vd. en los diarios una pomposa descripcion de esta fiesta desde el principio de ella hasta el fin, no obstante que acaban de llegar, y que muy pronto se irán á chapuzar en su cama; pero ellos no se ahogan en

tan poca agua; lo que han visto les basta para suponer lo que les falta que ver, y cuando nada les ocurra, buscan un amigo que les cuente, y á frangollar sin mas ni mas un larguísimo artículo. De este copian los otros, y aunque todos hacen lo mismo, algunos quisquillosos y camorristas reclaman luego hasta la propiedad de una tilde.

Así continuó aquel infatigable boletin de noticias dándome á conocer á casi todos los concurrentes del teatro: yo tambien seguiria, pero me he desvelado tres noches y necesito dormir unas treinta y seis horas para rezarcirme. Por tanto, suspendo aquí para continuar en otra. Adios, monona.—*Caralampio.*

México, 12 *de Marzo de* 1859.

Mi pichona: Hasta hoy he podido saldar mi cuenta con el sueño, pues como llevaba tres dias de no pagarle el ordinario tributo, me perseguia como recaudador de contribuciones, sin dejarme comer ni beber. Habiendo quedado á mano, heme ya aquí espedito para seguir departiendo contigo y concluir de referirte las muchas maravillas que me hizo ver mi amigo en los bailes de máscaras.

Despues de los periodistas me enseñó á unos individuos que cuajados de galones y llevando al cinto una reluciente espada entraban con la frente erguida, el pecho saliente, el paso acompasado, como si fueran en una procesion. Estos, me dijo mi mentor, son unos campechanos muchachos: tienen de soldados tres años el que mas, y sin embargo, el que ménos figura de entre ellos, es capitan. Han subido

tan pronto, continuó, porque en los cuatro ó cinco pronunciamientos que hay cada año toman parte por la revolucion, sabiendo, como saben, que aquí todas triunfan. Entraron á la carrera por consejo de ciertos magnates que medran con esos continuos vaivenes, y como desde entonces no los abandonan, saben con anticipacion cuándo ha de haber cambio, y con tiempo empiezan á tomar cartas en el juego y á hacer méritos para que los encierren. Desde su prision siguen observando las creces del movimiento: si sale bien, ellos están libres al dia siguiente del triunfo, y con un ascenso en el ejército: si sale mal, ántes del desenlace hacen confesion general, acusan al primero que les vino en mientes, y á esa costa consiguen su exclaustracion, y no pocas veces el ascenso por su espontaneidad en la confesion.

Nunca han salido de la garita; y cuando dentro de la corte ha habido alguna fiesta con los enemigos del gobierno á quien sirven, se declaran enfermos, y no se les ve la cara, sino el dia en que por bando muy solemne se publica que el enemigo quedó vencido. Pero en cambio, cuando marchan detras de las procesiones, ó hay toros con acompañamiento de tropa, son los primeros en acudir con el vestido muy aseado, la espada muy limpia y los guantes muy blancos. Arman camorra con el hijo del sol dorado, porque los vieron de lado, ó porque los vieron de frente, ó porque no los vieron; y cuando se encuentran con uno que les marque el *alto*, entónces acu-

den á su cuerpo ó regimiento, y con una patrulla se hacen respetar.

Quítese vd. del paso, porque aquí vienen unos discípulos de Justiniano y de Gregorio López, que como vienen enfrascados en el Digesto y las Pandectas, muy fácil es que se lo lleven entre los piés. Estos jovencitos, á su precoz talento, reunen una facilidad y espedicion para los negocios que asombra. Apenas acaban de salir del estudio de su maestro, y ya se encuentran encargados de tres ó cuatro juicios ejecutivos, dos hijuelas de division y particion y cuatro ó cinco negocios de divorcio. Las partes quedan estupefactas de oirles citar de corrido á Gonzalez *in decretales*, á Puffendorf, á Mostazo, á Barbosa, á Covarrubias y á Beleña.

Cuando una de las partes va á consultarles su negocio, oyen con mucha atencion, hacen diferentes preguntas para mejor *actuarse*, y despues de unos momentos de interior recogimiento esclaman con voz muy pausada: "El negocio de vd. es grave, dificil, laborioso: quizá costará algun dinero, pero no es desesperado;" y aguardan que se les conteste si se puede ó no gastar. Si lo primero, el jurisperito se levanta con solemnidad y estendiendo su brazo lentamente y en direccion de los libreros que decoran el estudio, dice; "Todos estos autores que usted ve aquí reunidos, favorecen este negocio que testualmente lo tratan: es tan claro el derecho de usted como la luz meridiana; y aunque la parte contraria interpusiera

artículos sobre artículos, incluso el de no contestar, le haremos confesar paladinamente la verdad, y le venceremos, y obtendremos ejecutoria contra ella.

La parte sale de allí dispuesta á vender hasta la camisa para pleitear, fiada en la palabra de su abogado; mas si despues de haber gastado el triple de lo que el negocio valia, se queda sin camisa y sin sentencia favorable, entónces su patrono estendiendo lentamente el otro brazo en direccion de diferente librero le dice á la parte: "Todos esos autores que ve usted ahí reunidos estaban en contra de la pretension de usted; y como son mas que los favorables, y como el contrario usó de *chicanas* y como los jueces no tienen mas libros que los que nos perjudican, han fallado en contra; pero no hay que desmayar: apelaremos, suplicaremos, y seguiremos el juicio hasta el último trámite y hasta el último tribunal; pero eso necesita dinero y mas dinero." Si ya no hay de donde sacarlo entonces se le dice á la parte: Un abogado no solamente ha de ser instruido del negocio, sino espensado para proseguirlo. Así es que si falta lo segundo, de nada sirve lo primero, y el litis se perderá por culpa de la parte." Y se la despide bonitamente, y la parte reniega del negocio, del abogado y sus libros; pero sin maldito el provecho que de ello puede sacar.

Cuando el cliente es pobre y dice que no tiene para las espensas, se le despacha con la música á otra parte, y se le dice con mucha formalidad que su reclamacion es á todas luces injusta y que un buen

abogado jamas debe defender malas causas, porque antes que todo debe cuidar de su buen nombre, como defensor de la inocencia, de la justicia y de la verdad.

Déje usted que pase el Sr. Doctor en medicina, cirujía y obstetricia, aprobado por la facultad médica de Paris, de Lóndres, de Viena, de Berlin, de Parma, de Roma, de Nápoles, de Varsovia, de Pekin. Vea usted ese pecho condecorado con listones y escudos que mas parece un santo milagroso que luce sus presentallas. Todas esas insignias las ha adquirido en las capitales de la culta Europa, ya recetando tantita grasa al emperador Francisco José para reblandecerle un callo, ó bien propinando una poca de agua de manzanilla al rey Sigismundo para quitarle un dolor de estómago que le atacó un dia que almorzó mas de lo regular. Desde luego que con su fama europea se presentó entre nosotros y puso coche, fué el médico de moda, y ya nada valia el voto de aquel que no habia hecho sus estudios en las universidades y escuelas de allende los mares. Y como los demas doctores del país no son tan abonanzados que puedan echar coche, requisito indispensable para ser buenos, se han quedado humilde y tristemente en la categoría de curanderos.

Es verdad que el doctor europeo muchas veces no cura la enfermedad, pero mata al paciente y da lo mismo; y ya usted ve que siempre es un gran consuelo ser matado á la francesa, á la inglesa, ó á la alemana, y no así, tan incivilmente á la pata la llana.

Diferencia: la curacion ó no curacion del sentenciado á muerte debia costar en manos de los curanderos mexicanos, cien pesos, y es el *maximun*: en manos de un doctor que ha recibido sus diplomas de manos reales, cuesta cinco mil pesos, y es el *minimun*. Resultado: el gran tono y el amor por lo estrangero se lucen hasta en enviar al sepulcro á los elegantes, y se ha dado un paso gigantesco en la vía de la civilizacion.

Por lo mismo que estamos civilizados y por lo tanto que admiramos todo lo que viene de las orillas del Sena ó del Támesis, ó siquera del Missisipí, vea usted, ahí vienen unas modistillas que sabe Dios lo que allá en su tierra serian; pero como nos han enseñado á ponernos camisas llenas de barbas *ó farfalás* como los papelotes; como á nuestras esposas las han adiestrado en usar unos enormes gorros que bien pudieran suplir á los *omnibus;* como han hecho que nuestras hijas traigan unos sombreros llenos de colgaduras como pabellon de cama; y como por fin han enseñado á las niñas á rebosarse en su capa con tanta gracia como un majo en la suya, ó un *leperito* en su frazada, cosas todas que ni imaginábamos, hé aquí que las tales modistillas hacen dinero á dos manos y reciben consideraciones de la aristocracia. Lo que de ellas debia aprenderse, esto es, su laboriosidad, su actividad para el trabajo y su aseo en el hogar doméstico, es lo único que se les reprueba y se les tiene á mal.

Cansados de aquella revista, fuímonos apartando poco á poco del lugar que habiamos conquistado, para ir á tomar mis lecciones en otra cátedra. No creas que esta resolucion fué tomada sin meditacion, como un proyecto de hacienda, no señor. Razones muy poderosas tuvo mi mentor para cambiar de asiento. Habia visto á unos dos enmascarados que despues de haberse estado hablando en secreto, y dirigiendo miradas y señas á un palco, hubo un movimiento de inteligencia del uno al otro campo enemigo, y á muy poco ellos desaparecieron, y ellas, pasados unos cinco minutos, se deslizaron como anguilas y se perdieron entre un grupo de dominós que no dejaron de decirles al paso algunas palabritas de cierto género.

Mi mentor hizo que nos colocáramos en uno de los pasillos que daban al gabinete de señoras y á muy poco vimos salir á las del palco asidas de los enmascarados susodichos, y cubiertas con dominós de seda. Apenas pudimos percibirr una ú otra palabra; pero era evidente que no se trataba de ir á tomar ceniza el miércoles próximo. No volvimos á ver á las fugitivas parejas, sino hasta cuando el baile estaba en el estado de nuestra república, es decir, agonizante. Entonces las niñas entraron á su palco y despertaron á la mamá que mientras la escapatoria habia dormido un buen sueño, y que acaso sintió que las prófugas hubieran vuelto tan pronto.

En nuestro nuevo observatorio vimos que habia cambios de trajes y de caretas, aun mas que de mi-

nisterios en nuestro país; y que la estrategia en las marchas y combates era superior á la de los generales cuando marchan sobre el enemigo, ó que la de la policía cuando trata de echar leva en las tabernas y garitos. Allí habia mas *quid pro quo* que en las boticas y almacenes de drogas: mas chascos que los que da un ministro á los pretendientes; mas yerros que en una edicion de García Torres; mas torpezas, en suma, que en un pronunciamiento mexicano.

Llegó la hora de la salida del baile; los que habian ido de máscara salieron sin disfraces á las siete de la mañana: unos derechos y ergidos; otros mas torcidos que pensamientos de político. Unos tenian allí coche, otros el carruaje de nuestro P. S. Francisco. Los que habian ido sin disfraz salian con una cara mas larga que la esperanza de sesante ó jubilado, con mas círculos al rededor de los ojos que un plano de arquitecto, y con mas languidez que un empleado del gobierno, siempre que no sea en contribuciones.

Muy pocas de las personas que vi la primer noche concurrieron la segunda; yo lo atribuí á que estarian fatigadas y satisfechas de diversion: pero luego que supe que la causa verdadera y el motivo único era que no habian tenido otro traje diferente para concurrir al espectáculo; porque hágote saber que antes prefieren las gentes quedarse en su casa encerradas, que llevar dos veces un mismo vestido á una diversion, principalmente si es de teatro.

Muchísimo celebré la oportunidad de haber encon-

trado reunidos á tantos y tan diversos personajes en un solo punto, sin tener que andar buscándolos como acreedor á su deudor ó como solterona á un novio. Así es que aunque muy estropeado y rendido de fatiga, dí cordiales gracias á los amigos que tanto se empeñaron en sacarme de mi casa y de mis casillas, por cuanto me proporcionaron tener que contarte para tu ilustracion y cultura. Lo único que tuve que lamentar en la espedicion fué que habiendo hecho llevar mi capa nuevecita y cortesana, para que en caso de tener frio me pudiera poner á cubierto de la intemperie, cuando salí y la pedí al depositario me devolvió otra en el último tercio de su vida y con mas grasa que vestido de coplero. La volví por todos lados, hice reclamaciones, pero todo en vano, pues el guardador me declaró que era la mia. Tuve que resignarme, considerando que tales pudieron ser las pesadumbres de aquella noche, que bien pudieron reducirla á tal aniquilamiento: pagué la propina y cargué con la maula. Otros hubo que sufrieron el mismo percance; pero se trataba de un baile de máscaras y no es estraño que las capas y sombreros quisieran, *con licencia del caporal, tener un rato de carnaval.*

Adios, mi Bibiana. Si la fortuna me sopla allá te enviaré muy pronto mis letras.—*Caralampio.*

México, Marzo 15 *de* 1859.

Mi pobre batueca: Hoy me encuentro de un humor *indefinible*, y no sé ni por dónde he de comenzar esta carta, que aunque no quisiera ser larga, tal vez sea necesario por lo mucho que el asunto va á dar de sí, elástico por naturaleza, como conciencia de usurero.

Ayer tuve precision de ir á felicitar en compañía de mis amigos de baile á una niña que llevada de la poesía de su nombre (se llama Matilde) se ha rodeado de una gran porcion de jóvenes *cisnes*, los cuales de dia y de noche la deleitan con sus graznidos. Llámoles graznidos á sus cánticos, porque es la única modulacion que yo conozco á los animalitos cuyo nombre han adoptado los poetas. Si no les sabe á bueno, la culpa es de ellos, porque se hacen llamar así. Invitáronme, lo mismo que á mis amigos á que tomáramos la sopa, y deseoso de aprender algo en aquella reunion de pajarotes de todos colores, á las pocas instancias acepté y me volví todo ojos, todo orejas para ver y oir cuanto saliera de aquellos primorosos picos.

Habialos de todos colores: unos mas blancos que

el algodon, otros colorados como un cuento de Pigault-Lebrun, otros oscuros como barrio de México, otros parditos y cenizos como camisa de cesante. Pero todos ellos fueran del color que fueran tenian un mismo deseo, una misma idea: hacer versos deleitables, hermosos, sentimentales: todos se dirigian á un objeto, á hacer creer á Matilde que era tan hermosa, tan discreta y tan divina, que nada mas habia que buscar en este pícaro mundo, porque toda perfeccion y todo talento, eran un grano de arena al lado de aquella sublime perfectibilidad. Matilde la primera, creia que era cierto cuanto sus incensadores le decian, y no podia ser de otra manera, porque lo decian tan convencidos, eran tan sinceros losvrsos en que cantaban las gracias de aquella deidad, que ni por muy contumaz que fuera dejaria de creer.

Antes de ir á la mesa, llegó un jovencito de fino bigote, faz amarilla, ojos llorosos, abotonada la casaca como un soldado en formacion. Traia debajo del brazo un enorme libro como si fuera de registro, si bien tenía unos dorados preciosos. No saludó á nadie; pero poniendo su mano derecha sobre el corazon, inclinándose como una jara movida por el viento, presentó con la otra mano á la diosa de aquel templo el libro susodicho diciéndole con la voz mas flauteada del mundo: "Hermosa Matilde: Si un corazon lacerado y manando sangre puede por un momento olvidar sus desengaños y sus dolores, suspender sus latidos y sus penas, es sin duda, cuando se dirige á

otro corazon puro, *entusiástico,* y lleno de encanto y de poesía. Mi corazon en este momento no sufre, porque se dirige con su humilde presente al corazon mas poético y digno que alumbra el sol en su carrera. Admita usted mi ofrenda y olvide por un momento los pesares de un infeliz."

Lástima me dió aquel pobrecito: un jóven de diez y seis años á lo mas, que ha sufrido mucho, que está ni mas ni ménos con una herida en el corazon, manando sangre, me pareció una contra caridad que todos se quedaran muy frescos y no hubieran corrido por el médico y el confesor, cuando por allá en mi tierra esas heridas son para dejar á uno tieso sin mas ni mas. Iba á preguntarle quién le habia dado tal puñalada y por qué, cuando oí á Matilde decirle con la mayor frescura del mundo que le agradecia el *album,* en el cual esperaba encontrar las preciosas producciones de sus amigos. Como ví que nadie se paraba á contemplar aquella desgracia, por no hacerme notable entré en la misma indiferencia, aunque no las tenia todas conmigo, pues temia que de un momento á otro aquel pobrecito se fuera á morir y luego la justicia nos complicara á todos.

Abrió Matilde el *librote* y encontró como es de ordenanza en semejantes presentes, la dedicatoria de él, y en ella una declaracion amorosa tambien de ordenanza. Porque ni hay fea vieja, ó bonita presumida, ó cosa así que quiera hacerse de *trovadores,* que no tenga un *album,* ni hay mueble de estos que no

contenga en cada verso una adulacion y una declaracion erótica. Así que las damas cuando no tienen lo que han menester y se lo quieren buscar, se procuran como necesidad previa un *in folio* ricamente encuadérnado con papel inglés en el centro, y sin mas vacilaciones empiezan á echar recluta ó leva de poetas para que el uno la llame la del cuello de marfil, aunque sea de ébano: otro diga que sus ojos brillan como luceros, aun cuando nada vea porque el cielo está nublado; otro proclame su boca un rojo clavel, si bien de este no tiene mas que la multiplicidad de los pétalos; y otro hable del argentino metal de voz cuando es de un desapacible bronce.

Ahora el modo de adquirir esas alabanzas, casi todas inmerecidas, es de lo mas fulminante que puede conocerse; porque desde que la niña poseedora del *album* quiere hacer cantar sus bellezas, pregunta cuántos poetas hay; y sin preámbulos allá va el libro para que ponga en él un pensamiento, una flor, una cualquiera cosa. Y el infeliz cisne tiene que graznar en verso, y como no le dan tiempo, y como sabe que las mujéres se pagan de los elogios, pone allí cuanto le ocurre y la compara al céfiro, á la calandria, al cenzontle, á cuanto hay en el mundo, aunque maldita la semejanza que haya entre uno y otro.

Decia yo que el *album* de Matilde tenia su dedicatoria, y todos los cisnes que estaban presentes pidieron á gritos su lectura, el autor decia que no valia la pena, aunque bien dejaba conocer el deseo de

que se leyera en público, lo cual al fin sucedió. Matilde misma tuvo la modestia de decir sus alabanzas· y el poeta herido recibia con humildad los parabienes de sus co-cantantes. Imposible es que pueda relatarte toda la dedicatoria; pero voy á ver si recuerdo algo de ella. Las primeras estrofas eran así, segun parece:

A tí la jóven del cabello de oro,
De frente de alabastro, cuello erguido,
A tí que solamente has comprendido
El fuego intenso de este corazon.
A tí presento esta sencilla ofrenda
Que encierra mis *tormentos palpitantes*,
Que contiene las *notas espirantes*
De una alma consumida de pasion.

. . . .

He corrido, señora, por el mundo
En pos de mil mentidas ilusiones,
Y solo he hallado yertos corazones
Que burlaban mi fé, mi puro amor.
Mas tú comprendes el vacío profundo
De una alma *derretida, calcinada*,
Que sin tu amor se volverá á la nada,
Que subirá al empíreo con tu amor.

Una tierna mirada de Matilde hizo conocer al cantor que no temiera ya que su alma tuviera la suerte que la de los perros; sino que por el contrario debia esperar irse con el *album* y todo hasta el cuadragé-

simo cielo. Furiosas palmadas y bravos, aunque casi nada era de corazon, aturdieron largo tiempo las salas; y allí mismo se decretó que todos los presentes *sin escepcion*—¿lo entiendes bien?—sin escepcion debian poner en el libro consabido un verso. Unos pidieron plazo como los comerciantes quebrados; pero otros mas audaces se pusieron á escribir sendos elogios y multiplicadas alabanzas á la bella Matilde. Uno de estos últimos escribió sin vacilar lo siguiente:

¿Quién al mirar tu vencedora imágen,
Diafana como el agua de la fuente,
No sentirá de amor la flecha ardiente,
No te proclamará divina *hurí*?

Y quién podrá de tu virgínea boca,
De esos labios, envidia de las flores,
Escuchar tus castísimos amores
Sin quedar muerto en el instante aquí?

Y luego seguia diciendo que seria una alma de camueso el que se hiciera de chiquitas si aquella *sílfide, sirena, paloma, anguila,* y cuanto quieras, decia, *sí*, y algun batueco respondia *no*. Otros hicieron allí la reseña de sus tormentos que era una compasion el escucharlos; pero todos acababan prometiendo que olvidarian cuanto les habia sucedido, si por casualidad Matilde volvia hácia ellos sus benignos ojos, y desde el profundo abismo en que yacian, ella los levantaba hasta el paraiso de......de lo que tú

quieras. No tenian pepita en la lengua, y como segun ellos, la poesía concede licencias mas absolutas que las de la plana mayor, cátalos diciendo sin *tiquis miquis* todo cuanto les ocurria, aun cuando la niñita fuera una sola y ellos un puño.

Cuando á mí me obligaron á poner mi contingente en aquella contribucion directa y ordinaria; rogué y supliqué por todos los santos del cielo que me eximieran, por cuanto no era poeta, ni era soltero, ni estaba herido, ni sabia yo decir mas que patochadas y eso con cierto aquel, que á lo blanco le decia blanco y á lo prieto prieto. No hubo remedio: todos, y Matilde la primera, me obligaron á que enriqueciera aquella coleccion de ofrendas tan voluntarias todas como los plebíscitos en que luego se apela al voto universal. Tomé la pluma, hice de tripas corazon, y escribí:

No solo con un puñal
Se mata á un pobre cristiano,
Otro modo hay inhumano
De echarle al cuello un dogal.
Con un *album* colosal
Se le acomete tal dia:
Se le insta y se le porfia
Para que llame preciosa
A una pluscuam-horrorosa,
A una detestable arpía.

Una batalla sangrienta,
Una peste asoladora,

Aun el hambre no devora
Tanta víctima sin cuenta
Como lo hace esa tormenta,
Esa horible tiranía,
Esa invencion cuasi impía,
De las *hermosas adrede*,
Que elogios pide el que puede
La maldita *album-manía.*

Silbidos, mofas, y cuanta burla le sugirió el buen humor, vino á dar sobre mi pobre humanidad; y por voto unánime de todos, se mandó quitar la hoja y entregarla al brazo seglar de la cocinera, para que sin tela ni figura de juicio fuera á dar al brasero y ayudara á calentar los manjares que luego debiamos engullir. Convengo en que eran malos mis versos, porque ya he dicho que no soy poeta, pero señor, si yo eso era lo que pensaba y se me habia pedido un pensamiento, ¿por qué tanta ira contra el mio que no era de aquellos contra los cuales nos manda el catecismo hacer la señal de la cruz? ¡Injusticias, hija! solo injusticias se ven en este pícaro mundo, como si no bastaran las de los tribunales y juzgados menores y fuera preciso añadir las de esos tribunales especiales que por lo comun se ponen fuera de la ley y á los cuales nunca alcanza la maldicion. Ello es que mis pobres *sonetos*, como los llamó allí uno de los mas desengañados poetas, no alcanzaron perdon, y murieron de mala muerte.

Durante la mesa todos dijeron versos lindísimos;

pero lo que es yo, muy bien me guardé de volver á decir algo. Comia, callaba y oia. Allí volvieron las exageraciones y los lamentos de tanta víctima, las cuales sea dicho de paso, lloraban y comian, y bebian mucho mas, quizá por aquello de que los duelos con pan son ménos. No hubo un solo *vate* que no hubiera llamado entre queja y sorbo, divina, celestial, peregrina á la señorita Matilde; y si te he de decir la verdad, era un poco oscurita, así tirando á color de pizarra; con unos ojitos chiquitines, aunque algo papujados; su boca no era pequeña, pero en cambio sus labios eran gruesos y revestidos de unos bigotes no malos, es decir, que era de buenos bigotes: no era alta, pero lo suplia con una rechonchez muy cuca. Su cabello que habia dicho el del *album* que era de oro, me pareció tambien á mí que si era de ese metal debió haber estado enterrado mucho tiempo; y si no lo era, debia ser de fierro ó acero, á lo ménos por lo tieso, y por el color.

Luego que acabamos de comer, mis amigos y yo salimos de aquella casa de enfermos y delirantes, y nos echamos por estas calles de Dios, no sin recibir mil zumbas de mis acompañantes por la desgraciada muerte de mis versos. Al paso nos encontramos con uno que gesticulaba, y se detenia á cada paso, y levantaba los ojos al cielo como buscando las siete cabrillas á medio dia. Este es poeta, me dijeron; y es por cierto de los mejores y mas sentidos. Hace poco publicó un tomo de elegías á la pérdida de un dien-

te ocasionado por un *trompis* que le dió un yankee. Escribe con una facilidad admirable, y así es que nadie ignora que hace versos á la berruga de su novia, á la calva de la misma, al juanete de la propia, á la joroba de la idem, y en tal número que cada uno de los objetos cantados le lleva cuatrocientas octavas reales. Por tan relevantes méritos se le ha nombrado socio de la academia de bellas letras (no obstante que las suyas son horribles) de Paris y de Madrid. Oiga usted uno de los versos que compuso á las uñas de su Filis:

Estático, asombrado, boquiabierto,
Entusiasmado, atento, sin respiro,
Sin poder creer lo que estasiado admiro,
Me han dejado tus uñas medio muerto.

Sueño, no obstante hallarme bien despierto,
Con los ojos cerrados siempre miro
Esas marmóreas uñas, cuyo giro
Una herida en el alma me han abierto.

Qué mucho, si el amor al ver tan bellas,
Tan primorosas uñas, no hace un rato
Que las contempla absorto y sin aliento?

Y tanto, en fin, se ha enamorado de ellas,
Que sin dudar se convirtiera en gato
Si tus uñas gozara en el momento.

¿No es verdad, D. Caralampio, que esto es sublime y que el autor es un consumado poeta? Lloré de

entusiasmo, Bibiana, y pedí que me repitieran la *uñal* composicion hasta saberla de corrido.

Ni vaya vd. á creer buenamente, continuó, que nuestros poetas escasean como los buenos gobernantes ó que es necesario buscarlos con linterna como Diógenes buscaba un presidente de ayuntamiento que llenara sus deberes; no señor, los tenemos en tal número y tan buenos, que desde el momento en que vea vd. en la calle á un hombre desaliñado, de barba mas larga que el hambre de una viuda, el cabello enmarañado y melenudo como nuestros asuntos diplomáticos, anteojos blancos ó de color, bien puede usted saludarle como á uno de los hijos de Apolo, dedicados á la fabricacion de elegías. Y á muy poco que se le pregunta por su vida y su salud, responderá con el acento mas lúgubre que:

Caminando por áspero desierto
Lleva la vida de infeliz proscrito,
Y en su frente fatídica va escrito
El sello de tremenda maldicion:

Y aunque muchas veces sucede que está en la escuela aprendiendo á leer y escribir, y sus padres le sacan los domingos al paseo si aprendió bien sus lecciones,

Ya la nieve corona su cabeza:
Ya su alma siente la letal tristeza
Y ha recibido desengaños mil.

Muerto á las ilusiones de la vida
Yace su corazon atribulado:
El amor, la amistad le han traicionado,
Y solo halló que el mundo era muy vil.

Vea vd. si no aquel que atraviesa ahora la calle es un muchachito de doce años de edad; pero en esa corta carrera ha sufrido tantas decepciones, ha sido tantas veces juguete de la fortuna, que el *hastío*, el *desencanto*, la *desilusion* fueron *matando sus creencias* lo mismo que si estas fueran perros, y serenos aquellos bichos, y el poeta, cansado de la vida, sin fé, sin amor, sin cosa que lo valga ¿por qué vivir? Y el dia ménos pensado toma una pistola, se planta una bala en el cuerpo y muere recitando versos en que aborrece al mundo y se marcha con la risa en los labios:

En pos de un mundo mejor
Donde ni hay amigos pérfidos
Ni es burlado nuestro amor.

Si ademas del trage mal pergeñado ve vd. que lleva un mozalvete bigotes retorcidos, cabello corto y mirar burlon, es tambien hijo de Apolo; pero ese pulsa el estro de Juvenal, de Boileau, de Quevedo. Es poeta satírico, aunque muchas veces tiene que esplicar en qué consiste la sátira de sus versos.

Aquel señor cuya cabeza está entre dos luces, es decir, en la hora crepuscular, es autor de varias obras dramáticas en verso, pero aunque ellas le han dado mucho nombre nada valen al lado de una composicion

fúnebre, horripilante, estupenda, que hizo el dia que se vió solo en el mundo, sin su ángel tutelar y atravesando el desierto de la vida. El dolor que sintió fué tan intenso que no pudo ménos de esclamar:

¿Te vas, te vas, y el llanto que derramo
No te conmueve, car aManolita?
¿Cómo dejas tu casa tan solita?
¿Cómo quieres que viva sin la que amo?
No te vayas, Manola, y te promete
Tu pelon á quien tanto has adorado,
Nunca apartarse de tu hermoso lado
Y á tus piés ocupar siempre un tapete.
Mira á tus peloncitos que te piden
La leche, el atolito, la sopita;
Si tú te vas, mi tierna Manolita.
Tus hijos y tu esposo de la vida se despiden.»

¿Puede espresarse mejor el sentimiento? Esperaba vd. hallar tanta sublimidad, tanta elevacion en un viudo? Pues así encontrará vd. muchos que escriben mas versos que un candidato para el congreso boletas de eleccion. Y si no quiere vd. creerme, pregunte á los periodistas cuántas veces tienen que esconder el bulto para librarse del asedio que les ponen todos los poetas que cada dia llevan una resma de papel borrajeada con el nombre de *ensayos poétic os* No hay un solo enamorado que no crea de rigor escribir á la Dulcinea en renglon̈citos desiguales, y que no entienda que para mayor honra y gloria de ella

deban salir en los periódicos. ¿Hace el oso? pues versos al canto y á publicarlos. ¿Están de monos? Pues sobre la marcha unas liras, y allá van á la imprenta. ¿Dijo que sí? ¿dijo que no? ¿dijo que lo pensará? Pues todo esto pide sendas composiciones y *un lugar en las columnas de su bien acreditado diario.*

Verdad es que nunca publican tales cosas y despropósitos de su espontánea voluntad, sino que siempre son rogados como los testigos, comprometidos como los ministros cuando renuncian y se les hace seguir: el amigo fulano, el señor sutano, la señora de mas allá, son los que hacen que ese genio luzca y salga de la oscuridad en que su modestia le aconsejaba vivir. Y una vez que pillan al infeliz redactor y le pueden embocar los perversos, adios tranquilidad de este, adios reposo: todo es interrumpido por el enamorado vate, que le persigue dia y noche y que le pone mas espías que la policía á un sospechoso: todo para que cuanto ántes vean la luz los versos, porque el amigo, el señor y la señora dicen que él, el poeta, es el que se niega á sus deseos y no quiere obsequiar sus repetidas instancias.

Y al dia siguiente de la publicacion van el señor, la señora y el amigo, y le dicen al pobre periodista que se ha burlado del público, y del autor, y de sus personas por haber dado en su papel una composicion tan chavacana, tan ridícula, y haber estampado en la dedicatoria el nombre de alguno de ellos, y

hay allí mas dimes y diretes que en casa de vecindad.

Pero los poetas no se desaniman. Siguen impávidos el camino de la gloria; y como nunca faltan tontos que elogien, ni viejas que comprometan con su *album* á las espansiones de un génio, ni circunstancias que obliguen á poetizar, ni convites en que sean de reglamento los brindis en verso, ni fea que no quiera la llamen hermosa, ni grande hombre que le pese que le llamen mas grande, ni coqueta que no busque el elogio de su virginal pureza, hé aquí que los poetas se multiplican aún mas que el tibico, y pululan todavía mas que las ranas y los pescados en los hermosos canales de esta nueva Venecia. Aquí todos son génios, todos son vates, todos son cisnes, y esto último es lo único que creo á puño cerrado porque graznan que es una bendicion de Dios.

Cuidado como les manifiesta vd. alguna vez el deseo de conocer alguna de sus composiciones, porque con la mayor inhumanidad del mundo le echarán encima unos cinco millones de versos que hicieron en sus ratos de ocio á la ausencia de su amada, á su vuelta, á su desden, á su amor, á su sueño, á sus desvelos y hasta á sus pecados capitales. Y si empiezan á recitarlos, bien puede vd. darse por muerto, porque no le perdonan ni una coma, ni una admiracion, ni los puntos suspensivos; sobre todo, estos últimos que son por decirlo así, la sal con que dan sazon á sus guisos pindáricos.

Llegamos á mi posada. Mis amigos se fueron, y yo en el acto me puse á escribirte, pero no pudiendo hacer nada, lo dejé para hoy que mi cabeza no poetiza ni tiene pretensiones mas que á la humilde prosa. Hasta otra vez.—*Caralampio.*

México, 19 *de Marzo de* 1859.

Mi cara mitad: Aun no volvia del aturdimiento que me causaron los numerosísimos versos que escuché el otro dia, y aun no acababa de saborear la ambrosía de que se alimentan los hijos del Parnaso, cuando recibí una esquela de convite que me proporcionó uno de mis amigos, para que esa misma noche me presentara en casa del Sr. D. Cecilio Stromboni, donde habia un *soirée musical* en que iban á tomar parte muchos y muchas jóvenes *diletantti* para matar un poco el fastidio. Yo, que no deseo otra cosa, sino el ir á todas partes donde considero que puedo recibir instruccion, lima y pulimento, para á mi turno comunicarte á tí esos *regueros de luz,* en el acto comencé á emperifollarme, sabiendo por propia esperiencia cuánto vale el llevar la mejor ropita que se posee, y de cuánta necesidad es presentarse como mediecito nuevo en las casas de tono de esta nobilísima ciudad. Así es que dí lustre á mis zapatos hasta dejarlos tan relumbrosos como cara de coqueta:

cepillé mi levita hasta que quedó como cabeza de sabio, esto es, sin pelo y sin mancha: alisé mi sombrero hasta dejarlo con una redondez y brillo como el de ciertos animalitos que chupan la sangre de las arcas públicas, y me calé unos guantes que me dejaban los dedos sin movimiento, pero demasiado prolongados, merced á las uñas exageradas que me han obligado á dejarme, como si fuera aprendiz de escribano.

Una vez acabado mi tocador, aguardé á mi amigo que se fué apareciendo á las nueve de la noche, esto es, cuando ya cansado de esperarlo y temiendo se le hubiera olvidado pasar por mí, me disponia á abandonar mi aderezo y zambullirme en la cama sin ceremonia. Cuando le manifesté mi sorpresa por su dilacion se echó á reir de mi ignorancia y me esplicó que á esas reuniones nunca se iba temprano, tanto porque siempre empiezan tarde, cuanto porque seria de pésima elegancia el ser puntuales. Nos pusimos en marcha y llegamos á casa de D. Cecilio cuando estaban aplaudiendo furiosamente una aria que acababa de cantar una jovencita de treinta años, y que desde su mas tierna edad habia tenido una verdadera pasion á la filarmonía.

Apénas habia lugar para que entre las cortinas de un balcon pudiréamos estar de pié; pues aunque éramos convidados con billete personal, ni la sala era capaz de contener sino á la cuarta parte de los que allí estábamos, ni habia sillas bastantes, puesto que cada

una de las señoras ocupaba tres, ni hubo una alma de camuseo que nos ofreciera ni un lugar por mas pequeño que fuera. Necesario fué permanecer como las grullas, á ratos en un pié y á ratos en otro.

Lo primero que llamó mi atencion fué que, á escepcion de mi compañero y mi individuo, todos los concurrentes eran cantantes ó tocantes, ó como ellos se decian, *diletantti*, cuya significacion me ví en la necesidad de pedir á mi vecino. Este me vió de arriba á abajo, se detuvo un buen trecho en mi cara bonachona, y luego dió la vuelta sin decir *oste ni moste*, lo que me quitó la gana de volver á preguntar otra cosa.

Pasada la tempestad de aplausos y cuando la calma renacia un poco, el *maestro al cémbalo* ó como si dijéramos el pedagogo dió la órden con la *batuta*, que viene á ser el baston del mando, y en el acto se empezó una brillante sinfonía que sirvió de preludio al canto de una niña y un niño: este gritando gordo y aquella chillando delgado, dijeron un duo de cierto autor italiano cuyo nombre se me ha olvidado. Uno que se acercó á nosotros nos dijo que el *bazzo-soprano haria fiasco* si no era sostenido por los trinos de la *contralti* que sin duda servia y bastaba para *prima-donnà*, en cualquier teatro de Europa. Oigan ustedes, nos decia lleno de entusiasmo, ¡qué *trémolos* y qué *cromáticos!* ¡Diva! ¡Brava! ¡Bravísima! Al oir tales esclamaciones no pude ménos que acurrucarme en mi rincon y envolverme, como Vénus, en la nube

de las cortinas, porque te confieso que tuve miedo de que aquella niña en su bravura embistiera á todos los presentes y lo pasáramos mal; pero mi amigo, mas conocedor del terreno me calmó y se tomó el trabajo de esplicarme que aquello era un modo peculiar de los inteligentes para aplaudir á los que lo sabian hacer.

Por mi parte, confieso que aunque mi oido está bastante domesticado con los berridos del cantor de nuestra parroquia, lo sentia despedazado y punzado dolorosamente por las chillonas armonías de aquella *prima-donna* en proyecto. Por lo que mira al *bazzo-soprano* únicamente podré decirte que hubiera preferido oir dos bramidos de nuestro ternero, y que sin duda estos habrian sido mas acordes que los del cantante en actual servicio.

De allí á un momento acabaron uno y otro su tarea, y entiendo que bien fatigados, porque las contorsiones y manoteos que tuvieron que ejecutar, bien pudieran ser bastantes para dar con ellos en la cama de puro molidos: principalmente el varoncito, inclinaba el cuerpo, y cuando decia *il mio cor* se daba tales golpes de pecho, que ni en un acto de contricion á tiempo de un temblor de tierra, habrian sido mayores. Cantaba con la boca, con los ojos, con los brazos, con las piernas, con todo el cuerpo, y todo eso era aplaudido mas que el desestanco de tabaco por los cosecheros.

Los que eran espectadores comenzaron á hablar

en el acto de la música, y te confieso que me quedé en ayunas de mas de las siete octavas partes de lo que dijeron; porque es necesario ser muy perito para comprender ese dialecto propio de las personas filarmónicas. ¿Cómo diantres quieres tú que yo sepa italiano bárbaro que es el idioma comun de que se valian esos señores? Si muchas veces apénas me mal esplico en el idioma de mis padres, lo cual nos sucede á muchos, vaya vd. á echarse á aprender una lengua que no está escrita, y para la cual no hay diccionarios y gramáticas.

Porque no te canses, hay italiano, es cierto, y buena prueba tenemos en los muchos fabricantes de muñecos de yeso que luego nos venden imitaciones de Cánova y de Miguel Angel; pero no es el idioma que hablan los cantantes, porque como solo han aprendido lo que dicen los papeles de música con una ú otra palabra cuyo sentido comprenden, forman un guiso que bien pudiera rivalizar con la ponderada olla podrida.

Y luego como todo lo quieren esplicar con términos facultativos, y cada cual entiende á su manera, ni el mismo diablo puede darles alcance. Sin ir mas léjos, en la casa dónde estábamos, uno de los concurrentes dijo que la *soirée musical* habia sido deliciosa, y al mismo instante le replicó otro, que no podia dispensarse de advertirle *sotto voce*, que aquello no habia sido *soirée* sino *concertino;* de allí á un momento ya ninguno de los dos se podian entender, y

cuando les llegó su ocasion de cantar ya no *estaban en voz*, y fué necesàrio quedarse sin disfrutar de la armonía de esos dos caballeros.

Un otro que estaba por allí no quiso que nos contentáramos con un solo concierto, sino que cuantas veces se tocaba ó se cantaba, él tenia la complacencia de darnos gratis una segunda edicion de la fiesta, repitiendo ó acompañando la *vocalizacion* y llevando el compas con el tacon de su bota y la punta de su baston; y para que nada nos quedara por desear, nos traducia, con la misma esactitud de un *libretto*, la letra de las *cavatinas, romanzas, duetos* ó *arias*, que se *ejecutaban*.

No hay duda, hija mia: el talento músico está aquí desarrollado tan prodigiosamente, que hay pocos, muy pocos, sin exajeracion, que no te repitan toda una ópera con la mayor facilidad; y eso no lo he notado ahora, sino desde que tuve dias atras la infeliz inspiracion de colarme al gran teatro nacional para oir á la Volpini, á la Tomassi, y Otaviani. Estos pobres artistas han echado un viaje enteramente inútil, porque cuando ellos estaban afanados en su canto y poniendo sus cinco sentidos en el apuntador y en la crquesta, en el patio habia á docenas que cantaban tan alto como aquellos, y quizá mucho mejor; á lo ménos así debe creerse, puesto que tanto empeño tienen en lucir y ser escuchados.

En casi todas las casas hay piano, y aunque cada mes necesita curacion, y amputaciones y suplemen-

tos de miembros, sirve no obstante para que las niñas y los niños hagan mas ejercicios que los padres de la casa Profesa, y en eso de hacer saltar las cuerdas salen diestrísimos. Pero cuando una *señorita* ha logrado destrozar una obertura, ¡oh! entónces ya se la proclama una artista y se sube por las nubes su *ejecucion*, su *esprésion*, su *sentimentalismo:* entónces vienen tentaciones de creer uno en lo que cuentan de un señor Don Orfeo que en dias pasados enternecia á los brutos con su *guitarra*, puesto que aquí una filarmónica ve á su alrededor asnos, pollos, leonas, chupamirtos, y toda clase de bestezuelas, desde el viejo mas raquítico y enfermizo que apénas puede sostener su armazon hasta el almidonado, estudiante que de admirador del arte, se convierte en apasionado de la artista.

Ahora, todos estos génios músicos se prueban recíprocamente y por espíritu de corporacion, el alto concepto en que se tienen, salvo sin embargo cuando son dos muchachas que están cameladas por un mismo individuo, y se llaman los unos á los otros Rossini, Bellini, Meyerbeer, Mozart, ó cuando ménos sus imitadores, y las mas veces se hacen presentes de poca sustancia, pero de mucho aparato porque tal dia cantó con la mayor ternura *O bel' alma innamorata*, haciendo llorar al auditorio, aunque todavia no está bien averiguado si las lágrimas fueron de sentimiento ó de desesperacion. En cambio de esos mutuos agasajos que se hacen los apasionados de la

música, reparten á todos los profanos y muy principalmente á los de la vecindad, el mas horrible fastidio, el tormento mas cruel que una criatura puede sufrir. Porque en sus horas de estudio ó de ejercicio bien puede matarse un infeliz, pero no conseguirá conciliar el sueño, así tenga grave necesidad de restaurar la desvelada que tuvo la noche anterior ocasionada por un cólico. En ese momento no podrá un pobre chico dormir, ni un enfermo descansar, ni una gente nerviosa dejar de padecer.

Entregadas á la dulce ocupacion de pulsar el teclado de su piano ó haciendo ejercicio de vocalizaciones, turban el reposo del infeliz autor que vive de los productos de su pluma, sin que maldita la inspiracion que no se espante con aquel estruendo musical que repite el do, re, mi, fa, sol, hasta aturdir una estatua de bronce. Soba por método, y no es estraño que metódicamente muela al prójimo quien posee los métodos de Albeniz, Lemoinie, Hüten y cuantos mas se han escrito para acabar con la paciencia de un cristiano. Y si cansada de tantos bemoles sostenidos, te tomas un dia el trabajo de suplicarle á uno de estos perseguidores de todo el género humano que modere su entusiasmo miéntras acaba de agonizar un enfermo que tienes, te contestará que está en su casa, y tendrás que conformarte con semejante respuesta, y esperar á que se dé una ley represiva de pianos, así como la hay de la prensa, que si esta ofende á alguno, aquellos ofen-

den á todos; ó que compadecido el gefe del ejército de los padecimientos de tantos desdichados, disponga que todos los ejercicios, inclusos los de música, se verifiquen fuera de poblado.

Una vecindad de esa naturaleza, ya comprenderás cuán funesta debe ser á toda alma viviente, mucho mas si como de ordinario allí tienen lugar las tertulias de *dilettanti*, y en cuyas reuniones no pocas veces se improvisa un baile casero, ó se verifican las *soirées musicales*, que de una ú otra manera siempre se congregarán una docena de primos, cuatro cuñadas, ocho tias y doscientos músicos; y semejante batahola, y tamaña confusion de gritos y de aplausos arrancados por una granizada de *arpegios* y otra de *octavas cromáticas*, y la charla y el rúido que ocasionan las redowas y las varsovianas, los coros y las plegarias, son únicamente comparables, en lo pernicioso de su vecindad, á la república vecina que tanto nos amaga desalojar de donde vivimos.

Y esto no tiene remedio, porque el furor por la música se estiende como manteca en el sol, y va cundiendo en esto que se llama alta sociedad, como el pecado primitivo de padres á hijos, y hoy todo se dice cantado, y ni en la calle se libra uno de encontrar á una que talarea con maldita de Dios la gracia, una aria de Attila, un final de Hernani, un coro de los Puritanos, ó la plegaria de Traviata que está en moda tanto como las crinolinas y los tacones. Ni creas que solo esa manía se estiende á los hijos de

Adan, que echando á la espalda la vergüenza atraviesan las calles, el portal y la plaza cantando como unas urracas y echando compases como bendiciones episcopales: tambien las hijas de Eva han empezado á lucir su genio musical en las calles, quizá por no serles bastante el atarantar á la vecindad con sus gorgeos.

Si estás hablando con ellos ó con ellas, ademas de aturdirte con los términos mas filarmónicos que poseen en abundancia y de citar á todas las notabilidades del ramo; cuando ménos lo esperas te están platicando en clave de *fa*, y pasan á la de *sol* y te dejan pasmada con un *calderon*, y si te distraes tantito te regalan un *da capo* que te hace bostezar, eso sin contar con los versos italianos que te espetan, y sin hacer mencion de que convierten tu espalda y tus piernas en teclado que recorren con la mayor rapidez y desembarazo, porque para tales gentes es *dolce* darte á conocer que son *capaces di trovare e di cantare un allegro* que al llegar al fin *va descrecendo con espressione* y con *mestizia*, prueba incontestable de que son unos músicos acabados.

Por hablarte de estos personajes, me habia olvidado del concierto de Stromboni. En él no hubo cosa mas notable sino que despues de haber reventado las cuatro cuerdas de un violin, rompido seis llaves de una flauta y saltado diez y siete cuerdas del piano, todos los y las que cantaron estaban tan roncos como un cuerno de caza, y fué necesario que uno

de los doctores de Paris propinara lamedores y pastillas para corregir el mal. Mucho gritaron; pero tambien, mucho fueron aplaudidos, porque no tanto se estimaban las modulaciones de la garganta cuanto los inauditos esfuerzos de los pulmones; de donde colegí que el frutero que mas grita sus mercancías es el mas bien organizado para aplausos en el canto y el que de mas recio sobre el instrumento es el mas á propósito para la música.

A dios, Bibiana. Pídele al cielo que tus pulmones, se robustezcan aún mas de lo que están, y que los porrazos que das con tus pesadas manos sean mas contundentes de lo que ahora son: quién sabe si estás llamada á ser un dia la admiracion de la corte pcr tus gritos desaforados y tu fuerte manoteo sobre las teclas de un piano. Esas son cosas que nadie puede saber por ahora, porque el tiempo de los profetas se acabó; pero atendida la *escala y estension de tu voz* y lo recio de tus puños, mucho esperode tí.—Ya veremos.—*Tu Caralampio.*

México, 22 *de Marzo de* 1859.

Mi cara y muy cara muger. Si buenos milagros hice, buenos dineros me cuesta. Si mucho has sacudido tu batueca ignorancia, buenos trabajos y fatigas me he echado á cuestas para poder pulir tu cacúmen, y ponerte al tanto de los usos y costumbres de la corte. Nunca presumí, querida, que mi deseo de domesticarte fuera tan eficaz para abrirte el apetito, como lo ha hecho, de saber hasta sus mas pequeños ápices todo lo que pertenece, toca y atañe á la cultura y civilizacion de este país. Pero como ya te consideras *in via* de ser tambien leona, háse empeñado la negra honrilla en que no seas ménos que las demas; haces bien, hija mia: vale que no es señor el que nace, sino el que lo sabe ser; y yo espero que con tu instinto mueril, magüer que labriego, pronto podrás competir con las encumbradas señoras, á lo ménos en maneras; ya que no sea posible en lujo, porque no basten los fondos que tú sabes para seguir paso á paso la corriente demasiado rápida de la moda.

Pero no importa: mis cálculos financieros son bastante aproximados, y ellos me dicen que co n cuatro

ó cinco mil durejos al año pasaremos una vida medianamente *fashionable*. ¡Ola! ¿te parece mucho? Pues sábete que apénas tendremos con esa suma una casa que no será por cierto de la primera clase. Convengo en que nos arruinaremos; pero tambien será preciso que convengas en que eso es de un tono eminentemente civilizado. ¡Vivir en México y gastar lo que se tiene! Eso lo hace cualquier batueco en cuyo magin no ha tenido entrada, no digo el torrente, pero ni siquiera un hilo de civilizacion. Gastar mas de lo que se tiene, es en lo que consiste el gran secreto de llegar al pináculo de la gloria, al templo de la inmortalidad por el camino de la elegancia.

Yo he nacido sin contradiccion para vivir en la corte, y cuento como perdidos los años que he vegetado en aquellos remotos países. Porque aquella vida que por allá llevamos, ahora conozco que es soberanamente salvage. ¿Dónde ha de guardar comparacion el levantarse con la luz del dia, correr á la primera misa, volver á desayunarse á paso veloz, irse luego á sudar la gota gorda por aquella maldicion que nos dejó en herencia el tatarabuelo Adan, la cual, sea dicho de paso, habria yo aceptado con beneficio de inventarios, hablo de la condicion de comer el pan á costa de escarbar la tierra; qué comparacion guarda, digo, con la vida descansada que se disfruta en la corte? Aquí, si á la media noche sonaran las diez de la mañana, á esa hora se levantarian todos ó los mas: aquí solo se va á misa los do-

mingos y otros dias de fiesta: aquí solo van al trabajo los imbéciles que no tienen otros recursos, y aun esos llegan á la oficina, y fuman ántes un habano del mejor sabor, platican un poco, echan su retazo de crónica, y se marchan á almorzar. Algunas veces vuelven, principalmente si hay prorateos ó cosa parecida, y sin mas requisito se van á descansar de las penosísimas tareas que les impone su empleo. Si no son hombres de oficina, luego que el chocolate ha sido inhumado en sus benditos vientres, van á recoger y á dar noticias al atrio de Catedral, que es la puerta del sol de Madrid, ó lo que es lo mismo, la redaccion de una gaceta permanente, de donde salen todas las consejas políticas del dia. Pasan allí lo que falta de mañana: se van á restaurar sus agotadas fuerzas con suculentas viandas, duermen una siesta de tres horas, dan su vuelta en el paseo, tienen su rato de tertulia y duermen como unos abades, sin que los inquiete otra cosa. *¡Oh, terque, quaterque beati!* Bienaventurados ellos porque ni padecen hambre ni sufren sed: pues su boca les ha sido medida, y viven con mas holgura que un reverendo jubilado. No tiene duda: México, esta hermosa perla de la América es el *Auxilium christianorum*, y casi, casi aun de los paganos.

Considera, pues, si para llevar esa vida sibarita he andado muy amplio al calcular que con los consabidos cuatro ó cinco mil, estaríamos tal cual. Porque debemos de luego á luego buscar una casa en lo ma

aristocrático de la ciudad: la renta que paguemos, miéntras mas crecida mejor. Debemos en seguida hacer que Croisé nos la amueble y tapice á la última moda; y con tal que él diga que las sillas y confidentes son acabaditos de llegar, nada importa que los hayan sacado de la recientemente estinguida casa de M*, y de ese modo no miente, porque en efecto acaban de llegar á su almacen. Debemos tener un criado que diga que no estamos visibles, el dia que queremos ser groseros y no recibir á nuestros amigos: otro para que anuncie con todos sus nombres, títulos y condecoraciones á los que nos visitan el dia que tengamos la condescendencia de dejarnos ver: otro para que no haga nada: otro para que ayude al anterior, y otros dos ó tres para lo que se ofrezca, que viene á ser como los diputados suplentes de los diputados que no asisten al congreso. En cuanto á criadas, hay necesidad de tener muchas y bonitas; esta segunda circunstancia para que no causen desagrado á nuestras visitas cuotidianas. Despues de eso necesitamos vestidos propios para levantarnos, otros esclusivamente para la mañana, otros para comer, otros para ir al teatro, y otros para dormir. Nuestra mesa debe ser ademas de esquisita, abundante: porque aunque somos tú y yo solos, puede haber ocho ó diez convidados, y no seria justo que se quedaran tocando tabletas. La comida se ha de traer de la mejor fonda, porque el olor de la manteca y de la cebolla causaria náuseas á nuestros tertulianos. Y las cria-

das ¿para que sirven entónces? te dirás para tus adentros ó afueras.—Las criadas, hija mia, sirven para aumentar nuestro lujo, para predicar nuestro tono, y acaso, acaso para que una nos lleve un vaso de agua, otra una lumbre, otra un pañuelo.

Para ponerte á nivel de las reinas de la elegancia, debes procurar entre otras muchas cosas el tener un perrito que no haga mas bulto que tu pañuelo de seda, y aun cuando para nada te vuelvas á acordar de tu Caralampio ó de tus hijos, si por desgracia los tienes á tu lado, porque siempre deben ser pupilos ó ir á educarse á Francia; aun cuando ni á ellos ni á mí nos hagas una sola caricia, sí debes prodigárselas, muy frecuentes, muy tiernas, muy cordiales, á tu hermoso Jazmin, ó Black, ú Oswaldo, y lo has de traer contigo aun mas asiduamente que tu libro de devociones. Debes frecuentar la escuela de esgrima: tirar con desenfado la pistola hasta escribir tu nombre en la placa: montar á caballo como húsar, y si es preciso, jugar al villar como un *estudiante salante.* En cuanto á las labores femeninas, lo mas que te permitirás hacer es llevar en el bolsillo una elegante aguja de gancho, porque esa es la *ociosidad del buen tono,* y el entretenimiento de una completa dama de la corte.

De vez en cuando debemos dar un baile con su correspondiente *ambigú,* el cual todos criticarán, pero enguyéndoselo sin piedad. Debemos en ciertas temporadas ir á pasar la estacion á Tacubaya ó Mixcoac,

porque está probado científicamente que ese temperamento es benigno para la aristocracia, y allí hay que pasar el tiempo en dias de campo y paseos que sirven admirablemente para recobrar un apetito que no hemos perdido.

Como puede suceder que cuando volvamos del campo ya nuestros muebles no sean de la moda reinante, es preciso llamar al tapicero y pedirle un renuevo, dándole los nuestros y la indemnizacion correspondiente. Aquí, en este caso, acontecen dos cosas que debes notar cuidadosamente: sea la primera que los sofas, sillas y demas cachivaches que recibimos, son los que han estado sirviendo bajo diferentes formas hace veinte años en diversas casas y bajo distintos dueños: solo han cambiado de figura y de color á guisa de políticos equilibristas: sea la segunda, que la indemnizacion que damos al tapicero, es el valor ó cuasi de los muebles que recibimos, y en eso nos parecemos á los economistas, que adoptamos teorías que nos arruinan por su gravámen.

Otra de las grandes exigencias del gran tono es abonarse en uno ó dos teatros, y tener allí un palco que las mas veces no se ocupa, y que sirve sin embargo para mantener en toda su fuerza el justamente adquirido renombre de elegante: los periódicos todos, aun cuando no se lean deben de ir á la casa, muy principalmente los que vengan del estrangero, porque la admiracion por todo lo de *ultramar* debe ser como el sello misterioso que el ángel del Apoca-

lipsi puso en la frente de los elegidos; y miéntras mas se ensalce lo de Inglaterra y Francia, y sobre todo lo de la culta, la civilizada Francia, y se deprima y desprecie lo del país, mejor; el gusto esquisito, el fino tacto, el conocimiento perfecto de lo bueno y escelente es mas pronunciado, mas incontestable.

Si debemos seguir las faces de la moda en cuanto á los adornos de la casa, ¿qué será en cuanto á los atavíos de nuestras personas? Y esto es consiguiente, porque seria un verdadero fenómeno de anacronismo que se reflejara en los magníficos espejos de nuestra habitacion la figura de unos séres vestidos á la moda de hace un mes: que nuestros zapatos de punta trozada se hundieran entre la velluda alfombra, cuando esta reclama imperiosamente ser estrujada por zapatos rusos, que están en boga. No señor: para eso debo yo tener mi zapatero de nombre, y tú una modista de fama, para que seamos los primeros en gastar las fresquecitas modas de Paris; y las llamo fresquecitas, porque todavía llegan aquí chorreando la agua del mar; no porque seamos tan felices que de allá nos envien lo que actualmente se usa; pues bastante hacen con darnos por nuestro dinero lo que sobró el año pasado.

Ya parece que te veo hacer una mueca de desagrado, creyendo que vas á tener mucho que coser; pero consuélate, hija mia; porque seria de pésimo tono que tú te ocuparas en tan inciviles tareas. Para eso tienes ahí á la bien acreditada Cecilia, á la no mé-

nos famosa Celina, que mediante algunos centenares de monedas te quitarán hasta el trabajo de poner un boton á la camisa de tu querido consorte.—¿Pero y el lavado?—*Vade retro:* ¿tú, una dama elegante y de buen tono, ocuparte en eso? jamas. Todo el mundo alzaria el grito contra ese crímen de lesa-elegancia. ¿A dónde iriamos á parar? De qué servirian entónces esas grandes lavanderías francesas, que ya con agua, ya con vapor, te dejan la ropa en un santiamen como una bola de nieve? ¡Vaya! si en esta tierra de promision tienes un deseo, cualquiera que sea, una necesidad del tamaño que quieras, abres la boca, y tus necesidades y tus deseos quedan en el acto satisfechos, *propter retributioniem* se entiende; pero ¿quién se para en pelillos?

Sin entrar en los gastos superiores, como de una elegante y bien acabada calesa, unos caballos rivales del de la estatua de Cárlos IV y otras cosas así, que serian de mucho lujo, y reduciéndonos á esa pequeña esfera, ya considerarás que apénas nos bastarian las cinco taleguillas de que te hablé. Pero no te he mencionado mas que lo *indispensable*, no he llegado todavía á lo superfluo.

Luego en México todos son capitalistas: luego allí han encontrado la maravillosa lámpara de Aladino, todos los bienaventurados mortales que viven en esa mágica ciudad.—Tienes, mujer, unas cosas que revelan desde á una legua tus batuecas entendederas. No señora, no todos son ricos, pero todos quieren pa-

recerlo: no todos tienen para esos gastos; pero el hecho es el que los hacen; y contra hechos no hay argumentos.

El empleado que gana quinientos pesos al mes gasta mil, y el que gana mil gasta el doble, y no por que tengan sobresueldos, porque casi siempre están á racion de hambre, á media paga; pero la civilizacion exige que deban mucho, que gasten mas, y que luzcan lo mejor. El buen tono pide que en lugar de una cosa *necesaria* se compre una que no lo es tanto, pero que es de moda. Cuando ya nadie quiere fiar; cuando el crédito ha fallecido, se le van á hacer los funerales á un barrio oscuro é igno rado dónde no se vuelve á hablar de la pasada gloria que se ha desvanecido como el humo de la estopa.

Allí en medio de otro mundo se sigue desempeñando un papel tambien brillante relativamente, y se deslumbra á los vecinos con los restos de una pasada grandeza que pudieron salvarse de un naufragio en el montepío; y aunque mas en pequeño, siempre se sigue siendo persona de buen tono. Ahora, los que tienen inteligencia y buen tino para aprovechar algunos negocitos que se presentan, sacan una utilidad considerable que viene á dilatar su caida por unos tres ó cuatro años. Entónces el brillo de esos planetas es mas vivo, y aunque su ocaso sea objeto de mayor sensacion, siempre se olvida á poco tiempo; porque es otro de los privilegios de esta tierra clásica, no insistir sobre una misma cosa. Si desapare-

ce una familia consumida por el lujo, otra vendrá á sustituirla y llenará el vacío que aquella dejó: sus amigos echarán de ménos por dos dias los goces que su vanidad les proporcionaba; pero al volver una esquina ya estarán consolados, y aun irán á una casa donde se veia con cierta envidia el brillante esplendor de los difuntos y allí entonarán sus honras fúnebres encontrando mil razones plausibles para una caida que ellos ausiliaron; y bien librados saldrán los pobres emigrados si solamente les llaman imbéciles por haberse echado á bogar en un océano tan tempestuoso sin las velas suficientes, y sin el timon bien acondicionado.

Ya ves cuánto hemos progresado. Por allá arreglamos nuestros gastos á nuestros haberes; pero aquí hay mucho en que gastar fortunas colosales. ¿De parte de quién esta la ventaja? Claro que de parte de la civilizacion; buen tonto seria el que pudiendo venir á disfrutar tanta comodidad, tanta bien aventuranza, tuviera el mal gusto de enterrarse en vida en aquellos yermos, dónde todavía de aquí á cincuenta años estarán tan batuecos como al presente. No, mi Bibiana: no retardemos nuestra felicidad: ve tratando de arreglar tu cofre, y pon en órden todas aquellas cosas que sean necesarias para el viaje. No vayas á cargar con una porcion de cosas que solo son propias de aquellos lugares; aquí todo se comprará esquisito, de gusto, todo de *estranjis*, aunque maldito si es tan útil y consistente como lo que por allá

gastamos; pero por eso mismo es de mas mérito. No te duermas, pichona: aprovecha el tiempo, que yo á mi vez seguiré no perdiéndole para adquirir y comunicarte nuevas luces que alumbren tu, hasta ahora, obtuso entendimiento.—*Caralampio.*

México, 25 *Marzo de* 1859.

Mi pobre Bibiana: ¡Cuánto te compadezco cada dia al verte sumida en aquellas ignorantísimas tierras, y privada de tanto bueno como en la corte se encierra! ¡Cómo deseo que llegue el momento, en que con aquellas letrazas que usas, me digas: ya voy en camino! Porque no tiene remedio: la corte nos llama, y solo dilataremos en recibir sus benéficas luces, lo que dures tú en acabar de domesticarte. Aprovéchate, pues, cordera, para que de ese modo podamos dar un dia de gloria á nuestra patria y ceñir nuestras sienes con la corona do la elegancia y del buen tono.

Ya sabes la vida que tal empresa demanda; pero lo que no sabes es todo lo que ántes se debe hacer para llegar á esos resultados: y ahora precisamente voy á esplicártelo, á fin de que puedas hacerte cargo oportunamente de los pasos que nosotros, elegantes de nuevo cuño, tenemos que andar en este camino lleno de flores y de ramos.

Supongamos que hemos llegado á las puertas de la hermosa capital; para lo que fué indispensable te-

ner que entendernos con nada ménos que treinta peajeros, que nos cobran por venir entre rocas y malezas: supongamos tambien que en la garita hemos tenido la fortuna de no ser registrados hasta entre el pellejo y debajo de la lengua, para averiguar si introducimos ó no un cargamento de contrabando: supongamos ademas que nuestra buena fortuna nos evitó el llamar la atencion de la investigadora gente cortesana, que quiere hacer en nosotros un estudio formal y analítico de nuestras personas; porque hágote saber, que es tanto lo civilizados que están por esta tierra, que nada dejan pasar sin un detenido exámen, y lo mas insignificante que puede ocurrir basta para reunir á cuantos van y vienen, y viéraslos abrir tantos ojos y tantas bocas, que es una bendicion de Dios; supongamos en fin, que despues de conquistar palmo á palmo el terreno hemos llegado hasta la posada, y que hemos tenido la ventura de no sufrir menoscabo en los objetos de nuestro equipaje, los cuales con nuestros individuos quedan por último empaquetados en la arca de cal y canto que en suerte nos tocó.

No te creo tan impaciente de palpar maravillas que apénas llegados y aun no perdido el zarandeo con que te agasajó el pacífico animal que te trajo, ú olvidado el dulcísimo aporreo de la epigrámatica diligencia, quieras echarte por esos mundos de Dios, cargando á cuestas tu espoleadora curiosidad. No, señor: supongo, y muy bien, que tratarás de olvidar

en el sueño los peligros y tropiezos que tuviste que vencer para llegar á esta tierra de promision; y que al dia siguiente, que para tí dilatará siglos, te endosas en aquel hermosísimo vestido de *balsorina* que figuró en primer término en mis regalos de boda, y al que hace honrosa compañía el *tápalo* de arco-iris con que fuiste tan galana á la parroquia Hénos ya en la calle codeando y siendo codeados; pero...aguarda....ves que apénas empezamos nuestras escursiones y ya nos ha detenido el paso un objeto que embarga tu atencion. ¿Qué es? me preguntas azorada.

Es una mole inmensa que camina hácia nosotros: tiene algo de fantástico; es un vestido negro que ocupa dos terceras partes de la calle y una mantilla que va encima, y todo ello debe moverse por máquina, puesto que no se percibe quién pueda conducirlo: el vestido camina dejando por el suelo un vestigio de su tránsito, y arrastrando entre sus pliegues cuanto se encuentra á su paso: mira, aun una piedra arrancada de su artificial alveolo va rodando como en una catarata entre ese inmenso almacen de ropa.—¡Ah mujer asustadiza! nada de mágia encontrarás en todo esto: no es mas que una de las leonas de que ántes te hablé!—¡Una leona? si no se le ven las fauces, ni la melena ni...aguarda, que ya empiezo á distinguir, no precisamente garras, pero sí una mano que levanta mas de lo necesario esa cauda que remolca tantos escombros....¡ah! si esta leona estuviera criada en las batuecas, no sabria manejar me-

or la rienda de un potro. ¿Pero la cara? ¿en dónde está la cara?—Tonta, va oculta en un tupido velo, aunque no tan tupido que no deje adivinar lo que hay de bueno, y no encubra lo que hay de malo. Va como los dulces que se cubren con tapaviandas, siendo una tentacion constante para las moscas. En cuanto á la observacion que haces del manejo de la rienda, te diré que alzan el vestido para no ensuciarlo. —Bien; pero si no quieren ensuciarlo ¿para qué lo usan tan largo que arrastra una cuarta?—Para levantar esa cuarta y enseñar por *necesidad* un pié prisionero en un estrecho botin; para que todos admiren lo bien acabado de los calzones; para que todos puedan contar el número de enaguas de que la leona puede disponer.

Ademas, como hace tiempo que el ayuntamiento no está en fondos, no ha podido cubrir los gastos de limpieza de la ciudad; pero las leonas, amantes del buen nombre de esa corporacion, y llevadas del espíritu de *pulcritud* en todo, viendo aquella pobreza se han encargado de barrer las calles y enjugar ciertas corrientes no muy limpias que frecuentemente se ven en las esquinas. Quieren con este rasgo de civismo conquistar el nombre de buenas ciudadanas que algunos legisladores les han negado en circunstancias demasiado importantes: quieren dar tambien una proteccion decidida á la industria, y por tanto procuran consumir cuanto ántes lo que sus maridos

ó padres ganan afanosamente, para de esa manera comprar mas y mejor.

Muy bien: todo eso es monísimo; pero lo que sobre todo admira es la amabilidad con que va dulcemente departiendo con su inseparable consorte: bendito sea Dios, que la civilizacion ha respetado la loable costumbre de que el marido sea el compañero constante de la mujer, y no ha desterrado la ternura de los matrimonios. Porque ese buen mozo que va envuelto en el lindo *tápalo* es obsequioso, rendido, y de á legua se echa de ver que está recien casado. —No, Bibiana; no es marido de tan hermosa leona. —Pues entónces será su hermano. —Tampoco.— ¿Pues qué es?—Es un amante.—¡Zape! ¿un amante? —Sí, mujer, no te asustes; es un amante *platónico*, un adjunto de primera necesidad en el buen tono. Seria muy incivil, muy retrógrado que el marido se tomara el trabajo de pasear á la señora, de andar cosido á ella, de constituirse su sombra: no señor, el varon deja en plena libertad á la señora, para que corra por donde quiera sin su molesta compañía, y ella, en virtud de ese pacto, tácitamente formulado, puede elegir entre sus aduladores el que mas le venga en mientes para hacerlo su caballero, su satélite, su escudero.—¿Y él?—¿Quién, el marido? Míralo, allá va desempeñando los oficios de su sustituto con otra señora, esposa de un amigo íntimo, porque en la buena sociedad hay deberes mutuos, y si otro se toma la molestia de cortejar á su mitad, él

debe en justa retribucion, hacer al tanto por otro lado. ¿No ves que si así no fuera, habria un desnivel asombroso, y unos cuantos llevarian las cargas, miéntras otros muchos descansaban á pierna suelta, libres de toda fatiga? Esas son mejoras positivas de la civilizacion.

Pero, ¡cuidado! ese par de elegantes pollos que á guisa de diptongo latino vienen de bracero formando una vistosa mancuernilla, pueden en su invariable carrera hacerte bailar como un trompo. No esperes que te cedan la acera, porque seria faltar á las leyes de la ilustrada etiqueta. Si es preciso que para darles paso te zambullas en el lodo, hazlo sin vacilar, porque á lo ménos tu pediluvio tendrá el mérito de voluntario, y no tendrás que ir rodando hasta en medio de la calle por el impulso que te comuniquen unas salientes rodillas ó unos angulosos codos. ¿No los ves? atropellan cuanto les impide su inmutable curso: partidarios, de la línea recta no conocen obstáculo, y cualquiera que se les presentara lo vencerian sin trabajo. Si por casualidad eres tan torpe que no sepas ó no puedas evitar su choque, no esperes buenamente una disculpa caballerosa, ni que procuren evitar el cataclismo que te amenaza: oirás salir de sus rubios labios una redondísima imprecacion, y como si fueras ministro de hacienda sin crédito, y ellos agiotistas colados, ausiliarán poderosamente tu caida; y ellos seguirán impávidos sin hacer mas que reir de tu desgracia.

Allá viene otra pareja masculina: mira qué fuego en su conversacion, qué movimiento en sus manos, qué agitacion en sus semblantes! Son políticos que van arreglando la marcha del gobierno; pero no solo el de la república, eso seria muy mezquino para sus inmensas capacidades: Luis Napoleon es un niño de teta, á quien vendrian bien las lecciones de estos sapientísimos Licurgos. Y advierte con cuidado que aún están en la primavera de la vida, y sin embargo asombra su talento. ¡Qué será cuando sean mas grandecitos! Ya los oyes: la Europa está caducando y necesita regenerarse; pero no hay un hombre que domine la situacion, que dé curso al torrente de las ideas nuevas, las cuales traerán forzosamente la felicidad de los pueblos. Nada existe en el mundo que no necesite reformas; todo está envejecido, miéntras que todo demanda una innovacion completa. Por eso, ellos que son los apóstoles de esa *propaganda*, han comprendido que es antipolítico quitar el sombrero y dar pruebas de respeto á ese sacerdote venerable por su estado, su virtud y sus años, y ya ves como lo ven con desprecio y lo arrinconan contra una puerta á fin de que no les impida seguir tratando sus importantes asuntos. Pero, aguarda: suena una campanilla que anuncia que por ahí viene el sagrado viático; no hay cuidado; nuestros hombres marchan sin conmoverse, ostentando en la cabeza sus bien acabados sombreros, y en sus bocas su escelente regalía. No haya pena que ellos se descubran ó

arrodillen, y dejen por un momento sus chimeneas siempre ardientes: eso se queda para la gente fanática y rancia: ellos son ilustrados y han dejado ya olvidadas las preocupaciones de antaño.

¿Ves ese coche que está parado á la puerta de ese rico almacen? ¿ves en su interior dos hermosísimas damas que yacen recostadas como en un muelle *diván*? ¿ves la traslacion inmensa de efectos que hay del almacen al coche? Pues no entiendas que van á mudar la casa, y que en lugar de cargadores ocupan ese blasonado carruage para el trasporte de las mercancías, cuyas cuidadoras sean las hermosas. No es mas que estas vienen á comprar un par de medias y unas varas de indiana; pero como solo la gente de pacotilla viene al comercio á pié, y se entra de rondon á las tiendas, y hace su compra lisa y llanamente, para distinguirse la elevada aristocracia, manda poner el coche, pone dentro á la vista alguuas docenas de pesos, y en el cajon de mas nombre, (que los hay muy retumbantes) se hace alto con la seguridad de que en el momento se presentará el mas bien plantado y zalamero de los dependientes á recibir las órdenes de tan bellas compradoras. Estas preguntan con énfasis, con desenvoltura por una multitud de cosas, por lo mas nuevo, lo mas esquisito que encierre el almacen; el servicial tendero va y viene, trae y lleva, encomia el hermoso dibujo de esta tela de Asia, sube por las nubes el tejido de aquel *moiré;* encarece la vivacidad de un gró, admira la calidad de

aquel piqué de seda: es lo mejor que se conoce en Europa, y la reina de Inglaterra, y la emperatriz de Francia han pedido á las mismas fábricas una cosa semejante. ¡Qué elocuencia tan persuasiva! qué flores retóricas tan hermosas derraman los labios del vendedor á la vista de las brillantes águilas que con sus alas estendidas quieren emprender el vuelo, y no por cierto para el interior de la tienda, aunque bien lo apeteceria el encomiástico orador. Pero las desdeñosas beldades nada encuentran de gusto, no hay cosa que les agrade, y solamente fija su atencion el par de medias que buscaban ó el estraño dibujo de la indiana que habian menester. El almacen todo sufrió un movimiento simultáneo, y para acabar con aquella confusion y volver al órden aquellas diseminadas mercancías, se necesitan dos horas largas. De esta tienda pasará el coche á la inmediata, y así se pasará revista mas escrupulosa y tan improductiva como las de comisario en el ejército.

Pero ¿qué reunion es esa que ocupa mas de media calle? Allí hay toda clase de trages: desde la aristocrática levita, hasta la democrática frazada. ¡Ah! es es uno de esos objetos que frecuentemente atraen la atencion de los transeuntes. Es un discípulo de Baco á quien se empeña un diurno en dar posada, cumpliendo con las obras de misericordia, que aquel no quiere agradecer. Las instancias del uno y la resistencia del otro, han escitado vivamente la curiosidad de tan benévolo como ilustre público. Nota bien con

cuánto interes siguen los espectadores las peripecias del drama: mira cuán dispuestos están todos aun á acompañar hasta su nueva mansion al desgraciado huésped: observa qué atencion ponen al interesantísimo diálogo de ambos interlocutores. Jamas predicador alguno pudo lisonjearse de tener un auditorio tan circunspecto. Y este espectáculo como otro cualquiera de tan vital interes absorbe todas las miradas, toda la atencion de los civilizados hijos de México.

Pero, he aquí que por haber venido matando el tiempo con todo cuanto hemos encontrado al paso, hemos llegado un poco tarde al lugar de nuestro destino. Recuerda que salimos á surtirnos de varios indispensables para nuestra futura mansion; por consiguiente entraremos á este depósito de muebles finos que se nos presenta al paso. No te quejarás de que aquí no encuentras urbanidad y buenas maneras, porque como tu traje y el mio revelan un marchante de buena pasta y que no ha de hacer mucho consumo, casi somos imperceptibles al ojo conocedor y esperto del ilustre tapicero. Por eso no contesta á nuestro saludo sino protegiéndonos con una ligera inclinacion de cabeza, y nos deja estar en pié, y de muy mala gana nos enseña los objetos que le pedimos. Pero advierte el cambio que ha producido en sus facciones y en su lenguaje el elocuente sonido de ciertas monedas en mi bolsillo. Vaya! somos unos parroquianos que ofrecemos una rica cosecha, y por

tanto dignos de grandes atenciones. ¡Qué gusto tan esquisito tenemos en la eleccion de cuanto preferimos! qué bien se echa de ver que lo entendemos en eso de estimacion de las grandes obras! No hay duda: somos el tipo cabal y completo de los protectores de las artes; y tenemos ciencia esacta de lo bello y de lo perfecto. Apostaria cuanto se quisiera, que ántes de ahora no habiamos echado de ver en nosotros ese talento tan distinguido y tan fenomenal que nos lleva como por la mano á la eleccion de lo mejor, de lo mas esquisito que ha producido la industria del hombre. Antes pareciamos unos patanes; pero desde que descubrimos que podiamos hablar *redondamente* hemos ganado en valor un noventa y nueve por ciento, como bonos de la deuda inglesa.

Hechas aquí nuestras *cómodas* adquisiciones, vamos á otras casas y oficinas donde sin duda tendremos mucho que aprender y no poco que admirar. Porque si llegamos á una casa de comercio cualquiera, al taller de un artesano insignificante, á la covachuela de un empleado público, todos te recibirán del mismo modo, todos responderán á tus urbanos saludos con un mutismo elocuente, á fin de no perder con vanas palabras ni con molestas fórmulas un tiempo tan precioso como el que tienen destinado á la dulce conversacion de un amigo, á la sabia combinacion de sus cálculos financieros, ó al delicioso *far-niente* que tanto embelesa sus fatigadas existencias,

Y aunque hemos estado tratando en el campo de

las suposiciones, puedes estar segura, Bibiana mia, de que nuestro paseo ha sido en el terreno de las realidades. Porque ya lo verás con tus propios ojos cuando vengas: á cada paso que dés en este mundo de Dios verás y palparás la verdad de cuanto te digo, sin que te falten ejemplares á cada instante en que puedas comparar la práctica con la teórica, mejor que en muchos sistemas que para desasnarnos andan por ahí, cuyas doctrinas son escelentes para habladas y escritas, y cuando quieren ponerlas en planta, ¡zas! allá van á dar donde ménos lo esporaban. Aquí por el contrario, el trecho que hay del hecho al dicho es grande, pero favorable á la confirmacion de lo platicado.

Queria ya dejar á las personas en plena posesion de sus usos y costumbres; pero hoy he recibido de nuestro pueblo muchos encargos cuyo desempeño va á ponerme en contacto con individuos de diferentes categorías. Si de tal comision resulta cosa que saber debas, te lo diré en mi siguiente á fin de que te nstruyas mas y mas.—*Caralampio.*

México, 28 *de Marzo de* 1859.

Mujer mia: Está escrito que aún debo continuar un poco hablándote de personas, contra la impaciencia que me espoleaba por hablarte de cosas. ¡Qué quieres! Mis pobres batuecos aprovechando mi venida á la corte y las relaciones que dizque tengo, y mas que todo mi amor patrio, en cuyo nombre me conjuran mas que á un espirituado, enviáronme hace tres dias un voluminoso rollo de cartas y en ellas dos mil encargos que me ha sido forzoso despachar. Pero es el caso que mis compatriotas, privados como están hace mucho tiempo de la invencion benéfica de la estafeta, y no porque los bárbaros asesinen á los correos, como dizque lo hacen por allá por la frontera, sino porque reservados y gazmoños han llevado á mal que el señor administrador les haga correcciones en su estilo epistolar, para lo cual revisaba una á una las cartas; empezaron á desacostumbrarse de la antigua usanza de llevarle sus cartitas.

Esto, como ya recordarás, unido á ciertas desavenencias habidas en el matrimonio de nuestras Batuecas con esta corte, las cuales ocasionaron la separa-on de bienes, y dieron márgen á mas de cuatro

claridades que se dijeron los enojados consortes, hicieron por fin que el mercurio postal encontrara el mejor y mas escelente arbitrio de que se siguieran agriando los ánimos, y fué suprimir las comunicaciones de las partes beligerantes, y poner un dique á la chismografia del ofendido marido (México) y de la ofensora esposa (las Batuecas). Resultado de esto, que los que no estaban enojados buscaban algun medio de enviar sus recaditos y billetes por los caminos que encontraban mas espeditos. Pero aquí fué donde el diablo tiró de la manta, y yo que por mal de mis pecados estaba debajo de ella, he quedado lucido, y vas á ver cómo.

Los pliegos que me remitian llegaron con felicidad hasta la garita, cosa que hasta parece fabulosa atendidas las garantías y seguridad que en los caminos se disfruta. Ya los inocentes papeles entonaban el *Ave maris stella,* al descubrir el deseado puerto de su destino, y se desataban en elogios de su diestro piloto; cuando cátate ahí, que al querer tocar tierra dan en unos escollos hasta entónces desconocidos, quizá por estar ocultos bajo la cubierta de unas pieles cabrias. No hubo remedio: es cierto que tocaron en la playa y pasaron á tierra firme, pero ¡cómo venian, Dios mio! A guisa de corsarios sorprendidos en la costa y llevados ante el capitan general ó gobernador para que con arreglo á ordenanza decidiera de su suerte. Consignado á mí el envío, me hicieron comparecer ante aquel inflexible tribunal; y juz-

ga de mis conflictos cuando yo fuí sentenciado á redimir aquella gente cautiva, pagando en buena moneda sonante veinte reales por cada onza del peso que reportaban. ¡Ira de Dios! Y cómo deseaba yo que el tal bulto se convirtiera en cabeza de diplomático, para que aunque pareciera mucho tuviera poco seso, y por ende poco peso! Pero nada, hija mia, aquellos verdugos tuvieron la inhumana complacencia y el escrupuloso cuidado de pesar hasta el último adarme; y yo tuve el duro sentimiento de ver pasar las pesetas nuevecitas de mi bolsillo al de aquellos desalmados caribes, sin que me valiera alegar que el modo y camino con que habian llegado los susodichos papeles era el único que nos habia quedado espedito. No hubo argumento bastante fuerte ni razon alguna que me librara de pagar una multa que si era justa, no era yo á lo ménos quien la ocasionaba.

Posesionado ya de tan *caros* objetos, comienzo á desenvolver uno por uno, y me encuentro con que todas son cartas para el comerciante R,* para el amigo X,* para el empleado H,* para el padre N,* y por fin y postre unas cuatro líneas para mí en que me encargan entregue las adjuntas á sus títulos y agite el pronto y el buen despacho de las que eran de la comun utilidad de mi pueblo, ó de la particular de D. Fulano. Tras de la soga el caldero: despues de haberme costado el recuerdo de mis paisanos algunos duros que aún ablandan mis entrañas

échese usted á cuestas la comisioncilla de andar como pretendiente de empleo llevando cartas á este ó aquel. Vamos, que se necesita tener una paciencia á prueba de encargos para no votar contra tales impertinencias. Ya me conoces: soy bonachon y cachazudo: basta que esté casado, y es buena prueba; por consiguiente dí conmigo en la calle, despues de formularme un itinerario, y comencé á desempeñar la importante mision que se me habia confiado, consolándome en mis adentros con que las personas á quienes tenia que ver, enderezarian el entuerto que se me habia hecho, cuando ménos con su agradecimiento.

Mi primera visita fué al señor comerciante, quien desde el momento en que me vió entrar conoció por mi cara *fuereña* que era un bonazo habitante del interior, y creyendo que seria un buen marchante, poco faltó para que me ofreciera de almorzar. Mas cuando le dije torpemente que era portador de una carta recomendada, equivocando los frenos, creyó, que era una pretension, y entónces ¡qué semblante puso! Abrió la misiva, se convenció de que no era yo enemigo peligroso, y con la amabilidad de un gato cuando está celoso, me dijo que volviera por la contestacion de allí á dos dias.

Luego pasé á ver al empleado, y allí fueron mis trabajos. "El señor H* viene á la oficina hasta las once.—Pero señor, si son ya las dos de la tarde.—¡Ah! pues entónces se fué á almorzar.—¿Y á qué hora

vuelve?—Hasta las cuatro.—¿Y dónde vive?—La guía de forasteros lo dice.—¿Y esa señora dónde se encuentra?" Este interesante diálogo pasaba con un señor de edad, y tanto por ella como por su traje, habria jurado que era el gefe de la oficina; pero luego supe que era èl cancerbero de aquel cocito. Al dia siguiente fuí á las once y media, y trabajo me costó despertarlo del beatífico sueño que dormia, apoyada la frente sobre la mesa que tenia delante.

Entré por fin al *sancta sanctorum* de aquella oficina, y entónces pude admirar la madurez con que se despachan los negocios, y por consiguiente lo muy bien que deben quedar arreglados. Todos los señores que allí encontré, los ví sumidos en profundas meditaciones, hasta el estremo que bien pude, si hubiera sido un poco atrevidillo, violar la consigna que en letras gordas estaba escrita en la puerta á guisa de aquel rótulo que supone Fígaro estaba en las puertas de España: "*Nadie pase sin hablar al portero,*" pues aunque hubiese sido saca-muelas, con nadie podria haber ejercitado mi lengua. El que no meditaba teniendo la frente entre las manos y los codos en la mesa, leia estasiado algun autor de nota, y de allí tomaba datos para el acierto de los negocios: ora era de Dumas el libro que habia en las manos; ora era Paul de Kock el que hacia el gasto: eso sí, ninguno estaba sin hacer algo.

El dueño de la carta me recibió con algo de mal humor, quizá porque le iba á interrumpir un anima-

do diálogo que sostenia con E. Sue: así es que brevemente se impuso de la carta, y me emplazó para dentro de unos quince dias en que podria darme la respuesta. Tal se ve de abrumado por el peso de sus negocios.

En unas partes me daban una antesala de dos horas, porque el señor estaba á la mesa: en otras de tres, porque estaba durmiendo siesta; y en otras de cuatro, porque el señor nó recibia sino á determinados momentos. Casa hubo en que el lacayo me prohibió entrar por no ser mi vestido de etiqueta.

En ninguna de las partes donde mi negra estrella y el capricho de mis compatriotas me condujo, tuve el gusto de oprimir ni por breves instantes los asientos de las aristocráticas ó plebeyas sillas de las salas; porque parece que es de buen tono que si el amo de la casa no se deja hablar, los criados detengan al visitante en los corredores, donde este pueda entregarse al estudio de la botánica en las cuatro raquíticas macetas que allí se encuentran; y si el amo se deja mirar, apénas si se contenta con inclinar la cabeza, escuchar distraido el asunto, contestar breve, y con muestras muy señaladas de disgusto terminar la audiencia, sin dignarse decirle al pobre batueco que descanse un poco.

Mas en cambio, si llega el zapatero que tiene un establecimiento lleno de puertas y de muestras, que llama á su obrador con un nombre retumbante, como por ejemplo: *zapatería ó cajon de calzados de los dia-*

mantes, de los topacios, de las esmeraldas, etc., aun cuando el discípulo de San Crispin sea de los que hace cuatro años andaban envueltos en una capa cuadrada y con el indispensable *tranchete* en el sombrero, ó haciendo *obra* de muy mala estofa, siempre es tratado con muchísima consideracion, debida sin duda á tres causas. Sea la primera y principal, que es hombre ya de dinero y crédito, puesto que su taller ha pasado ya al rango de *gran cajon de calzados.* Sea la segunda, que él es el ministro de la policía interior de los piés del señor, las señoras y las niñas, y sabe cuántos callos, juanetes y ojos de pescado se deben encubrir con el raso y el charol, y esos secretos deben permanecer impenetrables á todo el mundo, y por eso al depositario de ellos se le obliga cortesmente á guardarlos. Finalmente, las mas veces se le deben grandes sumas por el calzado de toda la familia, que comunmente estrena cada tercer dia, aun cuando no haya necesidad; y si al acreedor se le tratara mal, supuesta la posibilidad de seguir habilitando, acaso se retraeria de seguir siendo el proveedor de la casa, y eso traeria trastornos en el sistema de empréstitos que sigue el ministro de las finanzas domésticas.

Desesperado y mohino acabé mi comision; y debes suponer cuánto tendria que sufrir, puesto que yo, calmudo hasta el estremo, llegué á tomar un continente serio y endiablado.

¿Sabes la conclusion recta que yo deduje de todo

cuanto me costó fenecer la empresa que se me habia encomendado? Que para tener un recuerdo vivo de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, para seguirlo en toda la vía que anduvo allá en Jerusalem, no hay como tener un negocio en está capital, principalmente en las oficinas públicas; y si el negocio es urgente é interesante, entónces hay mas motivos para los recuerdos, porque aquí todo es ir del subalterno al superior, de este á otro de mas ó ménos categoría, de una oficina á la otra, y de esta á aquella, ni mas ni ménos que de la casa de Anas á la de Caifas, de ésta á la de Pilatos, y de allí á la de Herodes y vuelta á la de Pilatos, no sin haber sufrido las burlas y los logogrifos con que abruman al que anda tales estaciones, todos los que es necesario ver. Podrá suceder que el haberme yo demorado tanto en el asunto que se traia en manos, haya dependido de las *circunstancias escepcionales en que actualmente nos encontramos:* pues hágote saber que en estos momentos estamos próximos á rompernos las cabezas con ciertos protectores que á pesar nuestro han venido á hacernos mas felices de lo que somos, y como es asunto en que todo el mundo se interesa, ya comprenderás que primero es saber si hemos de consentir en que nos dén la felicidad, aunque sea como las *enemas,* contra nuestro parecer, ó si hemos de resistir tanto bien con que nos brindan nuestros favorecedores.

En estos momentos la corte se encuentra agitada

hondamente; y no hay mas platillo de conversacion, tanto en los paseos como en las casas, lo mismo en la plaza que en la calle, que saber si por fin nos dejamos caer en la Jauja que nos ofrecen, ó si nos agarramos al borde con uñas y dientes para no ir á dar á ese paraiso con que nos están engolosinando los que tanto se empeñan por nuestro bienestar. ¿Creerás que hay aquí muchos ingratos que á las promesas de ventura que se les hacen, contestan con muecas y malas razones? Hasta los hay que se han convertido en *crinolinos* ó abultadores para obstruir el paso á los que vienen á desplomar sobre nosotros tanta felicidad.

Hoy ha llegado aquí la vez de conocer á una multitud de jóvenes entusiastas que por todas partes veia dias pasados con aire marcial y provocativo, buscando una ocasion de distinguirse. Llegó á esta, y en efecto se están distinguiendo de á legua, porque los mas están en los puntos mas elevados aunque mas distantes del lugar que ambicionaban; pero ¿qué quieres? no todo lo que se desea se puede. Si ellos están léjos en cambio están mas seguros y vállase lo uno por el otro.

Me he separado un poco de mi objeto, Bibiana, pero el entusiasmo es como la peste, contagia; y como en estos instantes se ha olvidado aquí todo por el entusiasmo hasta el estremo de haberse mudado el paseo al lugar donde se está tratando de nuestro destino futuro, ya ves que seria malísimo que yo

permaneciera impasible. Pero vale que cuando hayamos vuelto á nuestra situacion ordinaria, ó como dicen los que lo entienden, *normal*, cojeré de nuevo el hilo y charlaremos de lo lindo. Adios por ahora.
—*Caralampio.*

hondamente; y no hay mas platillo de conversa tanto en los paseos como en las casas, lo m[illegible] la plaza que en la calle, que saber si por [illegible] jamos caer en la Jauja que nos ofrecen, [illegible] ramos al borde con uñas y dientes par[illegible] ese paraiso con que nos están engol[illegible] tanto se empeñan por nuestro bien[illegible]). hay aquí muchos ingratos que á l[illegible] ra que se les hacen, contestan [illegible] muer-zones? Hasta los hay que [illegible] no te en-*nolinos* ó abultadores par[illegible] amargos tra- vienen á desplomar sobr[illegible] hacer otra cosa;

Hoy ha llegado a[illegible] stros bienhechores con titud de jóvenes e[illegible] habian puesto en estado dias pasados co[illegible] nacida. Pasó el chubas-do una ocasio[illegible] ser, á su antigua animacion, y efecto se est[illegible] en mi mesmedad de siempre, dis-mas están [illegible] nuestra interrumpida corresponden-distante[illegible] abra te diré de lo que ha pasado, por quiere[illegible] una porque no toca á mi objeto, la otra está[illegible] han dicho cuanto han querido, aun-un[illegible] buenos datos como yo, que durante los [illegible] de la discusion me encerré en mi con-[illegible] armadillos, esperando á saber por cuen-[illegible] habia de rodar, pareciéndome en eso á [illegible] artesanos que tenian listos sus cohetes para [illegible] en honor del vencedor que nunca podia ser [illegible] que el que ellos habian pronosticado en sus aden-[illegible]

. con mi empeño que es lo que me toca: vale
..icos y guerreros sobran, á falta de pescado
..n estos dias: unos y otros cumpliendo con
..e la tierra harán lo que yo no haga.
..ana en que estamos ha querido la
..nta, quizá creyendo que en estos
.. santificarse, he aquí que todos
..iamos de cristianos viejos, y
..os comenzado por preparar-
..sa buena madre, y con la mayor
..iempre por santificarnos, hemos dis-
..os sastres y las modistas trabajen de dia
..ue en la fabricacion de nuestros vestidos que
..emos lucir en la visita de los templos; y como que en estos dias han de estar mas á la vista de todos, por cuanto los coches se suprimen y las béstias entran á vacaciones, todos se convierten en pedestres, y hay mas oportunidad de examinar hasta los hilvanes de nuestra camisa interior. Así es que en ninguna época del año como en esta se cuida mas de la pureza y hermosura de un vestido y de la perfeccion de un calzado. El que tiene para todos esos gastos los hace desde luego: el que no tiene tambien los hace; pero os queda á deber y *pàta*.

Un padre de seis chiquillos y de cuatro hermosas señoritas pone todo su conato en cumplir con el precepto pascual que le impone la sociedad; que el de la Iglesia ya no es de la época. El precepto dicho es que aunque sus haberes se reducen á hambre por

la noche y necesidad en el dia, siempre se dé á la dilatada prole un vestido y la *matraca* y que no deje de ir á lucirlo todo en donde la concurrencia sea mas numerosa. Lo primero se hace con el crédito; que aun que es como el de México, algo mortecino, siempre vale algo: lo segundo tiene algunas dificultades, y para vencerlas necesita de cierta diplomacia.

En estos dias solamente los que no han encontrado aunque sea un pedacito de la piedra filosofal, son los que no presentan alguna novedad en su atavío; pero todos se entregan sin reserva á disfrutar de la santidad de la semana que les permite algunos dias de asueto y objetos mil de distraccion. Estos últimos consisten en la multitud de vendedores que por todas partes atruenan las orejas con el chillido de sus matracas, con el grito incesante de sus mercancías, con la variedad de figuras que ponen á la espectacion de los chiquillos para obligarlos á una iniciativa formulada primero con deseos y luego con lágrimas y mohines, al papá, á la mamá y á todo el mundo viviente.

Porque los chicos en esta tierra gozan de muchos privilegios como menores, y vaya si los saben esplotar de una manera provechosa. Nunca encuentran contradicciones en sus caprichos; siempre están dispuestos á mandar á los criados y estos deben obedecer ciegamente; y como pocas veces el padre ó la madre cuidan de saber si las pretensiones de los nenes son como de los sublevados políticos, y solo quieren

niños no encuentren contradicciones para que
mpan á las visitas, ó para que no descubran
man apego al gobierno absoluto, y no se
na constitucion ó consejo de gobier-
desde el interior de su casa hasta
Y con estas ideas los tienes
, hay mil chucherías con que
s, estos bregan y se obsti.
ia para que se les compre
y otro remedio que ceder á
quejas y de lamentos, y gastar en
ue mañana haria muy buen provecho
yuno.

creerás, y por cierto que yerras torpemente, que quí se educa á los muchachos como por allá lo hacemos. Pero voy á ver si puedo decirte algo para quitarte creencias tan equivocadas. Desde que una casada sabe que es madre, su pobre víctima ó sea marido, tiene que plegarse sin piedad á todos los caprichos de ese estado, porque es sumamente peligroso contrariar á las señoras y no hacer cuanto les ocurre. Ya desde entónces la luz de las habitaciones se modera, el ruido se disminuye, los alimentos se mejoran y se condimentan por especiales personas y se diversifican aun mas que las opiniones políticas, para que si uno desagrada tenga luego otro que lo sustituya, como novio de coqueta. Todas las noches á poco despues de oscurecer ha de salir á hacer ejercicio, y si es necesario debe bajársela en brazos para evitar un acci-

dente: llega á las cadenas ó al portal y allí se sienta, para no fatigarse, haciendo por consiguiente ejercicio de posaderas sobre una piedra helada, que al fin todo es cambiar.

Cuando llega el instante preciso se busca á la profesora que en letras mas gordas haya anunciádose, y que sepa ir á las casas de las enfermas de guantes y manteleta: dos, tres facultativos de los que caminan siempre en coche son los acólitos de aquella sacerdotisa: la madre, las hermanas, las tias, las amigas, todas invaden por distintos puntos y como país conquistado el territorio en que se debate la cuestion de emigracion. Todas tienen voto activo: todas ejercen la dictadura y todas espiden decretos sobre decretos hasta formar un simulacro de la legislacion mexicana, esto es, de leyes contradictorias, y que unas derogan las otras, y que nadie se cura de obedecer.

Solo en una cosa se ponen de acuerdo, ventaja que no se obtiene en el campo de la política, y es en que la madre no debe por motivo alguno amamantar á su hijo, porque eso ademas de ser de pésima ley, desmejora notablemente la hermosura, marchita la tez, destierra el sueño como si fuera conspirador, y ocasiona muy malos ratos por ciertos aguaceros y tempestades que menudean mas que malos pensamientos en cabeza de solteron. Por consiguiente, todas las potencias reunidas en aquel congreso deciden sin vacilar que el nuevo ó nueva cortesana deben vivir como los jubilados y cesantes con los alimentos medidos y tasa-

dos que da la tesorera nombrada *ad hoc*, la cual con tal que quite á la madre la responsabilidad de atender á las interpelaciones del quejoso, poco importa que sea de buena ó mala salud, de aptitud ó incapacidad para las funciones que exije su empleo.

Allá alguna vez, cuando la abuela ó el pariente quieren conocer al nuevo vástago de su familia, es cuando la mamá se toma el trabajo de acercárselo, y luego como si fuera un enemigo del alma se le aparta no sin llamarle *primoroso, cielito, lucero,* y otras preciosidades así, las cuales no satisfacen al chico, ni las recibe sino como cuando un amigo á quien vamos á pedir prestado nos llena de buenas palabras en cambio de los reales que nos niega.

Ya desde entónces el niño vive como estranjero en su casa, viendo de tarde en tarde á su padre y á su madre y entregado á los cuidados de la nodriza, de la recamarera, ó de cualquiera otra de las criadas; adquiriendo modales que no son los suyos, oyendo y acostumbrándose á oir cosas qne debiera ignorar; y cuando llega el caso de darle educacion se le envia á un colegio, á un pupilage para que acabe de perder el hábito de estar al lado de los que le dieron el ser, porque estos no podrian sufrir el genio inquieto ó insurgente del niño, tendrian muchas molestias con sus travesuras, sentirian muchísimo las contingencias que estas ocasionaran y quitarian la libertad de salir al paseo, al teatro, á las visitas, y la esclavitud seria mayor que en los Estados-Unidos. Todo, pues, que-

da evitado con el ostracismo á que se condena al subversivo muchacho que trata de trastornar el órden de aquella pacífica y bien sistemada República.

Muchas veces hay reclamaciones directas de los maestros ó de otro estraño que tuvo que sufrir algo del perjudicial ciudadano, pero como está sujeto á autoridades de otró país; como está ya acostumbrado á despreciar el yugo natural que su orígen le imponia, hay sus dificultades en reparar el mal ocasionado, se hacen aplicaciones del derecho internacional, aunque no con el fruto con que se han hecho sobre México, y se procura un acomodamiento poco embarazoso, sin que el culpable por eso saque el provecho que produciria una reprension oportuna, un castigo conveniente; y de aquí nace el amor á la independencia que entraña tan constantemente la impunidad.

Crece el proscrito, adquiere nuevos hábitos: se entrega á la direccion de sus amigos; y los señores sus padres llaman viveza, talento, buen humor, marcialidad, á sus diabluras y enredos; yaunque ya entónces se le permite el regreso á a patria, se le disimulan sus maneras, y se le tolera su estrangerismo, con tanta mayor facilidad, cuanto que en el momento se le hace colonizar una apartada alcoba, cuya cerradura está enteramente á su disposicion á cualquier hora, sin que haya aduana que vigile sobre la introduccion de efectos prohibidos, sin que haya leyes

represivas que coarten su libertad en su mas lata escepcion.

Podrá suceder, y muchas veces acontece, que en virtud de esas franquicias tan amplias al jóven, llega á tomar un amor decidido á las doctrinas niveladoras, á la introduccion de cultos nuevos en el país, y á la esplotacion de terrenos auríferos que aumenten su importancia comercial y su representacion social. Así es que para llevar adelante lo primero hace desde luego creer á la pizpereta y zalamera criada que cuida á su persona, que sus derechos la llaman á mas alto rango, si es que rangos debe haber; y que las distancias puestas por la fortuna, nada valen tratándose de las leyes de aquel emporio de la libertad. Mal avenido con la monotonía que un solo culto produce en su colonia, abraza el mahometismo y la consabida fregatriz se convierte en sultana ó por lo ménos en favorita, y ya consiguió su segundo intento. Para el tercero, sin tardanza se trasporta al escritorio del papá ó al ropero de la mamá, y estrae de aquellas minas cuanto metal puede y con eso aumenta en las sociedades y cafés la representacion que ántes le distinguia.

Esas innovaciones, ó no son notadas por el gobierno doméstico, ó si lo son y tienen mayores consecuencias, se despide á la que introdujo el desórden, y se amonesta al innovador, siempre con indulgencia para no exasperarlo, que modere sus humoradas y no turbe la tranquilidad que disfruta el país, y con tan

eficaces medidas se salva el honor del pabellon, y se deja bien puesto el nombre de todos, y vuelta á las andadas como al principio.

Siendo este el estilo que se ha creido mejor y mas á propósito para formar cortesanos, ¿por qué no hemos de palpar cada dia los resultados de tal sistema, y por qué no hemos de ver en dias como estos lucir todas las ventajas que él trae consigo? Acostumbrados todos desde la infancia á la ostentacion, al desprecio de autoridad, á vivir como las mariposas, volando por todas partes, ya ves que no se puede exijir á nadie, que despues de varios diciembres, tome otras costumbres, y viva como nosotros vivimos por allá. Eso seria tan tonto, como querer que los fresnos produjeran higos. Por lo mismo cuando yo veo á los elegantes pensar en estos dias en engalanarse, en ir á los templos únicamente á pasar revista de las hermosas; cuando oigo sus cuchicheos cerca del altar, y á la hora que se recuerdan los misterios mas sublimes de la religion; cuando los veo salir de allí convertidos en unos tentadores de las hijas de Eva, y á estas hechas unas serpientes que se valen de sus ojos y de sus monerías para provocar á los hijos de Adan, creo á piés juntillas que todo eso no viene sino del modo con que han sido educados, que por cierto nada tiene de batueco, sino de muy cortesano é ilustrado.

Se ansia la llegada de estos grandes dias porque es una temporada muy ápropósito para lucir, porque

hay oportunidad de ver y ser visto, porque el campo para las correrías, las citas y los lances se ensancha; porque tanto cuanto se necesitaba de recogimiento para elevar el espíritu á los recuerdos de una época lejana, se convierte en disipacion, en conversaciones y en bureos; y si acaso es tiempo de mortificaciones y de abstinencias, estas tienen lugar solamente en cuanto á las buenas costumbres y aquellas en cuanto á que el sastre y el zapatero no estuvieron puntuales con sus obras.

Con cuanto llevo dicho hasta aquí, creo que has debido conocer las principales castas é individuos de ellas que para la mayor honra y gloria de la corte, han nacido en ella, son su mas bello adorno y el modelo mas acabado de ilustracion, cultura y adelanto. Convengo en que no te he presentado otros muchos tipos que existen aquí; pero he creido que tanto porque ordinariamente resultan del cruzamiento de razas, cuanto porque no obstante hablar, moverse y tener signos esteriores de personas, solamente son cosas; muy bien cabian en la segunda parte de mi tratado, al cual daré comienzo si la fortuna es buena muy próximamente. Nada difícil será que hablando de cosas vuelva á mencionar las personas: pero eso no te admire, porque ó bien lo hago en atencion á que la oportunidad se presenta, ó bien porque sigo el ejemplo de los modernos escritores que se nos ponen luego como ejemplar para que imitemos que proponiéndose hablar, v. g. de economía, van á

dar á las regiones de los conventos que deben economizarse, para tener ellos mas economías que conservar. Así es que ni te pares á meditar sobre el desórden que adviertas en mis cartas y en las materias que ellas comprenden, porque yo no hago mas, á guisa de batueco domesticado en la corte, que seguir el espíritu público por aquello de *"á la tierra que fueres haz como vieres."* Este es el uso aquí, y yo no hago mas que seguirlo servilmente, aunque todo lo que huele á servilismo está abolido en la teórica, si bien seguido paso á paso en la práctica.

Conque, hasta otro dia, porque en este momento me esperan mis amigos para ir á.... la iglesia iba á decir; pero me arrepentí porque no vamos sino á ver á las que entran allí. Eso sí, sin faltar en lo mas mínimo, ni á mi estado. A Dios.—*Caralampio.*



México, 25 *de Abril de* 1859.

Mi Bibiana: Vamos á dar un paseo ahora por el vasto campo de la corte á fin de empezar á conocer el terreno en que se crian tan buenas cosas como te hice conocer en todas mis anteriores, y espero que de mi instruccion saques todo el fruto que yo deseo; porque es sin ánimo que acabando mi prédica, y dándome tú pruebas de haberte aprovechado, luego sin demora te plantes de patitas en esta felicísima tierra.

Todo aquí es sorprendente, todo es grande: tanto que, apuradillo me veo para saber por dónde he de comenzar. Pero me parece que ha de ser bueno seguir el hilo de las cosas, segun y como se me fueron presentando desde mi llegada á la corte. Así que sin mas detencion te diré que luego que la *testacea* diligencia nos hubo hecho tomar un trote mas que largo á la orilla de la ciudad, trote del cual en todo el camino se olvidó, y solo vino á emprender á la vista de los habitantes de México, quizá por abrirles el apetito de viajar; desde entónces, digo, una escolta, que buena falta hacia entre los multiplicados vericuetos que atravesamos, nos acompañó á todo correr

desde la garita hasta el lugar de nuestro desembarco. Una vez llegados allí se nos hizo un exámen mas detenido que el de la conciencia en tiempo cuaresmal; pero tan provechoso como el de un relegente universitario, porque versaba sobre puntos convenidos, sin cuidarse para nada de los puntos reservados. Se nos preguntó de dónde veniamos y á dónde íbamos y con qué objeto, y ya comprenderás que no estando ninguno con las necesarias disposiciones para hacer una confesion sacramental, cada uno respondió lo que quiso, y con ello se quedaron todos muy satifechos, así como con haber visitado los baules por la superficie, como si fuera uno tan sandio que en caso de traer cosas que esconderse debieran, las habia de poner en las narices del examinador.

Por lo inútil y engorroso de tales operaciones creo que era mejor suprimirlas, puesto que el pasajero que se resulve á traer cosas no permitidas, como dinero, alhajas, papeles, y otras así que le interesan, las refunde hasta donde no debiera. Si salva todo eso de los ladrones, que es una policía muy escrupulosa y escudriñadora, dime si no podrá, con mucha mayor facilidad, salvarlo de los guardas y pesquisidores que por mera fórmula te hacen sufrir un interrogatorio aun mas largo que el de un alcalde sordo y tonto.

El local donde nos vomitó el vehículo era el *hotel* de mas nombre que se conoce en la corte, y en verdad que tiene mil motivos para ser el primero. Mas como está montado á la francesa fué preciso desem-

barazarlo del humilde nombre de posada ó casa de huéspedes y darle el de *hotel* que tanto significa posada como palacio, en hospital. La palabra agradó por nueva y ya desde entónces muy pocos locales destinados á recibir pasageros conservan su antigua denominacion por plebeya. Tanto el que me tocó en lote, como los demas que por todas partes se encuentran, lo primero que buscan es un nombre altisonante, aun cuando ninguna conexion tengan con él.

Así v. g., hay uno que se llama de la Bella-Union, que si no es por la union no muy católica que celebran allí unas muy bellas, no sé de dónde le puede pegar el título. Otro que se llama de Paris, tiene la analogía ménos digna de figurar en ninguna parte. Otro que tiene por emblema un Turco, entiendo que fuera del *harem* no tiene otra semejanza. Otro que se dice de Burdeos, tiene la rara cualidad de no haber allí una botella de vino procedente de aquel puerto. Otro que se llama de San Agustin, no tiene del santo mas que la antítesis del arrepentimiento. Otro que se apellida con el pomposo nombre de moda, *Progreso*, camina cada dia como cangrejo, y éste, políticamente hablando, es consecuente con su dicho. En fin, salvas pequeñas modificaciones, todo se va allá.

El en que habité de pronto lleva la rigidez de sus principios hasta el no tolerar que entren visitas de mala nota; sin dejar por eso que la nota mala sea de los habitantes, porque ya supondrás que en una casa

donde se reunen individuos de las ochenta y veinte naciones, hijos de distintos padres, dueños de distintos hábitos, pero todos dispuestos como uno sólo á votar el contingente que el ministro de aquélla hacienda ha impuesto por la habitacion, cama y servicio interior, lo ménos de que debe cuidarse la casa es de si son moros ó cristianos los benignos contribuyentes. Así es que no creo se le deba echar en cara ese indiferentismo que ha adoptado como base de su marcha política y social. Por tanto, no haré mencion, sino como un apunte puramente histórico, que allí se ha anidado en dias mejores para ciertos pájaros, una águila rara por su color, que quiso contemplar tan de cerca al sol, y remontó tanto su vuelo, que el rubicundo Febo la chamuscó, y casi casi la redujo á cenizas de la noche á la mañana. Los polluelos, desde entónces, dispersos como los judíos, ó han sido enjaulados en las casas de fieras, ó han ido á mecer sus alas á las orillas del Océano, donde por haber sido un poco atrevidos como la madre, les amenaza tempestad y no volver á tocar tierra.

Uno ú otro aguilucho de esa inmensa cria ha quedado en el nido; pero tan desfigurados, tan embotados los picos y las garras, que solo teniendo antecedentes de su genealogía se les puede conocer. Uno de ellos se ha convertido en cuervo, así porque solamente grazna, cuando porque husmea la carne muerta que es un contento. Eso sí, luego que la puede pillar se ceba en ella, y con sus destemplados gritos,

que repiten y adicionan sus compañeros, arma una zalagarda que resuena hasta nuestras batuecas, no obstante ser tan remotas; pero desde que alguno le amaga por su bulla se da por enfermo de la garganta, enmudece y se pone en curacion.

Por lo que mira al servicio de estos *hoteles* casi en todos es igual: consiste en que en las cuatro paredes que llaman habitacion encuentras una cama de metal desvencijada y bailarina, como que está dispuesta y ha estado á recibir toda clase de humanidades, ora masculinas, ora femeninas, ora comun de dos. El tal lecho contiene un colchon y un proyecto de idem, que tanto han servido á un tísico rematado, como á un antiguo habitante de las galias: un par de sábanas que salen de un cuarto y pasan á otro diariamente, con lo que se consigue cambiar ropa todos los dias: un cómodo sofá, un incómodo sillon, un aguamanil, un vaso, y un candelero con un breve pensamiento de vela. Si pagas una contribucion mayor tienes derecho á un recuerdo de alfombra, á un ensayo de escritorio y á un problema de ropero. Y cátate ya en posesion de un cuarto muy *confortable*, frio en invierno y caluroso en verano, capaz las mas ocasiones de hacer creer que en México se ha adoptado finalmente el sistema de penitenciarias.

Es verdad que en cambio de estas ventajas no te faltan algunas molestias, como las de un vecino aprendiz de músico, que ó bien con un figle te asusta el sueño, ó bien con unas escalas diabólicamente eje-

cutadas en el violin, te rompe las orejas, así fueran de cántaro: ó te cabe en suerte un robusto aleman, que digiere en la alta noche sus diez tarros de cerveza en medio de los mas sonoros ronquidos que pecho humano pudo salmodiar, y que merced á los tabiques delgados como suerte de jugador, los tienes á media pulgada de tu tímpano. Si para huir de estas plagas quieres salir á los corredores á curarte de la irritacion del insomnio, no será remoto que te encuentres con un ingles, que despues de haber apurado cuatro botellas de rom, se retira á su cuarto dando tumbos, y creyéndote pilar, se afianza rudamente de tí, ó creyéndote médico te muestra la orina sin ceremonia. Pero eso nada vale, y creo que todo se puede sobrellevar por la libertad sin límites que se disfruta en aquel remedo de los Estados-Unidos.

Tolerancia completa y absoluta, libertad amplia, como la que predican ciertos políticos: con tal que tus impuestos los pagues sin hacer representacion en contra, con tal que no sea necesaria la facultad económico-coactiva, puedes estar allí como en el Paraiso, y mejor todavía; porque allí no hay árbol prohibido y puedes comer de todo, y si algo te falta, el camarista ú otro cualquiera te lo proporciona en dos minutos, para lo cual tienen en las inmediaciones almacenes bien provistos de cuanto efecto prohibido ó permitido puede haber apetito ordenado ó desórdenado. Sí debo advertirte, que en tales lugares debes ántes que todo hacerte propicias ciertas poten-

cias, que aun cuando aparentan ser de tercer ó cuarto órden, son las que todo lo mueven y todo lo gobiernan. Esas potencias están representadas por los camaristas, que son unos verdaderos tiranos cuando llegan á tomar ojeriza contra el pobre emigrado que va á buscar refugio en los hoteles.

Pero en cambio, son los mas fáciles de arreglarse, porque como verdaderos cadís, son sobornables y se venden por muy poco; y es mucho mas económico y oportuno que tú les pagues y te ajustes, que no el que ellos se paguen por su mano, y te molesten, y esté tu servicio ejecutado con tanta esactitud como el de correos.

En los hoteles tiene puerta franca toda visita y todo comercio, aunque es preciso decir que como lugares mas aristócratas, los comerciantes y visitadores van encubiertos con trages mas competentes. No irá un *varillero*, que por mucho mal que te haga, no pasará de venderte un peine ó un cepillo en cuatro tantos de su valor, sacándote seis reales malamente ganados, pero irá otro que te propondrá un reloj, una cadena, un cintillo, que te costará doscientos ó trescientos pesos, cuando solo tenian un valor de cincuenta: tampoco irá una visita de vestido humilde, que cuando mas te costaria por *fas ó por nefas* un miserable socorro que fuera á pedirte; pero recibirás personas de magnífico atavío que te acometerán en mucha mayor escala; porque todo lo humilde, todo lo que pueda dar idea de pobreza, no pasa por allí;

pero cuanto no lleva ese carácter, tiene paso franco y acceso en los *mesones ú hosterías* que llaman pomposamente hoteles.

Otras cosas pasan en ellos que no quiero mencionar, porque no vayas despues á hacerme cargos de haberme familiarizado con ellas; mas te protesto, por si el diablo que todo lo revuelve, te pusiere tales pensamientos, que solo en mi calidad de observador he podido tener conocimiento de todo lo que me callo. Adios, mi pichona.—*Caralampio.*

México, Abril 29 *de* 1859.

Mujer mia: Una de las primeras necesidades de todo hijo de sus padres, tanto aquí como en todas partes, consiste en buscar luego luego que llevar á la boca; por eso no creo que te sorprendas de que acabando de tomar posesion de mi nido, me echara á volar en busca de alimento. Bajé á la fonda, y como buen batueco pedí de cenar, como todo cristiano lo hace á las siete de la noche; mas no puedes tener idea de las muchas risas burlonas que de todas partes salieron al punto que dije tamaña blasfemia, Azorado como un chiquillo que no sabe la leccion, me quedé mirando á todos, y de aquí nuevas risas y nuevas burlas, que mas y mas me hacian asustar, hasta que un mozo adornado con un mandil, se compadeció de mí y tuvo la complacencia de enseñarme en un idioma medio frances, medio indígena, que en los *bodegones* encontraria lo que buscaba.—Pues busco que comer, le dije algo amostazado.—¡Ah! eso es otra cosa, siéntese usted, y le serviré. Luego supe

que todo el motivo de aquel asombro era que yo habia pedido *cena,* cuando en la culta, en la ilustrada corte solo se cena á las tres ó las cuatro de la mañana, y ántes de esa hora todo se ha de llamar comida.

Como mi estómago tiene muy poca gramática y muy poco diccionario, y lo que siempre le importa es estar satisfecho, maldito el caso que hizo de si lo que se le enviaba era comida ó desayuno. El mozo empezó á ponerme platos y mas platos, todos con unos nombres muy ingleses ó franceses, aunque el contenido era mexicano y muy mexicano. Comí, pues, en ingles, y en ingles me quedé con la misma hambre, pues aunque me trajeron en un plato carne cruda y en otro carne sin cocer, y en otro carne sin guisar, y en otro carne sin freir, quizá por haber sabido que venia de las Batuecas, que dicen son la línea divisoria de los salvajes, yo, que hace muchísimo tiempo que tengo el mal gusto de comer como los cristianos y no como los buitres, tuve que abstenerme sin ser vigilia, de la manducacion carnicera. En cambio pude muy á mis anchas, si tal hubiera querido, echarme á nadar en un océano tibio que me pusieron delante, aunque me retrajo el color bastante turbio del agua. Allá, como sucede en los mares polares, se veia una que otra navecilla representada por tal cual desertor grano de arroz. Esa decian que se llamaba sopa.

¿Deberé hacerte la descripcion de todos y cada uno de los platos con que fuí regalado? Baste decir

que el indómito novillo conservaba aún allí su bravura y fiereza, sin que le impusiera en lo mas mínimo la vista de mi afilado cuchillo; que unos pichones se lamentaban tristemente de que los hubieran separado de sus padres, y querian emprender el vuelo al nido, ni mas ni ménos que como los quintos que llevan voluntariamente en *leva:* que un conejo, acordándose de cuando pastaba libre en los campos, se me escabulló por toda la mesa al momento que que se hincarle el tenedor, y que un pescado creyéndose autorizado para surcar el vaso de agua que allí habia, y que él tomó por un estanque, se lanzó contentisimo á él, cuando yo pensaba darle honrosa sepultura en mi necesitado estómago. Quise desquitarme del chasco acometiendo á los postres y dulces, pero estos no eran mas que frutas cocidas con una *puntita* de azúcar, y aquellos tenian mas de cuatro bemoles para dejarse dar caza impunemente.

Me levanté de allí tan hambriento como me senté, aunque no tan pesado, pues fué preciso dejar en manos del afrancesado fámulo, el importe de lo que habia visto, mas, su propina inescusable, que la reclaman como un marqués su título ó como un doctor su tratamiento. Verdad es que nada se habia quedado entre mis dientes; pero por si *fortè,* me pusieron un mazo de plumas creyendo que fuese á estender un protocolo.

Me eché á andar en busca de alimentos, puesto que allí me habia sucedido lo que en las comedias,

que ponen gallinas de carton y pasteles de madera, las cuales tienen para todos los convites, y en atencion á que en todos los *restaurant* (ántes se podia decir fonda), con muy poca diferencia era lo mismo, me contenté con un pedazo de bizcocho que me habia sobrado del camino y que me alimentó mas. Pasé otra vez á la fonda á tomar un vaso de agua, y entónces, admírate; lo primero que ví, fué á mi conejo emprendiendo nuevas escapatorias del plato de otro individuo que llegó despues de mi salida. Aun le veia yo el surco que dejó mi tenedor en su endurecida piel, y las no ménos profundas señales de las armas de su nuevo adversario en la valiente lucha que luego habia emprendido; pero el animalito era viejo en el oficio y sabia perfectamente escabullirse por cualquiera parte, burlando al mas diestro cazador. En otra mesa ví al pescado que tan caro pagué, haciendo nuevas evoluciones para volver á nadar.

Al dia siguiente llevaron un almuerzo al cuarto inmediato al mio, y aunque bien disfrazadas las carnes que en la noche anterior se esceptuaron de la requisa que les hice, pude con facilidad conocer que bajo aquellos nuevos arreos iban antiguos conocidos. Creo que ellas mismas se acordaron de que si aún tenian ser lo debian á mi manumision, y agradecidas mas que un sobrino, emprendieron la carrera desde la mesa de la habitacion contigua hasta la puerta de la mia, cuando aquel desapiadado Neron quiso

sepultarles el cuchillo para devorarlas. No sé si fué mas afortunado que yo, pero lo que sí creo es, que si ganó la victoria, lo debió sin duda á lo fatigado que estaban sus contrarios despues de cuatro ó cinco dias de combates y de tan diferentes ocasiones como habian pasado por las horcas caudinas de las cocinas.

Porque debes saber que todo aquello que la voracidad humana respeta en una fonda ó *restaurant*, sirve para estar saliendo á luz cada vez que se presenta algun nuevo consumidor, siguiéndose en esa parte el ejemplo de guerras intestinas, que nunca se envian á batir á los enemigos sino soldados que no se dejen vencer, con lo cual se hacen interminables por una y otra parte, porque ninguno cede. Lo que queda intacto, porque no se deja atacar, se sirve bajo la misma forma por todo ese dia: al siguiente se le da un nuevo barniz y se tiene por cosa diversa: lo que se dejó vencer en parte, porque en el todo es imposible, pasa á otra sarten, y con distintos colores y agregados se convierte en nuevo guisado, haciéndole perder su nombre de bautismo, operacion que se repite tantas veces cuantas lo permite la duracion de la primera materia. Por consiguiente, no es estraño que un trozo de vaca se te presente con el nombre de *carne prensada* y luego de *rosbif*, y luego de *asado*, y por último de *olla podrida ó albondiguillas*, porque tiene mas trasformaciones que político tornasolado.

Las fondas que aún conservan ese nombre hacen un estudio formal de ser las antípodas de los *restau-*

rants en cuanto á la nomenclatura y sabor de los manjares; pero en cuanto á los disfraces y conversiones, los imitan mas que los liberales de México á los terroristas de Francia; y el que come en una de esas casas puede estar seguro que ha alimentado con sus desperdicios á mas de cuatro, que si se lès dijera no lo querrian creer.

Cuando se entra á una fonda ni se saluda á nadie ni se ofrece á ninguno. Cada cual se consagra á sus trabajos y jamas pide ni da ausilios en los diferentes lances que ocúrren. Tanto cuanto hay en las casas y en las calles de mancomunidad para los negocios ajenos, tanto hay en las fondas de abstraccion y arrobamiento en la pieza donde comen muchos. Allí se ensimisma cualquiera y no ve otra cosa que lo que delante se le ha puesto; mas es preciso concederles la razon; todas sus facultades se absorben en dos cosas, en luchar á brazo partido con los platos que se presentan, y en no abandonar ni por un momento el que por fortuna se dejó sorprender, porque apénas se desvia un cristíano del plato que está saboreando mejor, cuando el criado, solícito mas que para recibir la propina, alarga el brazo y en un abrir y cerrar los ojos lo hace desaparecer, con la intencion quizá de que otros gusten de aquel apetitoso bocado. Unos platos, porque se desdeñan de alternar con un individuo, y otros porque los celan como muchachas bonitas y los alejan del precipicio, lo cierto es que casi los mas vuelven intactos ó poco mermados al

lugar de su orígen; y ya verás si los comensales tienen en qué entretenerse para perder el tiempo en salutaciones y ofrecimientos.

Pero las fondas á pesar de esto son concurridísimas, porque la mayor parte de los casados y la totalidad de los solteros van á ellas: los unos porque no tienen casa, los otros porque hacen vida independiente, y todos porque eso es de muy buen tono. Allí se dan convites, allí se pasan los dias de fiesta, allí se lleva á una amiga que no se pueda lucir en la ciudad, y mucho ménos en la casa propia. Allí se reunen muchas veces los antagonistas políticos deponiendo sus odios y sus rencores en las aras no muy limpias de la fonda, y ante la severa faz de un empedernido pavo. La gastronomía es el mejor medio para acabar odios y rencillas, pues se han visto hombres que han salido á batirse al campo, y que en lugar de matarse han ido á matar á una fonda el hambre comun que les ocasionó el ejercicio y la emocion.

Considérote hecha agua la boca; y mas se te haria si pasaras por delante de uno de esos establecimientos y vieras como una provocacion aves y pescados que se convierten en diablos tentadores y te dicen: "cómeme, cómeme;" pero que cuando te llegas á ellos se te escabullen y vuelven al *muestrero* á engañar bobos, y á convidar con su apetitoso talante á los descendientes de Eliogábalo. No te dejes enredar, que aquí mas que en ninguna parte, es todo tortas y pan pintado. Adios, adios te dice tu chasqueado—*Caralampio.*

30

México, 2 *de Mayo de* 1859.

Querida: Casi lo mismo que las fondas, salva al diferencia de objeto, son los cafés y neverías. Mas como en aquellas se va á satisfacer una necesidad y en estas á cumplir un antojo, resulta que la concurrencia en los últimos da mas campo á la observacion de nosotros los curiosos habitantes de provincia. Y como en un café es donde por lo comun se dan cita los que tratan de *confeccionar* un pronunciamiento, los que se divierten en murmurar de los gobiernos, los que juegan á los petardos, los que se ejercitan en no hacer nada, y los que entre sorbo de té ó café y jugada de dominó se entretienen en seguir la crónica privada y pública de todo bicho viviente, allí mas que en ninguna parte puede un chismógrafo sacar preciosísimas instrucciones y datos muy curiosos para sus memorias.

En la mañana, poco es el movimiento y la vida que presentan esos locales, porque pocos son los que van á buscar un desayuno, si no es que pertenezcan á la especie vergonzante que no tiene casa ni cosa que se le

parezca, y que precavidos por demas, aseguran la primera refaccion, por si la providencia de impuestos á los amigos y conocidos encontrare renuentes á los cuotizados.

Desde las diez de la mañana á la una, el movimiento es lento, casi nulo, como la marcha de nuestra política conservadora; mas apénas ha pasado ese marasmo, parece haberse apoderado del gobierno interior del café, la familia progresista, segun hay de idas y venidas, gritos y palmadas, pedidós y no dados, desórden y confusion.

Al que se le puso en el magin pedir un vaso de orchata le traen uno de ajenjo, y al que pidió una copa de vino le traen café con leche: los mozos corren de aquí para allá, y desde que el parroquiano asoma, ya lo rodean solícitos para saber su voluntad; pero una vez conocida pasa al cajon de peticiones impertinentes, y es tan acatada como en el congreso las de los pueblos.

Cuando uno consigue ser atendido, lo que solo se obtiene gritando fuerte y golpeando recio, bien puede creer que se ha sacado la lotería, si no es que sus reclamaciones se han puesto al abrigo del pabellon administrativo que viene á ser el coco para aquellos inserviciales criados, que si alguna actividad tienen, se les agota con la repeticion de exigír sus propinas á todo el que algo ha consumido. Por manera que el ciudadano que va allí por una limonada que solo debia costarle medio real, ó prescinde de tomarla, sea

cual fuere su gana ó necesidad, ó la paga en el doble, inclusa la gala que no perdona el que sin duda tiene obligacion de servir á los parroquianos, puesto que el establecimiento le da su salario.

Cuando en virtud del cansancio ó del deseo entra en una de esas casas un pobre batueco, acompañado de su segundo tomo y su apéndice de chiquillos, y pide como es de costumbre inveterada, la nieve de leche, vieras al activo servidor correr desalado á llevar al bonazo parroquiano cuanto pide y necesita, porque desde luego comprende que allí va á sacar una contribucion mucho mayor, que indemnice las pérdidas que tiene con algunos rehacios contribuyentes. Se le piden cosas que valgan tanto, y él las paga á la mitad en el despacho, con lo cual tiene el derecho de hacer ingresar á su tesoro tanto como el dueño de la casa, item mas la tal ó cual monedilla que el agradecido *fuereño* le ofrece por su actividad, aunque esto último no es lo comun, y quizá por eso el Ganimedes se anticipa á sacar sus utilidades.

En una de las mesas del café se encuentra todos los dias al suscritor gratis de los periódicos de la casa, el cual no queriendo ó no pudiendo abonarse en otra parte, va allí á hora fija y se apodera del papel para imponerse de todos los sucesos de México y la Europa, sin perdonar siquiera la seccion de avisos y el santo del dia.

Despues de haber deletreado las cuatro páginas del periódico, se acomoda entre la mesa y la pared, y echa

su buena siesta sin dársele nada del mal gesto de los criados y de tal cual satirilla que le dejan ir de vez en cuando por lo improductivo de su asistencia á aquel lugar.

En otra se sientan unos dos viejos que hace diez años tienen la laudable costumbre de llegar á las dos de la tarde, pedir una taza de café, y el tablero de damas, en cuya ocupacion les dan las nueve de la noche, sin dejar otra utilidad á la casa que el barniz con que van cubriendo el tablero y las fichas.

Otros forman un club al rededor de otra mesa, y allí se cuentan las noticias del dia, y figurándoseles muchas veces que la inspiracion ha descendido sobre ellos en medio de las espesas columnas de humo que despiden sus cigarros ó sus puros, se trasladan á los tiempos venideros, y presagian cuál será el paradero del gobierno por seguir una marcha tortuosa é inconveniente que no ha sido dictada por ellos. Si á lo ménos el gobierno se acordara de ponerlos en aduanas, en correos, en papel sellado ó cosa así, podria salvarse con sus ausilios; pero como los hombres de la situacion desprecian sus luces, marchan á oscuras, é indefeciblemente perecerán.

Otros tienen á su cargo la gaceta ambulante de la capital, y se encargan de dar cuantas noticias han adquirido, así pudiera suceder que en una misma hubiera cuatro hechos contradictorios, pero ellos lo que desean es decir que saben mucho en cuanto á sucesos, y lo demas lo echan á las espaldas.

Allí, como te dije al principio, se reunen todos los que no tienen mas ocupacion que matar el tiempo, y ora son unos jugadores á quienes engañó su *corazonada*, y perdieron hasta la camisa, ora se ven allí los militares destituidos que te cuentan han dejado la carrera por no plegarse á la política dominante, ó son empleados sin colocacion por ineptos, ó son caballeros de industria que esperan á quien esplotar, ó cazadores de bobos, ó pescadores de tontos, ó buenamente unos hombres sin ocupacion á quienes se daria un buen rato y se haria una obra de caridad con llevarlos á un taller, ya que no se les podia colocar en los cuarteles.

Estos son los concurrentes habituales de un café: los demas son aves de paso que llegan, toman lo que piden, y marchan á otra parte. Pero tambien hay otros que pudiéramos llamar mochuelos, así por la hora en que se presentan como por la oscuridad que buscan y por las compañías que gastan.

Pero el dueño de un café ó nevería que ademas de no tener otro objeto que el de lucrar, quiere complacer en todo y por todo al bondadoso público su favorecedor, tiene locales demasiado discretos en donde colocar á los que, por cortedad de genio, quieren huir las miradas de los circunstantes. Complaciente como un mercader, el dueño cuida de que á esas parejas incógnitas les sirva el mozo ménos parlanchin, les deje lo que han pedido y la libertad de tomarlo como gusten; libertad que agradecen tales parroquia-

nos, por cuanto tienen asuntos reservados que tratar y que solo á ellos interesan. Así es que en los gabinetes reservados, que casi nunca faltan en un buen café, se entregan á sus asuntos sin temor de un curioso que escuche, de un fiscal que denuncie, de un mequetrefe que estorbe.

Eso sí: cualquiera que pretenda gozar de semejantes beneficios, ya sabe que todos los efectos que consuma ó pida, tienen el recargo de flete á aquellos apartados departamentos, ni mas ni ménos que si se tratara de esponerlos á los caminos y á las visitas de aduanas; pero de algun modo se ha de pagar la discrecion, y bien sabido es que lo bueno cuesta mas. Muchos pasan por este aumento de derechos por la internacion de efectos, porque como saben que el que ellos han importado es prohibido, y los *vistas* de aquellas aduanas han sido como los de los puertos, cortos de vista y largos de manos, dejan que lo uno compense lo otro.

Muy inmediatos á los cafés, si no es que en ellos mismos, suele algun diestro prestidigitador poner el teatro de sus juegos de manos, con los cuales en poco tiempo hacen desaparecer del bolsillo de los espectadores hasta el último maravedí, sin mas ausilio que una carpeta, una bolita ó un librito de cuarenta hojas. Mas siempre á la entrada de esos teatros hay uno que hace el oficio de cartel anunciando á todo el que pasa, que adentro hay *roulette* con ochenta onzas, ó partida con dos mil pesos, y haciendo invi-

taciones corteses á todos para que pasen á divertirse. Algunos aun sin necesidad de la invitacion van en busca de su fortuna, la cual como muier, y por ende caprichosa, los deja siempre correr tras ella, dejando en la travesía lo que han escatimado á sus pobres hijos.

No ès raro ver allí personas que tienen la esperanza de multiplicar allí el miserable peso que los acompaña; y aun sus cálculos para el pago de sus deudas lo basan en las ganancias que sueñan; pero esos cálculos se estrellan contra los del banquero ó jugador que ha puesto la partida; que mas diestro en las ciencias esactas, sabe cuándo por una bien combinada maniobra debe hacer variar la *chica* contra la *grande*, ó la *judía* en oposicion de la *contra judía*, haciendo que una *moza*, que por cierto no porta enaguas, haga que los viejos y los muchachos se queden á buenas noches.

Allí en la partida ó *roulette* vense todas las clases y condiciones perfectamente niveladas: el mandadero que su ama envió con cinco pesos á comprarle unas arrobas de azúcar ó unas libras de chocolate, va á las casas de juego á probar su suerte con el importe del mandado, no siendo raro que al unirse con un coronel; ó un licenciado para perseguir un *tecolote ó una casa chica*, este les saca á uno y otro los ojos y convierte en *café* el chocolate que la señora esperaba al ver que no parece el enviado con el encargo, ni vuelve á aparecer por temor de que le hagan pagar

en la diputacion la licencia que tomó de ir á probar fortuna con la fortuna de su amo.

Otro tanto sucede con el desalmado padre de familia que apénas pudo conseguir para llevar de cenar á sus hijos y hacer que se desayunen á las nueve de la noche: pasa por una calle y escucha el canto de aquellas sirenas barbudas que le dicen relamidamente "pase usted á la *roulette: ochentá onzas tiene y no hay ceros:*" mas adelante otro cartel ambulante le desliza un envite igual; y apénas ha dado cinco pasos, sale un tercero y le canta: "*pase usted á la partida: se paga con oro y tiene dos mil pesos:*" y cuando aún no se puede quitar de la mollera las tres tentaciones que el enemigo del alma le ha atravesado en su camino, ¡zas! un cuarto tentador, casi á la fuerza lo atrae, lo fascina, y por fin, porque no es de estuco, lo hace entrar á aquel *pandemonium* con la esperanza de acrecer su miserable adquisicion y llevar á sus hijos doble cantidad de pan, y tal cual pedazo de queso ó de carne que muy bien les vendria. Item mas: lleva el propósito de jugar solamente cinco albures, ó cinco bolas, y no engolosinarse con las ganancias que ya espera, tanto para no esponerse á un cambio, como para ir cuanto ántes á dar de comer á aquellos hambrientos angelitos.

Pero ya entró y allí es fuerza que siga la conducta de los demas: puede la fortuna favorecerle tanto, que seria lástima despreciarla: ¿quién sabe?. Acaso su cuarto de hora va á sonar. Y el hombre se lanza en

busca de un número que no viene en toda la noche, ó de una carta que el *tallador*, que bien talla el alma de todos, ha puesto fuera de combate como soldado contuso; y tiene el dolor de despedirse de su última peseta que emprende el vuelo á donde han ido sus hermanas, sin hacer caso de los lamentos y desesperacion de quien acostumbrado á una pobreza evangélica se sintió embarazado con la posesion de ese vil metal. Si en el círculo de jugadores ve algun conocido, le acomete con mas denuedo que un general á una débil fortaleza; y el que se pondria de todos colores para pedir una limosna que llevar á sus nohijos, pestañea siquiera cuando pide una habilitacion para desquitarse. Pero no se desquita; sino que los nuevos recursos siguen el camino de los otrós, como sucede en las arcas nacionales; y el pobre diablo que entró allí, dueño de la subsistencia de un dia, por lo ménos, sale sin ella, pero en cambio lleva una deuda de mas, que le hace esconder desde el siguiente dia el bulto á su nuevo acreedor.

Casas de estas en que poder ir á dejar lo que se tiene y lo que no, hay por todas partes: con tal que paguen su patente pueden convertirse en corsarios los que han adquirido esos honrosos giros; bien que la piratería la ejercen con mas crueldad que los argelinos, porque estos le quitan al navegante lo que tiene, mas nunca lo que no tiene, como lo hacen aquellos, pues saben perfectamente seguir á cada

el gusto para hacerlo que cuando sus monedas

han concluido, pida al vecino y aumente el botin de guerra del vencedor.

Tambien estiman el crédito de los puntos, siempre que el crédito no esté como el de un ministro de hacienda en víspera de salir; y la amabilidad de los monteros es tanta que aun reciben alhajas, muebles, relojes, y casi hasta fincas. De aquí es que muchos que á las diez de la noche tenian un magnífico *French* valioso en trescientos ó quinientos pesos, amanecen sin saber qué hora es, porque en cinco apuestas de á veinte pesos se verificó la traslacion de dominio sin necesidad de escribanos, escrituras ni aduaneros, y gente hay que teniendo una casa bien *montada*, amanece un dia á pié y andando y como el hijo del Hombre sin un canto en que reclinar la cabeza.

La familia que esperaba la cena; la que se recreaba orgullosa en un sofá de resorte; la que se disponia á renovar sus muebles, ven llegar al varon pálido y amostazado negando á sus hijos un pedazo de pan, ó haciendo formal entrega de todo aquel bazar que pasa á un tercer poseedor, que deja á los demas abriendo una boca de colosales dimensiones.

Ve aquí ligeramente bosquejada una de las muchas bellezas de la corte. Muy pronto te daré á conocer otras tan apetecibles como éstas. Tuyo—*Caralampio.*

México, 5 *de Mayo de* 1859.

No creas, Bibiana, que lo que te he dicho en mi anterior con relacion á esos tugurios donde se va á dejar la bolsa, el reposo y muchas veces el honor, tienen su asiento solo en la culta y civilizada México: el buen tono exije que en ciertas temporadas, y con cualquier otro pretesto, se trasladen esos desolladeros á Tlalpam, á San Angel, á Tacubaya, ó cualquiera otro de los puntos de recreo que se pudieran muy bien llamar reales sitios, pues si bien es cierto que no hay rey, ni habiéndolo iria, tambien lo es que hay reinas á puños, y como aquí, ni rige la ley sálica, ni se busca la unidad de gobierno, todas están en el ejercicio de su poder absoluto, y todas van á pasar la estacion ó la simple temporada á uno de esos referidos sitios, y allí se cuela la corte con todos sus

accesorios, y los cortesanos con todos sus adherentes, ni mas ni ménos que un chiflon de aire, ó la institucion de guardia nacional, que por donde quiera pasan y donde quiera entran.

Como es preciso ponerse en guerra abierta con todos los bolsillos, esos piratas de tierra firme sacan su patente de corso en buena ley, pagando en buena moneda; y asegurados con el privilegio que han comprado, se van á desplumar á todos los que por costumbre inveterada viven sobre una carpeta verde, viendo en el color de ella un símbolo de la esperanza que tienen de echar coche con tan lucrativa profesion.

Los piratas no solo se dedican á complacer ásus constantes compañeros, sino que ademas se desviven para cazar á los pichoncitos que empiezan á volar y que por parecer hombres y por empezar á llenar las páginas de su hoja de servicios, van á sacrificar lo que pudieron buena ó malamente conseguir para el paseo, dándose muchas veces el caso de que muchos pollos de cuenta traigan el charolado pié y la lustrosa melena á discrecion del polvo del camino por no haberles quedado ni un real para pagar su retorno.

Aun las damas que tanto se enfurecen porque sus padres ó maridos dejan en el juego sus economías ó sus sueldos, caen en la tentacion y toman parte en esa honestísima tarea, siempre por pasar el rato, por dar idea de su filosofía y despreocupacion, y porque el buen tono quiere que en el campo se dejen los hábitos de ciudad y aun de decencia.

Por otra parte: las almas elevadas, las que la naturaleza dotó de un fuego vivísimo, de una exaltacion cuasi febril, buscan siempre las emociones fuertes, y no pueden sobrellevar la monotonía de una vida pasada en el interior de la casa y entregada á vulgares ocupaciones. ¿Cómo se distinguiria entónces una dama de alto copete de la hija de un artesano, si una y otra habian de estar enteramente cosidas á las labores domésticas? ¿Qué se dejaba entónces para las numerosas criadas? No, señor: una niña educada al gusto del siglo, y lanzada en el torrente de la cultura, puede y sabe tambien en ciertas épocas echar su resto á los bastos y recibir allí las sensaciones fuertes de las ganancias ó pérdidas, y ver con indiferencia pasar de su mano á otra estraña el fruto del trabajo de su padre ó de su esposo, tal vez el alimento de sus hijos. Por fortuna, damas de este temple son pocas y cada dia ménos: el sexo femenino de cierta edad, quiere mejor pasar las horas en amoríos y bailes, en paseos y convites, dejando para las ancianas que no caben entre ellas, por mas que lo procuran, el ir á saciar sus avaros instintos en los *albures* ó *tresillos*, en los dados ó en las *roulettes*.

Los y las jóvenes en esas circunstancias aprovechan el interregno, la vacante de autoridad, la anarquía consiguiente y.... ¡Dios nos tenga de su mano! Un paseo á las huertas, un baile bajo los árboles, un concierto al aire libre, es el uso que hacen de esa libertad acordada por el deseo de los viejos de ir á

buscar dinero, ya que las ilusiones volaron contra su espresa voluntad. Allí en aquellos momentos de espansion, en medio de una vegetacion rica, al compas de los trinos de las aves unidas á los acordes de una música provocadora, con una imaginacion sabe Dios cómo ¿qué quieres que suceda? Palabras á medias, miradas á hurtadillas, apretones de mano por entero, opresion de cintura en el wals, descuidos intencionales, y tanto, tanto, que es imposible que de aquel volcan no salgan erupciones aun mas peligrosas que las del Vesubio, si bien con distintos objetos.

Los ancianos que conocen todo lo que de allí puede resultar y que por tanto debian ser los primeros en oponerse á esas intimidades, no lo hacen así, porque no obstante medir una larga vida y una buena tirada de esperiencia, se dejan vencer por otro camino, el de la ilustracion. ¿Cómo habian de querer oponerse á la difusion de la cultura, y de los usos de buena sociedad haciéndose ridículos y acreedores al vergonzoso epíteto de retrógrados? No señor: semejante barbaridad no es con ellos, y á trueque de que se les llame ilustrados y finos dejan á los chicos campar por sus respetos, y solo se contentan con calumniarse de que ellos eran lo mismo en sus abriles, ó con esclamar "¡qué muchachos tan vivos! ¡cuánta animacion de sus almas! ¡cuánto fuego hay en sus venas!"

Y si por accidente (que no son raros) mañana al

volver á la corte notan que ha habido novedad, y que la animacion fué mas léjos de lo debido, entónces son los gritos y los escándalos, las imprecaciones y los juramentos: cuando todo pudo haberse evitado con ser ménos susceptibles á los deseos de parecer ilustrados. Pero ¿qué remedio? Muy tarde es ya para ponerlo; y si se quiere usar del que aconseja la prudencia y la moral, resultamos con que Carlitos, aunque abunda en deseos de reparar sus faltas juveniles, está todavía en la primera edad, no tiene mas renta que el papel y las obleas que escatima en el escritorio ú oficina donde hace cinco años que empezó su meritoria carrera, y con buenos deseos y con malos méritos nada se adelanta; porque aunque él tiene esperanzas de suceder á su gefe ó principal cuando muera, este lo lleva muy á la larga, y su papá y sus parientes no tienen modo de favorecerlo. Quiérase pues ó no, el mal queda así, y Carlitos estará en espera de otro paseo, de otra frasca en que repetir sus ejemplares proezas, porque maldito si se arredra de seguír el mismo camino cuantas veces pueda, seguro de salir con facilidad del charco en que caiga.

Es verdad que la repeticion de esos lances pudiera retraer á muchos de esos paseos, ó por lo ménos hacerlos mas cautos con sus familias, pero eso seria renunciar á una de las bellezas mas *remarcables* de la elegancia: seria adquirir hábitos salvajes y merecer la censura de los legítimos cortesanos.

Porque un elegante sin ir á la pascua ó sin tomar

parte en esas horas de placer, seria una flor sin aroma, un arroyuelo turbio, un árbol en invierno, y todos huirian de él como de un animal montaraz. Nada: á aumentar el número de los que se divierten, á dar animacion á esas bellísimas romerías con que la munificencia de un gobierno sabio y civilizado ha querido enriquecer á los felices pueblos de los alrededores, y que tanto beneficio reportan á su comercio, á su industria, á su vecindario.

Cuando tú vengas á esta felicísima tierra, verás cómo desde el momento que tengamos nuestro pasaporte de cortesanos, pocas veces estamos en nuestra casa como lo demanda la educacion de nuestros hijos: estos estarán entregados á los pedagogos ó á los ayos; y nosotros, libres como el viento, sin freno alguno, como si fuésemos constitucionalistas, sin pensar en el dia de mañana, como los drogueros, nos raparémos una vida de placeres que hasta ni ha de ser capaz.

Ya porque el calor de la ciudad nos fatiga, no obstante que siempre lo hemos soportado; ya porque llegó el dia de tu santo ó el mio; ya porque Tlalpam nos convida con sus fiestas, ó San Angel con sus placeres, es fuerza que para no degenerar de la raza con que nos hemos ingertado, corramos como á un jubileo, mucho mas, á presentarnos en los elegantes círculos que por allá se forman, dejando nuestra huronera de la ciudad.

Allá estaremos siempre en sociedad; pero como no es tan estensa cual la de la corte, hay lugar á tratar

mas de cerca á los socios, y de conocer mas á fondo el lado flaco de cada *quisque*, y tener por lo tanto mas campo para lós chismes, enredos y murmuraciones civilizadas.

Hasta otra vez.—*Caralampio.*

México, 8 de Mayo de 1859.

Hablemos, mi Bibiana, un poco de teatros. Hay en esta corte unos ocho de distintos órdenes, se entiende comenzando desde el primero y acabando por el octavo, lo cual quiere decir que ninguno es igual en gerarquía al otro. Para el deseo tan ardiente que han tenido los civilizadores de este país de hacer que los habitantes de él lleguen á ser tan ilustrados, me parece poco el número de teatros, tanto mas cuanto que segun he oido decir á los inteligentes, el teatro sirve mas que los púlpitos, mucho mas que los colegios, infinitamente mas que las escuelas para dar instruccion en moral, en finura y en buenos usos á las gentes. Por manera que los que por ninguna de estas nueve cosas dejarian á sus hijos ir á escuchar el cansado sermon de un sencillo cura, sí ponen todos

sus cinco sentidos en llevarlos á uno de los ocho teatros para que allí reciban el mejor barniz que pudieran apetecer.

El primero de los teatros, aunque mas moderno que algunos otros, ha sido destinado en la corte para ser la imágen fiel de sus repetidas metamórfosis. A cada revuelta el pobre teatro ha cambiado de nombre, lo mismo que los directores de la política, y puede decirse que á tanto cambiarle nombres ha venido á quedar sin alguno. Su construccion es elegante, majestuosa, á lo ménos si se esceptúa el pórtico esterior en el que hubo el mal gusto de dejarlo sin gusto. Me han contado que el arquitecto que lo construyó, mexicano por señas, tuvo la satisfaccion de acabar allí su fortuna y quedarse sin que comer. Pero él se tuvo la culpa, porque con solo que se hubiera ido un poco de tiempo á donde gentes no lo conocieran y luego se hubiera venido á México y se hiciera llamar *Mr. Tal*, ya la cosa habria cambiado de aspecto, habria hecho una obra de nombre y habria reunido muy buenos patacones; pero se empeñó en trabajar mexicanamente, y así salió.

El segundo es el mas antiguo de todos, que desde que el anónimo de que te acabo de hablar levantó su frente inmediato á él, fué abandonado de tal manera que en mucho tiempo solamente los gatos y los murciélagos representaban allí sus dramas al escaso brillo de las estrellas ó á los pálidos resplandores de la luna.

Hasta hace poco se pensó en su resurreccion, y fué un milagro que hubieran encontrado sujeto, porque aquí, lo mas, muere de inanicion, *maxime* si como á este pobre palomar se le niega por tanto tiempo el sustento.

El tercero es de tan reciente fecha que aún no acaba de recibir la última mano, si bien es cierto que aun sin ella hace tiempo que lo hicieron entrar de faccion. Es una coqueta engalanada para ver á sus novios, llena de cascarilla y de yeso para dar buena idea de su carátula.

Los otros cinco son ya de ménos categoría, y á proporcion que crece el número crece tambien su insignificancia, hasta venir á dar en uno que pasaria por plaza de gallos en el pueblo mas infeliz; pero eso sí, en él se dedicó una funcion al magnate mas magno que ha tenido la democracia y fué honrado con lo mas lucido de la familia, por aquello de *similes cum similibus*, ó para hablar en romance, *cada óveja con su pareja.*

Pues bien, grande ó chico un teatro, bonito ó feo, en esta feliz época han logrado todos estar abiertos y dar al siempre bondadoso, al eternamente indulgente público una porcion de piezas instructivas, deleitables, espirituosas y llenas de un mérito incapaz de pesarse ó de medirse, Todos los domingos y fiestas de guardar, con mas algunos otros dias, verás en cada esquina un cartel de tamaño gigantesco, con letras mas gordas que un buey, unas veces acostadas

como elegante á medio dia, otras veces cayendo como frances achispado, otras caprichosamente colocadas para llamar por medio de sus figuras la atencion, lo mismo que las viejas la llaman por sus contorsiones.

En unos te dicen que la *pieza será exornada con todo el aparato que exije su argumento*, en otro que *la empresa sin omitir gasto ni sacrificio por complacer al bondadoso público, dará á la funcion todo el lustre* —como si fueran botas—*que pida el rumboso aparato de la pieza*. Mas allá te ofrecen un brillante acompañamiento de damas, pajes, soldados y gente ordinaria; y un poco mas adelante se comprometen á exhibirte una lujosa comitiva de caballeros montados en soberbios caballos. Y todo ello queda reducido á que veas sobre las tablas lo que siempre has visto, trages tan antiguos como el teatro, *mites* tan inmóviles como los palcos, damas tan pintadas como los telones, galantes tan mal pergeñados como las bancas, y jacos tan escuálidos como las luces. Por un actor bueno que escuchas, hay diez malos, y por una dama que en sus abriles luce, encuentras ocho que sus mayos se deslucen. En cuanto á los sacrificios que tanto te encarecen, los ponderan para encarecerte mas la entrada, y hacer que pagues doblemente el pecado de ir allí; primero con el dinero, segundo con el fastidio; si bien en cuanto al que te ocasiona el teatro, hay varias causas que lo producen.

Sea la primera la eleccion de las piezas. Estas por lo comun son escogidas por los actores, porque

son las que mas han representado, y aunque esa seria razon para saber bien los papeles, siempre los dicen como el primer dia, quizá para decir que nunca envejecen. Las relaciones que dicen, es necesario írselas sacando del cuerpo como varas de cinta; y es de absoluta necesidad oir dos ediciones de la comedia, porque tanto el actor como el apuntador gritan á cual mas y mejor. Poco se cuidan de que sea una obra de gusto la tal comedia; lo que importa es que ellos la medio sepan, á fin de no tener que estudiar. La censura, si es que censura hay, deja pasar unos versos que despedazan las orejas aun de un mercader, y en virtud de que la civilizacion no es quisquillosa, se dan al público unas cosazas que pasan de castaño oscuro, y que hacen poner coloradas á las señoras que concurren.

Sea la segunda la compañía de los *cócoras*. Estos son unos avechuchos que las mas veces no pagan su entrada al teatro, sino que usando del privilegio que les da su carácter de calaveras, se van colando impávidos contra las enérgicas protestas del cobrador y de todos los subalternos del teatro; pero como los *cócoras* tienen la mayor gracia para dar una villa al lucero del alba, y para mortificar al mismo diablo, les tiemblan todos y pasan sin contradiccion. Una vez colocados en el asiento que los plugo asaltar, se consideran como un soberano en su trono, y desde allí dirijen los aplausos y las silbas, ssgun su soberana voluntad. Forman un ruido infernal y alboro-

tan el cotarro aun mas que unas cotorras: si el actor H. les choca, apénas aparece le silban y le hacen ruido con sus inseparables bastones, por mas bien que desempeñe su papel, hasta que logran hacerlo *rodar*, y ocultar su derrota entre los bastidores mas apartados. Si por el contrario, quieren captarse la benevolencia de la bailarina R, desde el momento que verifica su salida aplauden sin son ni ton y aturden con sus gritos y sus *bravos*. Parecidos á las cigarras, ni un momento están callados, sino que gritan porque no lo hacen bien los cómicos, gritan porque no lo hacen mal, gritan porque no lo hacen ni mal ni bien, y gritan porque esa es toda su ocupacion.

Nada basta á imponerles silencio, ni la urbanidad que les aconseja respeten á las señoras, ni la autoridad que está presente y que lleva su estoicismo hasta abandonarles el campo y dejarlos dueños de su voluntad; ni la contrarevolucion que se opera en las galerías altas, cansadas de aquella infernal batahola y que á gritos pide la espulsion de los molestos é importunos. Ellos siguen adelante y continúan su propósito de martirizar á los otros. No esperes oir salir de sus bocas un chiste, una agudeza: son *cócoras*, es verdad, pero muy adulterados, sin gota de gracia, sin inventiva, sin mas dote que la audacia, sin mas feliz ocurrencia que una truanesca interjeccion; sin mas adorno que la falta absoluta de atencion y de finura. No les pidas que callen, porque una

andanada de injurias y desvergüenzas será cuanto consigas. Se llaman *cócoras*, pero no lo son: únicamente se les puede reputar groseros.

Sea la tercera una mala vecindad. Supon que se te ocurre sentarte en luneta. Estas clases de asientos están mas estrechos que conciencia de capuchina, y mas juntas unas bancas de otras que un matrimonio celoso. Por consiguiente, desde que entraste al teatro tienes que embutirte en tu asiento porque por todos lados estás literalmente sitiada, y como no tienes genio cortesano, temes molestar á tus colindantes ó á los del tránsito; pero eso no impide que durante las tres horas de aquel forzado reposo, pasen por sobre tus rodillas mas individuos, que contribuciones sobre las propiedades, y que durante los entreactos tengas que soportar sobre tu cabeza la voluminosa humanidad de un coronel retirado que cae sobre tí, como diz que cayó sobre un enemigo dormido; y que durante la representacion te lleven en las posaderas el compas de una marcha, los que sentados á tu espalda han convertido tu asiento en repisa de sus piés; y que á cuantas horas se les antoje te sofoquen con el humo de sus cigarros, no obstante la prohibicion que cuentan hay de fumar en el teatro; y que las señoras con su incansable abanico te lastimen el tímpano para hacerse notar de sus adoradores; y que cuando curiosamente les fijes la atencion te correspondan con dos pulgadas de lengua, cosa muy comun entre todas las niñas de buen tono.

Sea la cuarta, los, y las que que buscan aventuras galantes. Porque como si fuera necesario dar á saber el mal de que adolecen unos y otros, en el teatro es donde con mas frecuencia se representan esas comedias, quizá para hacer resaltar mas las que se dan en el proscenio. Una de esas hijas del placer llega á tomar asiento en la parte mas visible, y desde allí procura atraerse las miradas del estudiantillo de Minería ó del practicante de medicina, que ávidos de conquistas acuden al reclamo mas presurosos que las codornices; y desde que llegaron á entenderse, ya se figuran que están solos en el mundo, y se cambian palabras, y se dan citas, y se retornan sonrisas y no paran sino hasta que despues de haber fastidiado á los pobres concurrentes salen en buena paz y compañía, cuidándose del *qué dirán* como del gran Kan y sus barbas.

Sea la quinta, los oficiosos *cicerones*. Estos tienen por oficio estarte esplicando por qué escribió el galan una carta que no llegó á su destino; por qué el duque de Richelieu va desembarcando de la litera de la Canonesa; por qué el acto concluyó en lo mas comprometido del drama; y de qué manera se ha de desenredar la madeja que el autor tejió tan hábilmente; y como si tus orejas fueran de cantera y tu entendimiento de vizcaino, se meten á esplicarte lo que ha pasado, lo que sucede y lo que ha de ocurrir. Con un instructor de esos, entiendo que ya no hay para

...etarse un momento mas en el teatro, puesto ...lo he dicho, y maldita la sorpresa que te ...s los acontecimientos.

...s aficionados al canto y la música ... alguna ópera te la espetan to... ...imera nota hasta el último ... sendas patadas en el sue... ...n. Si simplemente se ... cubren los entreactos, ...nos con el mayor desenfa... ...sicos toquen la *Urraca* y ellos ... todo es ave y todo es cantar.

... con tantas causas de distraccion, bien ...e puede estar en el teatro; tanto que mal... ... si alguna vez pude dar razon de lo que pasa... en las tablas, por mas que despabilaba los ojos y me hacia todo orejas para pillar algo de la ilustracion que debia producirme aquel lugar. No creas que lleve yo mi ingratitud á culpar á los que tan sabiamente opinan que el teatro es la lima que pule á los toscos hijos del pueblo, no señor: creo que si muchos quedan como yo quedé, se debe atribuir á que todavía estamos muy incapaces de beneficio; pero ya verás luego que con un buen reglamento, que creo ahora no lo hay, se nos dén mas sentidos para entender á los *cócoras*, á los actores, á los protectores de Orizava, á las abaniqueras, á los gordos, á los monitores y á todos esos que van á ejercitar la paciencia de otros; ya verás, digo, cómo entónces salimos del

teatro mas civilizados que todos los que hasta la presente se tienen por cultos allá en el otro lado del mar.

Si á esto agregas que la censura nos regale dramas como el Cárlos II, zarzuelas como el Tio Caniyitas, y canciones como los Toros del puerto, creo que entónces ya serán por de mas los predicadores para eso de moral, los colegios para eso de instruccion, y los preceptores para lo que es cultura y buenas maneras. Entónces sí que con una peseta semanaria habremos adquirido mas lima que las que dan en Chamacuero por un real, y nuestra sociedad habrá ganado en todas líneas.

Adios Bibianilla: ¡cuánto se dilata todavía tu venida! *Caralampio.*

Mèxico, 11 *de Mayo de* 1859.

Así como la civilizacion ha hecho que los teatros sean los sucesores naturales y herederos forzosos de las casas de educacion, así tambien ha querido que el valor y energía de la gente cortesana vaya á estimularse y á desenvolverse en los sangrientos espectáculos que en algunas partes han sido reputados como bárbaros, pero que las luces del siglo van demostrando que no son sino muy cultos; muy instructivos, muy propios para formar el corazon de la juventud, para los sentimientos de piedad, benevolencia, y sobre todo de ternura. Estos espectáculos son las *corridas de toros,* para las cuales en tiempos atras habia un solo sitio consagrado; mas como se vió que la civilizacion marchaba en ferrocarril, se creyó oportuno aumentar el número de circos en que de-

bian los hombres desafiar á las fieras, siempre para solaz é instruccion de los espectadores, que de todas partes quieren pellizcar algun destello de la luz de las muchas que arroja el siglo XIX. Hay, pues, dos plazas de toros actualmente.

A estos anfiteatros, parodia de los circos de Roma es á donde concurre la gente á civilizarse ó á completar su civilizacion; porque no solamente se ve en las gradas á los hijos del pueblo, que ávidos de espectáculos sangrientos van á sentir los latidos de sus corazones con los peligros que arrostra el lidiador en presencia de una fiera, y á recrearse en el olor de la sangre que por mil heridas se hace derramar á un pobre animal, no: allí se encuentran las tiernas señoritas de la alta sociedad, y permanecen inmóviles, indiferentes, á la vista de un caballo que el toro destrozó, á la presencia de un hombre que ha dejado sus entrañas en los cuernos de un valiente animal, hostigado por las innumerables saetas con que escitan su furia.

Y las que en un salon se desmayan á la vista de un piquete de aguja; las que conceden favores de grande magnitud á un amante derretido, solo porque cuenta que sin ellos será muy desgraciado; las que sucumben y dan al trasto con su orgullo solo á la consideracion de que su adorado podrá darse un *pistoletazo,* lo cual juro en mi conciencia que solo dos veces he visto, y una no estoy seguro que esas fueran las verdaderas causas; las que no pueden sopor-

tar, una calamidad cualquiera, digo, están en la plaza de toros con una entereza que muchos generales envidiaran en los campos de batalla. ¿Cómo conciliar esa sensibilidad esquisita que diz que es el lado flaco de las bellas cortesanas, y como flaco el mas atacable, y como tal, el que les causa todas sus derrotas; cómo conciliarlo, repito, con la sangre fria, con el regocijo que ostentan en una corrida de toros, siendo mayor su contento cuando las fiera hacen mas esfuerzos para vencer á sus contrarios, ya aplaudiendo mas, cuando los peligros que el hombre corre son mas inminentes?

Pero el hecho existe. Yo he visto una *leona*, que el dia en que quiso dar á su amartelado de por la mañana un recuerdo de su amor, se trasladó penosamente al invernadero de un jardin para cortar la rosa mas fresca y mas significativa que allí encontrara. Como si fuera un aviso del cielo, encontró una flor aromática, nacarada, bella como el pensamiento de un niño, no cortesano se entiende; pero con la circunstancia de estar defendida por agudas espinas, merced á las cuales los escarabajos la habian respetado. Al ir á cortarla, uno de esos centinelas avanzados que la flor habia adquirido de su cuidadosa madre la naturaleza, le dió el *quién vive* á la atrevida leona; ésta lo despreció como desprecia los buenos consejos, y el susodicho centinela, mas vigilante que los que saben la ordenanza de memoria, viéndose menospreciado hizo un buen uso de sus armas, y clavó la punta de ellas

en el nacarado dedo de la niña. Un grito agudo fué el prólogo de un largo desmayo que privó al afortunado mortal de una prenda, que habria embellecido su coleccion; y la niña á la sola presencia de una gota de sangre, puso en movimiento á su casa y á la ajena. Pues bien, esa misma niña va á las corridas de toros con tanto gusto como iria á un concierto donde no hubiera mas que las bellezas de Donizetti, ó las armonias de Meyerbeer.

Parece que la única esplicacion que esto admite es la que muy someramente y de paso te hice conocer en otra de mis anteriores; esto es, que el corazon es uno de los muebles mas inútiles que existen en el gran mundo, y que este exije de sus adeptos que obren segun las circunstancias, prescindiendo del corazon, por cuanto está probado que es el tal dije embarazoso, impide el brillo y jamas deja conocer la felicidad esterior, que es de lo que se trata muy principalmente. Se deben seguir sin reflexion todas las manías, con tal que sean de la época, siempre que estén de moda: por consiguiente se llora con los padecimientos supuestos del héroe de una novela, se rie con los calaveras aun cuando no haya motivo, y se regocija con los espectáculos bárbaros, aun cuando al corazon se estremezca á la vista de los riesgos, de la sangre y de los cadáveres. Esto pide la elegancia, esto enseña el buen tono, y lo demas es renegar de tan bellísima escuela.

Si las jóvenes hacen todo esto ¿cómo crees que los

pollos y sexo barbudo se habian de quedar atras en tan importantes fiestas? Su sexo, su valor, su aprovechamiento en la escuela de la civilizacion los empuja aún mas allá, los anima á escederse á ellos mismos; y aun cuando los veas que al pasar junto á una vaca de ordeña se alejan por temor de un accidente; aun cuando los veas temblar como un calenturiento cuando un inofensivo becerro va á lamerles la mano en busca de alguna golosina; en la plaza de toros es diferente: allí los ves palpitar de regocijo cuando el animal escarba la tierra y sacude su inteligente cabeza para buscar alguna víctima en quien vengar sus agravios: allí los oyes vituperar á voz en cuello al picador rehacio, que, enseñado por la propia esperiencia, no se arroja inconsiderado á una muerte casi segura: allí los encuentras llenos de términos técnicos de la *tauromaquia*, y saben cuándo se ha de *capear á partido*, cuándo se ha de *estar trasteando*, cuándo *está el toro en suerte*, cuándo *se ciñe:* dicen si la suerte debe *hacerse al costado*, ó si el *recorte ó gallego* se debe hacer con dos ó mas *quiebros*. Si se trata de poner *banderillas* al toro, ellos deciden si fueron al *cuarteo*, si porque el *diestro citó* por detras al toro se las puso á *media vuelta*, ó si por haber estado de cara al animal se las endosó *en jurisdiccion, á pecho y pié firme*.

Si es tiempo de dar muerte al infeliz hijo de los campos, saben muy bien cuál *pase* fué *regular*, cuál fué *de pecho*, y en todo caso si los *pases de muleta* fueron con la *vista al terreno de adentro ó al de afuera*, si

la estocada fué á *toro recibido*, ó si se le aplicó á *vuela piés*. En suma, si en aquel terreno los escuchas, creerás que tienes delante á un Pepe-Hillo ó un Cúchares, que no bajan á la liza solo por compasion á los animalitos.

Para que la ilusion sea mas completa, los ves que cuando llegan y cuando salen de la plaza van luciendo un *cuaco* de piés delgados, de buena casta y hermoso pelo, y ellos cubiertos de una plateada *pantalonera* mas llena de botones y bordados que el uniforme de un consejero: un sombrero mas tendido que dama en carretela, una inofensiva *reata* que ellos tienen cuidado de rozar contra algun tronco para decir luego que está así por lo mucho que han lazado toros en el *rodeo* de tal hacienda, ó en los *herraderos* de tal otra, y con estos atavíos, y con ir unas veces á paso muy mecido haciendo un sonoro ruido con las espuelas, y otras á galope, aunque asegurados con la hipoteca que les presta la cabeza de la silla, se califican ya de unos acabados *camperanos*, aunque jamas podrán pasar de *caporales de banqueta* ó de *ginetes de estrado*.

—¿Ves cómo en la corte hay mucho bueno en todas líneas? ¿Ves cómo la civilizacion y la cultura ha derramado su benéfica influencia hasta en aquello que era propio de la barbarie de la edad media? Pues todavía te diré mas, y es que algunos ilustrados y grandes sabios han declarado que la lucha en que se ponen los hombres y las fieras, que el espectáculo

México, 20 de Mayo de 1859.

Mucho he recorrido en todas direcciones esta *coronada-villa*, á fin de conocer hasta donde posible me sea, todas las bellezas que encierra. La ciudad es bella por demas. Sus calles rectas escepto las torcidas, sus edificios magníficos escepto los defectuosos, su pavimento igual á lo ménos en lo desigual, son cosas que desde luego llaman la atencion de todos nosotros los que por primera vez venimos á esta tierra encantada de la que oimos referir tantas maravillas.

Desde el momento que se ponen los piés en la calle, está uno seguro de recibir sorpresa tras de sorpresa, porque todo es digno de la cultura y de la civilizacion á que han llegado los venturosos hijos de México.

Han oido decir que ántes de que Hernan Cortes viniera á sacar á los indios de la felicísima vida que llevan; sirviendo al indio mayor de bestias de carga,

dándole sus hijas y sus mujeres, viviendo siempre dispuestos á pasar un rato divertido en las luchas inocentes con que entretenian á su señor, dándose fraternales golpes con las *macanas*, amen de entregar en vida su corazon á los sacerdotes; ántes, pues, que el bárbaro Cortes viniera á arrancar á los indios de esta vida de azúcar y canela, habia en toda la corte unos canales bellísimos que rodeaban los palacios y las plazas, y hacian de la coqueta Tenoxtitlán una rival temible de Venecia. Muchos estranjeros han pintado con su fogosa imaginacion tanta belleza, llevados de las tradiciones que escucharon á otros, que las oyeron de unos, que habian tenido noticia de que hubo quien lo viera; pero como lo dicen los estranjeros, que estos tienen aquí mas fé que un concilio ecuménico, he aquí lo bastante para que desde tiempos muy atrás haya un decidido empeño en querer dar la vuelta á aquellos dichosos tiempos; bien entendido que solo respecto de los canales, que en cuanto á lo de los caprichos de la real indígena persona, eso no. Y cátate ahí que á ese fin se ha dado á la ciudad una nivelacion tal, que desde el momento en que una llovizna tiene la humorada de caer aquí, ya puedes contar por seguro, que empiezan á bogar en esos no limpios canales toda clase de embarcaciones con distintas figuras, y de una variedad sorprendente de materias.

Y lo que se pudo hácer con el ausilio de la lluvia en media hora, tiene necesidad para deshacerse por

lo ménos de todo el resto del año. Es verdad que ese sistema de canalizacion trae el inconveniente de cortar las comunicaciones de una calle á otra, como pueblos en insurreccion; pero tambien lo es que así se logran limpiar la mayor parte de las casas, pasando todo el desecho á la mitad de las calles, que como están por entónces habilitadas de lagunas ó de océanos, segun su capacidad, se sustraen de toda autoridad terrestre y se sujetan solo á las marítimas, y todas sus diferencias las constituyen en causas de almirantazgo; y en espera de que el tribunal competente falle despues de que se reuna, llega el tiempo de la seca, desaparece la causa que motivó la reunion del tribunal, y todo ha concluido.

En algunas calles queda permanentemente la laguna; pero en virtud de los muchos progresos que han hecho las ciencias y las artes, se habilita de ingeniero al primer ganapan que pasa, y se le hace construir una buena porcion de puentes colgantes ó navegantes, y ya la gente cortesana tiene á lo ménos por donde echarse á buscar vado, aunque lo que consigue las mas veces es naufragar en aquellos arrecifes, incluso el puente que se llevan entre los piés y que jamas vuelve á conseguir sobrenadar por el espesor de las capas de lodo, yerbas &c., que forman el lecho de aquellos estanques.

Como se ve, si no se ha conseguido poner á la capital en el estado pintoresco de cuando los aztecas, hase por lo ménos logrado la ventaja de tener á la

distancia de las narices unos paisajes variadísimos formados en los islotes que descuellan aquí ó allá entre las tranquilas ondas de esos lagos. Y siendo como es tan feráz esta felicísima tierra, sucede que ayudada la naturaleza por el arte—la primera la representa la policía, el segundo los vecinos—llegan á verse elevadas é inaccesibles montañas cuya falda si no es azotada, es por lo ménos pisoteada por las caricias de las lagunas, en las cuales los aficionados á la pesca están seguros de llevar una magnífica provision, sin que jamas consigan acabar la raza por mas que trabajen de dia y de noche: tal es la abundancia de toda clase de animalitos acúaticos!

Si prescindiendo de esas lagunas pontinas te fijas en la variedad del paisaje, no te sorprendas si ves que en medio de la llanura de una plazuela muy inmediata al centro de la ciudad, se elevan majestuosamente mil y mil collados artificiales debidos á la oficiosa cooperacion de los vecinos, que cansados muchas veces de esperar á que pasen los carros que han por obligacion el recojer cuanto sobra en las casas y que no merece guarda, se aburren y se deshacen de aquellos despojos aglomerándolos donde primero les ocurre. Con la reunion de todos esos elementos comienzan á formarse unas pequeñas eminencias que á vuelta de unos cuantos dias toman dimensiones maravillosas, hasta amenazar esconder su frente allá en las nubes. Pero así como en los teatros se encarga al maquinista de hacer los cambios de decoraciones en

pocos momentos, así en los sitios de que hablo hay unos séres encargados de esa mutacion que verifican en poco tiempo: estos séres son los perros, que al olor de tal cual hueso que se fué entre los despojos, comienzan á hacer sus escavaciones y descubrimientos, escitando los deseos de otros espectadores de la misma especie, que á manera de los yankees en Californias hacen valer la ley del mas fuerte; y así como en aquellas auríferas tierras, luego que un afortunado buscador de oro se encuentra algunas pepitas, van otros mas robustos y á *trompis* ó balazos se las quitan, sin perjuicio de que otros hagan lo mismo; así aquí, cuando un afortunado can tiene la dicha de adquirir algun bocado, los demas se le abalanzan y le disputan la presa, y emprenden una lucha á toda sangre, y con sus gritos y gruñidos ahuyentan el sueño de todos los que viven inmediatos al teatro de la guerra, durante la cual, en fuerza de las escavaciones ó de los diferentes lances de la pelea, van convirtiéndose los montes en suaves colinas ó dilatadas llanuras, miéntras no vuelvan los impacientes vecinos á su obra de reconstruccion.

Mucho mas notable es lo que se observa al amanecer por la mayor parte de las calles, debido á las mismas causas de la creacion de esas eminencias. Como en la corte se ha tenido por mejor y mas conveniente el privar á la mayor parte de las casas de un recipiente de materias *inodoras*, he aquí que el servicio necesario de esta clase de asuntos está en-

comendado á unos carros de pestilente recuerdo, que las mas veces hacen cerrar herméticamente no solo las narices, ojos y boca de los paseantes, sino aún lo que es mas, las puertas y ventanas de toda habitacion. Pero sucede que los tales colectores se descuidan en recojer las ofrendas, y entónces son depositadas humildemente en medio de las calles, en las puertas de las casas ó en las orillas de los caños. Ya calcularás todo lo bello de ese espectáculo y cuán peligroso será en noche oscura atravesar una calle ó arrimarse á una puerta sin ciertas indispensables precauciones.

Estas muchas veces son impotentes para librarse de un baño de regadera con que te cubre de piés á cabeza un barbero despues de haber jabonado al parroquiano, una tortillera despues de haber lavado sus útiles, una figonera despues de haber limpiado sus platos, porque cualquiera de esos ciudadanos juzga por mas cómodo el arrojar desde el interior de su puerta todos esos sobrantes, aun cuando tu vestido recien hecho quede con la marca perdurable de semejantes *asperges*, que asomarse siquiera á tantear la oportunidad de no causar daño.

Es verdad que quien puede ha tenido la sábia precaucion de prohibir esos y otros caprichos á que puede vivir espuesto un pobre diablo, teniendo en cada esquina, dije mal, en cada cuatro esquinas un ministro de policía; pero este sabe muy bien que en las esquinas solo se ponen guarda-cantones ó postes, y como ve que le colocan allí se convierte en lo que se

le ha querido convertir, esto es, en parte integrante de la esquina, en una piedra mas de los edificios, en un espantajo que no espanta, por lo mismo que ven su inmovilidad y su inercia. Esto por lo que hace al dia, que por lo que respecta á la noche, el poste no falta, aunque es distinto del que le precedió; pero si este no se mueve de un lugar, el otro se acomoda en una puerta, se envuelve en su capa, y duerme como un bienaventurado, sin cuidarse en lo mas mínimo de lo que pasa en el mundo. Eso sí, para que los malhechores sepan dónde está, y se guarden de hacer por allí sus fechorías, coloca su farol grasiento en medio de las cuatro esquinas, y con eso cree que todo el mundo puede roncar á pierna tendida, supuesto que hay quien vele por la seguridad de las casas, el farol.

Pero libre Dios á todo bicho viviente de ecsitar un dia el valor de esos vigilantes cancerberos, porque todo lo que tienen de sufridos en un año, tienen de tremendos el dia que se acuerdan que forman parte del poder público: en esos momentos son capaces de cansar á *cintarsaos* al mas inofensivo ciudadano que les desagradase; y por mas razones que se les dieran para calmarlos, solo se conseguiria hacerlos mas valientes y mas temibles. Pero estos raro, y solo acontece cuando el que ha delinquido, ó el que ellos creen que ha faltado, es incapaz de volverles las tornas.

Otra de las muchas gangas que ofrecen las calles á los transeuntes, consiste en tal cual tiesto que se

desprende de una azotea, á tiempo que un torpe criado se ocupa en regar aquellos jardines, mas elevados que los de Semíramis en Babilonia; ó cuando no es el tiesto, es por lo ménos un aguacero artificial el que desciende sobre los que pasan; ó cuando tampoco eso, es una ú otra vara de alfombra que se desprende *per accidens* de las manos de la limpia recamarera que sale al balcon á sacudir sobre todos, ya los *tapetes* de la sala, ya muchas veces aun los cobertores de la cama; ó cuando mas no haya, es el atolondrado muchacho el que acierta á caer sobre tus espaldas, á consecuencia de habérsele acabado el suelo de la azotea al andar *volando su papelote.*

Pero todas las penas acaban desde que tu buena estrella te permite llegar á la plaza de armas y por consiguiente á los portales, principalmente al de Mercaderes. Es la plaza llamada de la constitucion, aunque constitucion casi siempre nos ha faltado, un cuadrilongo que fatiga la vista por su estension. Del un lado está el palacio nacional pintado de un bellísimo color de ceniza algo oscuro, que en mi concepto fué adoptado por un inteligente pintor para que sirviera de fondo á los objetos que luego suelen presentarse en los balcones, y estos resaltaran con toda perfeccion. A la derecha del palacio se eleva majestuosamente la soberbia catedral, á la que por humillar esa misma soberbia y matarle la presuncion de su belleza tuvieron la precaucion de ponerle una joroba al lado y unos árboles al pié, que ya desde ahora son

unos censores perpetuos de la referida presuncion, y trabajan por esconder á la vista de los enamorados las perfecciones del edificio, para evitarle que esté muy pagado de sí mismo. A la izquierda del palacio queda un portal que está predicando el carácter mexicano, el cual tiene por costumbre dejar las cosas á medias, si bien respecto del portal de las Flores es preciso agradecer que se haya quedado á la mitad del camino y se haya desechado su prolongacion como mal pensamiento, porque entiendo que para dar una prueba de fealdad, con lo que hay existente basta. A continuacion de ese portal siguen las casas de cabildo con su carcel de ciudad, algunos nidos de milanos y la *Lonja*, la cual no tiene otro mérito sino de ser demasiado cortesana, por cuanto no concede sus favores sino á los que le pagan, y con paga fija.

Frente por frente del mil veces escalado Olimpo se encuentra el portal de Mercaderes; cuyas mercaderías de valor son por de contado estranjeras, y los muñecos ridículos, las muñecas bizcas, los tambores de color rabioso y todo lo malo que allí se vende es mexicano, gracias á Dios; mas no creas que porque en el país no se encuentra quien haga cosas mejores, sino porque esa es la única industria que ha quedado á los nacionales, debido á la ilustracion cortesana que ni sabe usar mas que lo estranjero, ni estima en un comino, por bueno que sea, lo hecho en esta tierra. Sobre esto te hablaré mas espacio en otra.

En el centro de la plaza está un zócalo incompleto,

que ha de servir para un obelisco inédito, y que miéntras se construye como es debido, ó miéntras se encarga á Lóndres ó Paris el material de que se ha de hacer, el artista que lo ha de fabricar y las glorias nacionales que representar debe, se ha creido conveniente dar varios usos al susodicho proyecto de monumento. En una vez se trató de colocar un faro, aunque seguramente por tener varios faros chiquitos, se le reputó madre de ellos, y se le dijo *farola*, si bien creo que tanto por la intencion que tuvo el tal mueble de sustituir un monumento glorioso, por su construccion y por el fin que alcanzó, merecia mejor (salvo yerro) el nombre de *farolon;* pero á mi entender no le dieron tal dictado porque muchos se creyeron aludidos, y aquí las alusiones son de mal gusto. Varias veces ha servido el zócalo para formar en él un salon destinado á las esposiciones de la industria y de la agricultura, todo nacional se entiende, y por lo mismo hemos visto premiados los artefactos hechos por estranjeros ó importados del estranjero, con lo cual ha recibido un grande impulso y mayor estímulo la industria del país. Allí lucen las mejores calabazas que produce esta tierra bendita, y allí en fin se ponen de manifiesto cuantos adelantos se han hecho en la república, ora sea en destruir el trabajo de la clase obrera sustituyendo á los brazos las máquinas, ora en objetos de bambolla aunque de poca utilidad.

Sirve tambien el zócalo para las confidencias nocturnas de los tiernos hijos del pueblo, que, merced á

la penumbra de que allí se goza, van á tratar sus asuntos libres de miradas importunas. Cuéntase que se está proyectando poner allí otra *farola* de mejor calidad, alumbrada con gas, para lo cual hay algunos fonditos reunidos que tal vez podrian bastar para la conclusion del monumento; pero como los monumentos solo son propios del juéves santo, se ha tenido por mas útil ir con el siglo que, segun dicen, es todo de luces, y buena prueba nos da el alumbrado de México, para el cual se ha hecho una contrata, como todas las que hacemos desde que tenemos habilidad legal para contratar. Sea de esto lo que fuere, sí te aseguro que esa *farola* en proyecto servirá para alumbrar toda la plaza y hacer que se vean las caras, caso de que no se le ocurra al contratista dejarlos á buenas noches, todos los que van á dar vueltas á los arbolitos para pasar las primeras horas de la velada.

Vamos por partes. Diréte el uso que los cortesanos hacen del portal, de los arbolitos y del palacio; pero como ya es tarde, será bueno que lo dejemos para otra vez si tú no lo has por enojo. Conque, adios. Tuyo.—*Caralampio.*

México, 23 *de Mayo de* 1859.

Bibianilla: Te prometí en mi última, contarte el uso para que han sido criados el portal, los arbolitos y el palacio, y voy, á fuer de hombre chapado á la antigua, á cumplir mi palabra, que aunque ya habrás notado en mí cierto resabio de corte, no estoy tan civilizado todavía que tenga el desparpajo suficiente para faltar á mis promesas, no digo treinta ocasiones al dia: pero ni una vez por semana. Cuando con el roce de la gente civilizada haya dejado la corteza rústico-majadera que de allá traje, entónces verás que á todo digo *sí*, y á todo falto bonitamente. Por ahora vamos al asunto.

El portal de Mercaderes tiene hoy el nobilísimo uso de servir de una diaria esposicion de todo cuanto

la industria nacional ó estranjera produce, si bien no se presenta á los ojos sino como un amago á la bolsa, ó una declaracion de guerra á los haberes de cada ciudadano. De un lado todo son tiendas de ropa, ricas mercerías, elegantes sombrererías, y tal cual casa de israelita de aquellos que prevaricaron al pié del monte Sinaí adorando al becerro de oro. Del otro, y adheridas á cada pilar de los que sostienen la portalería, se encuentran unas huroneras en las que se embute, se encasquilla un sér humano y se rodea de cuantos objetos pudiera apetecer un antojadizo chicuelo. Juguetes de todas clases y precios, fabricados por los mexicanos y poco estimados por lo mismo, aunque muchas veces no carecen de mérito. Pero aquí encaja que ni adrede, el darte la razon de lo que te dije otra vez, á saber, por qué no trabajan mejor los del país. Esto consiste en que todo el mundo se desvive por comprar lo que tiene el nombre de estranjero aunque sea una cosa de suyo inservible y ridícula. Puestos en parangon los juguetes, v. g., del presidio de Rochefort con los que aquí fabrica un escelente artesano, la ventaja queda á favor de los mexicanos. Hay en las mercerías unos monstruos deformes que figuran un niño en mantillas llamados *rorros*, y que á mi modo de ver podrian pasar por un feto mal conformado: esos figurones que en conciencia debian prohibir y recojer, siquiera para no presentar á las señoras en ciertas épocas objetos deformes, se venden con mucha estimacion porque los fabricaron en Francia, mién-

tras en frente de ellos se ven figuras de cera hechas con habilidad, y que no valen un cuarto por ser del país.

Y esto que digo respecto de juguetes, se ve en mayor escala, aunque con mayor injusticia, respecto de otros objetos que se llaman estranjeros y que no tienen de tales sino la materia prima y algunas veces ni eso. Vas por ejemplo á una sastrería que encuentras en tal calle, adornada con mil figurones y vidrios, letras doradas que componen un nombre francés, inglés, aleman ó turco, penetras penosamente por en medio de mil piezas de ropa perfectamente acabadas: se te presenta un elegante de tieso cuello, de chapurrado hablar: recibe tus órdenes: toma sus medidas, y muchas veces ni aun eso, sino que apunta las que le dicta un *barrilete* mexicano, y un poco despues un sastre mexicano tambien, es el que está surciendo la ropa, y el que te la hace, y el que te la prueba. Lo mismo, sin diferencia alguna, sucede en la zapatería, otro tanto en la casa de la modista, idem, ídem en la del tapicero y en todas las casas en que el nombre está precedido de un *Monsieur*, de un *Mister*, de un *Madame*, de un *Mac.* de un *O'* de un *Van.* Pero que esos mismos mexicanos y mexicanas que trabajan en provecho de otro, quieran abrir bajo su nombre y por su cuenta un establecimiento cualquiera, y aun cuando hasta aquí, á ellos se debe el corte elegante de una casaca, la gallardía de un vestido, la perfeccion y consistencia de un calzado, y lo que es mas,

la rizada melena de una cabeza mexicana, como esos pobres diablos se llaman simplemente *Juan Gonzalez, José Perez* ó cosa así, todos los cortesanos esclaman: "¿Qué ha de saber ese mexicano? Cuandó mas conocerá el corte de un *coton* ó de unas *calzoneras*. Si no ha estado en Francia, si nunca ha salido de aquí, ¿quién diablos se pone en sus manos?" Y sin embargo se han puesto; pero el provecho ha sido para otros, y el trabajo para el hijo del país.

Me distraje. El portal en el dia sirve para todas esas exhibiciones y paralelos y para reünir allí á los que no tienen ocupacion alguna, si no es en las casas de juego ó en los círculos de los descontentos sempiternos. Luego que las negras sombras de la noche descienden sobre la ciudad bienaventurada, empiezan á aparecer diversas clases de gentes, con diferentes clases de ocupaciones. Las puertas de las tiendas y las alacenas de juguetes se convierten en asientos de los visitantes nocturnos de aquel sitio, y de las señoras que salen á hacer ejercicio por su *enfermedad temporal.* Todo empleado á media paga, todo meritorio sin propinas, todo cesante sin cesantía, todo jubilado sin jubilacion, todo militar sin mando, se dan cita allí, ora para lamentar su contraria suerte y declamar contra las injusticias que sufren, ora para echar el anzuelo á alguno que les remedie su habitual penuria. Otros van allí en pos de ciertas damas que hacen de las afueras del portal el campo de sus conquistas, no atreviéndose á cruzar por dentro de él, por no dejar

á toda luz ya una fealdad fenomenal, bien los estragos del tiempo, bien los progresos de tal ó cual percance que ganan en tan honrosa profesion. Otros de los que concurren allí tienen por oficio el incitar á los *arrancados* con la esperanza de una mejora en su forma por medio de las partidas y demas juegos *permitidos*, y entre toda esta serie de personajes anda como pelota, por vía de entreacto, el honor del que pasa, la reputacion de la que llega, y el buen nombre de los que se retiran.

De cuando en cuando llega un espendedor de billetes falsos para las loterías nacional y de la Vírgen que aprovechando la poca luz que despide el alumbrado, venden su mercancía contrahecha, y esplotan á tal cual paseante que no conoce el artificio. El mismo trabajo emprende alguno de esos venduteros ambulantes que trata de vender una cadena, un dije cualquiera por de oro, cuando no es sino de laton; pero estos pobres industriales tienen que habérselas con otros tan industriosos como ellos, y pocas veces logran su intento, si no se cuando dan con mis paisanos los batuecos, á los cuales distinguen entre mil, y es á quienes de preferencia atacan unos y otros.

En dia de fiesta el portal es un hormiguero bien provisto. Casi todo el mundo ocurre allí desde las ocho de la mañana hasta despues de medio dia, siendo literalmente imposible penetrar en aquel océano, mucho mas si se toma en cuenta que con cuatro crinolinas se llena la tercera parte del portal, y eso que

es bien grande. Pero de esas apreturas sacan algunos y algunas, ventajas inapreciables; porque el que no pudo dar su carta al cochero ó á la recamarera, por el inconveiente de la falta de retribucion al Mercurio, se desliza como anguila entre las oleadas de gente, y logra dar en propia mano su almibarada misiva, con mas un apretoncito de mano ó de otra pieza, que los trasporta aun mas allá de la region del fuego. Las niñas, que de eso quieren su limosna, presentan voluntariamente mil oportunidades de esa especie y buscan mil pretestos para prolongar y repetir aquellos lances de ventura y bienandanza; y entre tanto las mamás, guardas diurnos y nocturnos de aquel objeto, hacen lo que los de las esquinas, duermen y callan contemplando ledas el *carretoncito* que vende una pobre vieja, ó los angelitos regordetes que están convidando con su risa de tonto á que les dén alojamiento en cualquiera casa, sacándolos del poder del júdas que los quiere vender. Una madre orgullòsa de un insurgente chico, un padre envanecido con su primer retoño, cargan con esa prenda y la llevan al portal, para que escoja los mas bonitos juguetes y pueda recrear su vista con los muchísimos objetos producidos para su diversion y solaz. Y el llanto de esas criaturas, unido al voceo incesante del billetero ó dulcero, y al zumbido de todos los que forman aquel avispero, es capaz de aturdir, ó por lo ménos ensordecer, á todo el que no está acostumbrado á ese rejuego.

Los *arbolitos,* ese precioso estorbo con que han encubierto la fachada de la catedral, sirven de punto de reunion en las primeras horas de la mañana,—ya sabes que ésta comienza á las ocho—á todos los repartidores de noticias, que han usurpado el oficio de los periódicos, no solamente en su seccion de gacetilla, sino lo que es todavía mas grave, en su derecho de mentir. Allí encuentras en las columnas de una *gaceta* ambulante, noticias que mas allá te desmiente un *Siglo XIX* en carne y hueso, y que luego te varia un *Diario de Avisos* en dos piés, y que te trata de coordinar una *Sociedad* de frac y caña de Indias. No hay dislate, por garrafal que sea, que no haya sido urdido, tramado y espendido en aquel laboratorio, ni hay cambio político ó administrativo que allí no se comente, ni medida que allí no se examine, ni hecho de armas que allí no se relate. La fusion mas completa y la confusion mas absoluta de dichos y de hechos relativos á la cosa pública tiene allí lugar. Es, para decirlo de una vez, el congreso general de la gente mexicana.

Cuando la sesion se levanta y los viejos noticieros empiezan á desfilar, se ocupa el terreno por una porcion de moscas que van al olor del almiscle y de las esencias con que se riegan las devotas cuotidianas. Pasan allí su revista, ven y son vistas de las susodichas; admiran un pié breve, discuten cuál color de rosa es gratis y cuál comprado; cuál crinolina es sacudida con gracia, y cuál es llevada á remolque; y

despues de tan grata ocupacion, el terreno queda libre hasta las oraciones de la noche, y empieza primero á ser visitado por las comerciantes de amor, y luego por lo mas escojido de la aristocracia vergonzante que no va al teatro ni ocurre á las tertulias, ni tiene coche para ir á Bucareli, ni quiere perder la ocasion de lucir una talma recompuesta, ni que se noten con la luz del dia las antiguas formas de un vestido remozado, ó el denunciador remiendo puesto en un albornoz elevado al rango de capa, ó el heterogéneo peinado que ha realizado una fusion de tembleques y abalorios. Allí se encuentra, en suma, todo lo que no puede lucir sino á la luz artificial ó á los resplandores del astro de la noche, que son las mas benéficas luces para ciertas cosas en que el tiempo ó el uso se ha cebado.

Réstame hablarte del palacio, y no sin temor lo hago, porque ese edificio es el depósito de las ruedas con que se hace mover el edificio social. Mi temor consiste en que tales ruedas son de suyo delicadas, y no se dejan manosear por los inespertos; y yo el mas cerrado de todos, podré ocasionar con mi tacto, un poco labriego aún, que alguna de esas piezas se oxide, y deje por lo mismo de funcionar, y la máquina se pare, y el trabajo se interrumpa, y cargue el diablo con todo. Pero procuraré no tentarlas, aunque ellas me conviden con sus tentaciones: veré y contaré.

Ademas de ser la residencia habitual de los pilo-

tos y grumetes que dirijen la nave del Estado, se encuentran allí una multitud de preciosidades que deberian llamar la atencion, mucho mas que las del Museo; pero por una fatalidad que no sé esplicar, nadie hasta hoy se ha dedicado á examinar, clasificar y dar á conocer belleza tanta. No tengo yo todos los tamaños que la tal empresilla exije, y por lo mismo me limito á decir lo poco que he podido alcanzar de lo que allí hay. Comienza por saber que desde que se atraviesa la puerta defendida por un cuerpo de guardia, tropieza uno á cada paso con viudas desconsoladas, no tanto por la muerte del marido, cuanto por la de sus esperanzas de conseguir un prorateo de su montepío, patrioteros risueños, no tanto por el bien de que disfruta la patria, cuanto porque alcanzaron que la patria los colmara de bienes: pretendientes desinteresados que van á ofrecer *gratis et amore* sus fortunas y sus ahorrillos para que los apuros cesen y el tesoro tenga recursos, contentándose con un módico ciento por uno que dieron de los mismos ciento: pretendientes modestos que despues de no haber hecho ningun servicio al país quieren que se les dé una prebenda en alguna catedral marítima: vendedores de favor que hacen pagar muy caro el que ofrecen espontáneamente al que tiene hermana ó mujer bonita: estudiantes atrasados que piden se les dispense la ciencia por su orfandad ó sus enfermedades: escritores de nota que piden se los franquee el archivo para desfigurar en grandes tomos los do-

cumentos mas preciosos de México; cantores de glorias desconocidas que mañana censurarán acremente: contratistas ventajosos que de todo sacan ventaja: periodistas incensarios que como sochantres cantan á toda orquesta *amen;* y de cuando en cuando, allá como un cometa, tal cual patriota de 21 de casaca raida y mugrienta, sombrero sin ala y sin copa, camisa *incolora*, y zapatos de caracol, que va en busca no de empleos, porque ya es viejo, no de pagas, porque hace mucho tiempo que se las retiraron, no de gracias, porque hace mucho tiempo que ni las dice ni las oye; sino únicamente á ofrecer sus servicios porque sabe que nos amaga un vecino codicioso, pidiendo despues volver á su pobreza y á su retraimiento; pero como está viejo se le dice que *chochea*, y se le deja ir sin decirle al ménos una palabra de agradecimiento por los muchos jóvenes que comenzaron su carrera de carreras hace tres meses y ya son generales ó por lo ménos coroneles.

Despues de haber atravesado esa nube de géneros tan diversos, despues de haber subido las escaleras se encuentra uno en la puerta del salon principal, donde se reciben los embajadores, donde tienen lugar las grandes ceremonias, y donde se escuchan los discursos mas bien acabados un dia de felicitacion. Yo esperaba que en aquel recinto mis ojos no pudieran resistir el brillo del fausto y de la riqueza, tanto por el destino del salon, como por la proverbial magnificencia que atribuyen á los *arrancados* de la corte;

pero si no es un solio de terciopelo algo gastado como el patriotismo, una alfombra lampiña y unas sillas equilibristas como los que en ellas se suelen sentar, no encontré allí grandes cosas, y de ello me felicité interiormente, porque muy mal me habria sabido el lujo de aquella pieza con el hambre de los que sirven y sirvieron.

Ví allí arrinconadas, estos es, puesta en los rincones de la sala, unas estatuas de yeso que simbolizan la justicia, la fortaleza y no recuerdo bien si la prudencia y la templanza; pero como la materia de que están formadas es débil y quebradiza, no creo que la alegoría sea de buen gusto, así como tampoco me parece á própósito el lugar en que han sido colocadas. Pero todavía me parece peor lo que me dijo uno que se tomó el trabajo de esplicarme todo lo que veia, y es que ántes en la antesala de audiencia habian puesto unos cuadros que representaban el valor, el patriotismo, la caridad, el honor, &c, porque eso cualquier mal intencionado lo habria traducido desfavorablemente, creyendo ó afectando creer que á esas virtudes no se les daba audiencia ni penetraban jamas en la sala. Dice el mismo sujeto que los cuadros en cuestion han de ser sustituidos con unos bíblicos que representan los trabajos de Job, para que los que vayan á audiencia se vean en aquel espejo y nunca, nunca se impacienten, lo cual es muy gran pecado.

Lo que sobre todo me impresionó fué ver allí un cuadro que representa el templo del dios del Tibet,

que segun he oido contar á los sabios de esta tierra, está siempre cerrado para los que no son sacerdotes, únicos electos que tienen el derecho de penetrar cerca del Dalai Lama. Este, por lo mismo que sufre tal asedio é incomunicacion tal, ni sabe lo que se pesca por sus dominios, no obstante su divinidad, ni mortal alguno puede acercársele para pedirle el remedio de sus cuitas, ni sabe mas que lo que los sacerdotes le refieren y del modo que quieren referirlo.

¿Qué significa allí ese cuadro? No lo sé: así como tampoco lo que quisieron decir con otro que representa el rio Leteo en primer término, y como paso forzoso para llegar á los campos Eliseos que se descubren en lontananza bajo la forma del palacio nacional.

Otras cosas encierra el edificio, pero no está en uso verlas, ó porque han caido en desuso como las cámaras, ó porque se han usado mucho y perecieron ya como el jardin.

Por lo que hace al esterior del palacio, sirve para que en él se sitúen los juéves y los domingos por la noche, las músicas militares á tocar la retreta, diversion que disfrutan todos aquellos que no tienen para proporcionarse otra, y que prueba el gusto filarmónico tan prodigiosamente desarrollado en la corte toda. Sirve tambien para que por enfrente pase el ejército en dia solemne, formando columna de honor, palabra que no quiero analizar.

Hemos echado buena tirada hoy. Para dar un vistaso á los sitios de que te he hablado, he tenido que andar mucho, me he cansado y por lo mismo hago pausa. Hasta otro dia, querida.—*Caralampio.*

México, 26 *de Mayo de* 1859.

Contiguo al palacio nacional se encuentra un *taller* donde se fabrican sabios de primer graduacion y muy alto copete. Llámole, taller porque en una escuela de primeras letras, donde supongo que lo entienden mejor que yo, he visto un verso, que si la memoria no me falta dice así:

De este *taller* de la virtud y luces,
Do el incipiente su instruccion adquiere &.,

Pues bien, este es taller de primeras letras donde un chicuelo adquiere instruccion, y en aquel, mas en grande, es donde los instruidos alcanzan renombre de sabios y el derecho de gastar faldas y de ponerse en la cabeza una pirámide de diversos colores, con lo cual ya todo el mundo los califica de sabios, y los distingue del comun de nosotros los ignorantes. Y ¡vaya si se distinguen! Figúrate que en las procesio-

nes, en las asistencias públicas, llaman la atencion de todos, todos; no tanto por el trage que cada dia va siendo mas raro, sino porque cada uno de ellos es considerado en su facultad ni mas ni ménos que, como decian los pesos antiguos, el *non plus ultra*. El pensamiento de haber colocado el susodicho taller enfrente del mercado de legumbres y hortalizas vale tanto en mi concepto, como decir que de las calabazas á la Universidad solo hay un paso.

Del edificio nada diré; porque escepto su venerable antigüedad, ninguna otra cosa tiene de notable. Pero de su contenido sí creo justo hacer mencion honorífica, aunque no sea mas que por darte á oonocer el modo con que se llega al templo de la inmortalidad, pasando por la garita de ese taller, donde se espiden los pasaportes para aquel santuario.

Haz de cuenta que llega un *quidam* á quien nadie conoce, pero que conoce el lado flaco de la humanidad, y presenta papeles pocos ó muchos en que se dice que el tal es hombre de talento precl.ro, de raro ingenio y de disposiciones felices: se calla por elegancia como en las oraciones latinas, algo; y ese algo es que el recomendado es audaz y chisgaravis, y que tiene sus puntas de embustero El cuenta que viene perseguido y vejado, cuando en realidad él ha vejado y perseguido á mas de cuatro que pusieron en sus manos un negocio. Se adhiere á tales y cuales personas, que ó bien por quitárselo de encima, ó quizá porque tienen un tino especial para elevar nulidades,

lo recomiendan, lo presentan y lo ensalzan, hasta que consiguen darle colocacion, que, aunque insignificante, él sabe esplotar. De allí á poco tiempo se le pone en la cholla el distinguirse en tal profesion, y aunque no tiene *cum quibus,* que es la *conditio sine qua non* con se consiguen los pasaportes, no falta algun bendito que facilite los reales, y otro que por dar honor al magisterio le anime y le ayude á dar todos los pasos consiguientes.

Como en el taller no piden papel de conocimiento, como se hace con los criados, y como me parece que deberia ser, á lo ménos tratándose de algunos; nuestro pretendiente no teme que sepan sus antecedentes, ni está espuesto á que descubran que es capaz de defender el *Alcoran* ó jurar la carta de 57 por amor á un empleillo; y por consiguiente se echa en brazos de la fortuna, que, como dijo el otro, *juvat audaces,* y el dia ménos pensado hace imprimir un pliego cuádruple en que enumera que fué *trabea decoratus* en tal otro taller, mérito que cualquiera que paga ó recibe gracia puede alegar, y cuenta que es empleado, pero sin decir en qué, lo cual puede muy bien hacer hasta el portero de una oficina; y con eso, y con traducir ó buscar traducido un largo capítulo sobre el punto dado que va á leer con mucho énfasis delante de sus futuros compañeros, cátatelo ya uno de los insignes sabios, ante los cuales se humilla todo bicho tonto é insipiente.

Y no creas que pára en eso: el dia ménos pensad

da á luz el nuevo astro literario una composicioncilla en que muestra su habilidad y su talento, muy semejante á la que otra peregrina cabeza adornada con tal campanario, dió á luz con motivo de la muerte sentida de una criaturita á quien describia así:

De su figura no hay qué decir,
Que fué semejante á la rosa,
En su vida fresca y hermosa,
Triste y marchita al morir.
Su contestura muy débil,
Su salud fué muy escasa;
Pero nunca dejó de ser útil
La gloria y corona de su casa.

De buena gana te trasladaria á esta carta todo el tal poema, porque poema es esa bellísima composicion que en primera oportunidad te enviaré para que la enseñes á los trastuelos de nuestras Batuecas, y vean lo que es saber sentir y saber poetizar. Y para que se vea que es un ingenio de la corte el que tal poema echó al mundo, tuvo cuidado de contarlo, al narrar los funerales de la tal criatura y el lugar donde se fué á esconder por temor de otro poema; escucha un momento:

Su cuerpo fué conducido
A la iglesia de la Enseñanza,
En donde quedó sepultado
Con humildad y pobreza.

Y yo pasaré la vida triste
Hasta que la misma muerte
La borre de mi mente
Y con mi existencia acabe.

Por las calles de mi patria
Inmediatas á su sepulcro
Me pasearé de dia y de noche
Con dolor agudo y suave.

Una cosa por el estilo, calcada en este inimitable modelo, es lo que el mundo admirará á poco tiempo en aquel nuevo émulo de Santo Tomás, ó de San Juan Nepomuceno, si no es que como el poeta de que acabo de hablar, nos deje á lo mejor del cuento únicamente paladeados. Creerás que cuando mas saboreaba yo el tal poema me fué saliendo el autor con este verso:

Mucho mas podria decir:
Seráme mejor callar,
Y con silencio esplicar
Lo que hay en mi sentir.
ADIOS....FIN....ETERNIDAD....

Y fué lástima que en lo mejor acabase; y lástima seria que el otro nos dejara esperando su luminoso escrito, que sin duda perderia el mundo cosas buenas.

Pues á este taller es á quien está encomendada la vigilancia de todos los demas talleres y la instruccion que han de adquirir los insipientes, y desde luego

conocerás que mejor no podia ser. Lo malo que yo encuentro en el conjunto es, que están allí confundidas sin razon las calabazas y las frutas esquisitas, y eso hace que en este siglo por demas positivista y murmurador, se diga de unos lo que solo corresponde á otros. Pero en fin, este es el uso de la tierra, y Cristo con todos.

Encuéntrase allí, quizá por lo que tiene de instructivo, el *Museo,* rara coleccion de todo lo raro, v. g. muñecos de cera y de trapo, unos zapatos de palillo del siglo pasado, y algunas colecciones del reino animal, si bien como las colecciones del archivo general, todas truncas; pero no tengas cuidado: tal vez á la vuelta de otros trescientos años ya se habrá enriquecido el Museo, y tendrá una crinolina, un bullarengue y unos ahuecadores, como muestra de la actual civilizacion, como objetos esquisitos del siglo de las luces.

Te contaré: ántes de ahora estaba en el patio de este edificio una estátua colosal que representaba á nuestro católico monarca el Sr. D. Cárlos IV montado en un poderoso caballo. Cierta gente meticulosa dió en la manía de ver en la tal estátua colocada cerca del palacio, el emblema de una esperanza, ó el retroceso de la instruccion, puesto que permanecia un rey oscurantista en medio de los regentes del saber; y el dia ménos pensado cargaron con el tal ginete y lo plantaron á los cuatro vientos, y lo encerraron en una jaula, quizá para dar á entender que era un loco digno

de atar por estar soñando en el retorno al palacio. Hubo todavía otros mas ilustrados que propusieron la fundicion del pobre rey y su conversion en monedas, tales serian de peseteros; pero pudo escapar S. M. de muerte tan ignominiosa, aunque no fuera sino por ser la única obra que nos hace honor.

De la Universidad nos trasladaremos á la plaza del mercado, que ya te dije se dan la mano como dos buenas amigas y vecinas. Pero para penetrar allí necesitamos varias cosas, no siendo la menor un *salvavidas* para atravesar aquellas ciénegas, y un pomo de esencia para reponernos de los desmayos que nos origine el olor nauseabundo de tanta yerba podrida, de tanta caza corrupta y de tanta carne medio cruda que allí se aglomera. Esta plaza, adyacente á la de la constitucion, contigua al palacio, tocándose con la fábrica de doctores y colocada en el centro de la ciudad, tiene entre otras bellezas la de la fuente que está en su corazon, y que fué enriquecida con una estátua en el tiempo que era de moda regalar tales dones. Considera si no seria muy elegante todo un supremo personage, trepado sobre un pilar y presidiendo á las que venden patos y camuesas, camotes y mastranto, lo mismo que si fuera el genio tutelar de aquella clase de comercio. Un dia el pueblo soberano, y muy principalmente la gente del mercado, se cansó de aquella tutela, y el tal magnate vino al suelo con muy poca veneracion y respeto. Desde entónces el pilar permanece viudo, y espera que de un dia á otro se

ponga siquiera el busto de un inteligente en eso de ventas, v. g. el presidente constitucional, que así trata de vender mexicanos como de vender *juiles*.

¿Qué mas te diré de la plaza? Nada mas porque muy pronto la abandoné á consecuencia de que en los cortos instantes que allí permanecí me sentí amagado de calambres en las piernas, gracias á la frescura de que se goza en su pavimento. Así es que si algun dia me encuentras mas gordo que un guardian, no lo atribuyas á la *vita bona* que en la corte me he rapado, sino á la hidropesía que en suerte me cupo y me han ministrado los lagos de la ciudad, los albañales perpetuos que á cada paso interceptan el paso, ora dentro de las casas, ora en las plazas y calles.

Del mercado me encaminé á donde mis piés quisieron llevarme, deseoso de olvidar el inoportuno baño que habian recibido, y como si la suerte me favoreciera en mis deseos de conocer todo lo notable, he aquí que de manos á boca me encuentro con las mejores tiendas de ropa, llamadas *cajones*, aunque maldita la semejanza que tengan con tales piezas. Las hay lujosísimas, llenas de mil combinaciones para llamar la atencion del marchante; pero todas parecidas á esas salas en que se trata de dar funciones de fantasmagoría, y que se oscurecen de intento para que no se perciba el secreto de las manipulaciones. Todas las dichas tiendas tienen en cada puerta sus correspondientes cortinillas, cuyo oficio esclusivo es evitar que con la luz completa se conozca el tejido

ralo de las mercancías, la mezcla de algodon que tienen los géneros de lino, la pita con que están tramados los de seda, y otros pecadillos así con que el consumidor se encuentra cuando llega á su casa.

Una cosa me llamó mucho la atencion ántes de conocer el secreto, y fué el bajísimo precio á que se venden tales efectos, para lo cual circulan profusamente unas listas de cada tienda, llenas de mil promesas como los programas políticos y desnudas de realidad, como las esperanzas de los poetas. Por supuesto que las tiendas, ademas del sonantísimo título que en letras gordas ostentan sobre sus puertas, cuidan de llamar la atencion en tales listas con frases estrepitosas, v. g.: *La ruina de las baratas, el esterminio de las baratas, el cólera de las baratas, la última patada á las baratas, sólo dado es mas barato*, y otras así que te hacen creer que en efecto aquellos filantrópicos individuos van á arruinarse por solo el gusto de que tú andes bien vestida. Llegas á la tienda, pides un pañuelo de seda, superior clase, que te anunciaron en la *red impresa* por cuatro reales, y una de dos cosas sucede indefectiblemente, ó que tales efectos figuraron en la lista como soldado desertado en las del habilitado, y por lo tanto te dicen *ya se acabaron;* ó que te presentan otros en los que muy bien podrás sin trabajo descubrir una tela mas abierta que la de un cedazo. Y lo mismo sucede con todo lo demas.

En cuanto á los nombres, ya te he dicho que bus-

can los mas sonoros; y así no te estrañará que veas en letras de una vara, *La sorpresa,* y cuando esperes hallar cosas que sorprendan, solo ves lo que en todas partes. Un poco mas allá te hallas nada ménos que la *Estrella de Santo Domingo* convertida en receptáculo de mantas, puntibís, sedas, lanas y pieles. Dime si el pobre santo por mucha paciencia que tenga, podrá sufrir que en su frente se hagan tales comercios y se engañe á todo el que entra á comprar algo y se le da gato por liebre? Pero en materia de rótulos hay mucho que decir. Que el diablo cargue con la neta aplicacion que el nombre pueda tener á la tienda: lo que importa es que sea bonito y retumbante, y lo demas nada importa.

Así, por ejemplo, en el *cajon de las donas* creeria cualquiera encontrar únicamente objetos propios para un regalo de boda; mas si pasas por allí encuentras casullas y frontales, que maldita la gracia que tendrian en una leona el dia en que se sacara la lotería de pillar un novio y llevarlo aunque fuera á remolque á la parroquia.

Pero la manía de rótulos es universal, y los hay de todos colores, de todos tamaños, y de toda clase de desatinos. En un establecimiento de primeras letras ya te dije que habia encontrado la palabra *taller* aplicada á la escuela; pues bien, la mayor parte de esas casas se creen degradadas si por lo ménos no se llaman establecimientos; pero lo comun es que todos sean *colegios científicos y literarios,* no siendo raro en-

contrar muchos en que durante la miseria de tres meses enseñan á leer, escribir y contar, geometría geografía, declamacion, música, dibujo, historia, idiomas frances, inglés y aleman, pugilato, esgrima y gimnasia, sin contar con otras mil habilidades, que por no hacer difusa la lista, se dejan de decir. Dime si por allá se encuentran gangas como esta! Ni buscándolas con treinta cirios pascuales. Y que los profesores son muy capaces de hacer tales maravillas, no hay que dudarlo, pues basta leer muchas veces su prospecto, basta leer sus carteles que fijan en la puerta del colegio para saber todo lo que son capaces de hacer. A lo ménos yo me formé un concepto ventajosísimo cuando en unas de esas casas leí: *Colegio para todos los idiomas*, y desde luego me hice el ánimo de enviar á educarse al tal colegio el maldito idioma otomí, que ya has visto cuán atrasado se encuentra; y creo que el gobierno haria una obra de caridad con mandar recoger todos los idiomas indígenas que andan vagando por la República, y hacer que vinieran á la casa mencionada á recibir enseñanza.

He hallado un colegio especial que jamas me habria ocurrido, porque los fenómenos que en él se reciben los he tenido por raros, ya que no por fabulosos: es *para niños y niñas de ambos sexos.*

Eso de encontrar á cada paso nombres de casa de comercio horriblemente escritos, con una *b* en lugar de una *v*, con una ortografía revolucionaria y con desatinos verdaderamente asombrosos, es cosa de nunca

acabar; pero hija mia, en la corte creo que están dispensados de tales escrúpulos, y de que se cuide un poco mejor del buen nombre de los cortesanos.

Dicen que ántes habia en una calle un rótulo que decia así: *"Paja, cebada y maiz.—Fonda al estilo del país,"* Ese sarcasmo, ese ataque tan directo á las costumbres mexicanas ha desaparecido, pero yo he visto otro que dice: *"Tienda mestiza de comestibles por mayor y menor,"* y los tales comestibles eran vasijas de barro, escobas y lazos. He visto tambien entre los comestibles y vinos que acaba de recibir una dulcería francesa, *magníficas velas de esperma y esteáricas de la estrella legítima.*

En lo que sí están todos de acuerdo al poner sus muestras ó carteles, es en llamar grande á todo. *Gran panadería: gran zapatería: gran lavandería: gran tendajó*, en fin; porque nada es chico: nada quiere tener proporciones, no ya diminutas, pero ni siquiera comunes. Estas son muchas grandezas que sofocan á un pobre cristiano y apénas le dejan respirar.

Yo he quedado tan mal parado y tan abrumado al contemplar grandeza tanta, que aquí suspendo para reponerme un poco y seguir tan luego como sea posible.—*Caralampio.*

México, 30 *de Mayo de* 1859.

Hoy amanecí con vocacion perfecta de entregarme á la contemplacion de las bellas artes, y desde muy temprano me hice acompañar por un inteligente á la Academia, donde me han dicho que se reune lo mejor y mas bien acabado que se puede apetecer en línea de pintura y escultura; no de arquitectura, porque para eso seria preciso tener á disposicion de la Academia los potreros de Balbuena, para encerrar allí lo mucho bueno que han creado los académicos, ó por lo ménos haber tenido tiempo para dedicarse á hacer de la casa propia un croquis de modelo aunque fuera; pero ya sabes lo que dice el refran, *en la casa del herrero asador de palo;* por consiguiente no te cause novedad que allí donde se forman los arquitectos no halla arquitectura ni vestigios de haber dado la mano siquiera un maestro de obras. Dicen que muy pronto se pensará en corregir ese defecto y yo me alegraré.

Por lo que hace á pinturas y esculturas, no cabe duda que ví cosas asombrosas y acabadas, aunque el asombro creo que nace de mi natural cobardía, y del acabamiento no tienen allí la culpa sino el maldito tiempo que nada respeta. Sentí muchísimo que no fuera tiempo de esposicion, que es cuando dicen que está aquello digno de verse, por cuanto se presentan á la admraicion pública muchos cuadros hechos en Roma, en Paris ó en otra parte inclusos, los retratos de toda una familia, creados por quién sabe qué artista, muchos cuadros antiguos de todas las escuelas, y allá como por vía de prueba uno ú otro lienzo sin concluir que presenta un discípulo de la Academia cada año, siendo lo mas notable que en tres años que se suele presentar una misma cosa, le falte ahora lo mismo que ayer y los otros dias.

Actualmente está haciendo mucho ruido un cuadro de sobresaliente mérito pintado por un franchute que representa la toma del fuerte Malacoff, que segun dicen, es lo mas vivo que se puede imaginar el lance dicho. Como un modelo perfecto de pintura me han contado que el autor tuvo empeño en hacerlo adquirir á la Academia, así porque seria la única que lo sabria pagar, cuanto porque hubiera de donde copiar cosas buenas, pero ¡vaya un chasco del franchute! La Academia, que sigue el consejo de los prudentes, y nunca quiere ver por sus propios ojos, á fin de juzgar desapasionadamente, mandó abrir un dictámen sobre lo que convenia hacer, y sobre el precio que se



deberia dar á la pintura. El que dictaminó espuso muy sabias razones por las cuales se convenció la junta directiva, 1º de que el cuadro por muy bueno que fuera y por muchas bellezas que encerrara, no era á propósito para una escuela de pintura, sino para una sala de armas: es decir, que lo declaraba cañon, fusil, armadura, ó cualquiera otra antigualla: 2º de que si se compraba tal cuadro, deberia darse por él no la cantidad pedida, sino tal otra; es decir, que se iba á desperdiciar tal suma por adquirir un mueble que no era de aquel lugar, sino de una sala de armas. Y estas dos proposiciones hechas en mal castellano y en términos muy poco artísticos, determinaron al dueño del cuadro á buscar modo de salir de él aunque fuera por no volver á escuchar semejantes cosas,

Salí de allí con la vista fatigada y preguntándome muchas veces por qué veia muchos cuadros buenos pero estranjeros, y muchos mexicanos á medio hacer y como de pacota; pero como á nadie hice esta observacion, nadie por lo mismo me la contestó.

Fuíme á la casa de un estatuario de mucho nombre, y quedé verdaderamente absorto de las bellezas tan naturales que allí encontré puestas á la espectacion pública y sin cuidarse en lo mas mínimo de que las señoras y los muchachos hagan un curso completo de anatomía y conozcan anticipadamente poridades de mal género.

Paséme luego á unos espendios de estampas en

donde el gusto por mas esquisito que sea, encontrará siempre objetos que merezcan su admiracion. Ya sea en materia de asuntos místicos, ya en la de profanos, los sentidos hallarán siempre en que fijarse, y la admiracion se trasportará hasta el undécimo cielo admirando la paciencia de Dios y el sufrimiento de sus santos al ver lo mal parados que han quedado en sus imágenes, ó vagará por este mundo carnal revolviendo afanosa mil cuadros que ni en un harem de Constantinopla los encontraria mas al vivo. A juzgar por lo que á la vista se tiene, debe uno creer por las estampas que representan á Dios y los santos, que son mas perfectos los hombres y mucho mas las mujeres, é infinitamente mas las *grisetas* de Paris, ó las *manolas* de Andalucía, cuyas formas y demas encantos ponen á la vista de todo el mundo á fin de captarse la admiracion de todos.

Los trages mas adamíticos, las posturas mas académicas, los gestos mas griegos se encuentran allí en toda su plenitud, quizá para instruccion de tanto jóven curioso como se agolpa á contemplar hermosura y moralidad tanta. Son objetos de arte, y no como quiera, sino de bellas artes, y no pueden privar á una generacion ilustrada y rebosando cultura, de esas obras maestras del maestro de los pintores. Vale que allí no es púlpito donde la moral haya de enseñarse, para eso están los eclesiásticos; que los que tales pinturas venden son artistas apasionados que solo desea civilizarnos mas y mas, y hacernos conocer el mérito

de las obras que en la culta Europa obtuvieron grandes elogios por sus autores.

Y tienen razon. México necesita formarse en la escuela del buen gusto, y con tal que conozca lo bello, lo perfecto, aunque esa perfeccion y esa belleza sea abortada del infierno. Yo no sé por qué otros cuadros aun mas significativos que hay en tales almacenes se reservan en el interior y solamente los ponen á la vista de viejos sátiros que van á recrear sus fatigados sentidos con imágenes de voluptuosidad, ó de jóvenes inespertos que van á recibir en las pinturas lecciones de progreso y de civilizacion. Supuesto que el objeto es desahuciarnos en esa línea, deberian hacer esposicion pública de esos cuadros, seguros del agradecimiento de muchos, de la indiferencia de otros y de la tolerancia de todos.

Te dije poco ántes que los santos tenian una paciencia suma, y voy á darte la razon. En esas casas de que te hablo, encuentras, por ejemplo, una estampa que representa á San Antonio, y si no es por el letrero que el autor cuidó de ponerle abajo, á buen seguro que pudiera conocerse, porque han tenido muchísimo cuidado de disfrazar al taumaturgo de Padua, bajo un trage de máscara. Si á mano viene, el santo está bizco, ó tuerto ó contrahecho; pero en cambio de todas esas averías vale un sentido, ó lo que es todavía peor, mucho dinero. Pero el retrato de una bailarina de la ópera que se te presenta allí aun mas desnuda que una madre Eva—pues ésta, por lo mé-

nos tenia una hoja de higuera—formando un ángulo recto con ambas piernas y en otras posturas todavía peores; no obstante haber procurado el artista sacar una imágen perfecta, bien acabada y pulida, te la ofrecen por una bagatela, por mucho ménos que una peseta, y muy pocos son los que buscando un objeto de arte no prefieran lo bueno y barato á lo malo y costoso.

Lo que á mi juicio quiere decir, que el empeño de propagar esos medios de ilustracion y de ir disminuyendo los vehículos del retroceso, es el móvil principal de los que á tal comercio se dedican. Creo que deben hacer perfectamente bien, puesto que no hay ni quien les diga esta boca es mia.

Y lo mismo que estos hacen he visto hacer á los que se dedican al comercio de mercería. Presentan en una cigarrera, en una caja, en una tabaquera, pinturas del mismo género ántes dicho, con la mayor frescura, y si alguna observacion se les suele hacer, ellos no tienen pepita en la lengua, y defienden con calor los privilegios de la civilizacion, y declaman contra las aberraciones de la gasmoñería y contra el misticismo de los retrógrados. Porque todo lo que lleve el carácter de buena costumbre es reputado jesuitismo, hipocresía oscurantismo, racniedad; al paso que todo lo que puede ofender el pudor, la virtud, la moral, es reputado como progreso, libertad, cultura, buen gusto.

Ya ves que las bellas artes están aquí perfectamen-

prendidas y juiciosísimamente tratadas. Y si
adimos que hay séres desgraciados que por
estipendio tienen que ir alguna vez á
los y á desnudarse de todo pudor, de
üenza para presentar sus formas á
hombres que no están esentos
tanto hay mil cosas dignas de
ea, nunca esacta, eso sí, de lo
eniente que es para la ilustracion
estudio de la pintura y escultura,
nos ha hecho comprender hoy.

ue cada dia adelanto mas y mas en la senda
civilizacion, dejo á los fanáticos que declamen cuanto quieran contra estos que llaman escándalos, y les tengo lástima, porque veo que todavía no alcanzan en sus obtusas molleras á conocer cuántas ventajas trae al buen gusto, la vista de una Venus de Praxiteles, una Pandora en el congreso de los dioses, ó un Marte sorprendido por Vulcano. ¡Pobres idiotas! De buenos modelos y de mejor instruccion se privan y privan á sus hijos al prohibirles la contemplacion de tanta maravilla.

Adios, mi Bibiana, bendice al cielo porque me he dejado civilizar para despues civilizarte á tí.—*Caralampio.*

México, 3 *de Junio de* 1859.

Mi Bibiana muy querida: Hoy me he dedicado á tratar con los muertos, ya que tanto tiempo he ptalicado con los vivos. No te asustes, pobre batueca: no vayas á creer que me he presentado en la casa de uno que tiene la facilidad de evocar las sombras de los que fueron y que con tales sombras he tenido la humorada de charlar; porque aunque tal rato de tertulia me habria puesto en los cuernos de la luna entre todas las gentes de buen tono, te confieso que aún no dejo del todo mis terrores supersticiosos, y eso de ir á discutir mano á mano con un difunto, ó con el espíritu de ese difunto, aun cuando fuera del mas pacífico de los ciudadanos del otro mundo, no es para mí.

Aquí hasta las tímidas doncellitas que empiezan á

querer novio, es decir, las de once á doce años, tienen un valor á prueba de purgatorio y calaveras, y así hablan con la sombra de Luis XIV como con el amante en turno, sin que se asusten por que el buen rey, dejados sus humos aristocráticos, se les presente en la forma del mas demócrata esqueleto. Verdad es que muchas veces el susodicho monarca les hace mil revelaciones, siempre favorables á las examinadoras, quita una gran parte del horror que semejantes conferencias pudieran ocasionar; y tal vez por esto, ellas se desprenden de todo temor y se encaran con un muerto sin vacilar. Verdad es tambien que luego hasta los santos vienen del cielo para obedecer á un ó una mortal, y se toman tal interes en los asuntos terrestres, que hasta de correos sirven algunas veces; y ya se ha visto á todo un apóstol S. Pablo, dejar su espada en el cielo, llegar al Havre, recojer allí una carta que no consta en las que escribió, y venir humildemente á entregarla á uno de los gentiles que jamas le ocurrió convertir. Verdad es que luego el contenido de estas y otras semejantes cartas, es tan interesante, que es preciso convenir en que su conduccion necesitaba del ministerio de un apóstol, y no de esos del tres al cuarto, ó de humilde oficio, sino todo un caballero romano, y que tuviera tal popularidad que se llamara el apóstol de las gentes. Porque ¿cómo poder fiar á otro la carta en que se trataba de saber si *un corte de popelina* que la señorita S. queria estrenar, era el mismo que habia me-

recido la eleccion de la emperatriz Eugenia? La gravedad del asunto necesitaba un embajador de honra y provecho, y solo á S. Pablo se le podia confiar tal mision.

Pero mira cómo tambien á los santos apóstoles, aunque sean escritores públicos, se les van algunas. ¿No pudo el santo correo heber ido á desengañarse por sí mismo á las Tullerías, y traer la razon á su enviante, mejor que recibir la carta de un corresponsal del Havre, el cual tuvo que enviar otra á Paris para asegurarse del hecho? Nada, hija: torpezas de todos en este asunto.

En fin, yo no he hablado con ninguno de esos muertos que están á disposicion del señor espiritualista, ni mas ni ménos como sus oficiales de taller. He hablado con los que yacen en los panteones de esta corte. Eso es peor, me dirás: porque ir á hacer hablar á los que duermen el sueño de la muerte, y que, segun cuentas, no volverán á hablar sino hasta el dia del juicio, es tentar á Dios, y convertirse en espiritualista, como el señor de quien hablamos ántes. Pero trnaquilízate: no he sido yo el que les ha hecho quebrantar su silencio: son sus deudos, ó los amigos de sus deudos los que no han querido dejarlos en paz ni aun despues de muertos, que han colocado en sus sepulcros cosas que, por mas que se quiera evitar, los harian hablar, mal de su grado.

Pero vamos por órden. Antes de contarte lo que me dijeron, bueno será que conozcas las casas en que

viven: al cabo son pacientes por demas, y no se enfadan.

Debes ante todo saber que aunque muchos filósofos y moralistas y teólogos, y qué sé yo quiénes, han dicho muchas veces que la única igualdad posible en el mundo, es la que otorga la muerte, está fuera de duda que los que tal dijeron lo erraron de medio á medio, porque ni en el modo de morir, ni mucho ménos en el de yacer despues de muertos son iguales los hombres. Prescindamos de que unos mueren á oscuras y otros llenos de luces; olvidemos que unos mueren en dos colchones y otros en el duro suelo, dejemos á un lado que unos tienen diez médicos y otros ni una curandera: todo eso no es tan esencial; pero vengamos á lo que se sigue desde que un ciudadano ó ciudadana tiene el mal gusto de morirse.

Unos ni tantito ruido que hacen, ni hay una campana que se mueva anunciando aquella partida: otros hacen retemblar los bronces, aunque en distintos sones, como si vinieran de ganar batallas. Aquellos van conducidos por unos miserables cargadores; estos en un carro fúnebre lleno de plumeros y de genios mofletudos que tienen en su cara estereotipado el sentimiento. A unos los siguen todos los coches particulares y alquilones; á los otros, cuando bien les va, los acompaña un pariente: finalmente, unos vuelven á la tierra de que fueron formados, que como pobres obedecen y callan; los otros no se conforman con aquella sentencia, y tratan, aun despues de sus dias,

de estar en abierta rebelion contra todo lo que se llama ley.

Todavía mas: de unos se sabe que murieron únicamente entre sus allegados; de otros todo el mundo lo sabe por los periódicos, que parece que están empleados en la comision de estadística; por las elegías y demas panegíricos que se imprimen y circulan, y sobre todo por el reparto de tarjetas lujosas que se mandan hacer, no tanto para obtener sufragios, cuanto para que todos sepan que era una gran persona. Nada te diré de las tales papeletas mortuorias, pues creo que se debe tener en cuenta el acerbo dolor de que están poseidos los que escriben, para disimularles que digan cosas, v. g. como estas:

"Ayer á la una de la tarde ha fallecido el S. D. N: sus hijos, hermanos y amigos llenos del mas profundo pesar lo participan á vd. y le piden ruegue á Dios por el eterno descanso de su alma."

No obstante que esta carta es de las mas bien meditadas ¿no es verdad que siempre queda la duda de quién es la alma por quien se ha de rogar? Porque bien puede ser la D. N., la de sus hijos, la de sus hermanos y aun la de sus amigos.

Pero la desigualdad mas patente es la que ocupan los finados para esperar la resurreccion de la carne; porque ya te dije que unos van al suelo y otros tienen su habitacion en los panteones. De estos hablemos, que de los otros bastantes hay en nuestras Batuecas.

En las paredes de los panteones hay una multitud

de agujeros llamados nichos, donde van á descansar los que tienen cincuenta pesos que pagar de alquiler por cinco años, arrendamiento mas cómodo que los de las casas en la corte. Si al cabo de los cinco años hay otros cincuenta durillos, se renueva el arrendamiento y así siguen las prórogas sin mas ni mas condiciones; pero si se acabó la devocion de pagar, el inquilinato acaba y la casa se desocupa, sin necesidad de ocurrir á fiadores, jueces y ministros ejecutores, lo que me parece siempre una ventaja que algo envidian los vivos.

Sobre la puerta de aquella casa se puede ver el nombre y las señas del ocupante, mejor que en los registros de policía, salvo en dos cosas, es decir, en las cualidades morales y en la edad de las mujeres, pues esta, ni aun despues de muertas, quieren ellas que se sepa, y aquellas, todas convienen á todos, porque todos fueron *buenos esposos, obedientes hijos, virtuosos ciudadanos, modelo de todo lo bueno,* sin que ni por asomos hayan alguna vez conocido lo malo. A ser verdad esto, ya no habria que fatigarse en averiguar por qué en el mundo no hay amigos fieles, buenos padres de familia, esposos domesticados y esposas que no se insurgenten, porque desde luego se veria que el refran sabidísimo de "*lo bueno se irá ó se morirá*" habia tenido en la corte la realizacion mas completa en cuanto á su segunda parte.

Con el nombre, edad y cualidades del que allí mora, se encuentran ademas las ofrendas de los parientes y

amigos, que unas veces hablan en su nombre y otras ocasiones en el del difunto, ó como si dijéramos por boca de ganso. Entre esas ofrendas hay muchas, muchísimas que bien merecen la publicidad, aunque no sea por otra cosa sino por dar á conocer á los grandes genios que tuvieron tan felices inspiraciones. ¿Quieres una prueba de esta verdad? Pues allá voy, y cuenta que lo que te iré presentando es tomado al acaso y sin estudio.

"María del Cármen y de la Paz
Adelaida García y Villamil:
De nueve meses de edad
Subió á la gloria celestial.
Graciosa y venturosa niña!!!
Tristes y desgraciados padres!!!

En este sepulcro gélido y umbrío
Reposa el cadáver de Carlota Leon
Cual flor marchitada por tosco aquilon
Que breve desliza con rigor impío.
Y su alma virtuosa la eterna mansion
Ocupa fulgente con paz y albedrío.
Inter yo en el mundo con dolor interno
Mi flébil plegaria dirijo al Eterno.

Aquí *ya* descansa el cadáver de Doña Eluteria Vargas.

Vaya un cadáver que no encontró descanso sino

hasta que le llevaron á Santa Paula. Sigamos y no comentemos.

Aquí *ya* asen los restos de Doña Dolores Fernandez. Vaya unos restos afectos por demas á agarrar.

Abre tus ojos, hijo idolatrado:
Mira en tus padres sus rostros doloridos
Ya te ausentaste á mejor morada
Pero dejas sus pechos comprimidos....

A la *funesta* memoria del Sr. D. N. N.

Angelita, hija nuestra hija querida
¿En tan temprana edad nos has dejado
Y el *salto* diste para la otra vida?

Vaya una niña saltarina, y eso que ántes dijo que era muy circunspecta! Si este no fué salto mortal, ya no hay otro.

Aquí el cadáver de la señora Dª Josefa Ramos.
¡¡¡Murió!!!

Mi padre que fué tu hijo preferido
Me trajo á acompañarte en este suelo:
El ser eterno que mi ruego ha oido
Remontó mi alma con la tuya al cielo.

¿Entiendes eso de que mi padre fué tu hijo, y de que mi alma se remontó con la suya? Pues yo no lo entiendo.

De mi pena y dolor es fiel testigo
El cielo que me escucha. Yo esperaba
Que ántes que ella la parca en su clava
Mi muerte la trajera de consigo, &c.

Aquí yacen los preciosos restos del niño Juan Gonzales, murió de quince dias de nacido.
Requiescat in pace.

No llores, madre infelice.....tu clamor
Ultraja al Dios bondadoso
Que tus hijas del mundo odioso
Llevó á la mansion del eterno amor.

Manuel Crespo.....súbitamente murió....herido sin procurarlo, por una bala perdida el dia 16 de Julio, último para él en este mundo.

Domingo 5 de Abril. Bajo esta lápida fúnebre fueron depositados los restos del primer *jurante* de la independencia.

Yace y descansa bajo esta losa fria
Mariano del Castillo ¡ay qué dolor!
Fué amante, esposo, padre, celoso, preceptor
Y adornado de gran filantropía.

Bendito sea Dios, pichona mia, que nos encontramos un poeta francote que nos dijera las tachas buenas y malas del finado. El Sr. Castillo no quedará

muy contento que digamos por la calificacion que de él se hace *de celoso;* pero á bien que ya no puede chistar para desmentir al vate ó para protestar contra esa acusacion de carácter anti-social. Sigamos nuestra reseña.

Aquí yacen los restos de la mejor de las esposas y de las mujeres.

Todas las demas deben estar muy reconocidas al agasajo.

El golpe de la muerte inevitable
Condujo finalmente á esta morada
A una tierna madre...que aquí está callada
Disfruta de quietud imperturbable.

Aquí está callada! gracias á que estaba muerta, que si no ¡quién sabe!

Al partir de este mundo
Oh madre tierna!
Cinco hijos infelices
A la misericordia de Dios recomiendas.

Partiste al fin, *Chatur* idolatrada
Dejando en esta vida el desconsuelo, &.

Chatur, en el idioma fúnebre tanto quiere decir como Saturnina.

D. O. M. El niño que aquí reposa de edad de siete

meses fué acreedor al cariño universal por su religiosidad, bella índole, caridad y finos modales.

R. I. P.

Vaya un fenómeno de religiosidad y finos modales.

Existia ayer dotada de hermosura
De gracias, de riquezas, de salud,
Y hoy tan solo posee sobre la tierra,
Un solitario y lóbrego ataud.

Esta quiebra fué mas repentina que la de un comerciante de mala fé.

Hijo del corazon, recibe *pues*
En las altas regiones este llanto
Que tus padres dirijen, tanto tanto
A tus yertas cenizas esta vez.

¿Seria moreliano el poeta? Los padres tendrian geringa con que dirigir el llanto á las altas regiones?

Oh *Chólera* feroz y abominable
Cuyo nombre tan solo me horroriza!
?Dime por qué violento y tan de prisa
Me robaste un objeto tan amable?

Si hubiera sido mas despacio, quizá no seria tan abominable el *cólera*.

Carolina! hija muy amada....donde estás?

Madre tierna! tus hijos llorarán su ausencia, hasta que concluyan con la eternidad!

Ci–git Teofila, née le 8 Janvier 1849 décédée le 2 Fevrier 1850. Priez pour elle.

Qual humo que blandamente
El viento ha disipado
Así Manuel ha terminado
Su vida rápidamente.
Mortal pide al Clemente
Lo tenga ya perdonado.

Aquí *yace per misericordiam Dei* el Sr. D. N.

Sin padres, sin amigos, sin consuelo
Llegó Lorenza á su temprama vida, &.

He aquí un milagro de buen calibre! ¡Una criatura que llega á la vida como los hongos!

Doce años fueron su edad
A ventitres de Agosto nació
Y á gozar de aquella deidad
El dia tres de Mayo partió
Fué grande su formalidad.
Mucho mas su señorio,
Olvidaba la puerilidad
Y su propio albedrío
A todas veia con afabilidad
Con cortesía y con placer.

Él que sin límites te ha amado
Y tu imágen grabada ha quedado
Humilde lápida te ha dedicado
Para que tu nombre sea eternizado.

¡¡Charo!! ¡¡¡Mi hi!!!

Para no ver mas la maldad, la injusticia, la traicion y la falsedad de este mundo, se escondió aquí
D. N. N.

Viador que transitas triste, así,
Movido de compasion y de piedad
Persuádete bien de que hablo verdad
Cuando desengañarte quiero á tí.

Yo, 392, deposito los restos de María Antonia, que habiendo sido dotada de regular hermosura, terminó en la verdadera reduccion que hoy es *nada*, en que y lo de adelante quiero la reconozca el pasajero en esta vecindad por la importuna pedidora de una plegaria.

De Gertrudis de Luyando
Aquí los restos están:
Del ser al no ser pasando,
Al mundo un ejemplo dan.
Hoy sus hijos con afan
En este sitio llorando
Se quedan, á Dios rogando
Por la que es su dulce iman.

....¡Oh Dios grande! quítame la existencia
A ver si logro lo alcance en el camino.
Que aunque llegue á sus brazos fatigada
No es peor eso que quedarme aquí desamparada.

Dios la escogió de la nada
Para sí como Padre Clemente
Pues es el omnipotente,
A Ignacia Perez Tejada.

?Dí qué te hizo mi amor querida esposa?
Qué te hicieren tus hijos desgraciados
Para dejarlos ¡ay! abandonados
En esta mansion triste y tenebrosa?
Qué delito, mamita, cometieron
Tu hermano Juan; tu Lola tus parientes,
Nuestro Felix Villar, y esposa que te dieron
Pruebas mil de amistad indulgentes?
?Dí qué te hice mamá, no meditabas
Que en mis terribles penas y quebranto
Tan solo tú, Chuchita tú enjugabas
De tu pobre Pelon el triste llanto? &c.

Te considero ya fatigada, calculando por lo que pasa én mí. No creas que esto es todo lo que hay; apénas se ha copiado la milésima parte de los sentidos epitafios y de los elegantísimos versos que se hallan, encuentran y tropiezan en la mansion de los muertos. Estos, aunque quisieran no podrian protes-

tar contra tanto, y tanto como los atormentan los poetas y los parientes, tanto en el modo de conducirlos á su alojamiento, como en los padrones que fijan en ellos.

En la corte queda abolido el uso de que un sacerdote vaya á recibir el cadáver en la casa donde está, y cuando mas, al hacer la inhumacion, es cuando se aparecen por allí los monaguillos y el vicario cantando sin conmoverse, sin entender muchas veces las tiernas oraciones de la Iglesia que son el consuelo de un cristiano; pero si no hay esa costumbre, hay sí la de que vayan muchos fabricantes de versos, no tanto á llorar sobre la tumba del finado, lo cual, sea dicho de paso, le aprovecharia ménos que un responso; sino á lucir su habilidad en eso de forjar elegías, y de colocar amargas adelfas y fúnebres cipreses, y flores mustias en la urna cineraria. Pero todo esto se entiende, tratándose de la elevada aristocracia, que los que no son de ella, ni encuentran cantores, ni poetas, ni doscientos coches aunque sean vacíos, ni millares de acompañantes que vayan fumando ricos habanos y que hablen de todo ménos del muerto.

Desde que yo pude conocer los panteones, me ocurrió una dudilla, y es esta. Si un dia, ó bien por la mala construccion de las paredes, ó por la poca solidez del terreno, ó por cualquiera otra causa que no faltaria, vinieran abajo los nichos de esos panteones, y se diera el caso de que aquí hubiera cadáveres que comenzaban á descomponerse, ¿cómo se impediria la infeccion atmosférica, y las inevitables consecuencias

de ella? No hace mucho tiempo, cabalmente pronto hará un año, que el panteon de Sta. Paula vino á tierra en una gran parte, y no sé si los nichos que el terremoto echó abajo se encontrarian surtidos recientemente. Si no fué así, no hay caso: los muertos son prudentes y aguantan esos y peores tratamientos, pero si sucedió lo que yo he temido, ¿qué medios fueron bastantes á impedir la pestilencia en esta corte? No lo sé: lo único de que puedo dar razon es de que ese peligro es posible aquí, y que él podria aumentar las muchísimas causas que existen para la poca salubridad que se disfruta.

A los pobres se les entierra en el suelo muy á flor de tierra, por lo cual verás siempre cercado un cementerio de una multitud de aves de policía, que son las mas veces los únicos guardianes de aquellas ristes mansiones. Y los pobres sufren sin murmurar esto, así como han sufrido que se les lleve en un cajon descubierto, y muchas veces poco ménos que un S. Sebastian en cuanto á vestiduras.

Uno de los panteones destinados á recibir á los que tienen con qué sepultarse, está como el mundo, sin puertas y sin paredes, y ya podrás considerar á todo lo que esto se presta. Lo que se paga por nichos es para el reedificio y gastos de conservacion; pero en el de que te hablo ni hay reedificio, ni cosa alguna que conservar, pues aun los epitafios son indignos de durar un solo dia, por cuanto en su mayor parte, son peores sin comparacion que los que acabamos de ver.

Uno solo de esos epitafios he visto que me ha llenado completamente y que por tanto juzgo que lo fabricaron en Francia que es de donde viene todo lo bueno. Está en un modesto cementerio, sin pretensiones de panteon, así como tampoco las tuvo la dueña del sepulcro para ir á habitar uno de sus contingentes recintos. Dice así:

La señora D. Mariana Altamira de Barroso
hasta el dia 29 de Junio de 1850.
Despues, polvo y nada.
R. I. P.

Mucho me he alargado por la fecundidad de la materia: pero ya es tiempo de que pasemos á otras cosas y dejemos en paz á los difuntos.—*Caralampio.*

México, 6 *de Junió de* 1859.

De las càsas de los muertos, bueno ha de ser, mi Bibiana, que pasemos á las habitaciones de los vivos, donde hay muchísimas cosas que notar, y bastantes ejemplos que recibir.

Hay en la corte un sin número de casas de todas especies y condiciones, y procuraré darte á conocer las que pueda, á cuyo fin será bueno clasificarlas del modo siguiente. Casas aristócratas ó de buen tono, casas de medio pelo ó de la clase media, y casas de la democracia ó del pueblo; aunque cada una de estas tres grandes porciones tiene una ramificacion inmensa, una subdivision infinita, que es necesario despreciar, porque seria interminable su descripcion y reconocimiento.

Comencemos por las primeras, en las cuales debemos incluir las de los grandes capitalistas, siempre que no sean avaros; las de los agiotistas siempre que

no estén en quiebra; las de los embajadores siempre que no sean económicos; las de uno ú otro comerciante que quiere parodiar á los capitalistas; las de uno ú otro estranjero que quiere deslumbrar con su lujo; y las de uno ú otro empleado de alta gerarquía que quiere encubrir con las alfombras y espejos los miserables prorateos que saca á la madre patria el dia que el tesoro está de gorja.

Estas casas, en su mayor parte, presentan un frontispicio demasiado elegante, como que para trabajarlo se han quemado las pestañas los mejores discípulos de la Academia ó algun arquitecto venido de *estrangis* con todo y sus diseños, fabricados por otras manos, pero que él hace creer son de las suyas y de su pluma. Otras hay que tienen una portada tan poco recomendable, que si no es cuando se ha penetrado al interior, no se percibe la elegancia y el buen tono de la casa. Pero en todas ellas se comienza por encontrar como mueble de lujo, y al mismo tiempo de primera necesidad, un portero de séria catadura, que recibe con cuanto desagrado puede á todo el que no es de los íntimos de la casa, ó no va acompañado de un traje hecho por los sastres mas afamados de la corte: que ante los tales, y mucho mas si se apean de una dorada carroza, ó de un elegante tilbury, se dobla como una caña de trigo al soplo del viento, aquel humano cancerbero.

Vencida esa dificultad viviente, se penetra en un patio adornado de cuatro ó cinco jarrones de mármol, de

tal cual fuentecilla llena de tritones ó delfines, y llega el visitante á una escalera de preciosos mármoles, aunque las mas veces estrecha é incómoda, como el camino del cielo. Corredores angostos como alma de pícaro, pero mas limitado todavía con las macetas de porcelana en que se cultivan raquíticas flores, son los que conducen á las elegantes y *confortables* habitaciones de aquellos hijos de la civilizacion.

Las puertas están cubiertas de trasparentes cristales y de cortinas llenas de adornos de laton ó de madera dorada. Velludas alfombras, espejos colosales, cuadros soberbios, retratos favorecidos, muebles de última invencion, tapices de seda y oro, y el indispensable piano, y los mullidos confidentes, los cómodos sillones, y los mas cómodos taburetes: he aquí el contenido de una sala. Un santo, un cuadro religioso, no tiene allí cabida, porque su lugar está ocupado por una odalisca próxima á tomar un baño bajo la sombra de los sauces que se mecen á las orillas de un rio; ó por la bañadora de Víctor Hugo; ó por las bayaderas de un serrallo, porque cualquiera de estas pinturas revela mucha mas civilizacion que un pobre fraile de hábito roto y de cara macilenta. Lo que son los santos, por muy buena que sea la pintura, pasan á ser dominio de la recamarera ó del portero, que como gente de baja estofa son los únicos á quienes alcanza la obligacion de encomendarse á uno de los amigos de Dios. Cuando mucho se tiene uno ú otro cuadro con la firma de Rubens ó de Pablo Veronés,

pero no como objeto de devocion sino de ostentacion, y para poder decir que costó dos ó tres mil pesos; aunque muchas veces son tan auténticas las firmas como los autógrafos que suelen comprar los viajeros, y que acaba de fabricar el primer chalan que se presenta.

En esas casas se vé el mas asombroso fausto, y compasion dá muchas veces pisar con los innobles zapatos aquellas felpudas alfombras, ú oprimir con ambas posaderas el terciopelo y el brocado de que están cubiertos los muebles; y si despues de eso se echa una mirada al orígen de tanto lujo, si se medita un poco que muchas familias han tenido que contribuir con sus lágrimas, con su honor quizá, á la magnificencia de aquellos salones, mucha mas lástima da profanar semejantes reliquias.

Hay por lo comun otra pieza destinada á recibir las visitas ordinarias, tanto porque la sala principal está reservada ó para las grandes fiestas ó para las grandes personas, cuanto porque no es bueno que sean notadas las emigraciones repentinas que una revolucion financiera puede ocasionar; y como siempre lo de mas estimacion y valía se encuentra en la sala, es lo que se procura cuidar de los estragos del uso para un caso ofrecido, y por eso se le tiene siempre cubierto con forros de indiana ó de cosa de poco valor.

Llegan las exigencias del sibaritismo en esas casas hasta tener en una misma pieza todo lo necesario, ya para darse un refrigerante baño, ya para satisfacer

algunas necesidades naturales sin molestarse en salir al aire y dar tres ó cuatro pasos fuera de la habitacion. Esto lo hizo discurrir la débil y achacosa salud de los magnates, que desde que llegan á ese grado de comodidades, ya todo les perjudica ó les molesta, porque seria muy plebeyo un rico á prueba de elementos. Así es que aun cuando muchas veces son hombres que pasaron la vida en los caminos tras una enclenque mula, ó detras del mostrador vendiendo azafran, hoy se sienten indispuestos si un rayo de luz pasa por entre cristales á la hora que están durmiendo.

Si la aristocracia tiene todos esos deliquios, no le va en zaga la clase media, por cuanto ha creido que por alguna parte debe comenzar á imitar las maneras de la clase suprema: ya que tiene precision de adornar una sala con alfombra del país, con muebles heterogénos, con cuadros de brocha gorda, con flores de Tescoco y con un reloj del Norte, cree que no debe omitir la delicadeza en la complexion y los humos en el carácter. Así es que, salvas las diferencias que hay entre muebles comprados en un remate ó mandados hacer á un maestro baratero, y muebles traidos de Paris ó comprados en la casa de Croissé, por lo demas se encuentran las mismas pretensiones, los mismos deseos de deslumbrar á los visitantes.

A proporcion que los recursos de la familia van disminuyendo en la escala de las entradas, así tambien váse notando la diferencia en todo el menaje de las casas, hasta venir á encontrarse los desairados

muebles de la calle de la Canoa, llenos de oro como los calabazates de Querétaro, y mas rasposos que las casas de tezontle.

Tambien el edificio comienza á degenerar, porque ó bien es una casa sola pero llena de incomodidades, como la vida de un pobreton, ó bien es una vivienda ocupada en alguna de las muchas casas de vecindad, donde se juntan y congregan gentes de las cuatro mil naciones y de distintos idiomas y costumbres.

A la clase democrática están reservadas las que en todo rigor se llaman aquí casas de vecindad, pues las que ocupa la clase media, en tanto llevan ese espíteto, en cuanto á que hay dos ó mas habitaciones que ocupan otras tantas familias; pero las otras son un verdadero pueblo, una colonia de los Estados-Unidos, una congregacion de mas de doscientas personas, desde el empleado subalterno hasta el industrial nocturno: desde la alegre costurera, hasta la que tiende la mano á todo transeunte en demanda de una contribucion directa.

Si la casa del millonario asombra por su lujo, la casa de vecindad asombra y pone miedo por su incuria y su abandono; habiendo algunas en que la vida de los habitantes es un milagro cuotidiano, puesto que sabe sobreponerse á las emanaciones infectas del patio, de las cloacas y de las habitaciones mismas.

Ninguna de esas casas tiene otra cosa que un patio largo y sin ventilacion, á cuyo rededor se encuentran unos tabucos que tienen el mal nombre de cuar-

tos. Estos tienen por pavimento unas vigas que presentan ménos consistencia que las muelas de una anciana: sus paredes son amarillas por lo comun á causa del humo del carbon, puesto que allí se hace cocina, sala, recámara, comedor y oficina tributaria: debajo de las vigas y á ménos de una vara se encuentran las aguas de los lagos que rodean á México, ó si no son las aguas es una tierra provista de toda clase de sabandijas. Esto, y el dormir en cada zaquizamí diez ó docé personas, un gato, dos perros, cuatro gallinas y el indispensable lorito, me parece que basta para que los tales cuartos se consideren en justicia como la caja de Pandora de esta civilizada corte.

Porque debes saber que aquí lo que se procura por los dueños de las casas es hacer el mayor número de cajones de piedra y mezcla, ó adobe y lodo para empaquetar el mayor número de inquilinos y poder embaular el mayor número de pesos. Nada importa que un cuarto no reciba luz ó aire sino por un ventanillo que está platicando con el techo, y que así da paso á un endiablado ventarron como á un chubasco gordo: ni fijan la atencion en que las paredes viertan agua é insectos, y las vigas arañas y polilla; lo que lo que se necesita es que el inquilino pague tres pesos y dé fiador, y renta adelantada, y haga una obligacion de dar hasta la lengua el dia que se atrase con la renta. Todo lo demas no es de cuenta del propietario.

A falta de espacio por los lados, porque estos están

ocupados por otros cuartos, hay capacidad bastante á lo alto, porque á lo ménos se puede contar con unas tres varas y media, y se necesitaria ser gigante para darse un golpe en la cabeza con el techo. Mas si este peligro no existe, hay el de que los inquilinos que viven sobre esos cuartos bailen y brinquen á toda hora y hagan llover sobre los pobres inferiores mas calamidades que una revolucion sobre los pueblos; porque cuando el propietario ve que ya el terreno ha desaparecido debajo de los cuartos, hace desaparecer estos debajo de las viviendas, y estas mas tarde serán oprimidas por otras mas, hasta que se eleven los edificios como la torre de Babel, á la que han dado en imitar, á lo ménos en la confusion de lenguas de todos los que viven en ellos.

Ahora, como en la corte el pensamiento dominante es el de reunir el mayor número de gentes en el menor espacio posible, los que no pueden pagar una renta mayor van á ocupar esos chiribitiles, en donde tiene cabida el pobre cesante ó jubilado que sacrificó sus mejores dias en el servicio de la patria, el retirado lleno de honrosas cicatrices, y lo mas abyecto que la sociedad encierra en su seno, dándose muchas veces el caso de estar pared de por medio la inocencia ó la desgracia, con el crímen ó la prostitucion. De aquí resultan esos chismes eternos que ocupan las siete octavas partes de los juzgados menores; de aquí salen las riñas entre los padres de cuatro ó cinco muchachos desnudos, que en sus horas de *asoleo*

se rompieron la cabeza, á falta de una escuela en que ir á aprender á leer; de aquí una multitud de borracheras en las que suelen tomar parte, para corregirlas, se entiende, los agentes de policía; y de aquí, en fin, salen para los establecimientos públicos, porque tambien los hay en la corte, esas desgraciadas mujeres que encubren bajo el almidon y los olanes toda su degradacion física y moral.

Las casas de buen tono están en proporcion con las de la clase media como de uno á ciento, y respecto de las de la ínfima clase, como de uno á diez mil. Echa la cuenta de lo que es la miseria en esta tierra bendita.

Yo no debí hablarte de esto, supuesta mi intencion de darte á conocer únicamente lo que es la vida *fashionable*; pero no pude resistir al deseo de hacerte descender á ciertos conocimientos que están muy léjos del buen tono, que son un contraste marcadísimo de la vida elegante; pero que claman á grito herido contra esa indolencia de los que pudiendo mejorar un poco la situacion de estos infelices, nunca procuran tenderles una mano compasiva. Mas como yo no soy predicador, y aunque lo fuera, la cuaresma ya pasó, dejo este punto y paso á otro que sea ménos desagradable. Adios.—*Caralampio.*

México, 9 *de Junio de* 1859.

Si en la casa de los millonarios se encuentra un lujo asombroso, si en las alcancías de la clase media se ve una visible parodia de las modas aristocráticas, y si en los tabucos de los pobres se nota un recuerdo de la arca de Noé, solo en cuanto á la poblacion y no respecto de sus dimensiones, hay otras casas que no obstante pertenecer á un señor sobremanera rico y poderoso, están mas desnudas que un filósofo, y mas abandonadas que una familia con viruelas. Esas casas, que en otro tiempo bien podian llamarse el depósito de cuanto bello producia el arte, hoy apénas conservan un mezquino vestigio de lo que fueron, y no porque el dueño haya quedado á medios prorateos como los empleados de la nacion, no tampoco porque se haya metido en especulaciones arriesgadas lo que puede llamarse su propiedad; pues

ademas de que está muy léjos del comercio humano, siempre permanece tan rico como ántes; pero es el caso que validos algunos de esa inmensa riqueza, á cada momento lo ocupan y lo despojan de todo lo que algo vale, so pretesto de que de nada necesita; y por eso cada dia vemos que sus habitaciones se van convirtiendo en tristes soledades, no faltando entre ellas una que haya sido habilitada de biblioteca que nadie visita, y otras en cuartel que no tienen soldados. ¡Cómo ha de ser! Ya de santos nos daremos con que las cosas sigan aunque sea así; pero mucho me temo, segun los deseos de los importadores de la ilustracion, que llegue un dia en que digan los que nos sigan en la vida: "Aquí estaba una magnífica y suntuosa casa, donde el dueño de ella, á pesar de la ingratitud de los hombres, se presentaba á todas horas á escuchar las quejas de los pobres y á socorrerlos liberalmente; pero los filántropos, en su sistema de perfeccion de la sociedad, desterraron de aquí á ese protector de los pobres, ocuparon su casa y la sustituyeron con un museo, con una lonja, con un bazar."

A mil consideraciones pudiera llevarnos la vista de estas casas; pero como yo soy incapaz de filosofar, y eso no por falta de ganas, sino de tamaños, me contentaré con esta simple indicacion, reservaré dentro de mi magin todo lo que me ocurre, y pasaré, ya que de casas tratamos, á darte una idea de otras dignas de conocerse; porque aun cuando no son esclusivas de la corte, aquí están sumamente perfeccionadas y

llevadas á un grado tal de adelanto, que ya mas no se puede apetecer. Estas casas son las que llamamos *Mesones*.

Se dice que sirven para recibir *própter retributiónem* á todo pobre peregrino que abandona su casa, su mujer y sus intereses, ya por razon de negocios, ya por motivo de una mala vecindad, ó ya en fin por causa de un paseo; pero creo que son las mas á propósito para quitar á un cristiano el amor á los viajes y el deseo de pernoctar fuera de su poco ó mucho querido hogar. Porque comienza porque un pobre caminante que ha atravesado sabe Dios con cuántas penas, unas buenas cantidades de leguas por caminos propios para serpientes; que ha sufrido los robos frecuentísimos del bandolero, del hostalero y de cuantos hacen su fortuna con la desgracia de los viandantes; que viene asoleado una hora, otra bañado interior y esteriormente, otra luchando á brazo partido contra los pantanos que se empeñan en no dejarle pasar, y otra cubierto de mas polvo que los libros de una biblioteca pública; que despues de averiguar con peajeros que le cobran para los caminos que no se componen, con guardas que le trasiegan hasta entre los dientes y debajo de la lengua, con otros que le piden la licencia de armas, y que porque no se acostumbra darla en su pueblo ó por otra causa cualquiera no la tiene, emprende un artículo sumario de defensa para salvar su cautiva espada ó sus aprisionadas pistolas; que cuando ya se ha visto en las calles de la

ciudad y se cree libre de tanto peligro, se topa con que por ir buscando el rótulo de una posada, abandona la direccion de su caballo, y éste que está acostumbrado á seguir la línea recta, da un empellon á un ocioso; que éste pone el grito en el cielo pidiendo indemnizacion de daños y perjuicios que no ha sufrido, y finalmente, que cuando por su ventura distingue en letras gordas un rótulo que le anuncie un *Meson*, y hace que su cabalgadura dé un cuarto de conversion, salimos con que el *huésped* parado en la puerta y puesto en jarras, le dice que ya están todos los cuartos ocupados, ó que no hay caballeriza, ó que no hay agua para las bestias, ó cualquiera otra cosa que hace al paciente emprender de nuevo su marcha y con ella sus investigaciones.

Logra por fin hallar un hospedaje para él y para su conductor y compañero, y recibe con mas solemnidades que un conquistador las llaves de una ciudad, la rasposa y raquítica llave de un *cuarto*, el cual si fuera mandamiento de la ley de Dios, mereceria ser el *noveno;* y, ántes de que tome posesion de él, se encuentra con esta advertencia importante: "*No se responde de las pérdidas que pueda haber en los cuartos,*" y no sabe separar la vista ya del letrero, ya de la miserable llave á cuya guarda y encomienda van á quedar los pocos ó muchos recursos que trajo para su viaje. Es decir, que al amago de posible desbalijamiento que el viajero puede sufrir, se añade la burla de entregarle una llave que parece estar en conni-

vencia con los herederos forzosos de su fortuna, puesto que en caso ofrecido no opondrá la menor resistencia á los deseos de tan honrados visitantes.

Llega al cuarto deseoso de recobrar sus fuerzas, como que llega de un largo camino, y todo lo mas que encuentra es una tarima con el rumboso nombre de cama; pero los dos piés de ella están apolillados, el otro está suplido con un barrote de silla, y el restante emigró á dar pábulo á un horno el dia que mejor le convino á cualquiera de los muchos que andan por allí. Una banca tosca y llena de rendijas y remiendos, y un fragmento de mesa que no tiene cubierta y le falta un pié; hé aquí los ricos muebles de que se puede disponer en aquella pieza de cuatro varas en cuadro, cuyas paredes son de movimiento á causa de la poblacion numerosa que las habita, y están decoradas con un color amarillento-mezclilla, y llenas de sebo y humo por las muchas veces que han servido de candelero.

Dejados allí los aperos y maletas, busca luego el pobre caminante dónde alojar su fatigada cabalgadura, y despues de atravesar un patio de muy desagradables olores, y que parece que se trata de convertir en hortaliza, segun el abono de que está cubierto, llega á las caballerizas donde tiene que ir con mas cuidado que si pisara por sobre caballos de frisa, á consecuencia de que ellas no solamente sirven para alojar á los pobres cuadrúpedos, sino para que los bípedos

satisfagan aquellas necesidades que no se pueden hacer por apoderado.

Cuando vuelve á su cuarto salvando aquí y allá mil trincheras vivientes formadas por los cuerpos de los arrieros y los indios, y otras tantas barricadas hechas con los aparejos de un hatajo ó con las mercancías de los pobres hijos de Moctezuma; cuando ha sido tan feliz que salvó sus narices y su cabeza de veinte contusiones que pudieran conseguir contra un pilar ó contra una pared, ambos imvisibles por la oscuridad que reina; cuando no le interceptan su camino media docena de jumentos que cansados de la dieta en que su amo los tiene salen á proporcionarse víveres entre los desperdicios del patio; se encuentra con que su cuarto, que cerró muy bien, no pudo resistir á las caricias de algun comunista, le franqueó la entrada, y sus maletas desaparecieron sin tener en cuenta la amistad de tantos años y la soledad tristísima en que con su ausencia queda su antiguo dueño. Y no hay á quién reclamar, porque contra todas esas quejas es una protesta permanente el letrero que está en la puerta: *"No se responde por las pérdidas que pueda haber en los cuartos."* Por eso el dueño del establecimiento lo avisó anticipadamente y lo avisa todos los dias con aquellas letras gordas; ninguno puede alegar ignorancia, y si le fué mal en la feria, que culpe á su destino y nada mas.

—Pero señor? qué no han visto salir al nuevo ocupante?—¡Bah! entran y salen tantos, que quién se va

á fijar en los que van y vienen ó en lo que llevan y traen.—¿Pero el administrador?—Ese no tiene cuidado de la puerta, sino del despacho.—¿Pero el *huésped*? —Ese tiene cuidado de que ninguno se vaya sin pagar, y lo demas no es de su incumbencia.—Pero el viajero no puede dejar perdido lo único que trajo para sus gastos.—"*No se responde por las pérdidas que pueda haber en los cuartos.*"

No queda otro recurso que resignarse y procurar no perder lo que queda, que en verdad es empresa algo dificililla; y cuando el pobre diablo se pierde en reflexiones sobre la instabilidad de la fortuna, llega un nevero que ofrece sus refrescos á quien, aunque necesita calmarse, le faltan los recursos. El nevero para dar mas interes á su mercancía canta versos picarescos en tono desgarrador, y hay muchas veces necesidad de pagarle porque calle y se vaya, mas bien que por la nieve tibia que se le consume. Tras ese llega un vendedor de objetos de mercería que se empeña en que le compren un peine, unas tijeras, unos fosforeros: tras el *varillero* llega un muchacho con muñecos de cera, y detras de él otro con unas mancuernillas ó plumas de acero, y mas atras uno que trae paños de rebozo, y otros cien, y otros mil que tratan de sacar de allí sus utilidades; y para cerrar la funcion llega una de esas sílfides nocturnas, que al mismo tiempo que no se deja ver las narices, quizá porque no las tiene, hace por que noten su presencia

para ver si puede tener salida su contingente mercancía.

Para todos esos enemigos del alma y de la bolsa hay entrada franca, hay paso libre, hay tratados internacionales, y puertos sin aduanas, y costas sin guardas. Todos ellos pueden ir á esplotar á un mísero viandante, y entre ellos puede entrar con cualquier pretesto uno de los mas distingüidos discípulos de Caco que, en un abrir y cerrar de ojos, carga con lo que encuentra y deja al hombre *á tí suspiramos:* sí no en un valle de lágrimas, á lo ménos en un meson lleno de plagas.

Con esto, y con darle siempre al pobre caminante lo peor que tiene la casa, y lo mas caro que se puede dar, no sé cómo hay quien se eche por esos mundos de Dios únicamente por conocer el mundo. Todos hasta aquí han seguido la regla de los habitantes de Suiza, que solamente los ricos viajan; y por tanto le aprietan sin compasion y á veces lo ahorcan, sin considerar que el pobre diablo que tiene precision de abandonar su nido, apénas lleva lo muy indispensable, y á veces ni esto.

Reasumamos: en los mesones se busca alojamiento y descanso: lo primero, mal ó bien, lo da un estrecho cuarto lleno de insectos cuanto vacío de muebles: lo segundo no se consigue, pero en cambio se encuentran estorbos al paso; desembarazo de maletas y de equipajes, comerciantes ambulantes que enseñan al prójimo, prójimas que brindan con la enfermedad y la po-

breza, posaderos que no responden por lo que se pierde en su casa, pedigüeños que huelen á los forasteros, y mozos que le quitan la cena al caballo para venderla al dia siguiente al amo ó á quien la ha menester, para sus bestias se entiende; aunque no seria muy remoto, ni ménos inconducente que se la ministraran al pasajero, ya que ha cometido la torpeza de irse á chapuzar en aquellas malditas casas, que solo sirven para dar una idea de hasta dónde puede llegar la incuria cuando se la quiere cultivar.

Muchas veces en esos mismos sitios se pone otro ramo de especulacion, que es el de cuidar caballos ciudadanos, quiero decir, de los que sirven en la ciudad para el paseo de los *caporales de estrado*. Unas veces llaman á la tal socaliña *pension de caballos*, y bien pensionados están, puesto que les asignan doble racion de hambre y quieren que para aguzar el entendimiento se entreguen al ayuno y á la meditacion. Otras veces tienen el mayor gusto en ponerles el sonoro título de *hotel de caballos*; y eso será para hacer contraste con el pesebre de los dueños, que bien lo merecian por enviar allí esos pobres animales á compurgar con maceraciones y abstinencias lo que sus dueños solamente deben. Cobran poco, es verdad; y á eso me parece que se debe atribuir el empeño de muchos para enviar á tales establecimientos al noble animal, digno de mas cuidados y de mejor trato. El cuidado y pasturas de un caballo cuesta diez y seis pesos mensuales, y de ellos el pupilo no disfruta cinco:

ya ves que es muy módica la ganancia. Pero esta la ayudan los tutores de esos pobres cuadrúpedos alquilándolos de vez en vez los mas dias, y á escusas del propietario. Algo han de hacer los pobrecitos para retribuirse sus afanes.

Cabalmente ahora voy á ocupar uno de esos andantes cuyo dueño no está en la corte. Me han convidado para ir á Tlalpam á *jugar fuerte* en la próxima pascua, y he conseguido que por el moderado alquiler de seis duros me proporcionen un hermoso alazan en estos tres dias. Adios, mi cara Bibiana: cuando vuelva te contaré qué tales estuvieron las fiestas, y qué tal trató Birjan á sus devotos. Adios.—*Caralampio.*

México, 15 *de Junio de* 1859.

Heme ya de vuelta á la corte, asendereado y molido, y ademas sin un octavo, gracias á la feliz inspiracion de mis amigos que discurrieron llevarme á Tlalpam, y gracias á mi bonachona docilidad, que á las pocas instancias me hizo ceder por no ser ménos que los demas, por seguir á la corte y por la comezon de aprender, admirar y referir todo lo que atañe y pertenece á la vida de ilustracion y adelanto. Si yo me hubiera quedado aquí, aún tendria en mis bolsillos algunos realejos en pacífica guarda; pero tampoco habria yo adquirido, ademas de la calificacion de culto, ciertos conocimientos preciosos y de casi, casi inestimable valor. Así es que, aparte del remordimiento y escozor de haber jugado fuera de la necesidad en que estoy de ir á proporcionarme dinero en la casa de mi banquero; y sin contar con lo destrozado que

tengo el cuerpo y el estómago, por lo demas estoy perfectamente bien, y creo que saldré del paso con unos ocho dias de cama por la indigestion y el cansancio.

Quiero, para que conozcas toda la historia, comenzar desde el convite que me hicieron para las fiestas. Mas debo advertirte que desde que llegué á la corte, y supieron que mis rentas eran bastantes para darme una buena vida sin trabajar personalmente, me declararon, todos los que hoy son mis amigos, un buen chico, un escelente sujeto, que aunque venia de las Batuecas, donde maldita la cosa buena que hay, yo era la escepcion de la regla, y habia sido el hijo mimado de la fortuna, puesto que habia venido á dar á la corte, donde recibiria el barniz indispensable, única cosa que me faltaba, y que ellos, mis amigos, se encargaban de echarme á cuestas.

En consecuencia de esos buenos deseos, me rodearon asiduamente esos Patroclos, me presentaron en las mejores casas de sus relaciones, y hacian tantos elogios de mi desinteres, de mi bello carácter, de mi amabilidad, que en todas partes me rogaban frecuentase su tertulia y no olvidase el camino de aquella casa. La primera vez que era presentado, no habia demostracion de afecto que dejara de prodigárseme: las niñas tocaban el piano y cantaban para darme á conocer sus habilidades: las señoras me mostraban todo cuanto tenian digno de llamar la atencion; pero sobre todo me hablaban de las niñas y me pondera-

ban sus virtudes, sus bellísimas genialidades, su dócil carácter, sus felices disposiciones para todo lo bueno, útil y deleitable. En suma, era una esposicion mas completa que la de la industria, hecha en favor del pobre batueco, á quien de todas maneras querian complacer. Mas á la segunda visita, me encontraba yo como en el teatro al segundo acto de un drama moderno, con cambio completo de decoraciones, personas y lenguaje. A la encantadora amabilidad de un dia era sustituida la majestuosa seriedad del cortesano para con un pobre babieca; á la diligente solicitud de las niñas para complacerme, sucedia cierto desvio hácia mí y cierto cuchicheo hácia unos bellísimos y bien acabados figurines, que aun dudaba yo si eran las mismas jovencitas de imponderables virtudes, de seductoras genialidades y de angélico carácter.

Como esto lo observé en todas las casas donde habia niñas destinadas al contingente matrimonial, no pudo ménos que escitar mi curiosidad, y supe por mis mentores que ese cambio consistia en que cuando me veían la primera vez y sabian que era batueco, no mal dispuesto para ser diputado segun la convocatoria de 841—puesto que tenia capital físico—y franco y bonachon, algunas me habian echado el ojo para poner en mi cerviz la coyunda de Himeneo, por cuanto tenia todos los caractéres propios para hacer un marido escelente; pero que desde el momento en que daba las buenas noches y bajaba el primer peldaño de la escaléra, empezaban á ampliar las informaciones de *vita*

et moribus, y entónces, ¡qué horror! sabian que una fresca y robusta lugareña les habia ganado por la mano, y era dueño de lo que tan bien les hubiera venido; ya desde ese momento se me consideraba como mueble inútil, se me ponia en la seccion de impertinencias, se me relegaba al depósito de los efectos improductivos, se me arrinconaba en el lugar destinado á las mercancías averiadas. Los pollos que con mi presentacion habian recibido un golpe eléctrico y me veian con desconfianza y desvío la primera vez, ya á poco eran mis íntimos amigos y respiraban á sus anchuras, y me veian como una vaca de ordeña, tanto por lo inofensivo, cuanto por el lucro que podia proporcionarles. Las niñas que en sus ensueños habian visto un buen hombre sin los resabios de un adjunto indomesticable, y capaz por lo mismo de amoldarlo, ya despues encontraban mil tachas y nulidades que las hacian volver á sus momentáneamente abandonados galanteos.

Me recibian, es verdad; pero ya en la clase de un conocido á quien se ve sin emocion y se deja de ver sin amargura. Yo volvia ó no, segun el humor me lo aconsejaba, y no me daba por entendido de aquellos cambios, acostumbrado como estoy á los caprichos del viento. Mas poco á poco me grangeaba la *estimacion* de mis conocimientos, y ve por què. Una vez estaba en visita y el dia era frio y airoso como lo son aquí los de Febrero: unas niñas que se despedian empezaron á quejarse del mal tiempo y de lo léjos que

de elegancia, y en esa virtud ví á mi zapatero para que me hiciera en el acto unas botas de primera calidad, me trasladé á la calle del Refugio, donde una preciosa dama me tomó las manos, como si fuera á decirme la buena ventura, y me ajustó unos escelentes guantes de Jouvin, tomándose la molestia de ponérmelos y acomodármelos con la mayor amabilidad, y admirando las colosales dimensiones de mis uñas, deja dascrecer *exprofeso* para dar á los dedos una forma verdaderamente artística. Por lo que hace á mi sastre, me llevó dos ó tres vestidos hechos segun los últimos figurines que trajo el *Correo de Ultramar*, que aunque nunca son de la época, sino de dos ó tres estaciones anteriores, vienen todavía chorreando las aguas del Sena, y esto basta.

Así dispuesto mi hatillo, y encargado á uno de los muchos que llevan á la feria sus carruajes para buscar honradamente su vida, me fuí á una *pension de caballos* y conseguí me alquilasen el de un caballero que habia ido á recorrer el interior para ver sus negocios de minas, debiendo á esta circunstancia la creencia en que estaba el preceptor del corcel, de que podia sacar todos los percances que se le proporcionaran.

Muy de mañana llegaron mis amigos el domingo, y ántes de oir misa, lo cual no lo juzgaron indispensable, nos pusimos en camino, cuidando de embaular á precaucion, unas buenas tazas de café con leche, y unas sabrosas tostadas, como si se tratara de atra-

vesar el desierto, por lo que no faltó entre mis compañeros quien se abasteciera de vituallas á fin de evitar que la hambre nos rindiera.

Todo el camino era un cordon no interrumpido de carruajes y caballos que iban á Tlalpam, con mas empeño que si se tratara de ir á ganar un jubileo. Las diligencias y los ómnibus estaban literalmente atestados de damas y caballeros, que ó bien tenian que ir como panes de jabon por lo apretado, ó bien invadian el asiento del cochero, el cielo del coche y á veces hasta el estribo. Aquí una elegante jovencita llevaba el gorro convertido en empanada, cuyo relleno figuraba su cabeza con todo y la profusion de listones y cuentas: mas allá los aros de la *crinolina* se levantaban á impulsos de las presiones laterales y formaban una caverna artificial de no muy decente gusto; acullá un remedo de *parisien* dejaba un faldon de la levita bajo la macisa posadera de una jamona que no le dejaba respirar: por el otro lado un chiquillo revoltoso hacia un aguacero sobre las piernas de su buen papá y sus vecinos rayanos: mas adelante la alegre cotorrona que iba entre un ex-diputado y un comerciante de abarrotes, defendia el terreno que ocupaba palmo á palmo, contra la injusta invasion de una criada antigua que, acurrucada á sus piés, queria ensanchar los límites de su posesion.

Fuera de los coches se veian caballos éticos enjaezados con arneses de un parentesco muy remoto, sobre los cuales se pavoneaba un mimado hijo de fa-

milia, que ocultaba su escapatoria con el pretesto de ir á acompañar á su preceptor; ó bien un dependiente de comercio que se proponia aumentar los préstamos que le hacia *Don Prudencio* y volver mas rico que un banquero, ó tal vez el empleado de una oficina que á falta de silla habia ocurrido á un albardon: ó en fin, un matrimonio medio plebeyo, medio hidalgo, compuesto de una mocetona de enagua blanca, banda encarnada, y rebozo terciado y el sombrero jarano del adjunto; y de este, que lleva un pantalon de casimir del país, queriendo alcanzar la rodilla y dejando al fresco media pierna y un zapato blanco, una chaqueta de dril, una banda carmesí, y un pañuelo en la cabeza, que hace oficios del sombrero que cubre á su hermosa mitad.

No dábamos un paso sin encontrar viajeros que iban á la romería en todos trages y en todas actitudes, no siendo pocos los que iban jadeando y echando el alma por la boca, solamente por no perder de vista á la señora de sus pensamientos, que era conducida por una alquilona carretela, la cual á duras penas podia con la carga que se le habia impuesto.

Como á las diez de la mañana llegamos á la ciudad alegre: dificilmente pudimos atravesar por entre aquel inmenso gentío que de todos los ángulos de la ciudad, de cada calle, de cada casa se dirigian al centro como si una fuerza superior los impulsara: dificilmente tambien pudimos encontrar dónde poner nuestras cabalgaduras, porque *hoteles, mesones*, posa-

das y casas particulares habian sufrido la irrupcion cortesana y aun lugareña. Cuando hubimos de encontrar un rincon, nuestro primer cuidado fué emperifollarnos para ir á presentar nuestros respetos á todas nuestras conocidas, quienes desde luego nos declararon que les perteneciamos por derecho para llevarlas al teatro, al paseo, á los toros y á los gallos, debiendo rematar en el baile. No hubo mas remedio que ceder, y empezamos á recorrer las tortuosas calles de San Agustin y á dar y recibir saludos de todos los que encontrábamos, y hacer observaciones sobre el peinado de una, el vestido de otra y la manteleta de aquella, observaciones que debo confesar, iniciaba siempre alguna de nuestras compañeras, y que traian á la cola una série de historias sobre el orígen, valor y demas circunstancias del objeto censurado. Porque lo primero que hacen los que se encuentran en este paseo y otros de la misma especie, es echarse un vistazo de piés á cabeza que vale mas que el inventario de un acreedor, y conjeturar—las mas veces con mucho acierto—de dónde salió para los gastos de la jornada; porque D. N.* es apénas empleado en rentas de muy baja escala, y tiene un sueldo muy mezquino y su familia es muy numerosa: Dª M.* es viuda de un comerciente cuyos acreedores tuvieron que recibir á tira y tiron un cuarto por ciento de sus créditos, y sin embargo hoy se presenta con un vestido de magnífico gró de olanes, valioso en cien pesos, un tápalo de tres colores que costó ochen-

ta, y una carretela que vale ochocientos: Dª J.ª que ayer solicitaba entre sus amistades algun recurso para atender á su mucha necesidad y para pagar diez meses de atraso en su renta, hoy lleva alhajas que valen dos mil pesos D. Z.ª que hace un mes se queria suicidar porque sus acreedores le hostigaban, hoy trae los bolsillos repletos de oro y hace frente á una fuerte partida con intencion de *desmontar*. Don S.ª que salió de tal oficina porque sus papeles rezaban diez y su caja numeraba tres, hoy trae un magnífico *Lozada* que con leontina y dijes muy bien vale sus ochocientos duros, y ademas una sortija con un guerso brillante por el que Varic daria sin vacilar un par de mil pesos. Y á este mismo diapason siguen las citas, y los comentos y las críticas, que acaso en la corte no se hacen, por cuanto el teatro es mayor, y cada actor por muy notable que sea, apénas se hace perceptible en medio de tanto barullo.

Una de las niñas que acompañábamos, á muy poco de habernos dirigido á las *Fuentes* vió pasar un apuesto mozalvete de esos que tienen el ojo vivaracho, el bigote á lo mosquetero y la cintura á lo señorita, merced al riguroso conjunto de ballenas en que se incrustan; se dirigieron una mirada intraducible, porque del un lado, el del *Lovelace*, habia hasta cierto punto orgullo, insulto, hastío; y del otro, el de la niña, habia humillacion, deseo, resignacion, qué sé yo. Lo cierto es que nuestra compañera se quejó de

fatiga y dijo que el pecho se le abrasaba.....y....á poco se repuso.

Cuando llegamos al Calvario una escena enteramente igual, aunque con distintos actores, tuvo lugar Despues, cuando entramos á una huerta sucedió lo mismo con otros; y para no cansarte, en el dia fuí seis veces espectador de esa misma pieza. ¿Qué significaba todo ello? Una cosa muy sencilla: que hoy, y desde que la historia de Traviata es conocida en los círculos del buen tono, muchas leonas y aun cachorras se han hecho un deber de imitarla hasta en sus ápices, cuidando mucho de dar á entender que ha habido todo lo que la leyenda mas largamente contiene, y que en consecuencia hay afeccion de pecho, hay languidez, hay confidencias y hay....casi deshonra. ¿Comprendes esto? Pues una jóven para hacerse interesante, para darse á conocer como una criatura superior, debe prescindir del sello de la inocencia, debe abandonar el purísimo perfume de la rosa en pimpollo aún, para convertirse, no en una flor marchitada por haberla arrancado de su tallo una impura mano, pero sí por haberse dejado acariciar por un viento abrasador. Una mujer que hace eso, es citada por un modelo de sensibilidad, de alma elevada, de pasiones sublimes. Y por eso hay muchas Traviatas en la corte, al paso que por allá procuramos que ni sea conocida esta produccion tan llena de moralidad y tan propia para alimentar el corazon de una vírgen.

Cuando las damas nos dieron libertad, mis amigos me llevaron á la plaza donde habia tantas mesas de juego como puestos de fruta en nuestros *Tianguis;* pero en esas mesas se jugaba muy bajo, y solo eran frecuentadas por artesanos que iban á dejar allí sus economías de doce meses; por los empleadillos y comerciantes de abarrotes que no estaban muy bien hallados con sus honestos y deshonestos ahorrillos; hijos ó hijas del pueblo, aunque con el vestido de bautizar, que habian fundado sus esperanzas en diez albures á la dobla; y tal cual pajarraco vergonzante que esperaba crear allí plumas para emprender su vuelo á mas elevadas regiones.

Jugadores de otra especie, que eran tanto mas solicitados y rodeados, por cuanto entre jugada y jugada, miéntras en mugriento cubilete agitaban los dados, soltaban una andanada de versos mas libres que un constitucional, los cuales eran furiosamente aplaudidos por la ilustre leperocracia, que encontraba allí su propio idioma, sus mismos pensamientos, su idéntica desnudez en la espresion.

Partidas para la aristocracia, es decir de aquellas en que se jugaba oro y se *tallaba* por todo un *señor don*....habian buscado una posicion alta como correspondia á su rango y al de las personas en cuyo obsequio se establecian. Allí generales, ex-diputados, ex-consejeros, ex-ministros, abogados, médicos, agiotistas, y todo lo mas encumbrado de la corte se presentaba sin ceremonia y sin empacho; y la razon

era mas sencilla que un casimir de verano. A Tlalpam va todo el mundo á divertirse: son dias de regocijo, de placer; y ni uno ni otro habria si no se jugara: eso sí, siempre por pasar el rato, no por ganarse hasta la camisa, que eso solo lo hace la gente de baja esfera. Se pierden dos ó trescientas onzas, se piden prestadas otras tantas, se sale de allí con deudas que ó no se pagarán en un año, ó se pagarán con los sueldos, es decir, con los alimentos de la familia; á no ser que el perdidoso sea de esos que están pendientes de los apuros nacionales para convertirlos en sus cajas de ahorros, y hacer que las arcas públicas les indemnicen de las pérdidas que supieron adquirir en las fiestas.

El mal ejemplo corrompe: ví que hasta las señoras jugaban, y no quise ni por un momento señalarme. Puse mi dinero á una carta que otro habia espiado á la puerta; era un tres de espadas y al voltear el naipe se encontraron y me encontré con que el tal tres se habia convertido en rey de oros, dejándonos sorprendidos con aquella metamórfosis que ciertamente no olió el buen Ovidio; y como de esas sucedieron muchas, cuando me quedé sin medio real, hice una de aquellas prudentes reflexiones que desgraciadamente siempre llegan como los socorros á las plazas sitiadas, cuando todo se ha perdido; y me retiré de allí convencido de que tenia que habérmelas con brujos.

Busqué mi desquite en el baile y me lancé á él

ávido de emociones que me borraran de la imaginacion, las sotas y los reyes, las judías y las viejas, los tecolotes y piratas. El salon estaba concurridísimo; las señoras, ocupando con sus cascadas de ropa todos los asientos, obligaban al sexo feo á estar de pié como ante la majestad real. El espacio libre para el baile era tan estrecho que apénas se podia dar una vuelta con la compañera y eso venciendo una muralla viva que á su vez tenia que pasar por las mismas dificultades.

Las niñas en el baile se entregaban sin la menor reserva á toda clase de declaraciones amorosas, porque regla invariable es que cuando un individuo saca una beldad á bailar, debe formular, venga ó no venga al caso, una bien sentida improvisacion en que se dice que el corazon sufre, que el fuego que circula por las venas es un volcan encendido, que el sol es una pálida centella en comparacion de los ojos de la niña, que las flores son miserables creaciones al lado de tanta belleza, y en suma, tanto disparate, tanta exajeracion, tanta barbaridad, que si las agraciadas no conocieran que son frivolidades sociales, y lo tomaran por lo sério, deberian creer que se les burlaba. Pero allí todo pasa, todo es bien recibido, y nadie dice una palabra por que la dama incline confianzudamente su cabeza sobre el hombro del que la conduce en un wals, así pudieran conocerse de media hora ántes; nadie se escandaliza de que una niña en las rápidas vueltas de un baile deje flotar su vestido co-

mo las velas infladas de un navío, dando en espectáculo hasta lo mas reservado de su guarda-ropa: no, tan léjos están de que tales cosas se les reprueben, que al contrario, por tales gracias merecen el nombre de sílfides aéreas, fantásticas; y en verdad que de perlas les viene eso de la fantasía, porque si no fuera por lo que ella trabaja en trabucar el seso y el juicio de los hombres, con tales antecedentes muy bien creo que presto se acabaria el mundo.

Lo que sobre todo me admira es cómo esas niñas de complexion tan delicada, de nervios tan sensibilizados, de constituciones tan débiles pueden resistir no solamente doce horas continuas de vigilia, sino lo que es mas, cómo no se rinden con tantos brincos y zapatetas como tienen que dar en las innumerables piezas que se bailan toda una noche. Yo no soy tan susceptible al cansancio, y sin embargo á las dos horas pedia misericordia; miéntras que unas jovencitas que no van á misa porque se cansan de andar dos cuadras, que no hacen ejercicio sino en coche, á consecuencia de que se fatigan mucho de ir á pié; que todo el dia lo pasan recostadas lánguidamente sobre los divanes ó confidentes, no era posible hacerlas sentar, y parecia que sus piés los tenian llenos de azogue, puesto que no cesaban en las redowas y varsovianas, en las cuadrillas, y contradanzas. Y esto no un dia sino tres seguidos; y para restaurar sus fuerzas emprendian paseos á las huertas, al Calvario, á cual-

quiera parte, con tal que se movieran y no estuvieran en quietud.

Cuando fastidiado de tal zambra volví á México, creí que no me seria posible llegar, á causa del molimiento tan atroz que habia sufrido. Mis compañeros venian disgustadísimos de la jornada por cuanto habian encontrado varias cosas, á saber: monteros que los habian limpiado, novias que les habian dado su patente por cuanto habian hecho mejores conquistas, fondas donde no habian comido pero habian pagado muy caro, caballeros de industria que los habian esquilmado, *loros* que los habian picoteado, escoltas que no los habian defendido y rivales que los habian desafiado.

¿No es verdad, Bibianilla, que los cortesanos son muy hábiles en eso de proporcionarse diversiones? La mas grata para algunos de los que nos acompañaban á la vuelta, era que al llegar á sus casas iban á encontrar á sus mujeres é hijos llorando de hambre, á su principal ó gefe furioso por la ausencia, y dispuesto á ponerlos de patitas en las cuatro esquinas por andar á picos pardos, y á los acreedores espiritados, por cuanto habian descubierto que al paso que no les pagaban habia para ir á Tlalpam á tirar sobre la verde unas diez ó doce onzas de oro.

Uno muy principalmente venia tirando de lo lindo. Su gefe le habia encargado que cobrase una letra de mil pesos: pilló el dinero: tuvo corazonada y se fletó á la feria á doblar el capital, con lo que esperaba

salir de ahogos. Echó la cuenta sin la huéspeda, ó mejor dicho sin el montero; y cuando él esperaba ser poseedor de dos mil durejos, se quedó con la talega vacía y sin tener para los gastos de vuelta que alguno le suplió. Iba pensando si despues de aquel ligero contratiempo deberia volverse á México, ó tomar la direccion del pedregal, para reunirse con alguno de los muchos caballeros andantes que por aquellos vericuetos andan faciendo agravios y desfaciendo propiedades. No sé qué suerte habrá corrido.

Aunque muy someramente, he cumplido mi palabra, lo cual en estos tiempos y en la corte no todos lo pueden decir. Conténtate por tanto con este bosquejo, y aguarda hasta otro dia. Adios.—*Caralampio.*

México, 18 *de Junio de* 1859.

Parece que las fiestas de Tlalpam ocasionaron muchas quiebras, á juzgar por los continuos pedidos de que he sido víctima de pocos dias á esta parte; pedidos que al principio no me fué posible desatender por cuanto los términos en que venian formulados eran como los de un guerrero cuando se le acaba el parque, á tiempo que su enemigo le aprieta, y se ve en la necesidad de marcar el toque de *urge lo perdido;* mas cuando ví que tras el primero y segundo vinieron el tercero y cuarto, y tras estos los demas hasta el quincuagésimo nono, quizá en conmemoracion de los años que lleva vencidos el siglo; cuando me desengañé de que las necesidades que ocasionaban esos continuos asaltos eran tan ciertas como los partes militares en tiempo de campaña, preciso me fué conver-

tirme en fiel imitador de los empleados de la tesorería, y repetir á cada uno de esos recaudadores de impuestos estraordinarios *"no hay dinero,"* sin olvidarme de tomar el aire importante y la forma académica de los supradichos, por cuanto he notado que tales actitudes eran de bellísimo efecto para evitar las réplicas y dúplicas en el negocio.

El primero que me asaltó fué un jovencito de cosa de veintiocho años, de regular figura, de un despojo marcial, de traje pardo con pretensiones pollunas, correspondientes lentes pendiendo de una cinta de seda, y una polka que suponia un relox ó qué sé yo si una llave de baúl. Apénas ponia los piés en mi alojamiento cuando el referido se me atravesó al paso, se tocó el sombrero, y con voz medio sumisa, medio afligida, me manifestó que era hijo de buena familia, pero que en ese momento estaba su padre tendido y sus hermanitas sin desayunarse, (era la oracion de la noche) que no tenia para los gastos precisos de entierro, ni ménos para otros indispensables, y esperaba de mi humano corazon que le *franqueara* alguna cosa, pues era imposible que siendo yo un caballero, dejara de sacarlo de aquel lance. Tan patética fué su relacion, llevó tantas veces su pañuelo á los ojos, que casi lloriqueando yo tambien, metí mis dedos índice y pulgar al bolsillo de mi chaleco, y saqué una media onza de oro que puse en su mano, confiando en que algun otro caritativo le daria el resto para los funerales de su señor padre.

Despues de este vino una señora enlutada que segun ella, era viuda de un militar muerto en campaña y desatendida por el gobierno en su montepío: llevaba dos dias de no probar bocado—creo que aludia al freno—y sabiendo que yo tenia una alma compasiva, me conjuraba á que le diera un socorro cualquiera para ella y para su inocente niña, que á los catorce años se encontraba en el colmo de la miseria. Si de cántaro hubiera sido mi alma, creo que se habria remojado con las lágrimas que pensaban correr de aquellos ojos al relatar cuita tanta, ¿qué estraño era que le deslizara un par de pesos á aquella desventurada para medio salir de aprietos?

No fueron pocos en los que me puso un otro caballero que tenia á su esposa en cama, y en momentos de querer aumentar su familia, sin tener ni vela, ni cosa que de servir fuera en momentos tan angustiados. Su relato fué tan sentimental y su acento tan insinuante, que aun tentado me ví de ofrecérmele por compadre, lo cual me evitó despidiéndose violentamente, luego que vió en su mano algunas monedas salidas de mi gaveta.

Despues de este fué una seudo–doncella que, con papel en mano se me presentó solicitando un ausilio para comer aquel dia adoptando de preferencia semejante arbitrio por no seguir otro camino mas fácil para salir de pobreza, lo cual le aconsejaba su educacion y sus principios. Era tan sencillo y de tan

insignificante costo el medio de salvar aquella *virtud*, que no vacilé en dejarme enternecer.

A continuacion de estos vinieron otros y otras que con distintos motivos tenian iguales necesidades, tan urgentes, tan apremiantes que no se podian hacer esperar. Unos necesitaban un desecho de ropa, otros pedian para hacerse una camisa, otros para vestir á una hermanita, otros para llevar de comer á media docena de tiernos hijuelos, otros para curar á una anciana madre. Yo atendí muchos de esos pedidos, unas veces soltando la *mosca,* y otras dando salida á mis vestidos hechos en las batuecas y aun algunos de los confeccionados en la corte, y creo que habria acabado hasta con la ropa de mi cama, á no haber sido por varias circunstancias que me hicieron abrir los ojos, y conocer que era un bendito, al creer todas las historias que me habian relatado aquellos honrodos caballeros de industria.

Antenoche salia de una visita, y á pocos pasos fuí saludado muy urbanamente por un individuo, cuyo metal de voz habia oido otra vez: me refirió que era hijo de buena familia y que su padre acababa de morir, &c., &c., toda la historia del primer solicitante: en el acto entendí que el antiguo conocido me habia tomado por otro, gracias á ir embutido en un *ragland* acabadito de estrenar. Fuíle dando conversacion hasta que llegamos á una puerta que arrojaba á la calle luz suficiente para vernos las caras, y poniéndomele frente por frente, hice ademan de llevar mi mano al bol-

sillo, movimiento que él siguió con la vista con mas precision que un perro hambriento, el itinerario del bocado que codicia. Como su atencion estaba fija en otra parte, fuéme preciso llamarla hácia mi cara, creyendo que con eso se daria por satisfecho: me vió, y cuando yo esperaba que se inmutara, lo ví mas impávido que un vencedor delante de su enemigo, lo que me hizo dudar si seria el mismo que ya conocia, pero la polka, los lentes, la cinta, todo me confirmó en nuestras antiguas relaciones. "Caballero, le dije: supuesto que su padre de vd. no tiene con qué enterrarse, aconséjele que no se muera tantas veces: creo que la media onza que le dí á vd. no se ha de haber gastado tan pronto que al tercer dia necesite refaccion.—Páselo vd. bien."—fué toda la respuesta que obtuve.

Este lance tenia lugar en una de las calles mas centrales de la corte, y recordando que allí cerca habia un café donde se tomaba muy bueno de tiempo inmemorial, me dirijí á él, no obstante que goza de una fama, diremos mexicana, en cuanto á lo selecto de su concurrencia. Creo que aún le llaman *el Infiernito*. Llegué al *antiguo* despacho y pedí una taza de café, y apénas empezaba á saborearlo y á divagar entre las columnas de humo que salian de mi cigarro y se mezclaban con los vapores de la taza, cuando oí á mis espaldas una voz bastante conocida.

"Chicos, decia, he hecho *burro;* pero de una manera asombrosa.—Esplícate, le dijeron cuatro ó cinco

que en otra mesa apuraban algunas copas de catalan para remojar las fichas del dominó. Cuenta qué ha sido ello.—¡Miseria! una torpeza. Fuí á dar con el mismo de la otra noche á quien clavé la banderilla de media onza para mi padre insepulto.—¡Bárbaro! pero qué ¿estabas ciego?—No, hombre, sino que el *payo* estrenó vestido y no le conocí de pronto.—Pero él sí te conoció, majadero. Apuesto á que á mí no me conoce, y eso que ya dos veces le he caido, una cuando *mi mujer estaba de parto,* y otra cuando *mi hermano estaba para salir de la cama.* En la primera le *soplé* cuatro duros, y en la segunda un pantalon y un paltó que vendí á R. en cinco; y todavía pienso ir pasado mañana á pedirle para libros, pues como *soy un estudiante pobre,* añadió fingiendo una voz plañidera que ya habia escuchado, *necesito ausiliar mi carrera* con la *buena alma de los hombres generosos.*—No te descuides, el *pichon* ya *orejeó,* y es muy ladino.—Ya veremos si es mas *pico* que nosotros.

No pude sufrir mas: boté un peso sobre la mesa estrepitosamente; volvieron ellos la cara y se encontraron con la mirada del mas soberano desprecio que les dirijí. Ellos con la mayor calma del mundo me vieron, se miraron y siguieron sorbiendo sus copas. Se conoce que son hombres probados y aprobados en la gramática parda, y que han estudiado por principios la facultad que les da de vivir.

Este sistema hacendario que tan buenos efectos produce en la corte, es mejor que todos los inver

dos hasta aquí, y presenta grandísimas ventajas y pocos riesgos á los que lo cultivan; porque ni está sujeto á los peligros que ofrece la profesion de un camino real, ni los adeptos dejan de presentarse en la sociedad haciendo el papel que mas cuadre á sus gustos y costumbres. Los que se han dedicado á esa carrera son muchos, como puedes suponer, atendidas las seguridades que ofrece. Por lo mismo hay jóvenes, ancianos, niñas,. viejas y de toda clase de edades y sexos: se encuentran por donde quiera, pero mas principalmente en los hoteles y sociedades.

Y líbrete Dios de que uno de esos te llegue á marcar como su *cuervo*, porque sin ser él San Onofre, hará que lo mantengas de todo á todo, para conseguir lo cual, te improvisará una multitud de anécdotas, y te sorprenderá con una multitud de entradas y salidas, que bien las codiciaria un orador para conmover á su auditorio.

Las mas fecundas en eso de arbitrios para echar gabelas sobre un prójimo, son las hembras de edad madura, porque ademas de usar de mil figuras retóricas de grande efecto, cuentan con el último de todos sus arbritrios, y es el de ofrecer sus servicios personales en cambio de los servicios pecuniarios que solicitan; sin que falten otras que vayan aún mas léjos, pues con pretesto de una falsa necesidad sacrifican á las personas que les son mas allegadas.

Hay en la corte una cosa destinada á recojer mendigos: todavía no la conozco: pero lo que son los

mendigos los encuentro á cada paso, quizá porque ya no caben en aquella casa. ¿Pero y los mendigos de frac y las pordioseras de tápalo no tienen un asilo? ¿No seria una obra humanitaria el recojer á todos esos y esas, y ponerlos á trabajar en provecho de los hermanos enfermos, de las hijas desnudas, de los niños hambrientos que dicen tienen? Pero eso seria privarlos de su libertad y hacerlos descender de la alta posicion que ocupan. Por otra parte, ?qué papel harian esos señores y señoras, manejando los unos el martillo ó el escoplo, y las otras la aguja ó la plancha, llenas de dijes y sortijas y engalanadas con argelinas y manteletas? El trabajo es propio para ganapanes, pero nunca seria propio para la gente hidalga y cortesana.

Ademas, por mucho que el trabajo produjera, nunca seria bastante para vestir con alguna decencia, para ir al teatro y á las sociedades, para echar copas y albures, para gastar en dias de campo y en bailes. El trabajo, ademas de ser degradante, es improductivo, y malamente podria satisfacer todas las exigencias de los que han abrazado la profesion de petardistas, en la cual, una hora bien empleada, un tiro bien calculado, un anzuelo bien dirijido, dan mas producto que una semana de trabajo en cualquiera oficina ó taller, sea el que fuere. Un artesano trabaja todo el dia y gana cuatro reales, sin poder disponer mas que del domingo. Un hacendista de esos de que he sido víctima, puede, sabiendo menear bien la lengua,

sacar á cualquier cristiano en un minuto un par de pesos. ¡Ve qué diferencia! Lo demas del dia queda libre para pasear y echar vistazos á los contribuyentes en proyecto, y para acordar con los socios el modo de ir á exijir el pago de esos tributos directos, inversos de los que se pagan por profesiones y ejercicios lucrativos, pues el gobierno cobra á los que los ejercen; pero en nuestro caso se cobran por los que tienen ese giro industrial.

Cuando uno de esos quiere sacar mayores productos de su oficio, discurre un medio que en las actuales circunstancias pega á las mil maravillas. Forma una lista en un pliego de papel, y pone cinco ó seis nombres de personas bien conocidas que han contribuido para tal funcion á tal santo por las necesidades presentes. Se mete en todas las casas y piden se apunten con alguna cantidad para tan piadoso objeto. En vista de que el Sr. D. H* consta ya con diez pesos que pagó, no hay inconveniente en escribir mas abajo el nombre del bauzan, seguido de cuatro ó de cinco pesos que en el acto desembolsa, y así continúa la lista hasta reunir el industrioso devoto unos cien ó doscientos pesos que ni por las narices le pasan al santo que sirvió de patron para la colecta.

O bien abre una suscricion en favor de la viuda de tal gefe, ó en beneficio de tal persona cautiva entre los que gritan libertad, ó para socorrer á los que en el incendio del dia tantos perdieron su fortuna, ó para cualquiera otra obra *filantrópica* por el estilo. Pe-

ro esto no lo hacen sino los que han llegado á recibir la borla en esas humanidades. Un aprendiz, un bachiller, fracasarian.

Hé aquí otra cosa esclusivamente de la corte, *la industria ejercida por caballeros y damas*. Digo esclusiva de la corte, porque aun los socios de esta universidad que por nuestras batuecas hemos visto, como aquella remesa que nos fué cuando los vecinos del Norte hicieron despejar á muchos, eran hijos legítimos de la corte, ni podia ser de otra manera. Allá son contados los individuos y todos nos conocemos mútuamente; por lo mismo no hay lugar á esas novelas é historias con que aquí sacan al prójimo las pesetas que Dios le dió. Hasta otra vez, mi querida mujer.—*Caralampio*.

México, 22 *de Junio de* 1859.

Al empeño decidido que hay en la corte por ir mucho mas allá de los posibles que cada hijo de vecino tiene, ó como decimos en las Batuecas, por estirar los piés mas de lo que cubre la sábana, entiendo que se debe aquí mas hambre diaria que la que se padece en tiempo de sitio, sin que escapen de ella aun las clases un poco superiores, y que se encuentran en la calle ostentando trajes casi suntuosos y adornos que de lo que ménos podrian dar idea seria de pobreza y necesidad. Pero lo cierto es, que esas mismas personas que están pendientes de si llegó la carga al Puerto de Liverpool ó al Gran Oriental para ir á escojer de las primeras los vestidos de quillas que han anunciado; que no pierden de vista las novedades que esperan en la Ciudad de Lóndres ó en el Bazar del

Comercio para ir á tomar el abanico, el peinado ó la sombrilla, esas mismas personas, digo, apénas si pasan dos dias sin que no tengan que despojarse de algunos de esos adornos y atavíos para enviarlos envueltos en sus pañuelos á uno de los muchísimos *montes de piedad*, llamados así por sarcasmo, por una irrision casi insultante.

Ademas del antiguo y por tanto retrógrado establecimiento llamado así por escelencia, donde todavía son tan tontos que no han dado cabida á la civilizacion dominante, hay otros doscientos y pico—ya verás si abundan—en donde la contabilidad, el giro y las utilidades van en consonancia con el siglo. En el primero han permanecido estacionarios, y desde que un Sr. Terreros tuvo la batuecada de contentarse con un seis por ciento en cambio de los pesos sonantes que entregaba sobre alhajas ó ropas, no han salido de ese pasito, no obstante los multiplicados ejemplos que por todas partes brotan de cómo debe manejarse lo del *lucro cesante y daño emergente.* Por lo mismo no seré yo el que pierda mi tiempo en hablar de esa creacion anticuada y oscurantista, por la que ni pasan los años ni entran las reformas de un siglo civilizador y metalizado. Te hablaré de las otras, que esas merecen nuestra atencion y consideraciones.

Te he dicho que su número alcanzaba á doscientos, y he andado corto; pues apénas habrá calle en que no se encuentre una casa de esas por lo ménos. Todas se conocen, ademas del indispensable rótulo en

letras grandes, por una jaula en que está encerrado el animal bravo que desde allí trata de devorar á todos los que tienen que hacer con él. Esa jaula tiene una puerta pequeña por donde entran los objetos destinados al cautiverio, y por donde salen los poquísimos que tienen la fortuna de ser rescatados.

En esos bosquejos de Rio frio se reciben toda clase de prendas, ya sea ropa de uso, ya sean alhajas, armas y todo lo que tenga un valor conocido; pero con la circunstancia de que nunca prestan sobre ello sino la octava parte de su valor. Eso sí, con la mayor religiosidad del mundo descuentan el miserable veinticinco por ciento desde ántes que se entregue el dinero; y lo demas se da al dueño de la prenda para que socorra sus necesidades. Tirada la cuenta esacta de lo que se paga por el beneficio que hacen al prójimo de mantenerse á sus espensas, viene á salir un treinta y tres ó mas de utilidad á esos descendientes de Anás y vas á ver cómo.

Supongamos que la prenda que reciben es un reloj de oro, valioso en cien pesos. Sobre él suplen unos diez, pero no recibe esa cantidad el dueño, sino simplemente ocho pesos seis reales, por cuanto el rédito comienza á correr y se paga desde el instante en que se habla al israelita para el préstamo. Si á los cuatro ó cinco dias hay la oportunidad de redimir aquel cautivo, el rescate se verifica por los mismos diez pesos, como si hubiera durado un año el almacenaje; mas si se aumenta el tiempo de la prision, se va re-

cargando el tanto por ciento mensual hasta los seis meses, en cuyo plazo el reloj se da por vendido y pasa á ser propiedad del que *lo compra,* y el antiguo dueño tiene que darse por satisfecho con que le devuelvan unos tres ó cuatro pesos por demasía.

Ahora, sucede muchas veces que el dueño de la prenda perdió el pedazo de papel que le sirve de título para recobrar su objeto; y entónces tiene poco ménos que perdida la esperanza de volverse á juntar con él; porque tiene que dar tantos pasos para agenciarse un fiador de casa conocida, con comercio abierto y tantos otros requisitos, que á muy poco andar se ve que no costea la fatiga, y se resuelve el propietario á dejar perdido lo que está en vísperas de salir para siempre de su dominio por cualquiera otra causa.

En cambio de esas ventajas tiene el desventurado que cae en esos cepos, una certeza, y es que lo que empeñó está devengando el cuidado que se le dispensa, porque el dueño del establecimiento es sumamente escrupuloso con lo que se le confia, y quiere que no se pierdan las cosas por falta de uso. Así es que si hay un baile en el barrio, y tres ó cuatro fregonas quieren ir á echarla de señoras, ocurren á la casa de empeño mas inmediata y alquilan el *tápalo* ó el vestido de seda, ó la cadena de oro, ó los pendientes, ó cualquiera otra cosa de las que allí hay y ellas necesitan; y entónces viene á ser eso lo que llamamos nosotros *mamar y beber leche.* Hay un casamiento, y los novios y padrinos—siendo gente *non*

sancta, se supone—van á sacar las galas que han de lucir á la misma fuente, mediante un módico alquiler de tres ó cuatro duros por persona; y eso se llama *hacer lazo por las dos puntas.*

Pero, en fin, los que tal hacen tienen por lo ménos el mérito de entregar al pobre solicitante los ausilios en dinero; pero hay otros que no dán sino una parte muy pequeña en plata y lo demas en efectos; y ya te harás cargo que no son de la mejor calidad los que hay que recibir, sino que siempre procuran deshacerse de los que por los muchos años y por los no ménos estragos se han convertido, segun su tecnicismo, *en mulas,* y de mala rienda y peor pescuezo. Las dan al precio que en la plaza tienen los de la misma especie, pero de calidad superior: rebajan el premio correspondiente y estienden documentos en que hacen mentir al infeliz beneficiado con el mayor descaro del mundo, puesto que bajo su firma asegura que es deudor á *Samuel Leví* de tal cantidad que le ha franqueado sin descuento ni premio alguno, y solo por hacerle bien y buena obra. Con tal documento y con una buena prendita cualquiera, que valga ocho tantos mas de la deuda, ó con una librancita aceptada, ó con cualquiera de esas otras friïoleritas así, ya puede el individuo disponer de los efectos recibidos y venderlos en la cuarta parte de lo que le costaron, tal vez al mismo que se los entregó ó á un agente suyo que anda siempre á caza de tales lances, con lo cual se consigue vender muchas veces una misma cosa, y

sacar en cada uno de esos contratos un módico ciento cincuenta por ciento.

Otra de las ventajas inherentes á tal profesion es que las prendas empeñadas pueden ser de aquellas que se encuentran ántes de que el dueño las pierda; y que no pudiéndose sacar á plena luz, como dizque sucede con cierto líquido precioso porque se pierde, encuentran sepultura temporal en uno de esos limbos, y como lo que ménos les importa al empeñante y al prestamista es que salga del encierro, al uno por no tener que andar en aclaraciones sobre la propiedad y al otro por adquirir una cosa de valor por una bagatela, hay un contrato tácito entre ambos individuos, ventajoso para los dos, lo cual no sucede muchas veces en la vida. Cuando se sabe á punto fijo que el objeto es de los que no *ven por todas partes*, ó en términos propios, que *es tuerto*, lo primero en que se piensa es en darle nueva forma y dejarlo de tal modo inconocible, que el dueño mismo, por feliz que fuera su memoria, lo veria sin desconfianza y sin emocion alguna.

El que empeñó, aun cuando quisiera reclamar tendria mil dificultades para hacerlo; porque si bien es cierto que se le da un *boleto* con tales señas, el que hizo uno puede hacer dos, y con anotar en el asiento que el *número tantos está ya satisfecho*, vé á probar que hubo gato encerrado en el boleto suplantado. Ahora, no se averigua al tomar las prendas si son bien ó mal adquiridas, lo cual trae inapreciables ven-

tajas para el parroquiano y para la casa, que pueden á un tiempo mismo favorecerse y procurarse buenas utilidades, como se las proporcionan á otros de cuyas casas tambien me parece bueno hablar.

Son estas unos *peladeros* que llevan el nombre de *bazares*, copiado de donde tú quieras. En ellas se compra toda clase de alhajas, ropa, muebles, y cuanto se puede vender luego; y preciso es convenir en que tales *trasquiladeros* son de un grandísimo recurso para todo el que necesita un peso y tiene cosa de qué sacarlo. Mas nunca debe el individuo echar cuentas alegres, porque se espondria á mil chascos que le harian un pésimo efecto. Así es que si necesita, como dije, un peso, debe llevar una alhaja ó prenda que valga siquiera veinte, aunque por otra parte no se le dé un comino si es de buena ó mala procedencia. Lo que importa es que sea de valor la cosa que vende, y que se resigne á darla en la primera oferta que le hagan, la cual nunca escede de la vigésima ó dieziseisava parte; porque si se fia en que en otro bazar estará el dueño ménos apegado á la ley de Moisés, y desengañado vuelve á recibir lo que le ofrecieron, se encuentra con que ya el comprador lo pensó mejor, y no le gusta que hagan pasear las cosas que le proponen en venta.

La necesidad urge, y el vendedor insta, y tiene que aceptar, por no perderlo todo, una nueva proposicion aún mas judáica que la primera, y lo que le

costó hace ocho dias tanto, hoy debe darlo en quince partes ménos de lo que él pagó.

Por el contrario, cuando se va á comprar una cosa, se dejan pedir esos israelitas lo mismo que si los efectos fueran sacados de la tienda. No habrá quien compre, dirás; pero yo te respondo que era necesario que la vanidad no estuviera tan estendida en la corte. Muchas personas, aun cuando se queden sin comer dos dias, van á los bazares á surtirse de objetos de lujo, que siempre cuestan un poco ménos que donde los hay nuevos; y por el deseo de estrenar (aun cuando es viejo el objeto) no hacen caso de si el anterior dueño murió de tisis ó de lepra. Ello que á muy pocos dias volverán las cosas como los rios, al mar de donde salieron; pero miéntras se ha escitado la envidia de una vecina, la admiracion de un novio, ó la curiosidad de una parienta. Y esa curiosidad, esa admiracion, y esa envidia viene á decir nada ménos que el hambre de los muchachos y el aumento del pasivo del gefe de la colonia, quien llega un dia á privarse de pasar por media ciudad, á causa de los muchos *ingleses* que tales derroches han creado.

Todos quieren parecer mucho mas de lo que son; y con mil trabajos hallarás uno solo que tenga la filosofía necesaria de confesar que no estrena tal ó cual cosa porque no tiene con qué; y todavía mas dificilmente, quien se limite á sus recursos y no contraiga mas deudas que un gobierno.

Por eso en la corte son tan necesarios los *montes*

de piedad, las tiendas de los descendientes de Jacob, los desolladeros de los que compran y venden, y la existencia de esos filántropos que se contentan con un toston en el peso semanariamente, y creen que han ganado el cielo ejerciendo actos tan caritativos.

Aquí doy fin á esta epístola; porque como aún no cede la irritacion *pascual,* voy á tomar un baño que un médico famoso, de esos que hablan chapurrado, ha querido que tome. En otra vez te contaré otras cosas que aún me faltan.—*Caralampio.*

México, 25 *de Junio de* 1859.

Ahora sí que he quedado convencido de que de algo sirven las enfermedades, lo que hasta aquí jamas habia podido pasar, no obstante que algunos se empeñaban en hacerme creer que cuanto acontece al hombre es para su mayor felicidad, ora en el órden físico, ora en el órden moral. Dejo á los inteligentes debatir esta interesante cuestion, que á mí no me importa, y vengo á lo que sí hace á mi propósito; es decir, á demostrarte que las enfermedades de algo sirven en esta pícara vida. Si á consecuencia de lo mucho que me estropeó la ida á Tlalpam no me hubiera buscado una irritacion mas regular que un franciscano, el médico nada tendria que haber hecho conmigo; y no teniendo qué hacer, no me habria mandado tomar baños; y no tomándolos, no habria

tenido ocasion de conocer esos preciosos establecimientos, creados en la corte para limpieza, diversion y refocilamiento de los hijos de este suelo venturoso.

Porque ya sabes cuánto es el horror que tengo á los baños dentro de las cuatro paredes, y que cuando el aseo de mi persona lo exije, me voy pasito á paso á lo mas apartado de aquel hermoso rio que rodea nuestras Batuecas, donde sé, á no dudarlo, que si hay desecho de malos humores y de otros alifafes, sé tambien que el agua se renueva diariamente y se purifica con su invariable curso; miéntras que en una tina ó *placer*, como algunos dicen aquí, hay necesidad de usar lo que otros han usado, y bañarse en la misma pieza donde otro ha dejado cuanto pudo.

Mas aquí en la corte no hay ese peligro, merced á las sábias precauciones tomadas por los que han inventado esas cosas, dignas de la cultura y civilizacion del siglo XIX. Porque has de saber, Bibiana mia, que en una sala de quince ó veinte varas de longitud, se van formando con tabiques de ladrillo ó de tabla una buena porcion de aposentos á los que se dan dos ó dos varas y media de largo por igual cantidad de ancho; eso cuando el local lo permite, que cuando no, tiene que contentarse el bañador con un terreno mas escaso relativamente, que el de la república de Andorra. En ese espacio acomodan una tina, las mas veces de zinc con sus dos llaves para surtir de agua fria ó caliente, un par de sillas, un

aguamanil, un espejo y una estera. En otras partes, aunque bien raras, se añade una escupidera y un orinal.

Luego que un ciudadano se presenta en aquel lugar, un oficioso sirviente se apresura á llevar al número tantos, una charola que contiene la bata de baño, una toalla, dos pomitos con esencia, cepillos y un par de tijeras para las uñas: item mas, unas hebras de mecate formando un gracioso nido de gorriones, y una teja de jabon tan sutil, tan volátil, que hay necesidad de llevar la mano á la boca, para que el aliento no la ponga en fuga. Hecho esto, queda el parroquiano á sus solas y se sirve la agua que necesita á todo su gusto, pues para esto tiene á su disposicion ambas llaves.

Pero aquí empiezan los apuros del susodicho; porque á proporcion que el agua caliente comienza á decender sobre la taza del baño, se empiezan á desprender todos los residuos de la refaccion anterior, y se va formando una tela tan compacta, tan espesa, tan palpable sobre la superficie de la agua, que bien se puede creer trasportado al interior de una cocina, donde acaban de lavar los platos de un suculento almuerzo. Si el individuo quiere tomarse el trabajo de dar salida á aquella colecta, y abre la válvula que la obstruye, á la segunda y á la tercera vez que haga bajar el agua se encontrará con un contingente igual, y en medio dejar limpia la tina acabará sus fuerzas y su tiempo, sin que por eso deje de recibir

ántes que de agua, un baño de grasa, dejada allí por todos los que le antecedieron en la posesion momentánea del baño.

Si prescindiendo de todo eso hay la resolucion bastante de zambullirse en el agua, sucederá que miéntras la cabeza y los ojos están llenos de espuma de jabon, se cúela dentro del aposento, *hospite insalutato*, una persona ya del mismo, ya de diferente sexo, que por advertida inadvertencia quiére tomar en buena compañía igual refrigerio, no obstante leerse muy claramente que no se permite la reunion de dos personas en un solo baño; aunque para hablar con esactitud no en todas partes han tenido esa precaucion, pues hay donde la advertencia se hace en estos términos: "Cuando dos personas entren á un mismo aposento, pagarán doble, aun cuando una de ellas no se bañe."

¿Quién no comprende desde luego que lo único de que se cuida es de que se pague el alquiler de la pieza, ora sirva para el baño, ora se destine á cualquiera otro uso? Eso, y el estar los tabiques de division tan bajos que sin necesidad de ser acróbata se pueden escalar, ofrece mil motivos de diversion y de regocijo á los que andan á caza de locas aventuras. Es verdad que cada aposento tiene su cerradura interior; pero como no es raro que los criados olviden algunos de los últiles á tiempo de abrir las puertas de aquel retrete, hay necesidad de dejar abierto para evitarse el salir del baño cual otro Adan á recibir el

objeto olvidado, ó pasarse sin él, lo cual no siempre se puede.

Por otra parte, es preciso convenir en que si á unós cuantos batuecos no les agradan visitas de esa especie á la hora de tomar un baño, eso no quiere decir que la totalidad de la gente cortesana vea con ojeriza á todos los que pueden proporcionarle algun momento de placer, en pos del cual corre siempre sin detenerse, y por el cual tiene sus mas dulces afecciones. Así es que no por dar gusto á unos cuantos imbéciles que no han comprendido todavía que la vida se hizo para gozar y nada mas, se ha de prohibir la entrada á los que sean capaces de proporcionar á un buen parroquiano cuanto contentamiento pudiera apetecer. A los que se bañan frecuentemente, y por tanto dejan lucros á la casa, se les procuran cuantas ventajas pueden desear; y para tenerlos mas contentos se les da por una de sus pasiones dominantes, la música; y al mismo tiempo que están sintiendo las dulces impresiones de un agua agradablemente tibia, se regala el oido con las notas arrancadas á un desventurado piano por los dedos algo torpes de un aprendiz de música.

Ayer cabalmente he notado que todas las casas de baño estaban verdaderamente de fiesta, á consecuencia de que hay aquí la preciosa costumbre de ponerlas bajo la proteccion de San Juan Bautista, quizá por haber sido este santo afecto á la *hidropatia*, segun reza la leyenda, y cuenta uno de los defensores de

ese sistema. Por consiguiente, el dia que la Iglesia recuerda el nacimiento de ese santo, todos los baños, con arreglo á una muy antigua usanza, se engalanan con arcos y flores, se ponen cortinas, se riega el suelo y se hacen otras demostraciones de regocijo, v. g., el poner en las jaboneras unos curiosos pescaditos de jabon, dorados y con unos recortes diminutos de seda que llaman flores. Las toallas y las batas ese dia están albeando de limpieza y no se han sacado de un baño, y secado para otro que se ocupa un poco mas tarde. Aun los mozos de servicio ese dia, procuran ser mas afables que en el resto del año y se presentan con cuanto aseo les es posible.

Por estos motivos quedé admirablemente sorprendido cuando ayer en lugar de traerme una bata algo mas gruesa que de brin y un poco mas morena que camisa de lona, ni pude encontrar las señales de su próxima pasada fatiga, ni encontré el agradable calor que le comunica el sol á una pieza de ropa cuando se le quiere dar ese único beneficio. Así es que con el mayor gusto del mundo salí de mi refrigerante baño, me envolví en mi bata y me calé, como es de ordenaza, la toalla en la cabeza, con todo lo cual, cuando me ví en el espejo, dudaba si era yo el Caralampio de siempre, ó si por un milagro de las hadas me havia convertido en un musulman embutido en su blanco albornoz y cubierto de su eterno turbante. En esas cavilaciones me encontraba sumergido cuando la voz del mozo de servicio me sacó de ellas: "¿Se

calienta la ropa? me preguntaba muy solícito.—¿Cuál ropa? pregunté sin saber si era yo el interpelado, como dicen los padres conscriptos cuando en el salon de un congreso se hacen sus confidencias.—La bata, la camisa, los calzoncillos, el chaleco.—Anda al diablo con tus calentamientos y déjame en paz." Un gruñido intraducible puso término á ese diálogo á traves de la puerta, y hasta muy tarde comprendí que lo que ocasionaba aquella conclusion era la falta de propina que perdia con mi repulsa á sus ofrecimientos. Porque ya otras veces te lo he dicho, y ahora te lo repetiré: en México todo lo encuentras como lo busques, todo lo hay á pedir de boca, ó para hablar con mas claridad á pedir de bolsa. De nada te sirve que tú pagues lo que la tarifa de tal establecimiento reza, siempre se entiende aquella tasacion sin perjuicio de tercero, y precisamente á quienes les viene de molde esa tercería es á los criados y á las criadas de todo establecimiento público, y no pocos de los de las casas particulares.

Antiguamente no tenia la corte estos precisos establecimientos para la salud y placer de los cortesanos; pero en cambio habia otros en que se media la agua fria y caliente y pasaba á unas tinas de palo, cuyas averías y contratiempos eran cubiertas con sebo, lo cual si no era muy agradabe al tacto, á la vista y al olfato, era eficacísimo para la salud, por cuanto dicen los inteligentes que el sebo es muy medicinal; y tal podria ser el físico del paciente, que saliera cu-

rado de algun achaque en cambio de otros que podia adquirir en un baño que servia para todo el mundo, y con quien nada tenia que hacer la junta de salubridad. Pero ya esto ha desaparecido en su mayor parte, así como los famosos *temascales* en donde se curaban radicalmente todas las enfermades del sexo femenino, mediante un cuasi asamiento á fuego lento.

Hoy no: la medicina, que progresa lo mismo que todo, ha cambiado la proa y se ha dirijido á otros terrenos no esplotados. Así es que existen hoy como una cosa probada y aprobada para la salud, baños *de agua corriente*, baños de *ducha*, baños de *regadera* y otra multitud que por de pronto no me acuerdo. Tambien es sumamente probado por sus buenos efectos, bañarse en domingo, de preferencia á cualquiera otro dia; lo que sabido por los dueños de los baños les inspiró la buena idea de aumentar en los dias de fiesta el precio de la ablucion, quizá para callar con el ruido del aumento los gritos y escrúpulos del agua por hacerla quebrantar el precepto del Decálogo que previene no se trabaje en tales dias.

Con los baños voy quedando espedito para continuar mis escursiones: por consiguiente, en breve seguiré dándote mas noticias de lo que me encuentre por la corte. Miéntras tanto, adios.—*Caralampio.*

México, 28 *de Junio de* 1859

Mujer querida: como cosa propia de la estacion voy á hablarte de una costumbre que reina en la corte y que en ninguna otra parte he visto, no obstante lo curioso que soy y lo mucho que procuro siempre averiguar todo cuanto puede cojerme de nuevo. Esta costumbre es la de poseerse de un espíritu bélico todos los que viven aquí y hacer, si es lícito decirlo, un segundo carnaval, aunque solo respecto de disfraces, pues ninguno gasta careta ni se presenta sino con la cara, buena ó mala, que Dios le dió. Eso sí, empaquetados dentro de alguna pieza del atavío militar. Hay unos que portan todo el uniforme, otros que solo gastan el chacó, otros que sobre la no limpia camisa ostentan unas tiras de trapo con honores de fornituras, pero llevando al estremo un sable de hoja

de lata ó de madera pintada. Lo que importa es que todos se presenten el dia de S. Juan con alguna cosa que los haga parecer soldados.

Me he preguntado por qué de preferencia se escoje ese dia para tales frascas; pues ni por asomos veo que el santo Bautista haya sido jamas afecto á la guardia nacional ni al ejército permanente. Que los dueños de baños lo hayan declarado hidropático, tiene algo de razon, aunque no sea sino por los eternos pediluvios que se daba en el Jordan; pero soldado ó protector de ellos, por mi santiguada que no lo alcanzo. En fin, eso lo esplicará quien esté al tanto de la fundacion de esa agradable, útil y conveniente usanza.

Con mucha anticipacion empieza á venderse en los portales y en los *depósitos de juguetes para niños de carton*, una multitud de objetos guerreros, tales como fusiles de caña, (vulgo carrizo) espadas de palo, de hoja de lata y aun de hierro, cartucheras, gorros, banderas, caballos de badana, tambores, trompetas y aun armaduras del tiempo de las cruzadas. Los muchachos se desviven por adquirir tales cosas, y ya por caminos legales, ya por otros no muy limpios, se procuran el importe de algunas piezas de esa especie, con las cuales se engalanan y corren en busca de otros de la misma edad para formar el pié veterano de un batallon, en el que se va dando cabida á todo el que se presente con alguna prenda de esa municion anual. En esos ejércitos como en otros, se declara gefe al mas atrevido para conducir á los demas á la

pelea, y una vez organizados marchan á buscar enemigos con quienes lidiar y á quienes poder vencer.

A muy poco andar, pues como te dije ántes, en ese dia todos son guerreros, se encuentran otra falange de chicos mas ó ménos semejantes en disciplina, armas y número, y sin previa causa motivada, sin ultimatum alguno, sin declaracion formal de guerra, sin un simulacro apénas de pronunciamiento, se marcan recíprocamente el alto, se preguntan *si son moros ó cristianos*, pues parece que estas son guerras de religion, debiendo por fuerza estar en oposicion, quieran ó no, á guisa de suegras y yernos. Sucede muchas veces que la falange A, pocos momentos despues de haber gritado *soy cristiana*, y haberse dado una buena felpa con la faccion B que era *mora*, encuentra á la banda C, que es cristiana y se bate con ella de lo lindo, bajo estandarte diverso. Parecé que esta costumbre tiene por objeto esclusivo el ir acostumbrando á los jovencitos á que nunca sienten los cascos, pues eso es de un efecto retrógado, sino á defender hoy el Alcoran y mañana la Biblia, lo cual es mas progresista sin comparacion. Por eso hemos visto á tantos continuar en su mayor edad esa diferencia, y mas que diferencia, contradiccion en las causas que han defendido. Sin duda que hoy creen todavía que juegan á las guerras de S. Juan, y por eso ayer gritaron muera la morisma, y hoy se desgañitan gritando muera el cristianismo.

Una vez sabido el color del bando opuesto, por

fuerza se acepta el contrario, y despues de echarse unas cuantas desvergüenzas, que hacen oficios de proclamas y manifiestos, despues de sacarse á la cara que el uno es hijo de barbero y el otro de tortillera, en cuyo lenguaje é historia se encuentran perfectamente instruidos, comienza el fuego graneado de piedras, del que no pocas veces resultan diez ó doce descalabrados y otros pocos contusos. Si la pelea se encarniza, como sucede á veces, mediante tal cual palabra eléctrica que se desprende de alguno ó de los dos partidos, palabra que revela poridades de familia, y que surte mas efecto que aquel famoso "*cuarenta siglos os contemplan,*" entónces se echa mano de la arma blanca y se da una carga al palo, y se rompen tres ó cuatro costillas. Allí en ese punto comienzan las inprecaciones de los heridos, los sustos de los vencedores á la vista de la sangre, los lloros de los reclutas, y las maldiciones de las madres y padres de los mal parados, quienes procuran huir miéntras que sus progenitores sin curarse del derecho de guerra, ni de la neutralidad que debian guardar por las prescripciones del derecho internacional, toman parte en los hechos de armas y dan sobre los vencedores con cuanta furia pueden, ora sus enemigos sean débiles criaturas, ora los vean con armas casi inofensivas.

Pero tamaña felonía no queda impune: otra potencia poderosa, en vista de quebrantamiento de neutralidad tan escandaloso, hace suya la cuestion; y con armas poco mas ó ménos iguales, es decir, con puña-

les y con piedras se comienza la lid, en la que poco á poco se mezclan nuevos ausiliares de una y otra parte, bien por defender el honor del barrio, que es como si dijéramos la nacionalidad, bien porque son parientes de los chicos que dieron principio á la batalla, bien porque se presenta la ocasion de humillar á un rival, ó bien, en fin, porque el santo Precusor tiene el privilegio de que en su dia se medio maten algunos cristianos para honrar su nacimiento.

Cuando ya ha corrido alguna sangre, cuando ya un barrio se ha levantado contra otro, y amenaza tomar la funcion de armas dimensiones colosales, aparece la policía, que es como un congreso supremo que viene á traer la oliva de la paz, aunque su método es un poco mas significativo. Se abre campo entre los contendientes, derriba al uno, pilla al otro, cintarea á aquel, y no sin recibir de vez en cuando algun proyectil ó alguna herida mas ó ménos grave, consigue llevar á los inocentes y pacíficos, tal vez á una de las hospederías destinadas á los turbulentos de todas líneas, á uno de esos hoteles para el público que innoblemente llaman cárceles.

Al dia siguiente algunos muertos, unos pocos mas heridos, familias ó huérfanas ó con el padre y la madre en cautividad, muchachos aporreados, otros desnudos á causa de las luchas pasadas, gorros y fusiles despedazados, fragmentos de banderas y espadas: he aquí el campo de batalla, y hé aquí todo lo que deja en la cortesana México el nacimiento de San Juan

Bautista. Pero eso es ahora; ántes, segun me cuentan algunos conocedores del país, la cosa era mas en grande, el entusiasmo mayor, y nunca se creia que el dia de San Juan habia sido bueno si no se daban sendos porrazos los de los barrios antagonistas. Casi, casi van perdiéndose esas costumbres belicosas: el espíritu guerrero muere: los espectáculos bellísimos que daban los barrios de San Pablo y la Palma van convirtiéndose en recuerdos históricos, y es verdaderamente lastimoso que no se trate de reanimar ese espíritu público que se sublevaba por solo el motivo de haber venido al mundo un santo tan pacífico como creo lo fué el predicador del desierto. Ya he dicho, aunque de paso, las ventajas que resultan de ir formando un pueblo guerrero, y mas que guerrero versátil en los principios que defiende; y como esto segundo es de inapreciables ventajas para la vida de las naciones, creo que á la vuelta de treinta dias de San Juan, ya tendriamos unos soldados con los cuales podriamos defender hasta el imperio Chino ó la República de 93, porque á todo se prestarian.

Otra de las ventajas que esta costumbre trae es la proteccion directa á las artes; porque en los dias que preceden al de San Juan se ocupan muchísimos en la fabricacion de uniformes y de armas, para lo cual se ocurre á las fábricas de papel, al espendio de colores, á la oficina del bateojero. Los pintores aguzan su ingenio para poner en las banderas y estandartes los animales mas raros y desconocidos que parodien

el águila nacional: los carpinteros abandonan toda ocupacion para dedicarse á hacer magníficos sables que sirven en las campañas, y otros muchos hacen una poda completa en los carrizales para proveer de fusiles á los belicosos chicos. Este movimiento produce mucho bien en una poblacion, no hay duda; y ese movimiento es la vida de las naciones. Por tanto, concluyo que la corte no tiene tanta vida como en los dias de San Juan y otros por el estilo.

Adios, hija mia: ya he tomado todos los diseños que he creido indispensables para remitirlos á las Batuecas, á fin de ver si se trasladan allá estas civilizadísimas costumbres, porque te confieso que me han gustado hasta no mas. Adios.—*Caralampio.*

México, 1º *de Julio de* 1859.

Supuesta mi decidida vocacion de cortesano perfecto, y creyéndote ya hoy dia suficientemente catequizada y apta para venir á dar honor á nuestras Batuecas, he resuelto por todos los caminos posibles comenzar á prepararte el nido en que has de venir á vivir, y de donde has de lanzar tu vuelo á la vida civilizada de México. Busqué por consiguiente en una de las mejores calles una habitacion decente, y he tenido el gusto de encontrarla, que ni mandada hacer. No tiene todo lo que yo quisiera; pero mis amigos dicen que no debo pararme en pequeñeces.

Primitivamente dicen que esa casa tenia algunas comodidades; pero el dueño creyó mas oportuno quitárselas para poder aumentar la renta; á fé que tuvo razon. Antes tenia una sala amplia y unos corredo-

res, que ademas de ayudar á la ventilacion, no obstruian para nada la luz; pero hoy aquella está dividida por tabiques para aumentar el número de piezas, aunque ninguna queda útil, y estos se han convertido en unas lindas pajareras en las que un cristiano tiene que esperar dos horas para que *el señor esté visible*. En cambio de estos accidentillos, ni la sala, ni la pieza que se incubó en ella, ni las demas que se siguen, tienen gran luz; pero eso debe servirnos grandemente para que la vista no se lastime.

Con la mitad de la antigua casa se ha hecho una, y con el resto otra, ambas con igual número de piezas á las que toda ella tenia en mejores tiempos, milagro que está suficientemente esplicado con el sistema de tabiques, pajareras y alacenas, á lo que pomposamente se da el nombre de recámaras, gabinetes, alcobas y antesalas. La vista queda perfectamente satisfecha con la multitud de colores, grecas y rúbricas con que están decoradas las paredes y cielos: los pavimentos están un poco semejantes á los caminos de la República en cuanto á lo montañosos y desnivelados; pero vale que no ha de servir para hacer operaciones geodésicas, ó para observaciones astronómicas, en las que segun dicen, una hoja de papel acerca los astros. Verdad es tambien que el aguador, el carbonero y los demas individuos de esa calaña, tienen que hacer su triunfal entrada por una parte de nuestras habitaciones; pero esos testigos mas tendremos de nuestro modo de vivir, y como ya desde

ahora me prometo que ha de ser bueno, creo que no hay razon para que nos escusemos de su testimonio.

Pues bien: lo que es la casa ya está en facha y solamente nos falta llenarla con todos los diferentes muebles que han de servir para nuestro servicio; y aunque quiero que sean de honra, para lo cual me desentiendo del provecho, no quiero ir á buscarlos á la calle de San Francisco ó la Profesa porque serán ó no de tono: eso lo decidirá el vendedor sin que yo le pueda poner peros; y lo que yo busco es una cosa que esté ya reconocida y proclamada elegante y con lós requisitos de buen gusto que en la corte son indispensables. Por consiguiente, y como la fortuna me proteje en todas mis cosas, hé aquí que hojeo uno de los periódicos diarios á que por moda me he suscrito, y me encuentro sin trabajo con un aviso que trae en la tercera plana, el cual me cuenta que "habiéndose vuelto para Europa el Sr. D. X,* ha encargado al que suscribe, de la venta de sus muebles compuestos de ajuares de rosa, caoba y cedro, todo de ŭltima, moda pues èra conocido su buen gusto. Todo se vende al mejor postor y los compradores serán servidos á placer."

Para qué buscar mas? El Sr. D. X.* hombre de buen gusto generalmente conocido, no podia tener en su casa sino cosas esquisitas, y vendiéndose en remate particular, á la vista, al contado y sin reclamo, creo que muy torpe seria si no me aprovechara de tal ganga, en la que me es fácil hacerme de muy buenas

cosas á muy buen precio. Sobre la marcha al remate; tanto mas cuanto que ya va á ser hora de que comience y será una lástima que no estuviera yo desde el principio para escojer á mi gusto lo mejorcito que hubiera.

El remate estaba fijado para las once de la mañana, eran las diez y media, y por tanto, dando zancadas largas llegué á la casa del Sr. D. X.* con una esactitud inglesa. Estaba allí el que suscribia, tres acólitos y cuatro ó cinco honrados caballeros que presumí fuesen compradores. Todos me echaron una rápida mirada, y sus ojos brillaron de placer, cuando analizaron mi bonachona fisonomía. A fuerza de esperar dió la una, y ya entónces la sala estaba completamente llena, sirviendo por última vez, de cuenta del vendedor, todos los muebles para uso del respetable público. Solo me chocaba una cosa que no me la podia esplicar. La casa tenia una sola sala y una antesala tambien única, y sin embargo habia allí sofás y confidentes, y sillones, y sillas para amueblar y convertir cada una de las piezas, inclusa la cocina, en un decente salon. Eso me reveló un lujo inimitable, y me hizo suspirar por cuanto me veia incapaz de llegar á él. Al mismo respecto se encontraban las camas, los espejos, las pinturas &c., &c., lo cual no me dejó duda de que en el tiempo de haber estado habitada la casa, forzosamente debieron vivir las señoras en los corredores, puesto que las piezas no dejaban espacio para poner un solo pié.

Comenzó el remate: cada uno de los concurrentes habia con anticipacion echado el ojo á lo que se proponia comprar, y solo esperaba que se pusiera en *puja* para entrar en la lucha. Lo primero porque se comenzó fué un ajuar de sala, compuesto de un sofá, dos sillones y doce sillas, *todo de rosa, vestidos de brocatel de seda, última moda de Paris, en muy decente estado.* El vendedor, vestido de riguroso luto y ostentando una rica sortija, un magnífico reloj pendiente de un bejuco de oro, paseó sus miradas por entre todos los circunstantes para escuchar la primera *postura.* Iba yo á abrir los labios para ofrecer doscientos pesos por todo, cuando afortunadamente me interrumpió un hombrecillo flaco y descolorido que ofreció diez pesos por el conjunto: Calcula mi asombro al escuchar semejante blasfemia, cuando creí que aun en doscientos pesos era dado, segun las cualidades que enumeraba la voluble é incansable lengua del *vendutero.* "*Diez pesos, señores, me han ofrecido por un sofá, dos sillones y doce sillas, todo de rosa, vestido de seda, última moda &c.....¿no hay quien dé mas? Vamos, señores: éstos son muebles que en la calle de Plateros no costarian ménos de trescientos pesos....Diez pesos!....veinte pesos!....veinticinco!....treinta!....*y seguia subiendo, y volviendo á todas partes sus ojos que leian sin duda los guarismos en el espacio; que por ninguna voz oia yo á lo ménos. "*No hay quien dé mas?*" y amenazaba dar un martillazo en la mesa, pero se contenia en el acto,

porque uno de aquellos cuatro ó cinco individuos que yo habia encontrado á mi llegada, dejaba escapar una puja mayor. *!Cincuenta pesos! cincuenta y cinco!...sesenta!* y seguia buscando números en la frente de todos los que estaban allí, hasta que alguno otro dejaba oir su voz ofreciendo algo mas. Así siguió la danza; los tales muebles merced al empeño que manifestó uno de los que ántes he dicho, subieron á trescientos cincuenta! en lo que le fueron adjudicados á un hombre de barba larga y de ojos muy grandes.

Como aquello me sirvió de ensayo pude ya, en el lote siguiente, entrar en la cuestion. Tratábase de otro sofá, otros dos sillones y otras doce sillas, tambien de última moda de Paris, aunque muy desemejantes á los otros; quizá porque no hay solo una moda. "Se remata, señores, este magnífico sofá, con sus dos sillones correspondientes y doce sillas, todo de rosa con vestido de seda y cerda. ¿Cuánto vale todo esto, señores?" Nadie chistaba; pero yo que que ya tenia ejemplo que imitar me aventuré á decir *diez pesos.—"Diez pesos, señores, por este ajuar, cuando de viga costaria mucho mas! Mirén ustedes, señores, es rosa garantizada, ènteramente nueva, y en la calle de San José el Real no costaria ménos de doscientos cincuenta pesos: ¿No hay quien dé mas?.... veinticinco pesos.... veintiocho....treinta.....treinticinco."* —*Cuarenta,* dije yo á la buena de Dios.— *Cuarenta pesos: ya el señor se va convenciendo de que*

vale el dinero....cuarenta y cinco.... - *Sesenta,* esclamó uno de los susodichos.—*Sesenta....setenta.... ochenta.....* *Cien,* dije yo nuevamente.—*Cien.... ciento diez......quince, diez y ocho.*—*Ciento treinta,* dijo mi antagonista.—*Ciento cincuenta,* repliqué yo. —*Doscientos,* dijo aquel herido en su amor propio. —*Descientos veinte,* repuse, y creí haberlo aplastado; pero nada: él parece que tenia muchas ganas de evitar mi compra, y dijo lleno de despecho.—*¡Doscientos sesenta!* Como á juicio del vendedor aquello valia en San José el Real doscientos cincuenta, creí que me era mejor ir allá y por lo tanto me callé. Mi hombre palideció visiblemente, y creo que fué por una terrible mirada que le dirigió el gran sacerdote, la cual me debió el concepto de injusta, puesto que le pagaba muy bien sus muebles. Se apuntó su nombre y siguió el remate.

Sobre poco mas ó ménos así se fueron vendiendo las demas cosas, hasta como á las seis de la tarde, hora en que se citó para el dia siguiente á fin de continuar la venta. Yo por fin no pude tomar sino un espejo, en un valor muy cómodo segun me dijo mi adversario, quien á poco me dió mil escusas por su oposicion, y aun llevó su complacencia hasta ofrecerme el ajuar que me habia disputado; caballerosidad que en manera alguna quise admitir. El espejo me costó sesenta pesos. Ví vender allí algunos juguetes para tocador que debian ser muy apreciables, por cuanto la lucha que se entabló para su adquisi-

cion, fué mas viva que una lid electoral; y en esa disputa cada pieza llegó á tener un valor de tres pesos, aunque otras semejantes las habia visto dar en tres ó cuatro reales. Ví ofrecer quinientos pesos por un cuadro que el vendutero afirmaba ser de Rubens, y que á mí me consta habérselo visto fabricar á un regordete mexicano á quien encargué hace poco un retrato. Ví dar en trescientos pesos una escopeta que fué propiedad del príncipe Eugenio, y que sin embargo un amigo mio habia vendido hacia poco tiempo en veinte pesos porque no estaba en corriente. Respecto de mi espejo hoy he sabido que en la casa de Michaud solo me habria costado unos veinticinco pesos.

Al dia siguiente fuí un momento: luego se me hizo lugar; pero los asiduos compradores de la víspera me chocaban mucho, y desde el momento en que alguno de ellos tomaba la palabra, dejaba yo de hacer proposiciones. Así es que nada compré ni volví á pensar en buscar nada bueno, bonito y barato. Mucho tuve por qué alegrarme cuando ví que uno de los compradores se quejaba de que el ajuar de sala que habia comprado por de rosa, le salia de pino pintado y barnizado: que otro se lamentaba de haber recibido alfombra usada á razon de seis reales vara, cuando á siete la habia nueva en los depósitos, y así de lo demas.

Despues que salí de allí supe que el Sr. D. X.* repudiaba las siete octavas partes de lo que se habia

puesto en venta como suyo, y que lo mas habia salido de tales ó cuales almacenes, cuyos propietarios iban á licitar en el remate y á dar á los efectos precios fabulosos. Estos, fingiéndose postores obtienen una de dos cosas, ó venden muy caro al bauzan que se empeña en contrarestarles, ó si se finca en ellos el remate pueden al dia siguiente exhibir una prueba de que tal cosa les cuesta tanto, para lo cual enseñan su lote; y de ese modo se dejan pedir cuanto les ocurre. O si hay alguna cosa que en realidad se venda á precio bajo, ellos la abarcan y despues anda de remate en remate como si fuera jubileo circular. Tales individuos llevan el nombre de *paleros.*

Cansado por tanto de perder el tiempo sin provecho fuí á donde debí haber ido primero, á los almacenes de muebles, donde si no encontré cosas que merecieran el nombre de nuevas, elegantes y de buen precio, hallé en cambio las sillas renovadas del Sr. Z*, el confidente rejuvenecido del Sr. S*, la consola disfrazada del Sr. K* y otros objetos que habian ya hecho sus servicios en el mundo, y que por tanto tenian derecho á la jubilacion.

Cargado de todas mis compras, ó mejor dicho, cargados los conductores, llegué á mi nueva mansion á hacer que el tapicero las colocara; pero ¡aquí de Dios! Por mas que nos devanamos los sesos en discurrir por dónde entrarian los sofás, nos quedamos en la misma. La escalera tenia tantos escalones como vueltas, y los muebles no eran como culebras que

se podian enroscar. Las puertas eran tan estrechas como conciencia de beato, y los sofás no eran de goma elástica para poderlos oprimir y enjutar. Una mesa hizo su ascension por los balcones y se ha quedado hasta hoy á medio camino. Una cama se presta á entrar, pero sin cabeceras y sin piés. En suma, todos ó casi todos los muebles protestan contra la taxativa que les ponen las puertas y corredores, y estoy muy próximo á presenciar una escision, un desmembramiento, una acta de federacion entre todos aquellos palos amenazados de un fraccionamiento absoluto.

El tapicero me consuela en tal trabajo, diciéndome que no hay cuidado, que todo ha de domiciliarse allí; pero si no es que discurra ensanchar las puertas, á lo que se niega el dueño de la casa, no comprendo cómo podrá hacerlo este buen hombre. Mucho me temo que nos veamos en la precision de ó no tener muebles ó tenerlos propios para liliputienses, que no sé qué será mejor.

Adios, Bibiana. Muy pronto nos veremos las caras, pues se aproxima el gran dia de tu regeneracion social.—*Caralampio.*

México, 4 *de Julio de* 1859.

Como una prueba concluyente de la ilustrada civilizacion de la corte, puede citarse el empeño que hay en escribir y leer periódicos, ora se llamen de literatura y variedades, ora lleven el nombre de políticos y religiosos, ora, en fin, sean una miscelánea completa de cuanto puede apetecerse en esa línea. Sin embargo, parece que las actuales circunstancias no son muy favorables al periodismo, puesto que apénas existen cuatro en estos momentos; pues aunque han aparecido dias atrás algunos otros, morian tan intempestivamente, que ni lugar habia para sus funerales.

Yo he sentido la desaparicion de algunos, principalmente literarios, porque en ellos encontraba momentos muy satisfactorios, ya leyendo las novelitas verdes que consagraban á las señoritas, ya instruyén-

dome en el modo de curar las heridas que hacia un mal fuste en el lomo de un caballo, receta que se daba á las mismas señoritas, por lo que pudiera importarles. He sentido tambien la muerte de otro risueño publicista, que nos proporcionaba verdadero soláz, principalmente cuando con su inimitable gracia y salero injuriaba á los mexicanos por haberle dado hospitalidad; y cuando por decir gracejos nos regalaba los epítetos de béstias, de pícaros, de venales, sin perdonar al mas encopetado. Lo he sentido, porque todo esto instruia y recreaba; y cualquier padre de familia podia con seguridad dejar en manos de sus hijos esas predicatas de moralidad y de respeto á la sociedad entera. Pero puesto que han pasado á mejor vida, respetemos su sepulcro y hablemos de los vivos.

Estos como digo son cuatro, y pueden compararse á mi modo de ver con los novísimos, así por los distintos caractéres de cada uno, como por el modo con que se conducen.

La muerte la veo yo en el que llaman *Diario Oficial:* tanto es de severo y descarnado que nunca se le puede roer maldita la cosa. Sus ocupaciones son del todo oficiales, y no hace mas que publicar las comunicaciones de los minsterios, los partes de los gefes, las sesiones de la sociedad de geografia y estadística y las píldoras y ungüento Holloway. Qué se puede decir de éste? Lo mismo que de la muerte, que es inevitable y no admite chanzas. Dejémosle por tanto.

El juicio está representado en un papel chisgaravís y enredador, fisgon y entrometido, que no deja títere con cabeza á quien no ajuste las corcobas. Llámase *Diario de avisos*, y tiene la mision de llamar las cosas por su nombre y hacer un escrutinio de las acciones de cada *quisque*. Continuamente está en pleitos con todos, porque no á todos les agrada que saquen sus trapitos al sol: y este prójimo se saldria de la misa de doce y cuarto, que es la última, por decir cuatro frescas del lucero del alba. Tiénenle grande ojeriza los que temen ser llamados á su tremendo tribunal, porque hace mucho tiempo que está en la creencia de que su mision en la tierra es la de enderezar tuertos. Verdad es que muchas veces no es tan sesudo que su fallo sea infalible; pero es juez humano y ya se sabe que la humanidad es imperfecta; y muchas veces se deja llevar de testigos falsos que lo hacen firmar una pilatuna. Pero esta disculpa, la podrán siquiera arreglar otros que tienen por oficio juzgar? A lo ménos á este censor implacable no se le puede argüir de cohecho ó de corrupcion, sino mas bien de esceso de severidad.

De un pecado sí no le absolveré nunca, del de hurto; porque ese lo comete con la mayor frescura el dia que se encuentre sin pasto para su ordinaria ocupacion: copia artículos enteros de cualquier parte, y si no los da por suyos deja que entiendan que lo son. El quiere disculparse con el mal ejemplo; porque dice que todos hacen lo mismo, y aun él es víctima de

esos despojos. Será así, pero siempre quisiera yo que no se echara á la bartola, sino que trabajára personalmente, puesto que le sobra ropa de que cortar. Ha ofrecido la enmienda: verémos si la tiene.

El infierno está en frances, y como tal infierno se rebela siempre contra todo aquello que le puede disputar sus victorias. Merced á ciertos temorcillos, solo medio abre la boca para que no se le olvide el movimiento cuando sea tiempo de engullir. Nunca trata sino con deferencia á los que por allá en nuestras batuecas ú otros lugares semejantes se han constituido enemigos del alma. Suelta allá como al descuido algunas palabritas, que aunque aplicadas á otro país, tienen mucha cabida en nuestros asuntos; y cuando se trata de que alguno se desfogue contra los otros papeles, de seguro que en él se encuentran siempre los preliminares. Yo entiendo que si no se le sujetaran tanto las fauces, algunos sapos y culebras veriamos salir de allí. Por lo demas, hasta ahora no inspira temores; quién sabe si mas tarde se desquitará de ese prudente silencio que ahora guarda.

La gloria, como que es lo mas apetecible, lo mejor que el hombre puede buscar, ya sea la gloria que disfrutan los bienaventurados en el cielo, ya sea la gloria que en el mundo buscan los grandes hombres, la veo figurada en el diario llamado la *Sociedad*, periódico aristócrata, sério, gravedoso y lleno siempre de pretensiones. Publica siempre unos artículos de chuparse los dedos; sus materias son de muy alta cate-

goría; nunca divaga en futilezas, nunca desciende á pequeñeces. Es verdad que para llegar á la sustancia de un artículo de cinco columnas, hay que apurar primero las cuatro y media consagradas á los preliminares y antecedentes; pero eso sí, en la última media columna se desquita y cotunde á los que se ha propuesto combatir.

Como sus artículos son siempre de un mérito indisputable, y como ademas ha adoptado por epígrafe una divisa soberbiamente guerrera, se pelea á cada momento porque le toman tal ó cual noticia, y luego lleva su paciencia hasta formar un índice de los párrafos, ó de los títulos do los párrafos que le copian; siempre sin perjuicio de copiar á su vez lo que mas le agrada. Elevada y viviendo siempre en las altas regiones, ve con el mayor desprecio á los que andan en este valle de lágrimas, y se entrega toda entera á la contemplacion de la beatífica felicidad que nos rodea. Para ella estamos en el Eden, y mucho mas lo estaremos cuando cierto personaje logre organizar el desórden y moralizar la inmoralidad, lo cual creo tan fácil como sorberse un huevo tibio.

Ya he dicho que sus artículos son siempre de un sabor celestial, y tú verás si lo son ó no cuando sepas, aquí reservadamente lo digo, que no tiene inconveniente en prohijar el de algun santo padre ó el de alguno de los mas célebres escritores. Hasta el padre Lammenais ha pagado su contingente; por su-

puesto en plata de buena ley, porque la chagolía solo se admite por descuido.

En cuanto á mentir, ni por pienso: ayunaria cuatro cuaresmas á pan y agua, si acaso no se mordia la lengua cuando tales tentaciones le vienen. Que alguna vez la engañen, podrá suceder, muy principalmente cuando da oidos á un cuervo que suele irle á cantar cuan torpemente sabe hacerlo, y se deja llevar de sus notas.

Hé aquí el periodismo de la corte. Por leer estos cuatro papeles se desviven mas de cuatro personas, y apénas han saltado del duro ó mullido lecho, ya preguntan por alguno de ellos. Muchas veces no les encuentran gran cosa, y entónces hacen una mueca de desagrado; pero si alguno de ellos sostiene con otro una polémica interesante sobre si Don Fulano se levanta á las diez ó á las doce; sobre si en el teatro se dieron de cojinazos ó fueron bastonazos y entre quiénes, entónces el periódico tiene un grande interes, se le lee sin descanso, se le lleva por todas partes, y se le muestra á los amigos. Porque una de las condiciones mas esenciales del periodismo, es que se ocupe de trivialidades y de chismes.

Todavía hasta ahora nó he podido dar con un periódico que escriba razonados artículos sobre hacienda, sobre administracion, sobre derecho público, sobre ciencias, sobre artes, sobre algo de provecho. Son unos buscapiés cuando mas, que inician una cuestion, sueltan magistralmente tres ó cuatro frases de estam-

pilla, y ahí quedó todo. Muchas veces ni se toman el trabajo de probar sus proposiciones, sino que las dan por tan admitidas, que parecen artículos de fé.

Verdad es tambien que el dia que quieran abrir cátedra para cualquiera ciencia, ese dia se borrarán de la lista de suscritores, lo ménos noventa y nueve de cada cien, y el restante bostezará de fastidio, y solo recibirá el papel para recortarle el folletin, caso que fuera una novelita. Tanto así es lo que en la corte gusta leer cosas sérias y de provecho. Por consiguiente, á tales lectores tales escritores.

Muchas veces se encuentran en la seccion de avisos de tales periódicos, alguna cosa tan rara, tan original como la siguiente: "*Las mulas que se perdieron el dia* 18 *del pasado en el puente de San Javier, darán una buena gratificacion al que las entregue en el meson de San Pedro y San Pablo.*" O como esta otra: "*Se vende un novillo de todas leches en buen precio. Dará razon en la plazuela de la Santísima.*" Por mas que yo busqué las mulas para preguntarles á cuánto llegaba la gratificacion que habian de dar á quien las condujera á su casa, no supe dar con ellas; así como tampoco pude encontrar el novillo para que me diera razon de por qué y cómo se vendia.

Esto es lo ménos notable que se suele encontrar, que algunas veces hay cosazas que ni yo con toda mi batuecada me atreveria á decir; pero en la corte pasa todo, porque en la corte hay dispensa absoluta de buen sentido respeto de publicaciones, y lo que im-

porta á estas es llenar el papel y tener un buen número de suscritores.

Hasta otra vez, hija mia. Por ahora te envío unos números de los periódicos cortesanos, con algunos confites dentro. Creo que no han de estrañar tamaña dulzura, pues bien acostumbrados están á ella. Adios.—*Caralampio.*

México, 7 de Julio de 1859.

Ademas de los muchos progresos que la corte ha hecho en eso que se llama civilizacion y que muy ligeramente he tratado de darte á conocer, hay en esta beatísima tierra otras muchas cosas que no tocan á la cultura de las personas, pero que sí dan una idea ventajosísima de lo que es la capital del nuevo mundo, y de lo muy atrásados que aún estamos en nuestras felices Batuecas, no para competir con la corte, pero ni aun para mirarla frente á frente. Indefectiblemente somos unos pigmeos, y México es un gigante mas grande que una montaña. ¿Cuándo lo alcanzaremos?

Para que veas que no lo pondero mucho, voy á ponerte muy en compendio algunas de las cosas que por aquí se usan y que por allá no conocemos, con

lo cual acabarás de persuadirte de la enorme distancia á que nos encontramos los de allá con los de acá.

En México, país libre, soberano é independiente, nunca se han consentido los esclavos, y no como quiera, sino que los hombres que lo son en otra parte, por solo el hecho de pisar el territorio de la república quedan libres. Esto no agradó en modo alguno á ciertos hombres afectos á la servidumbre, no obstante que proclaman libertad: ¿y qué hacen? Inventan un modo por el cual el individuo aunque no se vende se empeña; y aunque no está marcado está señalado; y aunque no trabaja en los ingenios y en los plantíos de arroz y de café, lo hace en los amasijos y en las tocinerías. Y ya ves cómo sin ponerse completamente en oposicion con los humanitarios sentimientos del legislador, hay una esclavitud, embozada, es verdad, pero casi casi como la de cierta república que es llamada por algunos el emporio de la libertad.

Quizá no me has comprendido bien, y no tendrás culpa si así sucede, porque solo yo que lo veo puedo esplicarme cómo puede hacerse un hombre libre cuasi esclavo; pero voy á darte la clave del secreto, y entónces entenderás. Supon tú que un ciudadano de estos que tienen soberanía, se encuentra el dia ménos pensado sin cuartilla: sabe trabajar en la panadería ó en la jabonería; va á buscar ocupacion, pero se le dice que no hay modo, sino es que entre á la clausura. Si condesciende se le da tal cantidad

sobre su persona, y por ese mismo hecho queda convertido en mueble de la casa; porque hasta que no desquita el importe del empeño no sale sino los domingos á misa y sin eso sombrero y cuidado lo mismo que todos los demas, por dos ó tres capataces que parecen agentes de la policía secreta.

Dirás que un hombre así pronto recobra su libertad, pero te engañas; porque cuando ya va acabando de amortizar su crédito, abre otro, y luego otro; y llega un dia en que ya no puede salir de la casa de empeño, porque su pasivo está muy léjos de ser cubierto por su activo.

Te dije que estos remedos de esclavos estaban señalados á falta de marca, y la señal consiste primero, en la falta de sombrero que queda abolido miéntras su cautividad; y segundo, en su librea que toca los dos estremos en cuanto á color, puesla una es blanca por demas y la otra negra por esceso: la una cubre de harina hasta los ojos: la otra de grasa y humo hasta la lengua. Ya ves que de esto no hay por nuestra tierra.

Tampoco tenemos por allá unos depósitos tan multiplicados, tan abundantes y tan variados del néctar mexicano llamado pulque. Aquí á cada cuatro pasos se encuentra un espendio, surtido de barriles rebosando de blanco *neutle*, y frecuentado por miles de individuos é individuas. Unos se instalan en sesion permanente y apuran de sobre el mostrador sendos vasos, hasta que agotadas sus fuerzas pierden

el equilibrio y se entregan al sueño del hombre dicho so: otros solo llegan á proveerse para llevar á sus casas la racion cuotidiana; porque aquí, desde el niño que está en los brazos de su madre ó de su nodriza, hasta el viejo decrépito que ya no puede con la fé de su bautismo, beben pulque desde que amanece hasta que vuelve á amanecer.

Por lo que hace á los espendios ó *casillas*, siempre se procura atraer al consumidor ya con la longanimidad de las medidas, ya con la buena calidad del efecto (es decir, con la ménos agua que se le mezcla, y las ménos porquerías que se le intercalan) ya, en fin, con la pintura de la casa, en el cual brillan los asuntos erótico–pardo–oscuros que es un contento, no faltando parte donde se ostente puderosa una Vénus en el baño, ó cosa tan moral como esta.

La frecuente concurrencia á estas casas, las libaciones continuas del *divino neutle* hacen muchas veces que, como dije ántes, se pierda el equilibrio; y una vez perdido este, suele ir á servir de punto de apoyo un hombre forrado de bayeton azul y ostentatado un sable corto muy parecido á los que usan los muchachos el dia de San Juan para sus simulacros de guerra. Si el cansado libador se resiste al apoyo que se le ofrece, entónces hay que echárselo á cuestas, para lo cual se llama al jayan mas inmediato, quien con la mayor espedicion lo conduce á una casa de asilo, donde el devoto de Baco va á pasar ocho ,buince, ó mas dias de recogimiento, escep-

to las horas en que sale á la ciudad á cuidar de su aseo ó mejoras materiales.

Cuando es una dama del pueblo soberano la que recibe estos ausilios—y con demasiada frecuencia ocurren casos de esta naturaleza, porque el bello sexo popular es sumamente afecto al blanco licor—entónces la escena cambia de aspecto y presenta lances cómicos por demas. En primer lugar se entabla una lucha de palabras y obras entre el conductor y la conducida: ella se resiste, él insta: ella opone su inercia, él emplea su fuerza; y no se dirime la cuestion, sino cuando un comedido ó compelido Atlante se eche á la espalda aquella mole de carne y hueso. Pero para darle mas interes al grupo, así como para librarse de ciertas cariñosas conversaciones que se solian entablar entre los dientes de la remisa y las espaldas del diligente conductor, han inventado estos ponerlas en contemplacion del sol, y poner sus espinazos de la manera mas académica, dejando flotar á merced de su dueño las piernas cuasi desnudas de la forzada carga que trasportan. ¿No es verdad que un dibujante encontraria demasiado poético este precioso grupo, y sacaria de él un estudio azás precioso?

Cuando llega á la casa de asilo se le deja reposar de la fatiga del viaje y de las emociones del pulque; y al dia siguiente por la mañanita sale en compañía de otras damas, á lucir su aseo y su destreza en la escoba, ora á la plaza de la constitucion, ora á la

frondosa alameda, sirviéndo este ejercicio lo mismo de distraccion que de castigo. Evidentemente que de esto no se disfruta en las Batuecas.

Ménos nos es conocido el sistema de muestras adoptado en la capital para algunas casas de comercio, v. g. los espendios de cigarros y de puros, las dulcerías y bizcocherías, y una ú otra fonda ó *restaurant.* El sistema de muestra consiste en buscar unas muchachas ó cuasi muchachas de no mala catadura, que sentadas siempre detras del mostrador, muevan regularmente los ojos, y sonrian con agrado al parroquiano, el cual en pos de esas miradas ardientes y de esas sonrrisas protectoras, se declara consumidor permanente de los efectos de aquella casa, aun cuando maldita la bondad que los recomiende. Este sistema está mas generalizado en las casas donde se vende ropa blanca hecha. Allí el pollo y el cotorron, con tal que una manecita regordeta, aunque nada aristocrática, le tome medida del cuello, de los puños, y le ajuste los guantes, ó le haga el nudo de la corbata, se deja sacar dulcemente el dinero de la bolsa, y paga el triple de lo que los efectos costarian en otra parte. Verdad es que ese esceso de precio se le desquita con escuchar coqueteando algunas flores ó algo mas, y con eso se cree el bauzan indemnizado.

No haya miedo que las virginales costumbres de tales reclamos padezcan en lo mas mínimo, porque ademas de que están formados sus corazones á prue-

ba de bombardeos, tienen precision de permanecer incontrastables ante cuanta declaracion se les haga; porque en el mismo momento que se mostraran sensibles dejarian el puesto á otras que no fueran tan propensas á la combustion. Allí se les pone para que sirvan de anzuelo á la pesca, no para que se dejen pescar: por consiguiente deben complacer á todos y satisfacer á ninguno. Dirás que para eso seria bueno que las hicieran de palo ó de otra materia que no fuera de lo que están formadas las hembras; pero eso ya se ha ensayado y no surte buen efecto, sino por un rato; y el parroquiano se necesita constante, asiduo, perpetuo. Las muestras de palo, ni hablan, ni ven, ni sonrien; y el parroquiano, para serlo, necesita algo mas que esto todavía: así es que ellas que saben de lo que se trata, cumplen perfectamente su deber.

Del todo nos son desconocidos los grandes depósitos que hay en la capital, de ropa hecha y por hacer, en cinco ó seis horas á lo mas. Llega aquí un batueco que ó bien por falta de dinero ó por sobra de robos, que ha sufrido en nuestros segurísimos caminos, se ve precisado á llegar en un sencillo trage al natural. Con tal que pueda conseguir unos diez ó doce duros, puede en el acto pasar á una de esas galerías en donde lo dejan como nuevo, vestido elegantemente y á la última moda de Paris. Es verdad que á poco andar y con solo que sople un ténue vientecillo, caerá el pelo del *paleteau*, quedando en su neta desnudez

el grueso tejido de la sabanilla ó balleton que se encubria con aquella suave piel: que al dar un abrazo concienzudo á un conocido, quedarán las mangas separadas indefectiblemente del resto del cuerpo; que al inclinarse á levantar un pañuelo caido ó para hacer una reverencia, los pantalones se independerán de las trabillas ó de la cintura, ó todavía peor, haciendo una música poco agradable al oido y al bolsillo del dueño; dejarán á este con mas ventilas que las que hay en el teatro, ó con mas rendijas que una puerta de casa vieja; pero estos pequeños contratiempos no son nada en comparacion de la baratura, prontitud y demas buenas cualidades que hay en las *galerías de ropa hecha*, donde se hace una *horrible quemazon* y se halla *casi dado*, cuanto ha menester un hijo del buen tono y de la buena arranquera.

Igualmente nos son desconocidos unos depósitos de perfumería, en donde se encuentra cuanto se necesita para la belleza natural ó artificial, y para que las leonas y pollos, al par que todos los demas séres vivientes de esta felicísima corte puedan en el dia aromatizar su tránsito en el mundo, y de noche neutralizar los constantes y sempiternos perfumes que despiden ciertos bomberos que triunfalmente pasean por toda la ciudad. En esos depósitos se encuentran entre otras curiosidades, los célebres ungüentos de elefante y de hipopótamo, con cuyas fricciones en las encías salen los dientes aun á los que tienen noventa años: hay tintura de hormiga arriera para adel-

gazar la cintura y ensanchar la parte inferior del cuerpo de las damas: hay pomada de tórtolas para dar ternura en el corazon: hay jabon de golondrinas para soltar la lengua de las cortas de genio, que aunque bien pocas, no se toleran: hay colirios de sangre de gacela para dar espresion á los ojos: hay zumo de cola de oso para sacar el pelo; y en conclusion, hay cuanto puede apatecerse para la higiene de las personas y para su mas completo perfeccionamiento físico.

Allí, ademas de todas esas especialidades se encuentran otras que tambien sirven, ya que no para el embellecimiento de la persona, sí para la hermosura y deleite de los gabinetes donde las señoras tienen su tocador, como decimos los batuecos. Esas otras bellezas consisten en vasos de todas formas y caprichos: en alhajeros de diversísimas figuras, y sobre todo en estátuas de rica porcelana que representan imágenes mitólogicas en actitudes indescriptibles. Y no creas que esas *honestísimas* figuras se esconden bajo un tupido velo, siquiera para librarlas del polvo; no señor, se ostentan en toda su verdad y deznudez, aun cuando muchas veces son niñas adolesentes las que van á contemplarlas Esto consiste en que se trata de desarrollar el gusto por lo bello y principalmente por las bellas artes. ¿Y de dónde ó cómo se podrian estudiar mejor que en esos acabados modelos de los mejores maestros?

¿Dónde hemos de tener nosotros como tienen los

cortesanos esos gabinetes ambulantes, esos salones de tertulia, que, ora en una librería, ora en una botica; unas veces en una tabaquería, otras en una tienda, abren sus sesiones y se habla de política principalmente, ya proponiendo cambios en la marcha del gobierno, ya disponiendo las operaciones del ejército, ya murmurando, ya corrigiendo y nunca alabando algo de lo que dispone el que manda? Aquí hay en esa línea un local, que bien pudiera llamarse la nueva Jerusalem, si no porque haya aparecido un Salomon, sí porque allí se espera siempre la venida del Mesías. No pasa un solo instante sin que no se espere *more judaico* al que ha de venir á redimirnos, no obstante que cuantas veces en mientes se le ha puesto venir á este suelo, nos ha dejado de peor condicion, merced á los mismos judíos de que ha formado su sanhedrin. Los rabinos que allí se congregan, á pesar de que su objeto principal consiste en leer las profecías de Daniel, y preferentemente sus setenta semanas, hablan luego de literatura y de ciencias, aunque científicos y literatos son tanto como sus asientos.

¿Ni de dónde habiamos de poder envanecernos con poseer unos jardines esmerados, embellecidos, y aparejados tanto para una comida en familia ó amigos, como para ciertos misteriosos placeres que huyen de la luz del dia: así para escojer esquisitas plantas, como para destrozar rozagantes flores? Allí las fuerzas se pueden ejercitar lo mismo que perder; allí se

pueden restaurar con suculentos almuerzos, lo mismo que disiparse en alegres bacanales: allí tanto se puede uno figurar en Roma en los banquetes de Heliogábalo, como en las fiestas de la isla de Citéres. Todo allí se puede, ménos ir sin dinero: todo se permite ménos salir sin pagar.

¿Podriamos nosotros presentar como la corte tantas casas de beneficencia y caridad como aquí se encuentran á cada dos pasos? Imposible; aquí esos establecimientos son tan comunes y la limosna tan ejercitada, que causa asombro el número de las personas que en tal se emplean. No mas que como saben que el orgullo es un gran pecado, cuidan de ejercer sus actos *benéficos* desde que la luz no puede descubrir las facciones de la limosnera; porque limosneras son y no limosneros quienes se dedican á ese ramo. Me cuentan los prácticos que hubo un tiempo en que fueron tan pródigas, que fué necesario reglamentarlas y señalarles un tutor, el cual ponia las tasas y cuidaba de que no se arruinaran. Hoy no es así: nadie se mete en que repartan mas ó ménos sus bienes; sino que dejan á su discrecion y buen juicio el que dispongan de lo que poseen; no segun su buen corazon quisiera, sino segun los mas ó ménos necesitados que á ellas ocurren. Son tan generosas, que desde que da la oracion salen á recorrer las calles, ó se ponen en las puertas de sus casas, ó se dirijen á los portales y la plaza ó finalmente celebran convenios de amistad, comercio y locomocion, con los con-

ductores de los simones para buscar por todas partes necesidades que socorrer y males que remediar; aunque esto segundo les sale á veces á la cara á las socorredoras y á los socorridos; pero no es por culpa suya. No creas que esperan á que un pobre les esponga su necesidad: ellas lo buscan, lo solicitan y se anticipan á sus deseos. Es tan grande su ansia de hacer bien, que ni esperan indicaciones.

En lo que la corte no tiene rival,—y eso creo te lo he dicho ya—es en la posesion de una nube de recaudadores de impuestos, que de dia y noche, en la calle y en la casa se llegan á uno y le exijen un contingente para las necesidades de su erario particular. Todos piden y para todo piden. Si estás en misa, no faltará un sacristan que te interrumpa en tu devocion para pedirte algo *para las misas que se están aplicando por intencion del que da su limosna,* y eso á gritos y pasando veinte ó treinta veces por delante de tí, y llevándose tu vestido entre los piés, y apoyándose en los hombros redondos de la mas bonita muchacha, así pudiera ser la mas almibarada y aristócrata, y echando á rodar á veinte pasos el importuno sombrero del que tiene la costumbre dedejarlo para oir misa. Hay entre esos esactores piadosos •uno principalmete que invade á un individuo ó individua desde el momento que le descubre. Mas que demandante ó colector, le llamaria yo salteador y asesino, porque haste de saber que un viérnes,—viérnes habia de ser—ví que mucha gente concurria

á un templo situado en las orillas de la ciudad, hácia el oriente: con mi habitual curiosidad me encaminé tambien allá, siguiendo como buen batueco, la corriente humana que me arrastraba. Me faltarian cincuenta pasos para llegar á la puerta del santuario cuando ví venir á mí corriendo un hombre, que sin perderme de vista y tratando de asegurar el golpe que me asestaba al pecho, traia un objeto reluciente en las manos y á grandes gritos me pedia dinero.

Creí que soñaba, porque imposible me era persuadirme que en pleno dia y á la vista de tantos testigos se me pidiera la bolsa ó la vida. Era nada mas que un limosnero piadoso, que llevado de su celo pedia para el culto de la Santísima Vírgen, y lo que en sus manos llevaba era un cepillo ó alcancía; pero como sorprende con su carrera, con su ataque inopinado y con poner á la cara el depósito de los contingentes, no sabe el pobre asaltado si se trata de pedir á buenas ó si es el pordiosero de Gil Blas.

Los demas no son así, es decir, los que no piden para los santos sino para ellos; porque estos esponen su necesidad, y si se las socorren pronto se van; si se tardan en atenderlos insisten, y solo cuando han perdido toda esperanza pasan á hacer las mismas agencias con otro que ven al paso. Si se les pregunta indiscretamente por qué no trabajan, dicen que no encuentran colocacion, cuando me consta que hay una *Agencia de criados* en donde se da destino á cuantos lo solicitan; agencia que nosotros no conocemos, y que

sin embargo es de incalculables ventajas, segun he podido comprender.

Porque en esa oficina te surten de recamareras, cocineras, mandaderos, amas de llaves, niñeras y cuanto mas hayas menester. El que busca destino va allí, deja su óbolo por que lo inscriban en el registro, y muy en breve se encuentra con que en tal calle se necesita un cochero, v. g. Es verdad que el postulante no entiende una jota del manejo de mulas; pero si sabe hacer la mula su colocacion es indefectible. No le acomoda esto; pues vuelta á dejar el óbolo, y vuelta á esperar casa en que servir. La *casa agencia* cuida de que se escriba el nombre del solicitante, merced á las remuneraciones: de todo lo demas, así se cuida como de la fiebre amarilla. Ves que esta es otra de las instituciones que no conocemos y con razon; como que es de importacion europea.

Ya que de agencias hablamos, diréte que tampoco nos son conocidas las de *negocios*, en donde se encuentra cuanto hay que desear. Abogados, teólogos casamenteros, vendedores y compradores de fincas rústicas y urbanas, mineros, traductores, litigantes, médicos y cuanto puede haber menester un hombre en todo el curso de su vida. Todo está allí á disposicion del individuo y se le sirve con puntualidad, esactitud y moderacion en las distribuciones. ¡Qué capaz que allí te hagan perder dinero en negocio al guno! sobre que toda aquella máquina se mueve solo

para tu bien y utilidad, dime si te harian una mala pasada.

Es verdad que si llevas por ejemplo un pleito contra X por diez mil pesos que te debe, en el acto se te asegura que tus pretension es buena, justa y legal; se te provee de abogado, apoderado, vocero y cuantos mas agentes hayas menester; y si por accidente llega X y pretende se le defienda del pago de los consabidos diez mil, se le asegura, lo mismo que á tí, que su esepcion es justa, buena y legal, y se le provee de abogado y de todos los demas oficiales que necesita su obra. Y ambos salen bien. ¿De qué modo? dejándoles la *Agencia* igualitos, igualitos. Pero este es su secreto, y esto es lo único de que vive esa importante oficina.

Figúrate no mas si necesita de un número casi infinito de toda clase de dependientes, puesto que en todos los ramos posibles é imaginables necesita de cooperadores. Por fortuna estos abundan, pues en ninguna parte del mundo habrá tal nube de abogados, médicos escritores y sabios de todo género como los que aquí pululan y se dejan ocupar á ínfimo precio.

Buena prueba de esta verdad, es á mi juicio, el sin número de astrónomos que hay en esta nobilísima corte, cuya existencia noto en la publicacion de cuarenta y nueve calendarios que hasta hoy han salido para el año próximo venidero. Es verdad que en cuanto á sus observaciones están mas conformes

que un [illegible] homogeneo lo que bien podria argüir un plagio; pero yo creo mas bien que eso confirma la exactitud de la ciencia y la perfeccion á que han llegado los conocimientos, puesto que todos [illegible] *en discrepante*, como dicen cerca de la plaza del mercado en ciertas solemnes ocasiones, anuncian cuándo hará buen tiempo y cuándo malo. Tampoco se puede decir que es la misma geringa con émbolo distinto; porque cada uno trae el nombre de su autor, y ni modo de negarlo.

Para dar mas interes á estos cuadernos, que segun los inteligentes, sirven para propagar los conocimientos en el pueblo, se les agregan cuentos que repiten hasta los niños de la doctrina; versos que hace muchos años publicó un periódico, derroteros que no son los de la república, aun cuando lleven ese nombre tablas de sueldos y salarios que las señoras no consultan, porque se atienen á los frijoles y á los dulces, y otras curiosidades del mismo género. Uno hay, que ha tomado el cargo de dar á conocer nuestra historia antigua en veinte páginas de diminutas proporciones: otro que refiere los hechos de muchos años en cuatro renglones: otro que hace valer los precios de todos los efectos del comercio, y que no es mas que la coleccion de las listas que publican y reparten los dueños de tiendas, y á ese tenor es el [illegible] de los [illegible]. [illegible]

Ya ves: aunque muy por encima te he dado á conocer muchas cosas buenas, de que ni noticias tendrias, si no fuera por el feliz pensamiento que me asaltó de recorrer el mundo y muy principalmente esta prodigiosa capital. Mucho hay todavía que ver; pero acaso me falte el tiempo para dártelo á conocer supuesta la proximidad de tu venida. Esa impaciencia tuya por palpar maravillas me priva del gustazo de hacerte comprender mis adelantos. Pero ya verás cómo de viva voz no te escaseo mis lecciones. Adios Bibiana. Rumia cuanto te he dicho, para que no en la mejor ocasion te falte lo que tanto has menester y yo te deseo, esto es, instruccion y conocimiento de la corte.—*Caralampio.*

México, 11 *de Julio de* 1859.

Para que mis lecciones todas puedan surtir en tí el fruto que me he propuesto, voy á hablarte del modo con que debes conducirte en la fábrica forzosa de amistades que debes emprender tan luego como saltes á tierra. Esto es esencialísimo, y debes repasarlo de dia y de noche, á fin de no cometer *pifias* en un ramo tan importante. Ya sé que me podrás decir que no tienes mucha gana de cultivar amistades, mucho mas cuando estás acostumbrada á tratar solo con las personas que conoces hace mucho tiempo; mas á eso te debo contestar que harias muy mal en ser tan huraña y alejarte de la sociedad, cuando precisamente si he tomado sobre mis hombros el trabajo de domesticarte ha sido para que vengas á vivir en sociedad y á tratar con la gente cortesana. En cuanto á la

objecion de que no conoces á las personas, queda resuelta precisamente con lo mucho que sobre este particular te he escrito, y con las importantes instrucciones que en esta carta voy á darte. Añadiré algunos otros consejos sumamente importantes.

Ya tú no tienes que pasar por el bautismo de las informaciones prévias respecto de tus posibles, porque como ya me conocen, desde luego saben á qué atenerse en semejante particular. Así es que no dudo que tan luego como hayas desembarcado, te obsequiarán por lo ménos las personas que ya nos han formado el inventario, balance y avalúo de *nuestras* existencias. Pero como podrá suceder que en un baile, en un paseo, en una visita contraigas nuevos conocimientos, debes comenzar ante todas cosas por llevar la conversacion á un terreno que es el único que se esplota: es decir, que con la mayor naturalidad debes hacer saber que tu casa está en tal calle, central por supuesto, que la tienes amueblada por uno de los mejores tapiceros, que tienes coche y lacayos, que te viste Celina ó Maclovia, que recibes tales y cuales dias, &c., &c., &c., todo cuanto huele á lujo.

Nunca debes estrechar tus relaciones sino con personas á quienes hayas ántes inventariado tambien, porque aun cuando sepas que son de buena familia, que son la honradez personificada, que pueden prestarte grandes servicios; si no tienen modo de dar honor con su boato á tu casa, debes escluirlas de tu in-

timidad. Harian un papel muy desairado en tu salon, y esò debes evitarlo á toda costa.

Si encuentras por aquí algunos paisanos, aun cuando les debas mucho aprecio y buenos servicios, debes tratarlos como simples conocidos, y debes en primera ocasion romper con ellos; porque seria un dislate, una locura, hacerlos figurar en el cuadro de tus tertulias, donde debe ir lo mejorcito, y esponerte á que soltaran una batuecada, ó usaran contigo de la confianza de nuestra tierra. ¿Qué papel harian unos individuos con su calzado deslustrado ó lleno de agujeros, con su eterno paliacate y sus chaquetas sin codos, ó con sus pantalones astronómicos, en donde estaban reunidos los favoritos de Gouguad, los con sumidores de Pestail? Y tus antiguas amigas con su tapalito de merino y sus vestidos de bareg del año de cincuenta, al lado de tanta leona vestida por figurin, ¿no formarian un ridículo contraste?

Pero si tus paisanos y antiguos amigos han entrado, como tú, al carril del buen tono; si, como tú, habitan una *confortable* casa; si tienen relaciones con ministros y embajadores; si esperan ser nombrados para una prefectura, un ministerio, una aduana marítima ó cosa por el estilo; si, en fin, son personas que dejen honra y provecho, entónces léjos de desviarte de ellos, por el contrario debes hacerles un buen lugar en tu casa y recibirlos con cuanta deferencia cabe entre personas civilizadas, aun cuando por otra parte allá en las Batuecas no hayas tenido

mayor comunicacion con ellos. A los que no tengan tales requisitos debes, como dije ántes, repudiarles sin consideracion; aun cuando para dar mas peso á tu conducta digas que son unos perdularios que no te prestan garantías, ó cualquier cosilla así con la cual acredites que tienes fundados motivos para no franquearles tu amistad.

Con quienes debes ser de todo punto deferente es con los estranjeros que alguno te presente, porque de ellos tienes mucho que aprender en buenas maneras, en modas y en civilizacion. Nunca preguntes por qué se vinieron de su país; pues debes saber *que* casi todos ó los mas lo han hecho por civilizarnos, por protejernos, por venir á quitarnos la corteza bárbara que aún nos cubre. Y ya ves que con tan filantrópicos personajes nunca debemos ser desagradecidos. Tanto cuanto te recomiendo la prudencia y el mas prolijo exámen respecto de los mexicanos para abrirles tu casa, tanto así te aconsejo la mas ciega confianza en los Mister y Monsieures, en las Miss y en las Madamas. De aquellos pide, si es necesario, papel de conocimiento, como si fueras á recibir una recamarera: de estos no exijas ni la mas lijera esplicacion.

Cuando abras tu salon á las visitas, es decir, cuando estés visible y recibas—lo cual debes escasear, porque eso es de buen tono—y sean introducidos en el santuario los escogidos, jamas dejarás tu asiento, así pudiera ser un eclesiástico venerable por su es-

tado y su virtud, ó un anciano lleno de años y de merecimientos. Serias notada de incivil si dieras esa prueba de respeto á un ministro de Dios ó á un contemporáneo de tus abuelos. Pero si llega alguna leona, alguna amiga tuya, aun cuando solo brille por sus encajes, debes correr á ella desalada, estrecharla contra tu corazon, así la detestes en el alma, y besarla aun cuando tus lábios queden como pared revocada y sus mejillas como piel de tigre. La falta de respeto hácia unos y el fingimiento hácia los otros, son dos cosas que debes atender y aprender con la mayor escrupulosidad.

Durante las horas de tertulia no debes andar corta en sasonar la conversacion con referir cuantos defectos sepas de tus amigos y conocidos, y cuando lo hagas procura que sea enmedio de la mas refinada compasion y lastimándote de tener que decir tales cosas, aunque siempre por pasar el rato solamente. A proporcion que el donaire acompañe tus palabras, serás mas aplaudida y mas buscada. Si delante de tí es habla de cosas algo coloradas, debes bajar los ojos, pero para aguzar mas las orejas, y soltar de cuando en cuando alguna frase que anime al narrador para continuar.

En ese entretanto, ó te ocupas en acariciar á tu falderito y darle sendos besos, aun cuando sea mas repugnante que un leproso, ó en tejer de gancho cualquier chisme de hilo. Una y otra cosa son indispensables para dar idea de buenos modales. Cuando na-

da hagas, debes estar medio acostada, así pudieras dejar entrever algo de lo que la decencia prohibe.

Si sales á paseo y lo haces en coche ha de ser la mas estendida que el vehículo te lo permita, dejando flotar por uno y otro lado la falda de tu vestido, y si te es posible tendiendo los piés en el asiento delantero: es una costumbre yankee, pero para allá vamos á gran prisa. Si lo haces á pié, no debes descuidar ni un momento el dar á tu amplia crinolina la graciosa ondulacion de un incensario, ni el dejar caer el tápalo, la manteleta ó la capa mas abajo de los hombros, tanto para dejar ver la mitad de la columna *dorsal*, como para ostentar una majestad correspondiente á la reina del desierto.

A nadie debes darle las gracias ni manifestarle la menor gratitud por los servicios que pueda prestarte, ya cediéndote la banqueta, ya ofreciéndote la mano cuando vayas á caer, ya haciéndote cualquiera otro servicio de ese género; pues debes dar á entender que todo se te debe por tu linda cara.

En cambio, cuando te fije alguno la vista, lo primero y mas importante es que le enseñes la lengua como si fuera médico, para lo cual fingirás lamerte los labios á guisa de perro cuando codicia un bocado: si insiste, una mueca ó una torcida de boca serán muy oportunas. Esto no quiere decir que te ha de disgustar el que te miren, sino que has de afectar que te desagrada, por mas que estés rabiando cuando nadie fije en tí la atencion.

Por lo que respecta á las demas mujeres, debes acostumbrarte á pasarles revista de una sola ojeada, buscando siempre, no el lado favorable, acerca del cual te desentenderás en lo absoluto, sino el lado ridículo que tener puedan, para que sirva de materia á tu mordacidad en las visitas. En cada mujer debes ver una rival, y cada una de tus miradas debe ser un cartel de desafío, sin perjuicio de que en primera ocasion las abraces á todas como si fuesen íntimas amigas.

Si vas á la iglesia debes ante todas cosas buscar con quién hablar, porque lo primero es saludar á las amigas, preguntarles hasta por la perrita de Chihuahua, y por las enaguas que tiene, y por las modas en que piensa entrar. Todo lo demas es de muy poca importancia. Si tu amiga ó interlocutora dice un chiste, no escuses el reirte á carcajadas, que al cabo el dueño de la casa está callado y es muy prudente.

Para llegar á ella no te detengas por obstáculo ninguno: salta por encima de los que te estorben: llévate con los piés una parte del vestido de las que están allí á guisa de gallinas cubriendo pollos: pasa por entre el altar y el sacerdote: hecha á rodar sombreros y bastones, y cuanto pueda impedirte tu laudable intento. Vale que los demas á su vez harán lo mismo contigo, sin que pueda contenerlos la santidad del lugar ni los misterios que se celebran.

Sea el templo para tí, no la casa donde se va á rogar á Dios, sino el lugar de citas para todos tus asun-

tos, y lo mismo que pudiera serlo la alameda ó el coliseo: pero para indicar que tu escursion es mística, debes proveerte de un rosario, que enseñarás á todos, y de un lujoso libro que tal vez no abrirás, sino para ocultar sonrisas y miradas indiscretas.

Si vas al teatro, te recomiendo que no ceses de hacer ruido con el abanico, llamando la atencion de todos, echándole á la cara á todo bicho viviente el reflejo de los gemelos: nada de atencion al drama ó comedia; y sobre todo, te encargo que tu vestido sea tan apegado á las reglas del tono, que tú misma no puedas verte sin rubor; aunque eso del rubor, no lo dejes jamas salir á la cara. Esto mismo debes hacer con la sensibilidad; pues para uno y otra debe haber reclusion perpetua.

Cuando estés en el balcon nunca dejes, aun de pié, de tener el gancho en las manos: ese es un bello recurso para fingir ocupacion y amor al trabajo, y para saludar al descuido ó corresponder á una seña del adorador platónico. Me dirás que cómo puedo aconsejarte ese escándalo, siendo tu marido y conjunta mitad; pero como ya estoy á la altura de la civilizacion cortesana y como en breve tú lo estarás tambien, es preciso dejar la ferocidad batueca y mostrarnos dignos actores del teatro social de México. No tengas cuidado por lo que digan, pues es de tono y bien visto el tener sus amores platónicos, y aun mas que eso. Pero tú puedes quedarte en la primera parte, solamente para cumplir con la sociedad.

Muy particularmente te encargo que te hagas espiritualista y muestres en tu porte, en tus miradas y en tus obras una languidez y cansancio tal, que todos comprendan que estás en comunicacion con los espíritus. Eso es de una elegancia infinita, por cuanto nos aleja de las clases inciviles y bárbaras á quienes aún no alumbra con su brillante resplandor la cultura y el buen tono.

Con estas y otras advertencias que á su debido tiempo es mi ánimo hacerte, puedes estar segura de que si no estás de rigurosa moda, muy poco te ha de faltar. Ademas, aquí con el trato de maestras muy ejercitadas, que lo son casi todas, creo que á la vuelta de dos semanas estarás inconocible.

He concluido mi tarea, no porque me falte de qué hablar; pero supuesta la violencia en que estás por venir á gozar de tanto prodigio, no me queda ya tiempo para decirte otras cosas; tanto mas cuanto que me figuro que ya esta carta la recibirás en el camino. Si es así, aquí charlarémos: si no es así, recibirás nuevas epístolas de tu siempre rendido—*Caralampio.*

FIN.




3 6105 020 274 630

